

araucaria

de Chile



A la revista
Araucaria

Rafael Alberti

araucaria

de Chile

N° 40 - 1987

araucaria



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros
y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Legeia Balladares, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademártori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Jorge Díaz, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giacóni, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnacker, Guillermo Haschke, Pamela Jiles, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Miguel Lawner, Miguel Littin, Juan López Carmona, Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patricio

sumario

A los lectores.	5
De los lectores	7

<i>Setenta años que cambiaron el mundo</i> (V.T.), pág. 13 / <i>Ernesto «Che» Guevara. El alucinante viaje del yo al nosotros</i> (Eduardo Galeano), pág. 19 / <i>Al cabo de diez años</i> (Carlos Orellana).	24
--	----

aniversarios

Oswaldo Fernández: <i>La Revolución de Octubre en América Latina</i>	33
--	----

nuestro tiempo

Mario Benedetti: <i>Variaciones sobre el olvido</i>	45
El mensaje de Carmen Gloria (Gabriela Meza - Esteban Tomic), pág. 51 / Amenazas anóni- mas (Jorge Díaz), pág. 54.	

exámenes

Hernán Villablanca: <i>Organizaciones socio- políticas chilenas (1830-1891)</i>	57
Arturo Taracena: <i>Latinoamericanos en París en los años 20</i>	73
El asalto a la Federación de Estudiantes (Ser- gio Ramírez).	91

temas

<i>Perennidad de Neruda</i> . Volodia Teitelboim: <i>Es- paña en el corazón. Chile en el corazón</i> , pág. 98 / Pedro Gutiérrez Revuelta: <i>Neruda en Es- paña: «La calle destruida»</i> , pág. 111 / Luis En- rique Délano: <i>Neruda. Huidobro</i> , pág. 123 / Pablo Berchenko: <i>«España en el corazón»</i> . <i>Bi- bliografía anotada</i>	129
La «dicha sin quebranto» en Matilde Urrutia (Robert Pring-Mill).	143

textos

- Raúl Zurita: *Poemas de «La Vida Nueva»* . . . 147
Hernán Castellano Jirón: *El ilegible «Las nubes y los años»*. 157

los libros

- La presencia militar en el cono sur: En la política chilena* (Hernán Soto), pág. 173 / *En las literaturas uruguaya y argentina* (José Miguel Varas). 175

crónica

- Crónica de aniversario*, pág. 181 / *Historia personal de la Araucaria* (Marisol Téllez), pág. 187 / *Varia intención* («Documenta 8» el arte social - 140 años del Himno Nacional de Chile - Raúl Leis: un teatro de nuestra América - Título poético de dominio - Sobre el quehacer filosófico en Chile - «Cien años» que cumplen 20 años - Breves), pág. 192 / *Textos marcados* 205

notas de lectura

- Doy por vivido todo lo soñado - Rumbo a Itaca - Cultura y teatro obreros en Chile - La situación habitacional en Chile - Los derechos humanos: documentos básicos - Nicaragua. Trinchera teológica - Tejedores de la revolución - Sangre en el ojo - Canto de gallos al amanecer 211

El dibujo de la portada y los dibujos interiores son del poeta español **Rafael Alberti**. La foto de la contraportada, que reproduce una esquina de la calle de Araucaria, en el madrileño barrio de Tetuán, es de **Braulio Quintana**.

Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Claudio Pérsico, Olga Poblete, Fernando Quirodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconil, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Téllez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvencio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginita Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

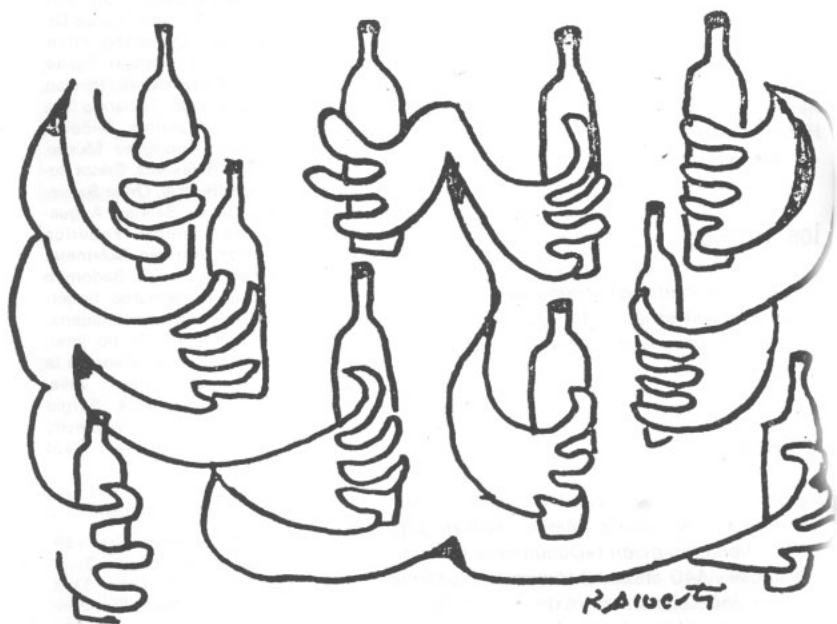
Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington): N.º 80-642682.

Impresores:

Graficinco, S.A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



a los lectores

Año de grandes aniversarios, 1987. Veinte años atrás moría en Bolivia el Che Guevara, legando con su ejemplo una lección que difícilmente podrá ser olvidada. En un Continente donde se quiere hacer escuela con la prédica de la conciliación y el olvido, y donde la política aparece metida en las trampas de la corrupción y el crimen, la historia del legendario guerrillero es un espejo en el que conviene mirarse. Su verdadera grandeza: el coraje, la honestidad, la pureza, la consecuencia y coherencia absolutas entre lo que se dice y lo que se hace.

Se cumplen setenta años del triunfo de la Revolución bolchevique. En la escala de la Historia, apenas un parpadeo, un brevísimo instante, y sin embargo, un tiempo suficiente para cambiar el curso de las cosas y establecer nuevos parámetros en la comprensión de los hechos sociales; y aún para hallar, en el veloz recorrido del espacio que llena un sueño, el camino de su propia renovación.

Hace medio siglo se publicó *España en el corazón*, el libro que marcó un viraje en la poesía de Neruda y que, paralelamente, hacía sonar todas las alarmas: el fascismo intentaba, de pérfida manera, torcer el rumbo que el mundo había elegido, en uno u otro sentido, a partir del envión de la Revolución de octubre.

Veinte años ya de la primera edición de una novela latinoamericana que alteraría los códigos de nuestros sueños, dividiendo la historia literaria en dos períodos diferenciados: «antes» de *Cien años de soledad* y «después» de *Cien años de soledad*.

Nuestros son estos aniversarios. Nos nutren, inspiran nuestra labor, ayudan a entender mejor el sentido de lo que quisiéramos transmitir a propósito de nuestra propia efemérides, los diez años que ahora mismo estamos cumpliendo.



Rally

de los lectores

Desde Chile, desde un rincón de Santiago ubicado en el barrio Matta los saludamos, afectuosa y solidariamente. Tenemos por ustedes un respeto muy grande por lo que hacen y dicen, entendiendo el esfuerzo desplegado.

Nuestro Taller nació en agosto de 1977, es decir, que estamos cumpliendo diez años, igual que ustedes. En el 80 nos trasladamos a nuestro barrio actual, pensando que algún día podremos convertirnos en la instancia cultural *del* barrio. Mucha agua ha corrido desde entonces bajo el puente: detenciones, pegoteo de afiches del Acha, pasadas por la CNI, campañas de terror, líos con impuestos internos, con la municipalidad, robos extraños, bombas incendiarias, amenazas telefónicas, etc. Es parte de nuestro trabajo, es la realidad que nos cruza a todos y, como muchos hoy en Chile, laboramos a diario para cambiarla, para levantar el sueño que nos pertenece.

Taller Sol (Santiago de Chile)

Adjunto le envío una muestra de lo que he estado haciendo en estos largos años de exilio. Son algunos de los poemas escritos por mí en diversos lugares, épocas y circunstancias. Soy de profesión arquitecto y, actualmente, comerciante por necesidad. Salí de Chile con mi familia en enero del 74 y he vivido en Argentina, Rumanía y, desde hace nueve años, en esta hospitalaria ciudad.

Carlos Gutiérrez, O. (Barquisimeto, Venezuela).

Mercancía made in Chicago

- ¿Cuántos kilos de Escuela desea Ud.?
- ¿Seis kilos?
- Son \$ 50.000.—
- ¡No! ¡No se hacen rebajas!
- ¿No puede?
- Bueno... entonces lleve solamente cuatro kilos.
- ¡No, no se fía!. Es decir... sí, pero hoy no, ni mañana tampoco.

* * *

- ¿Desea cinco metros de Salud?
- Son \$ 200.000.—
- Estos cinco metros le duran tres meses.
- ¡No!... Desde luego que no. La Salud no se garantiza, es un producto perecible.
- Si compra diez metros, sólo le cobraremos \$ 399.000 y si compra seis, le regalaremos un metro de servicio fúnebre y le saldrá todo, por sólo \$ 250.000.
- ¡Sí! Damos créditos muy convenientes.

- ¿A cómo me vende los treinta litros de Trabajo?
—¿Cómo?... ¿A \$ 3.500? —(o sea, 89,74 dólares).
—Treinta litros de Trabajo, a ese precio, significa que el litro me sale costando \$ 116,67 (2,99 dólares)... Así me resulta más fácil el cálculo.
—¿No?... ¿No aceptas?
—Bien... ¡Que pase el que sigue!

CARGUZO

Felicitaciones —atrasadas— por el número donde evocan los cuatrocientos cincuenta años de Valparaíso. Tal vez el envío salga a destiempo, pero igual les mando unas fotos que muestran diversos ángulos de los diferentes cerros de nuestro Puerto. Fueron hechas por Guacolda Ponce Mori, fotógrafa porteña, y a mí me parece que son bastantes buenas.

P. G. (Valparaíso, Chile)



«Cada día tiene su afán» y hoy había sido un día en que mis afanes se habían cumplido y estaba contento. Un amigo me prestó el dinero que tenía que conseguir para el resto del mes, me saqué la foto que necesitaba para renovar mi pasaporte en la siniestra Embajada de Chile; visité la «Casa de Poesía Silva», que tenía muchas ganas de conocer, compré un paquete de cigarrillos y una media de aguardiente, y me fui a mi apartamento. Allí me encontré con *Araucaria* 38. ¡El día se completó! Les agradezco esta alegría que he tenido hoy al final de la jornada al leer los fragmentos de mi *Pinocheticidio* (...) Ahora estoy en otra novela, *Maca-beo Fusil*, y me ha dado, además, por las formas de poesía popular y por los corridos mexicanos. He estado tratando de aprender este género o sus estructuras sintácticas, inclusive estoy pensando en un cuento largo o novela que de algún modo tenga la estructura del corrido. Me parece un buen vehículo, porque el corrido es popular en toda América Latina. Mientras tanto, compuse un intento de corrido que se llama «El héroe Presidente», que está pensado en la música de un corrido muy antiguo que yo escuchaba cuando era niño. Se los mando por si hubiera interés en publicarlo.

Juan Jorge Faúndez (Bogotá, Colombia)

El héroe Presidente

Voy a cantar el corrido
de un hombre macho y valiente
del Presidente de Chile
que fue Salvador Allende.

Esta historia se sitúa
el año setenta y tres
cuando a Chile desangró
el tirano Pinochet.

El día once'e septiembre
unos treinta mil chilenos
murieron poniendo el pecho
pa' salvar el Chile nuevo.

Disparaba su fusil
el héroe Presidente
defendía la Constitución
con un puñado'e valientes.

El general le mandaba
aviones, tanques y balas,
pero Allende combatía
así él amaba a su Patria.

Como trinchera el Palacio
las bombas desafiaba
con ejemplo de su vida
al Pueblo él enseñaba.

Ríndase le ordenaron
él su fusil disparaba
¡Un Allende no se rinde!
el Presidente gritaba.

Cuando las tropas de asalto
a La Moneda llegaron
al ver que no se rendía
al héroe masacraron.

Aquí termina el corrido
del héroe Presidente
que por el pueblo de Chile
se transformó en combatiente.

J. J. F.

Muy tardíamente me doy cuenta, después de leer *Araucaria* número 36, que el artículo sobre «la teología en Chile a propósito del libro "Fidel y la religión"» contiene un error que puede confundir el sentido de lo que

ahí digo en la página 188. Refiriéndome a la teología de la liberación ahí dice: «esta teología percibe que esa práctica que inspira ese dolor ya existente una respuesta a Dios». En realidad debe decir: «esta teología percibe que en esa práctica que inspira ese dolor ya existe una respuesta a Dios». Advirtiendo esto, quizá evito cierta discusión escolástica provocada por esa lectura deformada.

En otra página (191) en lugar de «desplazan» dicen «desolazan», cosa menos peligrosa que lo anterior, y aún esta nueva voz suena exótica, con resonancias poéticas. Algo que muchas veces requiere la propia teología.

Mario Boero (Madrid, España)

Sinceramente, la lectura de **Araucaria** es una de las alegrías verdaderas que he tenido en mis ya largos años de exilio en Europa. Y lamento muchísimo que los esfuerzos de distribución vayan tan a la zaga en relación con la calidad de la revista, así como la actitud de ciertos compatriotas que creen que el «verdadero revolucionario» es aquel que no sólo es indiferente a los problemas de la vida cultural, sino que hace además alarde de ello. (Estos, por supuesto, no sólo no la quieren, sino que hasta suelen convertirla en blanco favorito de sus sarcasmos).

Como lector atento de **Araucaria**, quiero decirles que me he convertido en experto en descubrir uno de sus flancos vulnerables; sus erratas. Algunas son de antología. Sólo menciono, por el momento, dos de las más graves descubiertas en el n.º 39. En pág. 18, segunda columna, línea 36, dice: «... tampoco vamos a *pedir* que se inscriban». Es indudable que, según se desprende del contexto, el verbo a utilizar es *impedir*. En pág. 188, penúltima línea, la errata amenaza desencadenar la ira de todos los jóvenes cuentistas chilenos de hoy. Se habla de «la evidencia de una *degeneración* de escritores», allí donde notoriamente se quiso aludir a una *generación*.

Pero igual los felicito por sus diez años de vida. Miro el rincón de mi estantería donde tengo los treinta y tantos tomos publicados, y me siento no sólo un sincero amigo de ustedes, sino un poco vuestro cómplice.

I. O. (Boulogne-Billancourt, Francia)



RALBERTJ



VOLODIA TEITELBOIM

Setenta años que cambiaron al mundo

Se han cumplido setenta años de la Revolución de Octubre, hecho básico de la época contemporánea que modificó la historia del hombre de nuestro siglo. Algún historiador amante de las conjeturas y de las hipótesis sobre el pasado que no fue se ha preguntado, ¿qué sería del mundo si no hubiera triunfado la Revolución Rusa? Seguramente habría sido muy distinto. Pero la Revolución de Octubre se habría producido no en Octubre, sino más tarde, porque, al fin y al cabo, era un hecho imprescindible de la Historia.

En la Rusia de aquel tiempo se planteaban tres opciones: la restauración monárquica, la República burguesa a lo Kerenski, a lo Occidental, y la Revolución Socialista. Por la situación objetiva por la cual atravesaba el país, la Revolución Socialista era la única posibilidad real. Lenin analizó sus causas profundas e inevitables. E incluso fijó la fecha precisa del asalto al Palacio de Invierno que señalaría el paso del reino de la burguesía al gobierno del pueblo. La fecha pudo haber cambiado. De todas maneras la Revolución se hubiera cumplido.

No se ahorra la crítica del enemigo a esta Revolución Rusa cuyos setenta años encienden de nuevo las pasiones y la convierten en un tema actual que salta a la arena en el sentido romano del lugar reservado a los combates mortales de los gladiadores.

La Revolución Rusa apasiona a los pueblos, que la consideran suya. No entusiasma a la burguesía de ningún país. Se niegan a considerarla un tema respetable de la historia. Se la somete al fuego vivo por razones políticas porque está presente en la historia contemporánea como un hecho decisivo. Para el mundo del privilegio ella es presentada como el mal absoluto. Continúa siendo un tema quemante. Y lo es porque ella propone todos los problemas contemporáneos, de los derechos del hombre, de la justicia, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad. De los derechos del hombre empezando por el derecho a vivir, a sobrevivir al peligro atómico; por el derecho a comer, por el derecho al trabajo, al estudio, a la habitación, a la salud, al tiempo libre, a los goces del espíritu, valores todos que la burguesía, conquistando el poder, desconoce o los aprovecha abusivamente en su beneficio.

Este acontecimiento de alcance tan universal que se produjo hace setenta años, considerado el límite demarcatorio entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista, sigue siendo la línea divisoria de nuestro tiempo. Hay que entender la globalidad de un proceso revolucionario cuya grandeza es infinitamente superior a sus fallas, y cuya generosidad en

cuanto considera el bien fundamental, el respeto al hombre, deben ser juzgados dentro del diseño universal de valores que continúan perdurando hasta hoy día, e iluminando a los pueblos de la tierra que son fieles a la idea de la Revolución necesaria.

La Revolución vive hoy en la Unión Soviética una segunda primavera, que es una estación de ojos abiertos, de claridad, de verdad, de reestructuración y de transformación. La historiografía oficial burguesa rechaza las revoluciones. Recomienda respecto de ella la actitud de desprecio y de revancha; pero, al fin y al cabo, es lo que más les preocupa. Naturalmente la infama. No faltan quienes sostienen ahora, por ejemplo, que la monarquía de Luis XVI era abierta y democrática. Así como Francia pudo ahorrarse la Revolución, la conclusión real, lo que verdaderamente les interesa es imponer el argumento de que la Revolución Rusa también era prescindible, así como la Revolución Cubana, Nicaragüense, como todas las revoluciones de la Historia. Con esto quiere decir que están ciegos, niegan lo evidente. Las Revoluciones no sólo eran y son imprescindibles. Eran, son y serán el único camino para la solución de los dolores, de los problemas y de los dramas de los pueblos.

La revolución, tema del presente

La Revolución Rusa la hizo el pueblo del antiguo imperio ruso, los pueblos que viven en la Unión Soviética, pero también representó un anhelo universal y significó el júbilo y la satisfacción para los revolucionarios de toda la Tierra, aquellos que han soñado a través de generaciones con la definitiva libertad y la definitiva democracia. Muchos a través de los cinco continentes no vieron su sueño realizado. Habrá que rescatar del olvido a multitud de figuras revolucionarias y el papel del pueblo mismo, ése que nunca muere. Porque el pueblo es el gran revolucionario desconocido, en cuyas tumbas ignoradas no hay ninguna llama eterna que rememore su hazaña y su papel, como actor principal en el gran drama creador del avance hacia una sociedad superior.

La Revolución, naturalmente, es un proceso múltiple, contradictorio, donde a menudo participan corrientes, se registran avances y retrocesos, aciertos y errores. Todo acontecimiento trascendental plantea legítimas interrogantes. Pero ninguna interrogante puede ser válida si trata de impugnar la validez misma del hecho revolucionario. Por cierto, para juzgarlo objetivamente se necesita estudiarlo en correspondencia con el contexto histórico, en el marco internacional de la época, analizando las condiciones internas del país en que se desenvuelve la Revolución y recordar que generalmente ésta desata la intervención extranjera. Fue así con la Revolución Francesa. Fue así con la Revolución Rusa. Fue y es así con la Revolución Cubana. Fue y es así con la Revolución Nicaragüense. Es necesario ahondar también con los problemas internos dentro del campo revolucionario, porque su balance es inmensamente positivo. Y es bueno que el revolucionario siempre se critique y se autocritique y vea con ojos abiertos no sólo sus avances, sino también sus errores.

Hay hechos que modifican el curso de la vida de los pueblos y también plantean ciertos derechos concretos, enteramente nuevos. Tal vez la significación mayor de la Revolución Socialista de Octubre sea el he-

cho que los derechos concretos, como el derecho al trabajo, a la instrucción universal, a la asistencia para todos y a la seguridad para los viejos, los enfermos, también el cuidado de los niños, esté absolutamente garantizado. Sin embargo, quizás la idea más peligrosa y explosiva de la Revolución sea un concepto avanzado ya por Babeuf en los tiempos de la Revolución Francesa, el concepto de la comunidad de bienes, precursor en cierta forma de las revoluciones del siglo xx y de la política de la Revolución Rusa de expropiar los grandes medios de producción. La Revolución Francesa planteó la idea de la democracia política y la idea de la nación. La Revolución Rusa planteó la idea no sólo de la democracia política, sino de la democracia económica y social. Y planteó no sólo la idea de la nación, resolviendo el problema en un inmenso territorio donde conviven muchas nacionalidades, sino que también planteó el problema de la democracia económica, del derecho fundamental para cada hombre de vivir conforme a las necesidades de un ser humano.

Las revoluciones no pueden desarrollarse sin la dinámica de la participación popular. La Revolución de Octubre desarrolló la participación popular a toda orquesta. Fue la gran revolución de los pobres enfrentando a los poderosos. Esta sed de libertad, esta ansia de justicia que alienta en el hombre desposeído es la palanca indispensable del progreso y se manifestó como un torrente indetenible en aquellos días de Octubre de 1917.

Y cuántas batallas tuvo que librar el pueblo soviético a través de todo su inmenso territorio en Europa, en el Cáucaso, en Asia, para defender el derecho a la autodeterminación, a tener esa Revolución con la cual el pueblo había soñado y que conquistó al precio de su vida. Naturalmente, dos siglos son mucho tiempo y se ha visto en ellos un cambio colosal del mundo. Y setenta años es también un margen apreciable de tiempo.

Nuestro tiempo, el siglo xx ha estado marcado por el desarrollo de las revoluciones sociales mayores que registra la historia, así también como por la vertiginosa revolución científico-técnica. Todo esto agudiza las contradicciones entre las posibilidades de progreso que garanticen una vida mejor para los hombres con un sistema en que las fuerzas del capital todo lo condicionan a la rentabilidad financiera, dominadas por el individualismo de un grupo minoritario que niega la igualdad, en muchos casos la libertad. Aunque retomen los viejos mitos de la desigualdad filosófica, a fin de desconocer el derecho a la justicia. El capital tiende a controlar todo, utilizando los medios de comunicación masiva como un instrumento de manipulación de sus innumerables víctimas. En lugar de la libertad, el imperialismo privilegia el autoritarismo y en algunos casos hasta el fascismo, como sucede en Chile.

La democracia política que reconoce una matriz revolucionaria, dimensión esencial de la igualdad y de la libertad se convierte en estos países, y sobre todo en nuestra patria en una palabra vacía. El principio de la soberanía popular, heredado de la Revolución Francesa, y que llevó tan lejos y tan hondo la Revolución Rusa, es atropellado en diversas latitudes, desde luego en vastas zonas de América Latina.

La Revolución Francesa de hace dos siglos, y más que ella, la Revolución Rusa hace setenta años, representa para los detentadores del poder del dinero un riesgo contemporáneo porque los pueblos necesitan hacer su Revolución. Ella no es un accidente, sino la respuesta a una exigencia

histórica insoslayable. En América Latina está planteada la necesidad de cambiar esas sociedades, donde (como decía Marx refiriéndose al imperio turco) se dan todas las formas de la decadencia, se confabulan todos los abusos, ineficiencias e injusticias semif feudales, capitalistas, imperialistas. Allí cohabitan todas las formas del terror de Estados manejados por camarillas reaccionarias al servicio de oligarquías internas, pero manejadas sobre todo por el gran señor del Norte.

En ninguna parte de América Latina los problemas sociales han podido ni pueden ser resueltos dentro del marco oligárquico-imperialista que aumenta y amamanta dictaduras castrenses o democracias liberales clasistas impotentes para enfrentar de raíz la solución de los males. De allí que la Revolución no sea un invento de intelectuales más o menos pervertidos por el marxismo, sino la única manera de salir de la crisis de nuestra sociedad. Ella es la sola solución realista, la única posibilidad de avance, inaugurando una nueva era tanto en las relaciones sociales como en el empleo de las fuerzas productivas, asegurando un efectivo cambio de vida que procure el bienestar de todos.

Revolución y contrarrevolución

A setenta años de Octubre, la Revolución Bolchevique continúa siendo un fantasma que quita el sueño al imperialismo y a la gran burguesía. Incluso a dos siglos, la revolución de 1789 es un objeto caliente, aunque nunca tanto como la Revolución Rusa.

Se sostiene que hoy nadie discute la guerra de Independencia de Estados Unidos, en torno a la cual habría consenso nacional. Pero, en cambio, las grandes revoluciones de la época moderna, la Revolución Francesa, y sobre todo la Revolución Rusa, como todas las revoluciones del siglo XX, que van incluso a América Latina, como la Revolución Cubana y la Revolución Nicaragüense continúan siendo un tema polémico.

La Revolución Rusa aparece siendo la madre del cambio de la nueva época. La controversia y el alineamiento de clases en el enfoque de las revoluciones es inevitable y muy prolongado. Porque éstas hacen algo más que la tarea, de por sí importante y necesaria de reemplazar el gobierno de una minoría aristocrática o burguesa, por un gobierno de gente nacida en el pueblo que se independiza políticamente, que liquida no la explotación de una clase, sino la explotación de todas las clases, y sienta las premisas para una verdadera libertad, para una verdadera igualdad, para una auténtica fraternidad.

Tanto la independencia norteamericana como la latinoamericana del yugo colonial inglés y español, respectivamente, no alteraron en lo fundamental la sociedad preexistente. La clase dominante, poseedora fundamental de los medios de producción continuó siendo la misma, con la modificación de que ella sumó a su poder económico y social el manejo directo del poder político al romperse el vínculo colonial. Así sucedió en Estados Unidos y en la América española emancipada del yugo de la metrópolis.

La Revolución opera un cambio distinto inmensamente más profundo. Modifica en hondura las relaciones de producción y de propiedad de los medios de producción. En el caso de la Revolución Francesa derribó

la sociedad feudal y aristocrática. Y en el caso de la Revolución Rusa derribó la sociedad semifeudal burguesa. Ambas contaron con la participación tumultuosa del movimiento popular, introdujeron un elemento de participación de las masas. En verdad, la Revolución Francesa fundó la democracia política y nos acercó a la nación moderna. La Revolución Rusa fundó la democracia no sólo política, sino también económica en la vida cotidiana y nos acercó también al mundo nuevo del socialismo. Personajes fundamentales de ambas son los pobres, los campesinos, los obreros de ese tiempo.

La burguesía abjuró de la Revolución Francesa, a la cual quiso convertir rápidamente en un acontecimiento del pasado. El proletariado no abjuró nunca de la Revolución Rusa, decidido a convertirlo en un hecho del presente que reemplazara el pasado y estuviera siempre abierto al futuro.

En el movimiento revolucionario siempre está presente la idea de que una Revolución es una necesidad de una sociedad que no ha cumplido con los principios de la trilogía de 1789 de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Pero sólo la Revolución Rusa, finalmente, pudo sentar las bases reales para que esta trilogía encuentre el cauce para convertirse en una realidad concreta.

La crítica de la Revolución Francesa cobra acentos rabiosos entre círculos de reaccionarios franceses, para quienes el decenio 1789-1799 sería el más negro de la historia francesa, una fabulosa regresión. Uno de sus personeros dice: «Si nunca hemos tenido la orden escrita de Hitler concerniente al exterminio judío, poseemos en cambio la de Carnot relativa a La Vendée. Por otra parte, cada vez que paso delante del Liceo Carnot, en París, escupo el suelo». Otro de estos teóricos de la reacción sostiene: «En el terror de la Revolución Francesa descubrimos la matriz del terror moderno». Los inventores del primer *gulag* son los terroristas de 1793-1794. Es la tesis de la extrema derecha francesa. Necesitan difamar su Revolución para desacreditar sus valores, invalidar toda voluntad de cambio en la sociedad; se ataca a los muertos para desarmar a los vivos. Es la tesis del imperialismo norteamericano que desde hace setenta años está tratando de desacreditar los valores de la Revolución Rusa y con ello los valores de la revolución mundial y la validez de la Revolución para cada pueblo y país de la Tierra.

Coinciden en abominar de la idea de la Revolución, en presentar como perversa toda transformación social, como peligroso cualquier cambio, concluyendo que se trata de esfuerzos inútiles. Sobre todo se insiste en que el proceso evolutivo es recomendable y la ruptura revolucionaria, innecesaria. ¿Pero la burguesía está dispuesta a aceptar los cambios sociales profundos voluntariamente? Nunca lo ha demostrado en ninguna parte y Chile es una prueba sanguinaria de ello. Esos cambios y en esa forma los quería hacer la Unidad Popular encabezada por Salvador Allende. Y aquel noble ensayo fue tumbado a cañonazos. Nadie quiere el horror. Nadie desea la violencia. Pero el horror y la violencia casi a dos siglos de la Revolución Francesa, a setenta años de la Revolución Rusa y a catorce años del golpe de Estado de Pinochet, siguen ejerciéndose.

Vivimos la época de las grandes revoluciones, pero también de las más grandes manipulaciones de la historia, realizadas sobre la base del negocio, de la ignorancia de la verdad que comienza en la escuela misma dentro del mundo capitalista. Se asiste también al escamoteo, silenciamiento

y mistificación de sus figuras ejemplares. En esta tarea toma parte toda una máquina de desinformación. En el fondo se trata no sólo de hacer aborrecible el mensaje universal de la Revolución Rusa, de la Revolución Francesa, de la Revolución Cubana, de todas las Revoluciones de la Tierra, de la Revolución misma como una necesidad de cada pueblo como expresión de su derecho a construir una sociedad mejor. En el fondo, de lo que se trata es que el pueblo renuncie a su papel como constructor del proceso social y humano y del ansia de cada hombre de aspirar a la felicidad. No debe olvidarse la frase del revolucionario francés de 1789, Saint Just: «La felicidad es una idea nueva en Europa». Es menester colocar a los hombres en su sitio. De respetar la auténtica personalidad de Robespierre y de Babeuf, de Saint Just y de Marat, de Danton y de Sièyes. Y también es absolutamente indispensable colocar en su sitio a los revolucionarios del siglo xx y respetar como es debido, reconociendo sus méritos gigantescos, a hombres como Lenin que abren la gran galería de los revolucionarios de nuestra época, de las revoluciones socialistas del siglo xx.

* * *

Setenta años después del triunfo de la Revolución Bolchevique está a la vista que no hay otra alternativa para el mundo contemporáneo de fines del siglo xx y del siglo xxi, que la Revolución. Una Revolución válida que vaya al fondo de los problemas. Esto tiene significación y aplicación en el mundo entero. Y por cierto en América Latina. Exorcizando viejos fantasmas de la historia que en el fondo constituye el cuestionamiento al progreso de la sociedad, el derecho de los pueblos a hacer a su modo en el siglo xx o en el siglo xxi nuevas revoluciones, está planteado, y tiene su inspiración insustituible en este gran acontecimiento cuyos setenta años hemos estado celebrando estos días.

EDUARDO GALEANO

Ernesto «Che» Guevara

El alucinante viaje del yo al nosotros

«Traidor», le dije. «Usted es un traidor». Le mostré el recorte de un diario cubano: él aparecía vestido de *pitcher*, jugando béisbol.

Recuerdo que se rió, nos reímos; si me contestó algo, no sé. La conversación saltaba, como una pelotita de pimpón, de un tema al otro, de un país al otro, de uno a otro recuerdo, añoranzas de su lejana comarca y experiencias de su vida muy vivida.

—¿Qué pasa con mi mano?

—Está maldita.

—¿Maldita?

—Saludó a Frondizi y Frondizi cayó. Saludó a Janio Quadros y Janio Quadros cayó. Suerte que no tengo de dónde caer —comentaba yo, poniendo cara de preocupado, y él se reía, fruncía el ceño, se sentaba, se paraba, caminaba por la sala, dejaba caer la ceniza de su habano *cazador* y me apuntaba con él al pecho. Con ánimo discutiendo, no magisterial, recurría a veces a un pizarrón para explicar una idea compleja, y a golpes de tiza dibujaba la polémica en torno del cálculo económico y de la vigencia o caducidad de la ley del valor en la sociedad socialista, o con signos y numeritos bosquejaba el sistema de retribución por normas de producción. Era cáustico como buen argentino, fervoroso como buen cubano: generoso con su verdad, pero en guardia, dispuesto a mostrar los dientes por ella. Una fuerza profunda y hermosa le nacía, sin cesar, de adentro. Se delataba, como todos, por los ojos. Tenía, recuerdo, una mirada limpia, como recién amanecida: esa manera de mirar de los hombres que creen.

Creía, sí, en la revolución de América Latina, en su doloroso proceso, en su destino, y tenía fe en una nueva condición humana, nacida de una sociedad centrada en la solidaridad y no en la codicia.

Han pasado ya veintitrés años desde aquella entrevista en Cuba y han pasado veinte desde que él fue atrapado vivo y asesinado en Bolivia. Y no viene mal recordar ahora su mensaje esencial ahora que la moda venera los espejismos de la tecnocracia y los desencantos de los intelectuales, ahora que la buena educación manda identificar la libertad de los negocios con la libertad de las personas y algún prestigioso novelista confunde a los usureros con ángeles custodios de la democracia. No viene mal recordar, digo, que el Che Guevara fue presidente de un banco, el Banco

Eduardo Galeano es uruguayo, periodista y escritor, autor de *Las venas abiertas de América Latina* y de diversas otras obras.

Central de Cuba, no dedicado a la especulación sino al socialismo, y que en tal carácter firmaba los billetes: no los firmaba Ernesto Guevara, sino Che, así nomás, para burlarse del dinero. Porque él no creía que el desarrollo económico fuera un fin en sí: el desarrollo de una sociedad tiene sentido si sirve para transformar al hombre, si le multiplica la capacidad creadora, si lo lanza más allá del egoísmo. El tránsito desde el reino de la necesidad hasta el reino de la libertad es un alucinante viaje del *yo* al *nosotros*. Y este viaje no puede realizarlo el capitalismo, porque sacrifica al derecho de propiedad los demás derechos y organiza la vida como una carrera de lobos.

Contra el veneno de la codicia, el más mortal, el que mata por dentro, el Che dijo cuanto dijo y escribió cuanto escribió, y vivió como vivió y murió como murió. Y éste es el sapo vivo que la civilización del consumo no puede tragarse, aunque ella reduzca la historia latinoamericana a una *western* de colores y convierta a este héroe de nuestro tiempo en un mero *tiratiro* de gatillo alegre, cuya imagen puede venderse impunemente en los supermercados.

Era agosto de 1964 y estábamos con Reina Reyes y Julio Villegas en su despacho del Ministerio de Industria. El Che hablaba y uno tenía la impresión de que le subía la temperatura de la sangre, pero manejaba a rienda corta su entusiasmo no bien yo me ponía a tomar anotaciones de lo que decía. Entonces, los ojos fijos en la lapicera que bailaba sobre el papel, prefería el comentario pícaro y cortante, que dejaba escapar después de echar, sonriendo, dos o tres densas bocanadas de humo azul entre los espesos bigotes y la barba raleada. Ser periodista era una lástima: no porque uno se hubiera puesto a trabajar después de tantos días y noches de vértigo sin sueño ni razón, ni por lo nervioso que eso lo ponía a uno, sino porque la fluida comunicación que espontáneamente nacía se cortaba a cada rato por culpa de mi oficio. «Estamos conversando entre cubanos y uruguayos», mentía entonces el Che para eludir alguna pregunta indiscreta. Todo hacía evidente, sin embargo, que aquella pasión que en él vibraba tan a flor de piel había roto las fronteras que otros habían inventado para América Latina. Escuchándolo, no podía uno olvidar que aquel hombre había llegado a Cuba después de una larga peregrinación latinoamericana: que había estado, y no como turista, en el torbellino de la naciente revolución boliviana y en la convulsiva agonía de la revolución guatemalteca; que había cargado bananas en Centroamérica y que había sacado fotos y vendido estampitas en las plazas de México para ganarse la vida, y que para jugársela, se había lanzado a la aventura del *Granma*.

Celia de la Serna me dijo hace años, en Montevideo, que su hijo había vivido siempre demostrándose a sí mismo que podía hacer todo lo que no podía hacer, y que así había ido puliendo su asombrosa voluntad. Los continuos ataques de asma le habían interrumpido la escuela en cuarto año, pero siguió dando exámenes por su cuenta, y luego fue brillante estudiante de Medicina. A los diecisiete años se ganaba la vida trabajando, escribía poemas (bastante malos) y practicaba, a su manera, el álgebra y la arqueología. Entonces empezó a redactar un diccionario filosófico. A los dieciocho años, el Ejército argentino lo declaró absolutamente inepto para la vida militar.

Celia, que tanto se le parecía, le tomaba el pelo por intolerante y fanático. Ella me dijo que él actuaba movido por una tremenda necesidad de

totalidad y pureza. Así se convirtió en el más puritano de los dirigentes revolucionarios occidentales. En Cuba era el jacobino de la revolución. «Cuidado, que viene el Che», advertían los cubanos, bromeando pero en serio. *Todo o nada*: agotadoras batallas ha de haber librado este refinado intelectual contra su propia conciencia tentada por la duda: con rigor de monje o de guerrero iba conquistando certidumbres de hierro.

Con la capacidad de sacrificio de un cristiano de las catacumbas, el Che había elegido un puesto en la primera línea de fuego y lo había elegido para siempre, sin concederse a sí mismo el beneficio de la duda ni el derecho al cansancio: éste es el insólito caso de un hombre que abandona una revolución ya hecha por él y un puñado de locos para lanzarse, con otro puñado de locos, a empezar otra. Porque no vivió para el triunfo, sino para la pelea, la pelea de nunca acabar contra la indignidad y el hambre, y ni siquiera se hizo el obsequio de volver la cabeza hacia atrás para mirar el hermoso fuego que levantaban sus propias naves quemadas.

El Che no era hombre de escritorio: era un creador de revoluciones, y se le notaba; no era, o era a pesar suyo, un administrador. Tenía que estallar de alguna manera aquella tensión de león enjaulado que su calma aparente delataba.

Le faltaba la sierra. Y con eso no quiero decir que no se haya entregado entero, en cuerpo y alma y sombrero, a las tareas de alta responsabilidad que cumplió en el Gobierno de Cuba. Se sospechaba que no dormía nunca, y los domingos cortaba caña como obrero voluntario. Nadie sabe de dónde sacaba tiempo para leer, escribir, polemizar. Y para pelear con su asma, implacable, que ya había llevado a cuestras en los tiempos de la guerrilla («La orden de partida —me contó— llegó de golpe, y todos tuvimos que salir de México tal como estábamos, en grupos de a dos o tres. Teníamos un traidor entre nosotros, y Fidel había ordenado la salida súbita para evitar que el traidor pudiera avisar a la policía. Aquel traidor... todavía no sabemos quién era. Y así fue que me tuve que ir sin el inhalador, y durante la travesía me vino un ataque espantoso que no sé cómo hice para llegar»).

El Che hacía lo que decía, decía lo que pensaba y pensaba como vivía. Todos los cubanos lo sabían, todos lo veían.

Candela, el chófer que nos acompañó a todo lo largo de Cuba, al volante de un lujoso Cadillac recién expropiado, solía llamarlo *caballo*. Este supremo elogio a la cubana sólo se aplicaba, en su boca, a tres personas: Fidel, el Che y Shakespeare. La divulgación popular del teatro estaba dando frutos de esta manera más bien imprevista: cada dos por tres, Candela entraba en trance y se ponía a hablar torrencialmente del dramaturgo isabelino («Se pronuncia de varias maneras; los *yankis* le dicen Chéspir») y de sus obras, que bien conocía: «Qué va. Ése sí que era un caballo, chico. Un caballo: muy filósofo en la escritura, y muy didáctico, sí señor».

El Che tenía varias obsesiones, y una obsesión en el centro de todas las demás; la mística del socialismo en marcha, la fe del pueblo en el mundo nuevo que nace, debe ser el motor del desarrollo. Él desconfiaba de los estímulos materiales, y en la entrevista me lo dijo así, con todas las letras:

—Hay sistemas de retribución que pueden darle a cada cual la esperanza de llegar a ser Rockefeller.

También renegó del sistema de cálculo económico y negó la vigencia de la ley del valor en el tránsito al socialismo:

—Éste es un período decisivo para Cuba —me dijo—. Y no podemos, no debemos olvidar que existe un peligro de retorno al capitalismo. Otros casos lo demuestran.

Este tema lo indignaba. Durante nuestra conversación no llamó «compañeros», sino «señores», a quienes querían llevar adelante una línea opuesta a la suya en el proceso económico de la revolución.

Con el mismo estilo, filoso, peleón, atacaba sus propios errores:

—Fue un disparate apurarse tanto con la industrialización. Quisimos sustituir todas las importaciones de golpe, por la vía de la fabricación de productos terminados. Queríamos acabar de una vez con la dictadura del azúcar. Y sí, es verdad que el monocultivo es subdesarrollo, pero no vimos las complicaciones enormes que trae la importación de los productos intermedios.

Sobre la *coca-cola* fabricada en Cuba me repitió lo que poco antes había dicho por televisión.

—Sabe a jarabe de pecho.

La irreverencia del Che no perdonaba a nadie. A los dirigentes comunistas que acudían a Cuba en incesante peregrinación solía recordarles que las revoluciones se hacen y no se dicen, que la misión de los partidos comunistas es estar a la vanguardia de la revolución (sonrisas satisfechas)... pero que lamentablemente ocurre que en casi toda América Latina están a la retaguardia (silencios rencorosos).

Pero, quizá por nostalgia, por defenderse de los tirones del terruño perdido, mitad venganza, mitad homenaje, los argentinos eran el blanco predilecto de sus más ácidos comentarios. Suya era la malvada iniciativa de financiar la revolución latinoamericana comprando a ciertos argentinos de Buenos Aires por lo que valen y vendiéndolos por lo que creen que valen.

—El destino de Cuba parece íntimamente ligado al destino de la revolución latinoamericana —le comenté—. Cuba no puede ser coagulada dentro de fronteras. Funciona como motor de la revolución continental. ¿O no?

—Podría haber —me dijo— posibilidades de que no. Pero nosotros hemos eliminado esas posibilidades. La posibilidad de que los movimientos revolucionarios latinoamericanos no estuvieran directamente ligados a Cuba hubiera podido concretarse si Cuba accediera a dejar de ser ejemplo para la revolución latinoamericana. Por el solo y simple hecho de estar viva, no es ejemplo. ¿De qué modo es ejemplo? Del modo como la revolución cubana encara las relaciones con Estados Unidos, y de nuestro espíritu de lucha contra el imperialismo. Cuba se podría limitar a ser un ejemplo puramente económico, digamos.

—Una especie de vitrina del socialismo...

—Una vitrina. Ésa sería una fórmula que hasta cierto punto garantizaría a Cuba, pero que la divorciaría de la revolución latinoamericana. No somos vitrina.

—En el supuesto caso de qué nuevas revoluciones estallaran en América Latina, ¿no se produciría un cambio de calidad en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos? Se habla de la posibilidad de un acuerdo de coexistencia sobre determinadas bases. Pero, si el incendio se propaga y el imperialismo se ve obligado a echar agua al fuego, ¿cuál sería entonces la situación de Cuba, es decir, de la chispa?

—Nosotros definimos la relación entre Cuba y Estados Unidos en la época actual como un automóvil y un tren que van corriendo más o menos

a la misma velocidad, y el automóvil tiene que cruzar el paso a nivel. A medida que se acerca el paso a nivel se acerca la posibilidad de confrontación y de choque. Si el automóvil —que sería Cuba— cruza antes que el tren, es decir, si la revolución latinoamericana adquiere cierto grado de profundización, ya se ha pasado al otro lado, ya se ha atravesado el paso a nivel: ya Cuba no tiene significación. Porque a Cuba no se la ataca por despecho del imperialismo, sino que se la ataca por la significación que tiene. Nosotros vamos agravando nuestras confrontaciones con Estados Unidos día a día, objetiva y fatalmente, a medida que se agrava la situación en América Latina —y lo mejor que tiene es lo mal que está—. Y si la situación se agrava tan convulsivamente que obliga al imperialismo a emplearse en gran escala, ya el problema fundamental deja de ser Cuba como catalizadora porque se ha producido la reacción química. La incógnita es: si cruzaremos, o no, antes que el tren. Podríamos frenar. Es difícil que frenemos.

—Pero entonces, ¿hasta qué punto es posible la coexistencia?

—No se trata de Cuba, sino de Estados Unidos. No interesa Cuba a Estados Unidos si la revolución no cuaja en América Latina. Si Estados Unidos dominara la situación, qué les importaría Cuba.

—Y en el supuesto caso de que la revolución latinoamericana no estallara, ¿es posible que Cuba siga adelante?

—Claro que es posible.

—¿A largo plazo?

—A largo plazo. Ya pasó el período peor del bloqueo.

—Quiero decir: si el aislamiento de Cuba de sus fuentes nutricias latinoamericanas no podría producir deformaciones internas, rigidez ideológica y lazos de dependencia cada vez más agobiantes.

—Me parece un poco idealista la cosa. Uno no puede hablar de fuentes nutricias. Las fuentes nutricias son la realidad cubana, cualquiera que ella sea, y la aplicación correcta del marxismo-leninismo a las condiciones de este país y al modo de ser del pueblo cubano. El aislamiento puede provocar muchas cosas. Por ejemplo, que nos equivoquemos en la forma de apreciar la situación política en Brasil. Pero distorsiones en la marcha de la revolución, no.

Ya era entrada la noche cuando alguien, un enemigo, irrumpió en la habitación para recordar al Che que su rival le aguardaba desde hacía media hora ante el tablero de ajedrez, en el piso de abajo.

—Lo siento —me dijo el Che—, pero el deber me llama.

CARLOS ORELLANA

Al cabo de diez años

Araucaria se ha hecho siempre en Madrid, desde el punto de vista de su procesamiento material. La Redacción estuvo los primeros siete años instalada en París, y el Director —sometido a una suerte de exilio mayor, porque la dictadura, como se sabe, le arrebató el derecho mismo a conservar su nacionalidad chilena— vive en Moscú, acogido al asilo que le han ofrecido los soviéticos.

Aunque las revistas chilenas publicadas en el destierro suman probablemente cerca del centenar, no conocemos otro caso como el nuestro con una fisonomía tan cosmopolita. **Araucaria** nació con un carácter «multinacional» que sólo la acerca a sus congéneres por esta obligada ramificación más allá de varias fronteras; porque si se trata de recursos, infraestructura u otros bienes terrenales, *nada*, como nos hemos ya acostumbrado a decir en la viva habla madrileña.

Pero la revista no nació en Madrid, ni en París ni en Moscú. El acta de fundación, si hubiera que decirlo de ese modo, está fechada en Roma. Allí convergió promediando la primavera de 1977 un conglomerado compuesto por los poetas Omar Lara y José Ramírez, los profesores Hernán Loyola y Sergio Muñoz Riveros, el dibujante Agustín Olavarría, el escritor y dirigente del Partido Comunista de Chile Volodia Teitelboim, y el autor de esta nota. Nos convocaba quien luego habría de ser el Director, garante de su subsistencia e inspirador y sostenedor de las líneas que le darían a la revista, con los años, su prestigio y el particular relieve que ha alcanzado en el concierto de las publicaciones periódicas latinoamericanas.

Nadie se propuso expresamente, que sepamos, que fuera Roma y no otra la ciudad donde se pusiera en marcha el proyecto de publicación de la revista, pero lo cierto es que fue allí, en la más cautivadora entre las grandes capitales de Europa, y acaso algo de la serenidad y de la exigencia de luz y reflexión que impone la atmósfera romana, se incorporaron desde entonces como convidados invisibles omnipresentes en el trabajo de **Araucaria**. Fue en el Trastévere, en uno de esos departamentos enormes y estrafalarios de la era mussoliniana, donde se aprobaron las ideas matrices y se acordó aceptar, no sin vehementes dudas iniciales, el nombre de **Araucaria**, que para algunos aparecía como una arriesgada incitación a la tentación folklórica. En dos días de discusiones quedó también claro que aquellos convocados no podrían ser, como quizá alguien lo imaginara al congregarlos, los miembros de un hipotético comité de redacción. Toda la buena voluntad del mundo (el mundo de la emigración chilena) no habría sido capaz de reunir los recursos que hubieran sido necesarios para hacer funcional un equipo compuesto por personas que vivían en Rumanía, Italia, Holanda, Unión Soviética, Francia y España. («Transna-

cionales» fuimos desde el principio, pero no para tanto). Sólo Omar Lara habría de permanecer ligado a ese comité, desde el principio y hasta estos mismos días, casi sin interrupción, no obstante su transhumancia — Rumanía, España, un poco de Francia, algún paso fugaz por Holanda, y Chile, por último, desde hace unos pocos años. Poeta finísimo, nada tiene de atormentado o maldito a la hora de tener que diseñar revistas o administrar ediciones, mundo donde se mueve con singular sagacidad. Su colaboración y consejo han sido estos años de las cosas buenas con que ha contado **Araucaria**.

Ninguno de los otros pudo hacer lo mismo, aunque todos han mantenido algún tipo de colaboración con la revista. Agustín Olavarría ha entregado dibujos muy notables (fuera de su libro *Inevitable universo*, publicado bajo el auspicio de **Araucaria**); José Ramírez ha aportado sus cuentos fantásticos (reunidos también por el sello editorial de la revista en el volumen *El hipódromo de Alicante*); para entonces, el poeta se había convertido en cuentista, abandonando su seudónimo y asumiendo valientemente el bochorno de su verdadero apellido: Héctor Pinochet. Hernán Loyola ha escrito regularmente, leal con nosotros y con su tema de siempre: Neruda; y Sergio Muñoz, muchos años después de aquella primavera romana, nos entregó los poemas de su magnífico *Mar de fondo*, en tiempos en que, de vuelta ya en Chile, tornábase de colaborador en competidor al incorporarse como director en la revista del Instituto Alejandro Lipschütz.

En mayo del 77 —mes y año de aquellos días— hacía no mucho tiempo que Chile había sufrido uno de los peores períodos represivos desde el golpe de Estado. 1976 fue un año de torturas, desapariciones y asesinatos en escala redoblada. Se ha dicho después que, cumplidos ya otros objetivos, la dictadura se propuso ese año exterminar a los comunistas chilenos. Víctima de sucesivas decapitaciones, el Partido Comunista lucha por su supervivencia, pero también por el derecho de todo el pueblo a sobrevivir y, como siempre, por la opción al mañana de nuestros sueños. ¿Su eterna conciencia de futuro? Creemos que sí. No es la menor de las pruebas su decisión de dar paso en el exilio a la fundación de la revista **Araucaria**. Pocos meses antes se había acuñado la noción de «apagón cultural», y aunque su inventor —dicen—, fue un oficial de marina que aludía con la frase al desastroso nivel de formación de los jóvenes chilenos de la enseñanza media (y culpaba de ello... ¡a la Unidad Popular!), el concepto sirvió pronto para definir la situación global de depresión en el campo de la cultura que estaba viviendo el país. Chile se había convertido, según la certera definición del escritor Juan Godoy, en «una angosta y taciturna faja de tierra y de silencio». La revista se ponía en marcha para combatir el «apagón» ayudando a «encender todas las luces» de la creación y del pensamiento: en el interior, donde privaban el ensimismamiento y el miedo, y en el exterior, donde el Chile peregrino había comenzado a dar muestras de que la distancia sirve también para incubar algo más que la nostalgia y el olvido.

Para los coleccionistas del detalle de la pequeña historia, digamos que la revista tuvo un primer domicilio en París, el único propio que pudo ostentar en esa ciudad: en el número 10 de la rue Saint-Marc, una pequeña pero luminosa habitación en un cuarto piso con ascensor, que el encargado de la redacción compartía con una secretaria. A cincuenta metros o muy poco más de la rue Montmartre, es decir, en pleno corazón del Pa-

rís de los sitios emblemáticos, vivíamos la ilusión de un confort y holgura que habría de durar apenas tres meses. Al cabo de ellos, el cargo de secretaria desapareció con ella, para reducir gastos, y de la oficina que nos hacía sentirnos tan a gusto nos trasladamos a un simple rincón en una sede de prestado. Se trataba del N.º 6 de la rue du Faubourg-Poissonnière, frente al diario *L'Humanité*, dueño de las dependencias. Una entrada cochera, un patio y al fondo la escalera que nos llevaba al departamento del segundo piso en que funcionábamos. Aunque un tanto descalabrado, el local no era incómodo y hasta puede decirse que tenía un cierto encanto. Poco antes de abandonarlo, fue motivo de asombro para los reporteros de la televisión húngara, que fueron allí a filmar un reportaje sobre la revista, y no podían creer que pudiera ser cierto que «la redacción» fuera sólo aquél escritorio arrinconado en la mitad de una habitación dividida en dos por un tabique de fortuna (aunque reconozcamos que *Araucaria* se quedó con la parte mejor: la de la ventana. una ventana «con vistas», así fuera únicamente a un patio interior sin horizontes). Como quiera que sea, allí transcurrieron muchos años de activo trasiego de la vida política del exilio chileno en París, en la cual la revista es sólo un episodio de sus varios capítulos. Conforme a una costumbre que no por generalizada merece calificarse de sensata, quienes dirigían estas oficinas se empeñaron en rodearlas de un aura de local clandestino. Vivíamos tiempos en que la labor política —muy real, muy sacrificada y a menudo muy eficaz— descansaba generalmente sin necesidad en prácticas propias de una suerte de folklore del destierro: el uso de «chapas», es decir, seudónimos; un estilo de trabajar y relacionarse inspirado supuestamente en técnicas conspirativas; etc. Nada de esto impidió que el N.º 6 del Faubourg-Poissonnière terminara por convertirse en una sede muy conocida y en uno de los locales más populares de los refugiados políticos chilenos en Francia; y tampoco sirvió seguramente para que la policía francesa no se enterara de lo que necesitaba enterarse. Con nuestro tránsito cotidiano —cuyo aire de sigilo y misterio carecía de verdadera discreción— nos ganamos para siempre el derecho a ser aborrecidos por la portera del edificio, y la revista, por su parte, perdió toda posibilidad de utilizar legalmente aquel lugar para recibir su correspondencia. (Tuvimos que recurrir a una dirección privada para hacernos llegar nuestras cartas: «Chez Mme. Mouesca», en el Parc de la Métairie de Saint-Denis, lo que estimuló más de una vez, la ironía de aquellos chilenos entrenados en la gimnasia agobiante de la malicia). Digamos que ésta es la primera vez, al cabo de tantos años, que se alude por escrito a las señas de aquel inolvidable punto de referencia de nuestro largo exilio parisino.

Aquellas oficinas tienen un origen que la mayoría de sus usuarios —que suman varios centenares en el más de un lustro de funcionamiento— no conoce. Fue un producto típico de la inevitable picaresca chilena. Apremiados por la necesidad de reunirse —enfermedad irresistible—, a principios de 1974, alguien pensó que Antonio Acquaviva, periodista francés encargado del tema latinoamericano en *L'Humanité* y amigo entrañable de la causa chilena, podría facilitarnos su oficina durante un par de horas, un día cualquiera. Así se hizo, pero lo que Acquaviva no previó es que la petición se renovarí­a a la semana siguiente, y luego otra vez en unos pocos días más, y así sucesivamente, en muchas ocasiones. Cansado finalmente de sentirse intruso en sus propios dominios, solicitó a la adminis-

tración del periódico que se le concediera oficialmente a los comunistas chilenos un recinto propio. Era el tiempo de la solidaridad al rojo vivo, de modo que la petición fue aprobada (quien sabe bastante de esta historia es la periodista Mónica González). Primero fue un reducido cubículo en la mansarda del edificio principal, y al tiempo, necesitados los franceses de éste e imposibilitados moralmente para arrojar a los chilenos a la calle, se los alojó en el edificio del frente, en aquel número 6 que habría de servir de refugio a nuestra capacidad de esperanza y a aquella vocación que (a propósito del hábito de vivir sin tregua en reuniones, anunciándonos victorias inminentes) define una chilena —heredera directa de algo más que del humor de González Vera— como ejercicio que prueba la tal vez excesiva pero siempre «infinita paciencia de la izquierda».

Inolvidable, porque allí se vivieron los años de maduración de la revista. Allí tuvimos reuniones (innumerables, para no quebrantar la norma) donde descubríamos aquello que tanto habíamos acariciado tantos desde hacía muchos años, antes incluso de que triunfara en las elecciones la Unidad Popular: el funcionamiento en el campo de la preocupación cultural de una inteligencia colectiva afincada en una visión marxista del mundo capaz de recoger lo que nos parecía medular en la voluntad de ideología: la pupila siempre abierta, es decir, la lucidez; el horror al dogma; el amor a la escritura por sus posibilidades de verdad, pero también de belleza. En aquel rincón nos reunimos con el Director infinitas veces, aquellos a quienes junto con él la revista debe en buena medida su fisonomía: Luis Bocaz, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez. Presidía un dirigente político y escritor, y debatían con él —sin contar al editor, es decir, el secretario de Redacción— un crítico y profesor de literatura, un filósofo, un periodista y un economista. Un abanico, si no ideal, bastante cercano a él para conformar una publicación que se quería política, literaria, filosófica, periodística y, si no volcada en particular a la economía, sí al menos al conjunto de las ciencias sociales. Y con un blanco común: Chile, y por extensión, América Latina. El sueño de la revista chilena cercana a lo total, seductora para el bachiller, el letrado, el académico, el investigador, pero accesible y atractiva también para el lector de a pie, aquel que habitualmente sólo lee diarios pero que cree de verdad en la lectura como fuente primigenia de la información y el conocimiento, o sea, de la acción.

Como buenos desterrados, discutíamos sin pausa «sobre la libertad de América» (me estoy apropiando de una frase de Gabriel, un mulato cubano que había conocido muchos años antes en Varsovia explotando —la frase también es suya— su «popularidad cromática» en un congreso de la Unión Internacional de Estudiantes), y cuando la oficinilla terminaba por hacérsenos asfixiante, partíamos al Chartier —en el Faubourg-Montmartre, a pocas cuadras de allí— el restaurante más barato de París según la guía Gault & Millau, donde la comida y el buen vino, más el abrigo del avejentado pero espacioso salón *belle époque*, nos facilitaban algunas horas adicionales de impaciente y ardorosa discusión.

Cuando tuvimos que abandonar aquellas dependencias titulares y allegados (entre los allegados estaba **Araucaria**) nos fuimos a un local muy cercano: había que alcanzar hasta la esquina, sólo una veintena de metros, doblar por los Grandes Bulevares hacia la derecha en dirección a la plaza de la Opera, y ya estábamos allí: un séptimo piso sin ascensor, un

paisaje parisino típico abierto sobre los techos incomparables de la ciudad. Fue, en cuanto a la revista se refiere, el breve episodio final; apenas el tiempo necesario para que una tarde de verano, René Dávila pudiera saltar por una ventana y reptar por los tejados como un gato, tratando de reunir las páginas de la copia única de un artículo que una ráfaga de viento había arrancado desde la cubierta de nuestro escritorio.

Se acercaba el fin de un período cuyos perfiles hemos abordado, desde otros ángulos, en otras crónicas. Terminábamos yéndonos de esta ciudad, pero ella dejaría una huella profunda en nuestro itinerario. En París vivían varios de nuestros colaboradores más valiosos y constantes y algunos de nuestros amigos mayores y mejores. Aun aquellos cuyos trabajos nos llegaban desde los países más remotos, u otras grandes amistades radicada en otras latitudes, se nos aparecen asociados a la urbe imán, la expropiadora, la que todo lo fagocita.

En aquella capital teníamos una masa abigarrada y entusiasta de lectores. Con ellos hubo a menudo reuniones multitudinarias. En el Departamento de Estudios Ibéricos de la Sorbonne-Nouvelle, en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina, en el teatro de Jean-Louis Barrault de los Campos Elíseos. Para festejar, a veces, un aniversario; otras sólo para intercambiar ideas, discutir perspectivas; en alguna ocasión, para disertar en un torneo académico definiendo los perfiles y propósitos de la revista. Nunca faltó el diálogo, que se sostuvo siempre en todos los niveles, en citas grandes y pequeñas, con los interlocutores más variados, en términos a menudo polémicos pero en un clima invariable de comprensión y amistad. Como esa mesa redonda con un grupo de militantes chilenos obreros, que principiaron reprochándole humorísticamente al secretario de Redacción su condición de «intelectual pequeñoburgués», y terminaron por aceptar la necesidad contemporánea de una cautela mayor en los criterios de clase, visto que en este caso el «burgués» era y es un simple peatón (involuntario), y los proletarios, en cambio, titulares todos de un automóvil propio.

En Francia hay lectores que merecerían de sobra una condecoración. Como Raquel Pavez, que todos los años completaba colecciones para reponer ejemplares que se le iban quedando en el camino, por regalos o por préstamos sin retorno; o el viejo periodista Luis Muñoz Leiva, que convirtió Bourg-La-Reine —suburbio que nunca conocimos— en referencia geográfica familiar. Hay otro caso ejemplar, el de Osvaldo Rodríguez, más conocido como «Gitano», que entonces vivía en París, pero que dondequiera que ha vivido —Berlín, Madrid, Praga, Göttinge, Volterra, Bardolino— ha trasladado su fervor sin fatiga como lector y colaborador de la revista.

En aquella ciudad, en Montparnasse, se quedó Julio Cortázar, que dejó en nuestras páginas, entre otras lecciones, la que nos enseña a convertir el exilio en fuerza y respuesta creadora. En otro cementerio dejamos un día a Julio Moncada, en el del Père Lachaise, no lejos de la rue de la Birague del Húsar muerto de su poema. En aquellos cielos se dispersaron, otro día, las cenizas de Rafael Vega Querat, colaborador, consejero incomparable, cuya sabiduría e ingenio poderosos no lo abandonaron —estamos seguros— ni siquiera en el instante mismo en que decidió saltar al vacío.

(En ese tiempo hubo también encuentros inesperados —nadie escapa a esos tropiezos— con seres sin rostro, no sabemos si de «tercer tipo»

o de «tercera fase», aunque no tenían nada de extraterrestres. Escritores innominados que eligieron la vía del anónimo para mostrar su disgusto por algún dibujo, alguna foto, algún artículo. Digámoslo con benevolencia: no es un noble modo de ejercer la crítica. Como en todos los procesos, hubo también un punto crítico antes que sobreviniera el reflujo definitivo. Una carta odiosa, pensada en términos de intriga mayor, propósito que se reveló imposible: era muy baja la talla moral e intelectual del falsario (o los falsarios) que urdió (urdieron) la conspiración desde la sombra. El caso está cerrado pero no olvidado, tal como aconsejan las lecciones de la Historia).

Vino luego el período de Madrid, que ya va en los tres años y medio. El equipo de apoyo no pudo nunca más ser reunido. El tener que descansar, en los sucesivos, en la pura comunicación epistolar abrió, sin embargo, la posibilidad de hacer más amplio el Comité Permanente. La decisión fue acertada. Se incorporaron: Virginia Vidal, exiliada en Venezuela hasta su muy reciente retorno a Chile; Pedro Bravo Elizondo y Jaime Concha, profesores, los dos, en universidades norteamericanas; José Miguel Varas, el animador ya legendario del programa «Escucha Chile» de la Radio Moscú; Guillermo Quiñones, ahora de vuelta en la Patria después de una década larga de exilio. Leonardo Cáceres, que también está de regreso en Chile, fue el único que pudo —vivía en Madrid— ofrecer su muy valiosa ayuda en interlocución directa y virtualmente diaria.

El desarrollo ha hecho más fáciles las comunicaciones, y el exilio nos ha convertido un poco en trotamundos, de modo que aquella mañana de julio de 1984, no demasiado repuesto todavía de los brindis de mi matrimonio legal del día anterior, cumplí como siempre las etapas del ritual diario en el transporte, sólo que esta vez, a la hora de bajar del Metro, lo hice en una parada posterior, y allí conecté con la estación de Austerlitz, la de los trenes de España, y horas después, en lugar de descender por los Grandes Bulevares camino de mi séptimo piso sin ascensor, me hallé atravesando la madrileña calle de Alcalá, en busca de la oficina de Arlabán, donde todo estaba dispuesto para abrir las carpetas pendientes y ponerse de inmediato a golpear las teclas de la máquina de escribir.

Así, casi casi tan sencillo como suena, comenzó la etapa española de **Araucaria**, que resultó a la larga más complicada pero por otras razones. España vive un momento histórico especial: su incorporación más o menos frenética a la Comunidad Europea, con todas sus consecuencias culturales, económicas y políticas. América Latina, que de cualquier manera nunca ha sido muy bien comprendida por los peninsulares, les pesa ahora a éstos como una conciencia vergonzante, una cuota propia de lastre del Tercer Mundo, del que con febril desesperación querrían marcar la mayor distancia posible. Los latinoamericanos hemos terminado por ser «sudacas» un poco intrusos y un mucho indeseables, a quienes es más fácil identificar en los tenderetes del Rastro o en las aceras de las mil esquinas del Madrid viejo, ofreciendo su pobre mercadería —falsas joyas, artesanías dudosas, mediocres indumentarias, *souvenirs* de ninguna parte— que en el plan hipotético de obreros o artesanos verdaderos, o profesionales, o artistas, o simplemente ciudadanos socialmente útiles. A España —la España oficial, la España de la elite política e intelectual, la España académica y universitaria, la España de los bancos innumerables y los *yuppies*, la España que ha hecho la amalgama entre modernidad y consumismo

desenfrenado— no le interesa de verdad ni Latinoamérica ni lo latinoamericano, salvo si hay de por medio ventajas económicas (como editar, por ejemplo, novelistas que se venden bien, cosa que puede ocurrir con un colombiano tanto como con un checo o un pakistaní), o la conquista de posiciones políticas (institutos de cooperación interpuestos) o simples cuestiones de prestigio «imperial» (el oropel y fanfarrias a propósito del quinto centenario del Descubrimiento). Si no surge ninguno de estos factores de interés, la actitud se define sin ambigüedad: va desde la mirada paternalista y fría, pasando por la indiferencia, para rematar, a menudo, en el desprecio franco. Hay otras Españas, es cierto, pero por el momento están como amodorradas, o afónicas, o ausentes. De manera que todo el esplendor de sus ochocientos años de historia y la suma de sus cielos tan azules, no nos sirven para sortear las cien trampas de soledad que nos ha tendido el desdén de los españoles.

Araucaria ha vivido y vive su ciclo madreleño inmerso en esa realidad, con los solos guiños de simpatía de los Alberti, los Marcos Ana y otros españoles de talante más bien humilde. No son muchos. Nuestros aniversario, nuestros diez años —casi una vida entera tratándose de una revista— han tenido, por eso, más ecos en Estocolmo, Colonia, Moscú, Londres, que en su propia ciudad de asilo. Una paradoja; otra más, entre tantas que nos ha deparado el exilio chileno.

* * *

Al cabo de diez años, viendo los treinta y nueve volúmenes alineados en el anaquel de la Redacción y teniendo en la mente la imagen de lo que viene en el N.º 40, el de aniversario, pensamos que **Araucaria** ha afirmado una personalidad; es una revista con una fisonomía discernible, diferente de otras publicaciones afines o cercanas, con un «estilo», diríamos, propio. Todo esto, alrededor de propósitos que en su línea gruesa, general, estuvieron claros desde el principio (la exposición de motivos del editorial escrito por el Director en el N.º 1 mantiene toda su vigencia), pero que en sus perfiles más finos ha ido poco a poco definiéndose con los años, conforme vivíamos nuestra experiencia y asimilábamos la evolución de los acontecimientos en Chile y en el mundo.

Araucaria es, en esencia, una revista política y cultural, chilena por sus temas dominantes y por la nacionalidad de la mayoría de quienes escriben en sus páginas, y con una fuerte vocación latinoamericana. Al cabo de diez años, la labor acometida en torno a sus objetivos no nos deja descontentos, pero tampoco incurrimos en el pecado de autosatisfacción. Lo mejor: las casi nueve mil páginas impresas, los centenares de autores que han escrito cerca de un millar y medio de artículos y trabajos diversos. Capítulos de la verdad de Chile: análisis, recuentos, testimonios, reflexiones, crónicas, textos literarios. En ellos está una parte considerable del país que piensa, del país que crea, y cuando se intente reconstruir la historia de este período tendrá que tomarse todo esto como referencia obligatoria. **Araucaria** abrió también una ventana hacia América Latina, aportando su contribución a una tarea pedagógica indispensable: enseñar a los chilenos a entender la lección de su filiación latinoamericana.

Hemos hablado del estilo, y queremos comprender en esto algo más que la simple utilización y organización de las palabras. La revista ha procurado mantener un cierto rigor en la vigilancia en torno al uso de la lengua, de su ennoblecimiento, partiendo de la premisa de que en el tiempo distorsionador del fascismo y del exilio la defensa del patrimonio lingüístico pasa a ser una tarea patriótica fundamental. Pero también **Araucaria** sostiene el principio de que el cuidado de la escritura está asociado a otros deberes mayores: huir del estereotipo, de la frase gastada, de la afirmación dogmática, de la idea machacona o repetitiva. La Revolución tiene también esta responsabilidad, porque ser revolucionario es luchar por el derecho (y el deber) a decir y oír las cosas en forma clara, profunda, elocuente, ahorrándose la pedantería, el esquema retórico y la simplificación.

Lo peor, al cabo de diez años: Pinochet sigue todavía allí. Toda la gana de conmemorar nuestro aniversario con invitaciones a la fiesta y al jolgorio, no puede hacernos olvidar que vivimos una realidad que tiene una ingrata simetría: diez años de nuestra vida son también diez años de pervivencia de la dictadura, y cada vez que intentamos sonreír a nuestra imagen en el espejo, veremos detrás, coartándonos el derecho a sentirnos plenamente felices, la torva imagen del Capitán y Procurador General de nuestras desgracias.

Porque **Araucaria** nació también para eso. Para contribuir, desde su ángulo preciso y con los instrumentos que le son propios, a derribar al dictador y rescatar para Chile los derechos del enunciado clásico: libertad, democracia, justicia, paz, bienestar; pero también otros derechos: a la verdad, a la inteligencia, a la belleza, a la inspiración creadora.

* * *

Al cabo de diez años, digamos también que **Araucaria** nos ha aportado a los que la hacemos, una cuota nada desdeñable de ventajas: hoy sabemos mucho más que cuando la comenzamos, nos sentimos más maduros y confiamos más en nosotros, porque mientras duraba el aprendizaje, empezaban a acumularse razones para sentir que, de un modo general, el mundo llegará hacia el fin del segundo milenio en un pie de esperanza mejor que el que hubiéramos podido imaginar hace sólo unos pocos años. Cómo no experimentar, además, una íntima y legítima alegría cuando se comprueba que la línea que nos impusimos desde el comienzo —la voluntad de apertura, el respeto a la transparencia, el ejercicio plural de las ideas, el freno a la tentación autoritaria, entre otros signos— empieza a afirmarse como vocación universal de quienes sueñan con una Humanidad mejor.



Amerty

La Revolución de Octubre en América Latina

OSVALDO FERNANDEZ DIAZ

I

Desde Argentina, que pronto iba a ser epicentro de la Reforma Universitaria —otro enorme sismo político cultural que también abarcaría al continente latinoamericano— Luis Emilio Recabarren escribe una serie de artículos que aparecerán en el periódico *Adelante* de Talcahuano, destacando la fuerza y la importancia de la Revolución Rusa. Se halla en esos momentos en Buenos Aires, donde participa en la constitución del Partido Socialista Internacional, fundado por un sector que se separa del Partido Socialista de J. B. Justo, y del cual Recabarren pasa a ser el secretario político¹.

Más tarde, en 1921, el PS Internacional que era uno de los primeros resultados del impacto de Octubre en América Latina, se transformará en Partido Comunista Argentino. No se disipan todavía los ecos de la Primera Guerra Mundial, y la Revolución Mexicana está llegando al final de su trágica epopeya.

Oswaldo Fernández es profesor en la Universidad de París (Nanterre—X). Es autor de *Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital*, entre otras obras.

¹ Esta información la hemos tomado del tomo 3, 1914, 1918 de *Recabarren. Escritos de prensa*. Santiago de Chile, Terranova, 1986, p. 2. Julio Godio se refiere al acontecimiento en el segundo volumen de su *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. México, Nueva Sociedad, 1983. Cita allí la relación de Emilio Corbiere, donde sólo aparece la votación que obtuvo Recabarren, sin indicar que hubiera sido elegido secretario del PSI.

Recabarren celebra los acontecimientos de Octubre señalando que por fin, «El sueño, la utopía de esos locos llamados socialistas pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana². Es importante retener la frase de este socialista de antiguo cuño, que ya tiene a su haber la fundación del POS de Chile en 1912, y el proceso de definición clasista de la FOCH. Con esta idea del «sueño transformado en realidad», no sólo expresaba lo que sentía, o lo que más le había impresionado de esta revolución que se efectuaba allá en los confines del Imperio zarista, sino lo que muy bien podría ser un balance del desarrollo de las ideas socialistas en América Latina.

Eran los tiempos de la emergencia proletaria en América Latina. Buenos Aires es un lugar de excepción, y, por lo tanto, es difícil calibrar allí lo que ocurre en el resto del continente; el «aluvión migratorio» había hecho de esta ciudad y de su proletariado una realidad distinta, dentro de una América Latina que recién entraba en su fase capitalista. Por todas partes, el proletariado comenzaba a constituirse principalmente a partir de los trabajadores de los enclaves mineros, y de los obreros agrícolas de las plantaciones. En la pampa salitrera, en las haciendas azucareras del norte del Perú, en las zonas cafetaleras de Guatemala, de todas partes emergían estas grandes concentraciones rurales que daban una nueva fuerza y otro carácter al contingente proletario. Un proletariado a medio camino entre relaciones semi-serviles y relaciones propiamente capitalistas. Por doquier, el panorama productivo muestra la fase que Marx describe como subordinación formal del trabajo al capital. Esto es, si bien el modo de producción capitalista es ya dominante, no ha modificado mayormente los importantes sectores que aun permanecen reproduciéndose bajo formas pre-capitalistas de producción. Pero, más que una anomalía, esta es quizás la forma específica de este desarrollo de vocación fundamentalmente primario exportadora.

Pero junto con estas grandes concentraciones proletarias, el desarrollo capitalista precipita la aparición de las grandes urbes, en donde artesanos, transportistas, oficios diversos van configurando un proletariado urbano. Tomemos, por ejemplo, el primer Congreso Obrero Local del Perú, allí participan gremios de panaderos, de albañiles, de carpinteros, de sastres, de choferes, obreros gráficos, etc. A pesar de que existen centrales locales, el movimiento obrero no alcanza todavía un carácter nacional.

Por eso, cuando Recabarren habla de la superación de la utopía, no se refiere exactamente al socialismo utópico, cuyas ideas habían sido desplazadas por la acción de los anarquistas y sobre todo del anarcosindicalismo, que alcanzaron a concretarse en el campo sindical contribuyendo a crear las primeras organizaciones proletarias. Muchos de los primeros congresos obreros fueron obra suya, como en Perú, Argentina (FOA, 1901) Uruguay (FORU, 1905), en México (CROM), etc. Más bien se refe-

² Recabarren, L. E. «La Rusia revolucionaria librando al mundo de la guerra», en *Recabarren. Escritos de prensa, op. cit.*, pp. 142/143.

ría a los elementos utópicos que aun impregnaban el movimiento proletario o el grado de irrealidad que este tenía, debido a la debilidad de sus dos ideologías constitutivas. En efecto, el movimiento sindical se encontraba, de una parte, frente a un socialismo que como el argentino guiado por J. B. Justo, descuidaba el sindicato para insistir en el Parlamento, bajo «la ilusión en una evolución hacia el socialismo sin ruptura nacional popular del modelo liberal»³; y un anarquismo que se restringía a la acción sindical, descuidando lo político, presentándose fundamentalmente como una doctrina redentora.

La revolución de Octubre, coloca al movimiento proletario que recién emerge a su organización como clase —cosa que ha logrado muy rápidamente, quemando en menos de cuarenta años un trayecto europeo mucho más largo— frente a la *revolución posible*, abriendo al proletariado y a la élite política e intelectual revolucionaria, la expectativa del poder. Estas serán las dos ideas— fuerza principales aportadas por la Revolución Rusa. «Aparece así una nueva corriente en el movimiento obrero latinoamericano, en abierta disputa con el socialismo evolutivo, el anarco sindicalismo y el sindicalismo revolucionario soreliano»⁴.

La idea revolucionaria aportada por el «maximalismo» cunde rápidamente en un terreno abonado por la crisis que en esos momentos vivía el Estado oligárquico.

La propia emergencia proletaria es uno de los fenómenos concretos de esta crisis. Una clase social que emerge reclamando y reivindicando de inmediato su participación dentro de una sociedad, que como la oligárquica, la había excluido hasta entonces de la esfera de lo político. Sin participación política y sin participación económica tampoco, su gestación como clase en sí, no podía ser sino anti-oligárquica. Por eso, también, los primeros embriones de organización proletaria estuvieron destinados a su supervivencia: mutualismo, Socorro Rojo, etc., y aun, la primera proyección de las mancomunales impulsadas por Recabarren, tiene todavía la expresión de la clase que recreaba en su propio bastión todas las instancias generales de la sociedad. Hay todavía un paso a dar, para que esta clase asuma su papel histórico, y sus contenidos revolucionarios. El impacto de la Revolución rusa viene justamente a abrir este otro frente de acción, que va más allá de la supervivencia como clase, que pone a estos sectores emergentes frente al Estado, como posibilidad y como tarea. La crisis abierta en que se encontraba el Estado oligárquico, en plena fisura desde el 1914, daba una perspectiva concreta al objetivo de la toma del poder.

Por eso, cuando Recabarren se refiere a la «utopía» de las ideas, apunta a la lejanía o ausencia con que el problema del poder había sido examinado por las vanguardias políticas de América Latina. Esto es lo nuevo que aporta la Revolución rusa al movimiento obrero. La idea de la *revolución*,

³ Godio Julio. *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. México, Nueva Sociedad, vol. 2, 1985.

⁴ *Ibid.*, vol 2, p. 14.

que desde entonces en sus virtudes y excesos, pasa a constituir la impronta mayor de este movimiento. En sus virtudes, porque el proletariado comienza a organizarse políticamente, tras objetivos políticos; porque proyecta dentro de esta organización la toma del poder, y porque organiza con mayor rigor y método su revolución. Su actitud anti-oligárquica, en un comienzo sólo reactiva, tiene ahora programa y organización concretos. En sus excesos, porque en la misma medida que se acentúa el aspecto revolucionario del movimiento y de las luchas contra el Estado oligárquico, se descuida el otro aspecto, consustancial al primero, y que constituyó una de las fuerzas de la Revolución rusa, el aspecto «nacional».

Elemento aún no constituido en América Latina, la «nación» estaba entonces apenas en embrión. Distintos fenómenos la retardaban; tan distintos y diversos como podía serlo la presencia del enorme contingente emigratorio europeo en Argentina, o el menosprecio por el indio en el Perú. Al no tomar en cuenta la «nación», se desatiende, en primer lugar, las otras lógicas que se hallan confundidas y coexisten con la lógica anti-capitalista, más propia e inherente al marxismo. Esta carencia es evidente en la literatura comunista, con la notable excepción de Mariátegui, que en este punto preciso no será comprendido en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en Buenos Aires en 1929. Las «otras lógicas» provenían y siguen proviniendo de la cultura pre-capitalista que dominaba en este movimiento, más rural que urbano. Es el caso del elemento indio, negro y sobre todo mestizo de nuestra composición cultural. Basta leer la biografía de Miguel Mármol escrita por Roque Dalton, para ver estos otros componentes culturales atraviesan la reflexión y la práctica de un dirigente como lo fuera Mármol⁵.

Otro problema que se liga a la forma como se efectúa esta asunción del bolchevismo en América Latina, se debe al hecho de que la idea de la revolución raramente fue leída, y traducida a esta realidad específica y diferente que era la latinoamericana; y a veces, fue más bien calcada o meramente aplicada como modelo, lo que da origen a los intentos fallidos de una revolución, que van de los primeros conatos en 1919 en Río de Janeiro, donde participa Astrogildo Pereira, a la terrible experiencia de la derrotada revolución del Salvador en 1932.

Pero hay otro sector, que también está en pleno proceso de emergencia: sectores medios de la sociedad latinoamericana de entonces, provenientes algunos de los aparatos del Estado nacional constituido desde fines del siglo XIX, pequeña burguesía urbana, miembros de profesiones liberales, y en especial, estudiantes universitarios e intelectuales, que serán particularmente impactados por los sucesos de Octubre. Las ideas de la Revolución rusa marcan las dos más grandes expresiones de la emergencia de estas capas medias; a saber, la Reforma Universitaria, que comienza en 1918 en Córdoba, Argentina, y que luego se extiende a Buenos Aires y de allí a todo el continente; y los movimientos de *avant-garde*.

⁵ Dalton, Roque. *Miguel Mármol*. San José de Costa Rica, EDUCA, 1972.

Muchos concibieron la Reforma Universitaria como una revolución. Se puede leerlo en uno de los primeros manifiestos de la Reforma, publicado en Córdoba en junio de 1918, donde se dice, que, «... se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente»⁶. En este sentido fue entendida y en el mismo fue criticada después, por muchos de los que vieron que no se había avanzado a estos objetivos y que la Reforma era lo que era, una Reforma Universitaria. Para los más comprometidos políticamente, la iniciativa continúa en la formación de las Universidades Populares desde donde se propusieron realizar la fusión entre el movimiento obrero y el estudiantil. Praxis política que se realiza bajo la forma de una praxis pedagógica, encubierta todavía por esta capa de ideologismo ilustrado, pensando aún en la educación como salvación⁷.

Los movimientos de vanguardia están también ligados a la emergencia de los sectores intelectuales, y como la emergencia proletaria, fueron también anti-oligárquicos. Es una de las razones que los proyecta más allá de la mera renovación poética, librándolos, al mismo tiempo de asumir las vanguardias europeas como una pura moda.

De todos modos vanguardia, en América Latina, pasó a ser *avant-garde* más «vanguardia política» en el sentido de Lenin. Y la reforma del lenguaje poético fue acompañada de expresiones políticas, de compromisos en otras iniciativas francamente «*engagés*», que sobre todo se expresan en la influencia que tuvo el movimiento *Clartè* en América Latina. Había, «... una forma de percibir la vida, de organizar y comprender sus parámetros, es decir, una visión del mundo, que es universo social y por lo tanto historia»⁸. *Amauta* resume y sintetiza todas las diversas tendencias incluidas en el movimiento de vanguardia; en Argentina, en cambio, da lugar a dos grupos distintos, los de Florida y los de Boedo.

Las minorías intelectuales se sintieron tocados por la idea de la revolución e imprimieron al carácter vanguardista de su acción este contenido. Como tal actuaron, fundaron revistas, constituyeron partidos. Más de un poeta participa en la creación de los partidos comunistas en América Latina. En *Amauta* estaba el germen del Partido Socialista del Perú, que se

⁶ Portantiero, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina*. El proceso de la reforma universitaria. 1918-1938. México, siglo XXI, 1978, p. 133.

⁷ «La trascendencia de ese movimiento es, como se demuestra, infinita. La unión latinoamericana, que soñó Bolívar, fue hasta hoy utópica por la desconexión ideológica, espiritual de nuestra raza. Armonizándonos en una aspiración común de ideas, de progreso, de ideales, las repúblicas latinas de nuestro continente responderán a una actitud compuesta y defensiva. Hasta hoy la política absorbente de Norteamérica fertilizó en nuestro suelo por la ignorancia y por la desorientación de los espíritus. La revolución universitaria despertará las almas. Y de la conmoción que a ese despertar sucede, surgirá, fúlgido como un sol, el porvenir de nuestra América.» Así se refería a este acontecimiento Julio Antonio Mella en 1924. Cf. Julio Antonio Mella. *Escritos Revolucionarios*. México, siglo XXI, 1978, p. 64.

⁸ Pizarro, Ana. *Vanguardismo literario y vanguardia política en América Latina*. En *Araucaria* n.º 13, p. 81.

funda en 1928. El entusiasmo con que estos sectores acogen la Revolución rusa, explica una serie de iniciativas, como la aparición en Porto Alegre, en Brasil, de un Centro Maximalista en 1918, o la Unión Maximalista de Río Grande del Sur, o los versos de *Altazor*:

«Mirad esas estepas que sacuden las manos
Millones de obreros han comprendido al fin
Y levantan al cielo sus banderas de aurora
Venid venid os esperamos porque sois la esperanza
La única esperanza
La última esperanza.»

Lo que queremos dejar bosquejado en estas apresuradas páginas, es justamente el carácter *interno* que el impacto de la Revolución rusa tuvo en América Latina. Que no se trata tan sólo de un fenómeno que puede ser detectado y cuyo impacto puede también ser medido en tales o cuales repercusiones.

Creemos que el análisis de la presencia de la Revolución de Octubre en América Latina, debiera ir más allá de la simple constatación, de suyo evidente, para examinar cómo se *interna* en una serie de procesos que por entonces están en plena fase de gestación y para los cuales pasará a ser un rasgo constitutivo. Nos referimos a procesos tales como el movimiento sindical, la conformación de la izquierda latinoamericana, el movimiento comunista, el desarrollo de las ideas marxistas, etc.

Su carácter *interno* tenemos que leerlo en la forma como impactó a las dos grandes fuerzas sociales que emergían en ese momento, pasando a ser parte integrante del mismo proceso de emergencia. La Revolución rusa coincide con los orígenes del movimiento obrero, marcando un hito de este proceso, como también coincide con la nueva intelectualidad anti-oligárquica que aparecía por entonces. La proximidad del bolchevismo le viene a los intelectuales latinoamericanos por varias razones: 1) Por efecto del impacto que ha tenido en el movimiento obrero; 2) Por el carácter europeo de la población uruguaya y argentina; 3) Por las estrechas relaciones culturales con Europa; la intelectualidad progresista reaccionaba con rapidez a sus cambios; 4) porque en América Latina ya «estaba implantada la ideología socialista»⁹.

II

¿Cuáles son los elementos contenidos en este impacto? Además del sesgo revolucionario con que impregna a las emergencias sociales, ¿en qué se traduce en concreto la presencia de la Revolución rusa en América Lati-

⁹ Godio, J., *op. cit.*, p. 89.

na? A pesar de la fuerza de su efecto, este acontecimiento habría sido flor de un día sin el apoyo de otros fenómenos que se dan en paralelo o posteriormente. Me refiero a la creación de la III Internacional Comunista en 1919, y a la difusión y conocimiento en América Latina de obras de Lenin. Ambos fenómenos, unidos a lo anterior, tiene que ver con la creación de los partidos comunistas en América Latina, con el carácter que asume el marxismo, que por estos años comienza a ser producido como algo propio de América Latina, en especial en la obra de José Carlos Mariátegui.

En *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, redactado en abril de 1917, pero publicado por primera vez como folleto en septiembre de ese año, Lenin consagra un capítulo a la necesidad de crear la III Internacional. La idea era incluso anterior a la revolución, porque venía de la concepción de una «izquierda» en la Conferencia de la II Internacional en Zimmerwald (Suiza) en septiembre de 1915. Núcleo que se amplía con los años y de cuyo estado al momento de la revolución detalla Lenin en el folleto. Casi podría decirse que esas páginas constituyen el acta de nacimiento de la III Internacional:

«No hay en el mundo país en que reine, *actualmente*, la libertad que reina en Rusia. Aprovechemos esta libertad no para predicar el apoyo a la burguesía o al «defensismo revolucionario» burgués, sino para dar un paso valiente y honrado, proletario, digno de Liebknecht, *fundando la III Internacional*, una Internacional que se alce resueltamente y de modo irreconciliable no sólo contra los traidores, contra los socialchovinistas, sino también contra los personajes vacilantes del «centro»¹⁰.

Sin embargo, pasaron casi dos años antes de que la idea se hiciera concreta en el Congreso que funda la III Internacional Comunista en Moscú, entre el 2 y el 6 de marzo de 1919.

Una vez fundada, la III Internacional va a precipitar la creación de gran parte de los partidos comunistas de Latinoamérica entre 1918 y 1930. En algunos casos por el impulso entusiasta de revolucionarios tales como Recabarren, Pereira, Baliño o Mella. En otros, a través de un proceso forzado por la Internacional, como lo fue en México. Mariátegui, conociendo las 21 condiciones, no estimaba que el modelo propuesto por la Internacional fuera apto, en un primer tiempo, al suelo peruano, y por eso, frente a los conflictos que le produce la ruptura con el APRA y Haya de la Torre, funda en 1928, el Partido Socialista del Perú. Es Ravines junto a otros, quien en 1930, luego de la muerte de Mariátegui le da el nombre de Partido Comunista peruano.

De todos modos, en medio de todas las vicisitudes propias de un movimiento obrero incipiente; de ideas marxistas que recién comenzaban a asentarse; de un debate ideológico y político provocado por estas dos fuerzas sociales emergentes, y que comenzaban a separarse a fines de los años 20, tomando una la vía de la revolución, pero en forma exclusiva, y la otra

¹⁰ Lenin, V. I. *Obras Escogidas*. Tomo 2, Moscú, Progreso, 1960, p. 68.

la del nacionalismo reformista; y de la crisis de las sociedades latinoamericanas que marchaban hacia el populismo; en medio de todos estos procesos, se van constituyendo los partidos comunistas.

En enero de 1921, el Partido Socialista revolucionario acepta las 21 condiciones de la III Internacional y pasa a ser Partido Comunista argentino. En 1920, surge el Partido Comunista uruguayo. En 1921, el Partido Comunista mexicano, que se había fundado por iniciativa de la Oficina de la III Internacional de México, y que tuvo por primer secretario al hindú Manabendra Nath Roy, al aceptar las «21 condiciones», comienza su real proceso de bolchevización. Sabemos que en el Congreso de Rancagua, IV Congreso del POS, el Partido Comunista de Chile decide ratificar su adhesión a la III Internacional, pero sólo en 1928 ésta lo reconoce como tal.

También en 1921 se crea el Partido Comunista de Brasil, que nace de las luchas obreras que se desarrollan entre el 17 y el 20. Su principal inspirador y primer secretario general fue, Astrojildo Pereira Duarte da Silva, intelectual que influido por la Revolución rusa y Lenin, había abandonado el anarquismo para hacerse marxista. En 1925 se funda el Partido Comunista de Cuba, gracias a cuadros como Carlos Baliño y Julio Antonio Mella, flamante dirigente de la reforma universitaria y principal animador de la Universidad Popular José Martí. En 1922 se funda en Colombia el antecedente de lo que en 1930 será el Partido Comunista de Colombia y que entonces se llamó Partido Socialista revolucionario marxista-leninista. En 1928 aparece en Perú, el Partido Socialista del Perú, fundado por Mariátegui.

III

Las ideas de Lenin inspiran fuertemente a la intelectualidad marxista de entonces. No sólo en América Latina. Hay también un impacto-Lenin, sin el cual no es posible explicar a cabalidad a Lukacs, a Antonio Gramsci, ni tampoco a Mariátegui o a Mella. Una manera de pensar que introduce en el discurso los temas abiertos por la Revolución rusa, junto a una dinámica particular, que caracteriza el estilo de Mariátegui, por ejemplo.

No vamos a describir toda la extensión de esta influencia, que llega hasta la literatura indigenista en la obra del peruano Luis Valcárcel, y a la poesía del vanguardismo creacionista de Huidobro. Veremos aspectos de su influjo en Mariátegui, someramente, con el único objeto de señalar los primeros criterios de la lectura de Lenin en ese entonces.

Mella nos proporciona una clave de esta lectura, en su artículo escrito en ocasión de la muerte del gran revolucionario ruso en 1924:

«Fue, como dice Ingenieros —en *El hombre mediocre*— que es todo genio, en su juventud, un idealista romántico, y en la edad madura, un idealista experimental.

No decimos, como los periodistas insinceros, que lloramos ante su tumba, que ponemos flores, etc. etc.

En su tiempo y en su medio, fue un avanzado, y un superhombre que supo con el poder de su genio dar un impulso poderoso a la transformación de una civilización.

No pretendemos implantar en nuestro medio, copias servibles de revoluciones hechas para otros hombres en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación.»¹¹

Hay aquí un énfasis en lo propio, que le llega a Julio Antonio Mella de la reforma universitaria. Espíritu de época que también se encuentra como base en el pensamiento de Mariátegui. Estas dos ideas presentadas por Mella están presentes en Mariátegui, en 1928, cuando hace implícitas sus posiciones marxistas a propósito de su crítica al libro de Henri De Man, *Au delà du marxisme*. Mariátegui reitera entonces el efecto fundador que tiene Lenin para su pensamiento. Sobre esta base organiza la respuesta crítica a De Man, señalando que éste, sin haber alcanzado al pensamiento de Marx con su empresa liquidadora, tampoco alude a Lenin, en tanto se colocaba fuera del campo teórico abierto por la Revolución rusa, y que no llegaba a comprender.

Lenin representa, para Mariátegui, una nueva etapa dentro del marxismo, el momento de la revolución; por lo tanto, una dinámica heroica, convocante, pero que constituye la real continuación del pensamiento de Marx. Así, en el cuarto ensayo de la serie de *Defensa del marxismo*, comienza de la siguiente manera:

«Con lenguaje bíblico el poeta Paul Valéry expresaba así, en 1919 una línea genealógica: «Y éste fue Kant que engendró a Hegel, el cual engendró a Marx, el cual engendró a...» Aunque la revolución rusa estaba ya en acto, era todavía muy temprano para no contentarse prudentemente con estos puntos suspensivos, al llegar a la descendencia de Marx. pero en 1925, C. Achelin los reemplazó por el nombre de Lenin. Y es probable que el propio Paul Valéry no contrase entonces demasiado atrevido ese modo de completar su pensamiento.»¹²

Pero, en tanto es lo nuevo, Lenin representa también en el pensamiento de Mariátegui, la renovación del marxismo. Su leninismo —entendiendo por tal su lectura particular de Lenin— puede resumirse en la frase también de estos escritos de 1928: «...Lenin nos prueba, en la política práctica, con el testimonio irrecusable de una revolución, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx.»¹³ Hay aquí un cierto distanciamiento crítico de Marx, del cual nunca se desprendió del todo, aunque lo percibió claramente como rechazo de las posiciones de la II

¹¹ Mella, J. A. *Escritos...*, op. cit., p. 43.

¹² Mariátegui, J. C. *Obras Completas*. Tomo 5, *Defensa del marxismo*. Lima, Amauta, 1974, p. 39.

¹³ Mariátegui, J. C., op. cit., p. 126.

Internacional y del marxismo que ésta había oficializado. Una distancia que se mantiene en la medida que es seducido por el aspecto heroico que dimana de la revolución y del texto de Lenin.

El aspecto heroico, y a veces, casi místico, con que Mariátegui integra a Lenin en la constitución de su propio pensamiento, nos da una idea de cual era la impronta esencial del marxismo en esta época. No hubo entonces una lectura sistemática, pausada de los textos, de los cuales solo se conocía una parte, por lo demás. Eso vendrá después, durante los años 60. En cambio, durante los años 20, la asunción del marxismo está directamente ligada a la dinámica revolucionaria. Las tareas de la revolución concentran todo el esfuerzo teórico. Es el sentido en que hay que entender el impacto de Lenin en los intelectuales latinoamericanos, en especial en Mariátegui. Por eso, si se puede hablar de leninismo con relación al marxista peruano, o respecto de Mella, se trata de un leninismo que nada tiene que ver con la codificación estaliniana que vendrá después, pero que ya comenzaba a gestarse a fines de los 20 y cuya presencia anquilosará la reflexión marxista en América Latina y en otros lugares por largo tiempo.

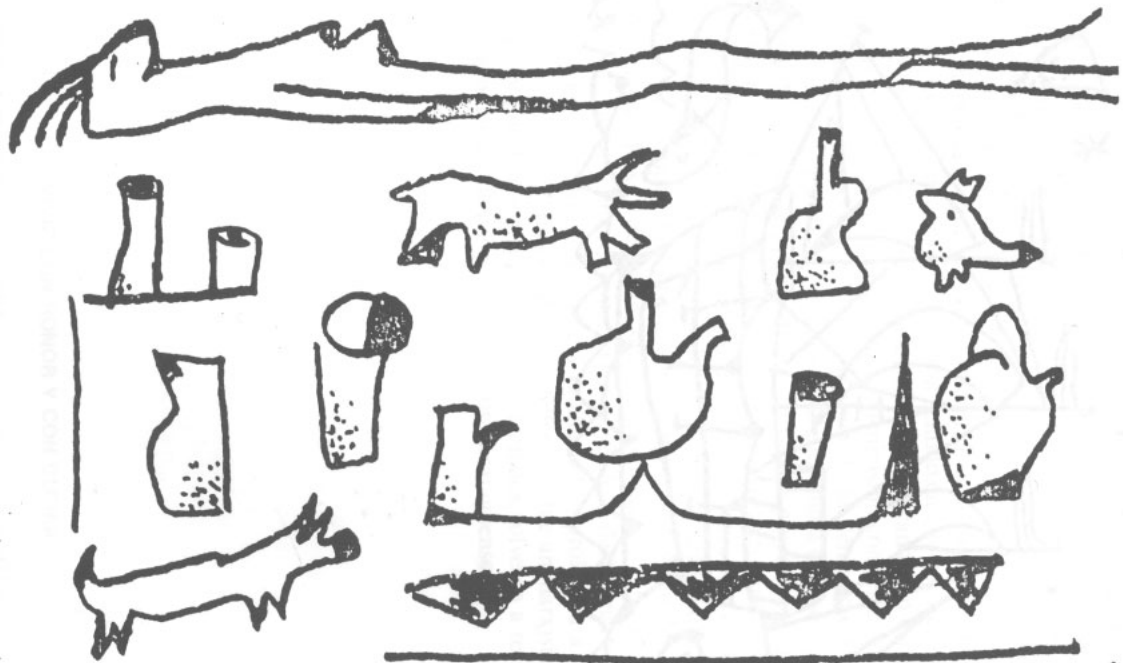
Si este momento en el desarrollo de las ideas marxistas en América Latina, que podemos conocer en la obra de Recabarren, Mella, y Mariátegui, no fue una empresa exclusivamente teórica, por efecto del impacto de la Revolución Rusa y de Lenin, se hizo interpretación y transformación práctica, de una manera concreta, contribuyendo a darle una fisonomía orgánica y programática a lo que era la alternativa proletaria a la crisis oligárquica. Por eso, el marxismo de aquellos días fue un marxismo específico, propio de Latinoamérica, cuyos contenidos volverán a recobrase con la Revolución cubana y la Revolución nicaragüense.

VIVIR CON HONOR Y CON GLORIA

—Prefiero equivocarme peleando contra las injusticias antes de quedarme equivocado sin hacer nada.

(Ricardo Hormazábal, dirigente del sector de izquierda del PDC, opinando sobre la movilización social en Chile. *Apsi*, 12-18 oct. 87).





R Alberty

Variaciones sobre el olvido

MARIO BENEDETTI

El pasado es siempre una morada. Cuando nos mudamos al presente, a veces alimentamos la ilusión de que cerrando aquella casa con tres candados (digamos el perdón, la ingratitud o el simple olvido) nos vamos a ver libres de ella para siempre. Sin embargo, no podremos evitar que una parte de nosotros quede allí, coleccionando goces o rencores, transmutando los momificados hechos, en delirios, visiones o pesadillas. Esa parte de nosotros que allí queda nos llama cada tanto, nos hace señales, nos refresca viejas primicias, y todo ello porque es la primera en saber que no nos conviene abandonarla, hacer de cuenta que nunca existió. El olvido es, antes que nada, aquello que queremos olvidar, pero nunca ha sido factor de avance. No podremos llegar a ser vanguardia de nada ni de nadie, ni siquiera de nosotros mismos, si irresponsablemente decidimos que el pasado no existe.

Y esto vale para el individuo y para la sociedad. Los analistas bien lo saben: muchas de las carencias, pesadillas e inhibiciones del adulto suelen tener raíces en la infancia, que es, después de todo, el amanecer del pasado individual. Si cortamos los puentes con la infancia, es posible que nos condenemos a una inacabable inmadurez. Es claro que la infancia no sólo está para ser contemplada, tal como si se recorriera un viejo álbum de fotografías en sepia; más importante es descubrirla, comprenderla, desc-

Mario Benedetti, uruguayo, es novelista y poeta, autor de una veintena de títulos de celebridad continental.

frarla, detectar dónde comenzó una esperanza, dónde fue sembrado un desaliento, provocada una animadversión. Evidentemente, no es posible llevar consigo un completo inventario del pasado; no hay maleta ni diario íntimo con capacidad suficiente. Tampoco hay ningún texto (ni siquiera el más minucioso de los anales) que registre cada jornada de la historia. Pero la memoria, o su vicario el subconsciente, van acumulando una antología de las esencias atesoradas, de las imágenes que entre otras cosas son signos de identidad, de las palabras que fueron revelaciones, de los goces y sufrimientos decisivos.

La memoria individual sólo acaba con la muerte, esa inquerida meta del futuro, casi un negativo de la *última Thule*, pero mientras tanto, mientras el tiempo nos va llevando de la mano, y a veces de los cabellos, por la vida, el futuro se va empequeñeciendo y en esa reducción nos reserva deterioros, decadencia, pérdidas varias y sucesivas, en tanto que el pasado, por el contrario, aumenta de espacio, se va convirtiendo en nuestra única riqueza inexchangeable.

El futuro es un juego de azar, una ruleta, y en esa cualidad reside por cierto buena parte de su atractivo, de su seducción, pero llegará un instante en que sólo nos quede una postrer jugada y de antemano sabremos que el implacable *croupier* barrerá nuestras últimas fichas. En ese juego epilodal nadie hace trampas: siempre perdemos. El pasado, en cambio, no es un azar, aunque en un instante, cuando sólo era presente, pueda haberlo sido (o parecido). Ahora, cuando es definitivamente pasado, es una certeza. Catálogo de resultados múltiples, de ganancias o pérdidas, de juicios que ya no son prejuicios, el pasado es un saldo constantemente actualizado.

Por eso, el ser que tiene el infortunio de sumergirse en la amnesia no puede empezar la vida desde cero, ya que se ha quedado sin memoria pero también sin inocencia. El mero hecho de saber que hay en él un pasado al que no tiene acceso genera una angustia que descarta la inocencia. No es el futuro lo que inquieta al amnésico: sabe que no puede aspirar a él, ni hacer ningún cálculo para mañana, mientras no vuelva a ser dueño de su pasado. De ahí que no le produzca ninguna mejoría, sino a veces más angustia, el que los demás, los memoriosos, le proporcionen datos de lo que en su pasado fue, o le muestren fotos y le digan y repitan: «Esta fue tu madre; ésa era tu casa», porque ni la madre ni la casa existirán realmente para él mientras no vuelvan a ocupar sus puestos en su memoria individual. La memoria ajena no es suplente de la propia, sino otro territorio al que apenas podrá acudir como turista, y menos que eso, porque el turista, el extranjero, siempre conocen de qué geografía y de qué historia vienen.

Hay una diferencia sustancial entre el amnésico y el *olvidador*, y entre éste y el olvidadizo, que es apenas un precandidato a olvidador. El amnésico ha sufrido una amputación (a veces traumática) del pasado; el olvidador se lo amputa voluntariamente, como esos reclutas que se seccionan un dedo para ser eximidos del servicio militar. El olvidador no olvida porque sí, sino por algo, que puede ser culpa o disculpa, pretexto o mala con-

ciencia, pero que siempre, invariablemente, es evasión, huida, escape de la responsabilidad.

No obstante, el olvidador nunca logra su objetivo, que es encerrar el pasado (cual si se tratara de desechos nucleares) en un espacio inviolable. El pasado siempre encuentra un modo de abrir la tapa del cofre y asomar su rostro. El amnésico hace a menudo denodados esfuerzos para recuperar su pasado, y a veces lo consigue: el olvidador hace esfuerzos, igualmente denodados, por desprenderse del mismo, pero sólo cosecha frustración, ya que nunca logra el pleno olvido. El pasado siempre alcanza a quien reniega de él (así se trate del mismísimo Macbeth), ya sea infiltrándose en signos o en gestos, en canciones o en pesadillas. Los pueblos nunca son amnésicos. Amnistía no es amnesia. La tradición es un recurso de la memoria colectiva, pero también hay otros, menos inofensivos. Tampoco los gobiernos son amnésicos, aunque a veces intentan ser olvidadores. Curiosamente, su forma de olvidar suele ser proselitista, ya que su objetivo es que los demás también olviden. Siempre es un mal síntoma cuando un gobernante intenta basar su poder en el olvido colectivo. Por lo general, es entonces cuando propone empezar desde cero, como si eso fuera posible. Lo cierto es que esa frase tiene para él un encanto particular. Hay que prohibirse mirar hacia atrás; hay que mirar siempre hacia adelante. (Digamos como el rinoceronte, miope conspicuo pero arremetedor. No obstante, alegoría más idónea e incitante es la del búho, que aunque no tiene ojos en la nuca, bien que se las arregla para mirar hacia atrás y tal vez por eso tiene fama de sabio.)

Es obvio que se trata de una metáfora oficial, burocrática, pero en el subsuelo de cada metáfora siempre yace un sentido recóndito. El significado superficial es que no cultivemos el rencor ni la venganza. Bravo. El significado recóndito es que renunciemos a ser justos: que el sentido de la justicia desaparezca junto con los desaparecidos. De todo el legado de los Evangelios, sólo rescatan aquello de poner la otra mejilla, y en consecuencia preparan minuciosamente la segunda bofetada. Sin embargo, ningún pueblo logra una verdadera paz si tiene un pasado pendiente. Los olvidadores también lo saben (¿quién puede no saberlo?) pero no les importa mucho, porque en el fondo no les importa la paz.

Los pueblos siempre recuerdan, pero una forma de ayudarles (y ayudarnos) a recordar es describir cómo era el pasado cuando aún era presente. Las palabras, aunque hayan sido lavadas del rencor y la venganza, siguen siendo palabras: existen. Los desaparecidos se esfuman, pero la palabra *desaparecido* adquiere desde ahora una nueva y escalofriante acepción. Ya no corresponderá a la paloma que se vuelve ausencia en la galera del prestidigitador para luego emerger de una de sus mangas; ahora alude más bien al niño que se hizo humo ante la mirada atónita de las abuelas de plaza de Mayo y no hay arte de magia que lo haga renacer. La maldición de la tortura fue, existió (y en tantos lados existe aún), pero los olvidadores tratan de borrarla, procuran que la Prensa no ose decir ese nombre y que las asociaciones pro derechos humanos no sepan ya cómo destacarla

en su lista mundial de abyecciones; en todo caso, los olvidadores toleran que la palabra tortura sobreviva como un digno ejemplo de *obediencia debida* o un matiz de celo excesivo. No obstante, la palabra tortura permanece no sólo en el lenguaje cotidiano, sino también en el de las cicatrices, las mutilaciones, los muñones de vida, las franjas de muerte.

La palabra es probablemente la mayor dificultad que enfrentan los olvidadores profesionales, porque la vocación congénita de la palabra no es omitir, sino nombrar, así como la justicia está para juzgar y no para complicarla en el olvido. Luciano Rincón se refería en un artículo publicado hace algún tiempo en el diario madrileño *El País*, al «hecho curioso de que haber sido antifranquista se está empezando a convertir en algo de mal gusto». Algo parecido pasa en Portugal con quienes protagonizaron la *revolución de los claveles*. Acaso tampoco falte mucho para que en las vigiladas democracias de Argentina y Uruguay el hecho de haberse opuesto a las respectivas dictaduras empiece a convertirse en antigualla o recuerdo fósil. Sin embargo, pese a todo, para la injusticia sólo hay un remedio y éste no es el olvido, sino la justicia.

El cálculo que suelen hacer los olvidadores es que ellos olvidan a plazo fijo (y con fructuosos intereses) y que en todo caso serán sus sucesores quienes deberán hacer frente al rechazo popular. Juzgar el pasado no es faena cómoda, pero al menos no es inútil como el olvido. Los olvidadores oficiales, que a menudo proclaman ser portavoces del pueblo, deberían tener cierta osadía, aunque fuese en dosis mínimas, si es que quieren asumir una cuota parte de la dignidad colectiva. El olvido es un barniz, o incluso la propuesta de una imagen espuria, pero bajo el barniz o la imagen fraudulenta, la realidad finalmente surge. Por debajo del falso Altmann aparece, en una afinada operación de *pentimento* histórico, el Klaus Barbie de la realidad, y los olvidadores de un *aquí* cualquiera no se atreven a defender *allá* al «obediente debido» que envió medio centenar de niños a la muerte. No obstante, aun esa invasión del pasado abyecto por la justicia presente incluye un detalle revelador. El falso pasaporte a nombre de Altmann le fue extendido a Klaus Barbie por la CIA, que, con pleno conocimiento de sus crímenes, no tuvo reparo alguno en reclutarlo y considerarlo como uno de los suyos. No obstante, este dato espectacular sólo figura en la gran Prensa internacional como una mera información y no parecen abundar los editorialistas que se atrevan a calificar esta democrática inmoralidad. Todos acusan (con razón) a Barbie, pero nadie se acuerda de la benemérita CIA.

El rencor y la venganza inferiorizan al rencoroso y al vengativo. Ah, pero la justa sanción de la tortura y otras violaciones de los derechos humanos dignifican a la humanidad. «La tortura no es inhumana», decía Sartre, «es simplemente un crimen innoble y crapuloso, cometido por hombres y que los demás hombres pueden y deben reprimir». La tortura no puede ser purgada torturando al torturador, debido a que la sevicia corrompe a quien la practica, aunque el ex victimario y ahora presunta víctima pudie-

ra, en un dictamen apasionado, merecerla. Ocurre que ningún ser humano, por inhumano que sea o parezca, es merecedor de tortura.

No es el olvido lo que puede salvar a una comunidad del rencor y la venganza. Sólo el ejercicio de la justicia permite que la comunidad recupere su equilibrio. La fidelidad, la lealtad, la justicia son actitudes que adquieren valor en su conexión con el pasado. Nadie pretende ser fiel a un futuro, leal a un juramento que todavía no ha hecho.

Al prójimo ecuánime y entrañable, que también los hay, no le seduce la retórica del olvido, sino las cuentas claras, esas que conservan enemistades. No ignora que tras esa mímica de generosidad, tras ese despilfarro de perdones, tras ese simulacro de justicia, el pasado de veras sigue intacto: con sus principios y sus riesgos, sus frustraciones y sus laureles, sus violetas y sus pavos reales, sus almas en pena y sus almas en gloria. Ocurre que el pasado es siempre una morada y no hay olvido capaz de demolerla.

PROBLEMAS Y OLVIDO

«¡Para qué se mete en problemas, para qué va a alegar! ¿Sabía que le iba a pasar eso? ¡A lo mejor sí! y mira lo triste que tengo que decir, pero a lo mejor hay mucha gente que está contenta porque pasó esto, porque da algo que decir».

(Declaraciones de Cecilia Bolocco, «Miss Universo», a propósito de María Paz Santibáñez, que fue baleada por un carabiniere). *Hoy*, N.º 534, 12-18 de octubre 1987).



RAlber4

El mensaje de Carmen Gloria

1

Gabriela Meza

A primera vista engaña. Sentada en una silla del comedor de su casa, situada en un sector de clase media baja de Santiago, Carmen Gloria Quintana se ve frágil. Con su cuerpo cubierto desde el cuello hasta los tobillos, incluidos brazos y manos, por un traje de compresión «para aplastar las quemaduras», sólo quedan al descubierto su rostro y sus uñas.

Encima del traje, un sweater y un pantalón le dan la apariencia de cualquier muchacha próxima a cumplir veinte años. Su rostro enteramente quemado es el único signo visible de la tragedia vivida por ella el 2 de julio del año pasado, cuando junto al joven Rodrigo Rojas Denecri fue rociada con bencina por una patrulla militar que luego les lanzó un artefacto incendiario. Ambos participaban en una jornada de protesta convocada en contra de la dictadura por las organizaciones sociales agrupadas en la Asamblea de la Civilidad.

Rodrigo murió cuatro días después, tras una lenta y dolorosa agonía, Carmen Gloria, estudiante de primer año de ingeniería en la Universidad de Santiago, prosiguió sola su batalla por sobrevivir. Con el 62 por ciento de su cuerpo quemado, lo tenía todo en contra. Salvo una tremenda fuerza interior que la ayudó a soportar más de mil exámenes clínicos, dieciséis operaciones y más de cincuenta radiografías durante los setenta y dos días que estuvo internada en el pabellón de quemados del Hospital del Trabajador, en Santiago.

El 16 de septiembre fue trasladada a Montreal, Canadá, para proseguir su tratamiento en el Hospital Hotel-Dieu. La Iglesia Católica y el gobierno de ese país

ofrecieron la ayuda necesaria para que recibiera la atención que precisaba.

Desde entonces, ha vuelto dos veces a Chile. En abril de este año, para estar presente durante la visita de Juan Pablo II, y en junio para participar en el proceso que sustancia la justicia militar para esclarecer los hechos.

«Vine sólo por dos semanas porque mi tratamiento no me permite ausentarme por más tiempo, pero ya llevo un mes y diez días» dijo a SEMLA, mientras procuraba paliar el frío invernal alrededor de una estufa. Ha debido participar en una rueda de reconocimiento de los criminales, en la reconstitución de escena y en un careo con los militares que integran la patrulla que los detuvo y que, según todos los indicios, les causó las quemaduras.

En cada uno de estos actos judiciales, ha impresionado por su entereza y resistencia. Siete horas duró la reconstitución de escena y se realizó, después de varias postergaciones, de madrugada y bajo una fría lluvia torrencial que Carmen Gloria soportó estoicamente, sin paraguas y sola. No se permitió la presencia junto a ella ni de sus abogados ni de su madre.

El costo emocional de estos hechos ha sido evidente. Y así lo admite. «Revivir todo lo ocurrido junto a los asesinatos fue muy difícil... Revivir cuando me quemaron... fue un calvario nuevamente. También ha sido difícil hacer mis declaraciones frente a los fiscales que son totalmente inhumanos e irrespetuosos. Me tratan a gritos, me insultan, me dan órdenes. Incluso en un momento del interrogatorio el fiscal dio un golpe en la me-

sa y dijo "ya basta, mierda" y se puso de pie».

Recuerda todo nítidamente y así lo reitera una y otra vez. «Pero ellos quieren confundirme y me repiten las mismas preguntas para ver si me contradigo. El fiscal me dice que he declarado otras cosas en las actas anteriores. Yo le digo que no, porque estoy segura de los que estoy diciendo y la verdad no cambia. En un momento lo insté a que revisara las actas. El empezó a buscar e hizo como que no encontraba la parte que discutíamos. Yo le pedí que me las pasara y le mostré que había dicho siempre lo mismo».

Habla tranquilamente, casi en forma monótona. Sus labios quemados y la falta de los dientes superiores — «no sé si me los botaron con los golpes (de los militares) o se cayeron a causa del tratamiento» — no impiden que responda las preguntas que cientos de veces le han hecho periodistas de todos los países. Su caso, hace más de un año, horrorizó a Chile y al mundo.

«Los sufrimientos más grandes que tuve fueron en Chile, porque me sacaron toda la piel quemada para hacerme injertos. Cuando estaba sin piel se me pegaban las sábanas y cuando las cambiaban sentía un dolor muy grande. No quería ni moverme. Me sentía sin energías. Hasta noviembre estuve con un tubo para comer, además de un tubo respiratorio, o que me impedía hablar con nadie. Eso fue muy angustiante».

Cuando recuperó la conciencia, días después de ocurridos los hechos, sintió que no podría vivir. «Fue terrible para mí. Verme todo mi cuerpo quemado, arrugado, negro. Lloraba todas las noches, pero con la ayuda del doctor, de las enfermeras, de mi mamá que me contaba que todo Chile solidarizaba conmigo, empezó a nacer una fuerza tan grande en mi interior que me hizo aceptar todas las quemaduras por la lucha del pueblo chileno. Cuando supe la muerte de Rodrigo crecí esa fuerza y me decidí a encarar a la dictadura de frente. Me siento realmente como un portavoz de todos los caídos. De Rodrigo Rojas, de mis compañeros de Universidad, de los desaparecidos, de los degollados, de los dinamitados. Soy un caído que se levantó y que los representa».

Lo dice sin estridencias pero con una firmeza incuestionable conseguida después de superar unas cuantas crisis. Tenía dieciocho años cuando la quemaron. Hija de una familia modesta compuesta por seis hermanos, vivía conforme a su edad, compartiendo las vivencias y las inquietudes de lo que significa ser universitario en el Chile de hoy.» A veces nos quedábamos estudiando hasta tarde, o bien tocando guitarra. Me gustaban las fiestas, bailar y estar con mi «pólolo». Nunca perteneció a un grupo político, pero trabajaba en las ollas comunes, que funcionaban cerca de su barrio.

El 2 de julio de 1986 salió temprano de su casa, junto con su hermana y el novio de ésta. Se reunieron con otros amigos para apoyar el «paro» convocado para ese día. Uno de los jóvenes, a quien ella conocía de vista, les pidió que ayudaran a formar una barricada con las cuales habitualmente se obstaculiza el paso de las fueras represivas. «Yo nunca antes había hecho una», recuerda ahora Carmen Gloria.

Estaban preparándola — generalmente se hace con neumáticos viejos — cuando llegó una patrulla militar. Unos cuantos lograron escapar, pero ella y Rodrigo fueron detenidos y prácticamente encerrados en un callejón muy próximo a su casa. Ahí comenzó la tragedia. Una vez quemados, los arrojaron sobre una camioneta y los fueron a botar en un descampado, en las afueras de Santiago, creyéndolos moribundos.

En un principio Carmen Gloria evitaba recordar estas imágenes de pesadilla. Pero «me he ido conformando con el tiempo y todas mis cicatrices y mis huellas las siento como las cicatrices y las huellas que ha dejado la dictadura al pueblo chileno».

El momento peor ya pasó. Ocurrió en Canadá y fue cuando tuvo que enfrentarse al espejo y mirar su rostro. «Me vi tan desfigurada que no me reconocía. Ahora se me ha mejorado un poco la cara por el tratamiento», cuenta. Este se prolongará por otros dos años. Y aunque lo sabe largo y tedioso, no le preocupa mayormente.

Su interés, hoy, es lograr que se haga justicia. Aun cuando no confía en los tribunales militares chilenos: «Creo que la justicia se va a hacer sólo cuando este-

mos en democracia». Viajó desde Canadá, retrasando su recuperación, para enfrentarse a sus agresores.

Estos se han burlado de ella, la han

humillado, la han maltratado, pero no han podido evitar ver en su cuerpo las acusadoras huellas de su propia barbarie.

2

Esteban Tomiá Errázuriz

Es la madrugada del martes 14 de julio de 1987. Sobre Santiago no cesa de llover desde hace cinco días.

Sobre Santiago y sobre nuestros ámbitos, porque a pesar de que la televisión y los medios de comunicación en general, destacan todavía los resultados del último partido de fútbol jugado en Buenos Aires, nosotros sabemos que esta lluvia pertinaz, macondiana, trae drama y simboliza el drama que azota a nuestro país.

Quiero hablar de Carmen Gloria Quintana. Quiero hablar del ejemplo claro, vigoroso, formidable de esta muchacha que ha llegado de Canadá para estar con nosotros e infundirnos fe en nuestra capacidad de dar testimonio y de luchar.

Quieta, perseverante, con sonrisa constante en su rostro quemado, pidió ser llevada ante los mismos que la quemaron a sangre fría. (La rociaron hasta que llegó a sentir en su boca el sabor a bencina y luego encendieron un fósforo).

Pidió venir del Canadá, donde tiene un refugio que le garantiza salud y seguridad, para mirar a la cara a Fernández Dittus, hoy ascendido a capitán, y al resto de la patrulla. Para reconocerlos, en el sentido más profundo del término.

Pidió estar aquí, a pesar de que podía ser objeto de burla, atropello y maltrato. Así ocurrió.

Varias veces fue postergada la reconstrucción judicial de la escena. Varias veces durante horas interminables fue interrogada, no para que dijera la verdad, sino para oírse llamar mentirosa y otras cosas peores por el fiscal. Cuando finalmente se hizo la reconstitución, fue de madrugada, bajo una lluvia implacable

como ésta, sin la presencia de los abogados, parientes o amigos de Carmen Gloria.

Para los otros, en cambio, toda la protección del mundo. Toda la que el mundillo oficial chileno puede ofrecer hoy: barreras policiales, militares y de CNI. Los rostros de los autores pintorrejados de negro. Camiones, camionetas con metralletas montadas y, por si fuera poco, empujones de parte del fiscal y la consabida acusación de que estaba mintiendo.

El día anterior, para darle a todo esto el trasfondo de aprobación desde lo alto, el recién nombrado intendente de Santiago motejó públicamente a Carmen Gloria de «presunta terrorista». Pero Carmen Gloria estaba ahí para enfrentar todos esos retos, y quizás otros más grandes aun, e hizo lo que tenía que hacer, sola, herida, hostilizada, bajo una lluvia incesante.

Me pregunto: ¿Por qué vino Carmen Gloria? ¿Qué la movió a dar este increíble testimonio de amor a la verdad?

Lueve sobre Santiago. El cielo está oscuro. Suena el techo de mi casa bajo el golpe de la masa de agua. Vislumbro la respuesta, como una luz cálida en medio de la noche: Carmen Gloria ha venido a darnos ánimo y a decirnos que sí podemos. Que entre nosotros, alrededor nuestro, diariamente, se producen decenas y centenas de testimonios de coraje y de valor cívico como el suyo. Ha venido a demostrarnos que ante la fuerza que posee quien dice la verdad, el poder se arma de cascos, cercos de acero, metralletas, silencio, pintura en el rostro, arrogancia oficial... y retrocede.

JORGE DIAZ

Amenazas anónimas

*Para todos los compañeros del teatro chileno
que han estado recibiendo amenazas anónimas.*

*Disparen al actor
es peligroso
desnudo y desarmado
en medio de la plaza
es el blanco ideal
de nuestras armas.
Disparen al actor
es peligroso.*

*Disparen al actor
es subversivo
canta a la libertad
a la esperanza
a la vida que está
amenazada.
Disparen al actor
es subversivo.*

*El actor es odioso:
un espejo deforme
en el que nosotros
nos vemos reflejados.
El actor es abyecto:
un mendigo sin nombre
un paria sin derechos
que vive de milagro.*

*El actor es obsceno:
carece de pudor
se desnuda y se viste
con harapos robados.
El actor es indigno:
se complace en mostrar
las llagas y los vicios
que todos ocultamos.*

*Disparen al actor
es un testigo
que no cierra los ojos
ni se calla
que se burla y se ríe
en voz alta.
Disparen al actor
es un testigo.*

*El actor es embustero:
registra lo que pasa
con indicios sutiles
del vivir cotidiano.
El actor es un ladrón
que sólo se alimenta
de las vidas ajenas
que sube al escenario.*

*Marginal
disidente
errático
y bufón
amoral
insolente
caricato
e histrión
rapsoda
ilusionista
payaso
agitador
ególatra
circense
iluso
camaleón
demente*

equilibrista
perplejo
ruiseñor
el actor... el actor... el actor
¡Disparen al espejo!
¡Disparen a la voz!
¡Que muera la palabra,
el gesto, la emoción!

Y después del disparo...
¡Un momento! ¡Atención!
¡Que se enciendan los focos!
¡Esta noche, señores,
como todos los días,
empieza la función!
¡Cada uno a su puesto!
¡Y arriba el telón!

Madrid noviembre de 1987

RIE, PAYASO

Aunque los lunes no hay función en ningún teatro porque los actores descansan, la Sala del Angel estaba repleta el lunes de la semana pasada. Sobre el escenario había actores y en las butacas... también. No se trataba de una representación: los que allí se reunieron lo hicieron para enfrentar una situación que le compete a todo el gremio: 78 de ellos —incluidos dramaturgos— están en la mira desde el 3 de noviembre, cuando recibieron cartas con un logotipo amenazante: una mira en cuyo centro se ve el dibujo de un cuerpo humano tendido, amordazado, muerto.

Las misivas, sin errores de ortografía, con los dos apellidos de cada amenazado, con una R mayúscula en el caso de los retornados, les llegaron a sus destinatarios a sus domicilios y lugares de trabajo por correo ordinario. Los que firmaron como «Comando 135, Area Cultural, Acción Pacificadora Trizano» —al igual que otros comandos que a través de estos catorce años han actuado contra la población civil desde el anonimato y la impunidad— al parecer también se sienten seguros de su capacidad de fuego: junto con acusar a todos los de la lista de «testaferros del marxismo internacional», los conminan a abandonar el país, so pena de ejecución.

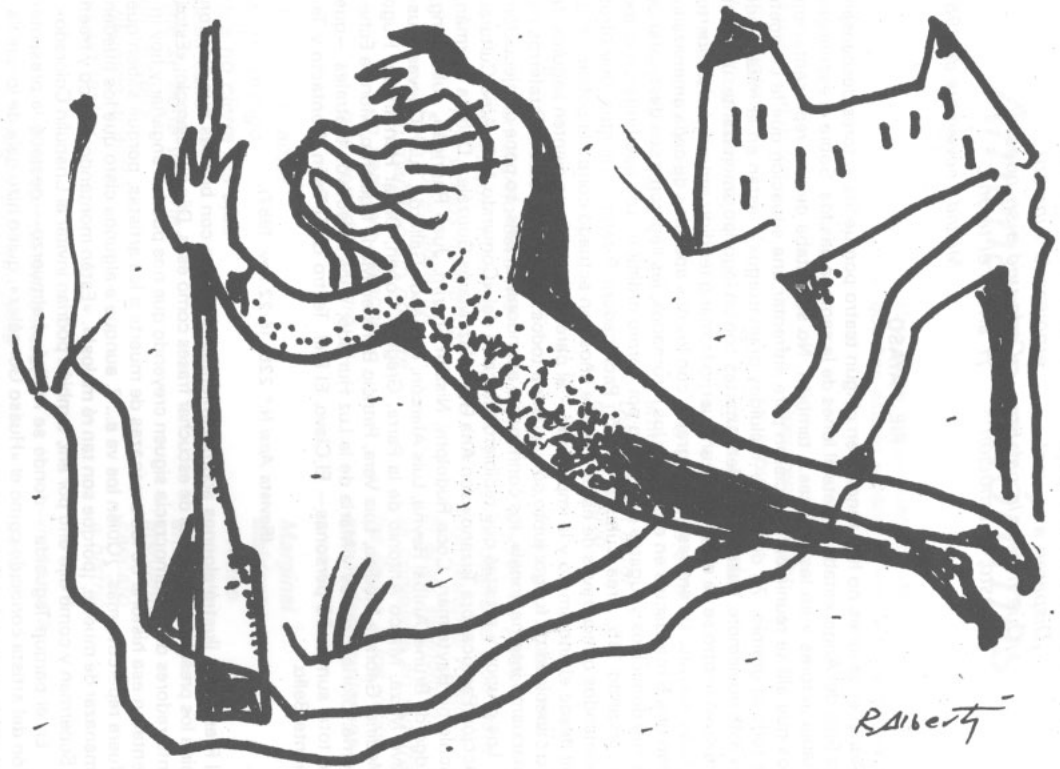
Los grupos y artistas que recibieron la carta del «Comando 135, Area Cultural, Acción Pacificadora Trizano» son Ana González, Marés González, Delfina Guzmán, Schlomit Baytelman, Coca Rudolphy, Nissim Sharim, Juan Radrigán, Julio Jung, Edgardo Bruna, Aníbal Reyna, Luis Alarcón, Fernando Gallardo, Juan Cuevas, Gustavo Meza, Marco Antonio de la Parra, Gregory Cohen, Oscar Hernández, Hugo Medina, Gabriela Medina, Luis Vera, Patricio Bunster, María Izquierdo, Mónica Echeverría, Gloria Canales y María de la Luz Hurtado; y los colectivos teatrales —que en total suman 53 personas— El Clavo, El Riel, Teatro Q, El Telón, Contacto y Tiente Bello.

(Revista *Apsi* N.º 226, 16-22 nov. 1987).

El Presidente ilustró algunos acontecimientos recientes con bromas que hicieron reír a los presentes, ansiosos de escuchar frases como ésas. Dijo por ejemplo: «Estos enterradores de la Democracia siguen creyendo que nos pueden engañar y hoy inventaron esa historia de las amenazas de muerte a los artistas, porque saben que afuera repercute más. ¿Quién los va a... ?, aunque a algunos claro que los pueden amenazar de muerte, ¡porque son tan ré malos!». «Están montando el circo y traen a Superman y como dijo uno por ahí, también podrían invitar al Chapulín Colorado».

En el parque Tegualda —donde se realizó el almuerzo— destacó la presentación del artista conocido como el «Huaso González», quien hizo gala de lo que llamó «el ingenio del chileno». «Las amenazas de muerte son más desubicadas que el mirista que pidió asilo en La Moneda», dijo. Y luego de las risas agregó: «¡Pá qué *querimos* a Superman si aquí *tenimos* al Superhombre! No *querimos* gente que vuele, sino que tenga los pies bien puestos en la tierra y que haga sonar el paso como lo hace nuestro Ejército».

(De la crónica «Pinochet en Talagante», publicada en *El Mercurio*, 6-XII-87).



RAlberty

Organizaciones socio-políticas chilenas (1830-1891)

HERNAN VILLABLANCA

El auge de la minería, iniciado en la primera mitad de los años treinta, y el de la agricultura, provocado por la demanda de los mercados de California y Australia, tuvo como consecuencia inmediata dar mayor impulso al desarrollo de la burguesía minera y de un creciente número de trabajadores dedicados a esa actividad, y de reforzar el poder económico de la oligarquía terrateniente.

La burguesía minera se desarrolla en estrecho contacto con los intereses de las grandes casas comerciales extranjeras y nacionales, produciéndose de este modo una confluencia de ambos intereses. Este rasgo de la burguesía minera chilena ayuda a comprender, en gran parte, su papel contradictorio durante el siglo pasado. Mientras, por un lado, se constituye en la fuerza más dinámica de la economía y de los cambios en las relaciones de producción, por el otro, al dedicarse a una producción destinada casi exclusivamente al mercado mundial, se despreocupará a la larga de hacer inversiones e innovaciones técnicas en el proceso productivo minero, y el convertirse en un decidido defensor de la política librecambista disminuirá las posibilidades de desarrollo de la industria manufacturera chilena.

Las ideas liberales no eran algo exclusivo de determinados sectores socio-políticos sino, desde los años cuarenta, tenían cada vez más adherentes en toda la sociedad del país. Para algunos (tales como Bilbao, Lasarría, Barros Arana, etc.) ellas representan la antítesis del régimen esta-

Hernán Villablanca es sociólogo. Vive en Belgrado, Yugoslavia.

blecido en 1830, para otros ellas representan la anarquía y el desorden; pero, parece haber una gran coincidencia entre la mayoría de los sectores socio-económicos, a excepción del artesanal y de la incipiente manufactura, de que ellas expresan sus objetivos económicos, esto es, la no intervención del Estado en la vida económica y la de aplicar una política de libre cambio. La oligarquía terrateniente procura mantener, en especial, el control del Poder Ejecutivo y el ideológico de la nación, dejando muchas veces que la política económica (con la cual coincide en general) en manos de la burguesía mercantil primero (Rengifo durante los años 30), de la burguesía minera después (J. Urmeneta y G. Waddington durante el decenio de Manuel Montt) y posteriormente en manos del capital financiero (Melchor Concha y Toro y R. Sotomayor durante la administración de Joaquín Pérez y Anibal Pinto)¹.

Lo anterior, si bien contribuye a explicar la relativa estabilidad política del período 1830-1891, también ayuda a entender la inestabilidad política de entonces, esto es, la continúa pugna de las nuevas clases y grupos sociales por ganar el poder político y no ser sólo copartícipes en su gestión. Gracias a las facultades entregadas por la Constitución de 1833 el Poder Ejecutivo pasaba a controlar prácticamente todas las instancias de poder de la sociedad. De ahí entonces que la lucha política se expresará, en distintas formas, especialmente en el plano ideopolítico, siendo las ideas liberales uno de los principales instrumentos empleados para lograr una cierta democratización que posibilite a las nuevas clases sociales tener acceso al poder. Esto es particularmente importante si se considera que un amplio sector de la oligarquía terrateniente continuará manteniendo, por largo tiempo aún, un gran peso ideológico (ligado a la Iglesia), una gran base política (poder ejecutivo, legislativo, y clientela electoral basada en la población de las zonas que dominan, especialmente rurales), y un fuerte poder económico (de acuerdo a Encina, en la elección presidencial del año 1871, el dinero reunido por los hacendados conservadores para apoyar a su candidato fue de un millón de pesos oro de 44d., en tanto que los que apoyaban al candidato de la burguesía minera reunieron sólo 400 mil pesos)².

La confrontación ideológica se efectuó principalmente a través de la prensa y de organizaciones político-culturales primero, y después a través de los partidos políticos que se iban organizando. Hacia el año 1843, dentro de un ambiente de relativa tolerancia política, se fueron creando asociaciones literarias o de estudio en donde a través de la lectura con un contenido liberal se aglutinaron aquellos que estaban animados de un afán innovador y que, a partir de abril de 1844, empezaron a entregar sus puntos de vista a través de diarios fundados por ellos mismos (*El Siglo*, por ejem-

¹ Francisco Encina, *Resumen de la Historia de Chile*, Santiago, 1966, vol. 2, p. 1.068; William Sater, «Chile and the World Depression of the 1870's», en *Journal of Latin American Studies*, vol. II, may 1979; y F. Encina, *Historia de Chile*, Santiago, 1949-50, vol. 14 pp. 503-4.

² F. Encina, *Resumen...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 1283-84.

plo). Los conservadores efectuaron un procedimiento similar. Primero respondieron fundando un diario (*El Progreso*) y después, al ver que ciertas publicaciones hacían una crítica descarnada de la sociedad y del régimen político (por ejemplo, *La Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao), provocando agitación en ciertos sectores jóvenes, intelectuales y de artesanos, procedieron a fundar, en el año 1845, una asociación, la Sociedad del Orden, que tenía como propósito defender dicho principio³. Ante esto los opositores formaron la Sociedad Demócrata, organización «encargada de defender los derechos del pueblo, siempre atropellado, se decía, por la oligarquía dominante»⁴. Según Barros Arana, los fundadores de la Sociedad Demócrata, interesados en lograr una influencia necesaria para participar en campañas electorales, promovieron la formación de una organización más popular («que atrajera a su seno a la gente de la clase obrera»), fundando para tal efecto la Sociedad Caupolicán cuyo propósito principal era el logro del sufragio popular⁵. Esta fue disuelta un año más tarde, en 1846, por orden del gobierno.

Este fue el origen de un conjunto de asociaciones o clubes a través de los cuales se expresaban diversos enfoques, interpretaciones y concepciones sobre la sociedad y el tipo de régimen político que debía gobernarla. Sus puntos de vista eran variados. De aquellas que respaldaban y defendían las doctrinas liberales se desprendieron dos ramas principales: una que perseguía una transformación más profunda de la sociedad como un todo, constituida especialmente por jóvenes estudiantes, intelectuales, artesanos y algunos grupos de obreros, que son consideradas como precursoras de las organizaciones obreras de fines de ese siglo, las cuales, a su vez, son antecesoras de las organizaciones sindicales y políticas obreras que se formarán y desarrollarán durante el siglo XX,⁶ siendo la más importante de ellas, por la influencia que tuvo en el momento de su actividad y posteriormente, la Sociedad de la Igualdad (1850), que agrupó a diversos sectores sociales en torno al lema: «La soberanía de la razón como autoridad de autoridades, la soberanía del pueblo como base de toda política, y el amor y fraternidad universal como base moral»⁷. En la otra rama se encuentran las organizaciones que representan especialmente a sectores de la burguesía e intelectualidad liberal y que tienen como propósito

³ Diego Barros Arana, *Un Decenio de la Historia de Chile, 1841-1851*, Santiago, 1905, vol. 1, pp. 484-85 y 498-99, y vol. 2, p. 70-72.

⁴ *Id.*, vol. 1, p. 73.

⁵ *Id.*, vol. 2, pp. 74-75.

⁶ Entre 1850 y 1878 se pueden encontrar por lo menos siete de estas asociaciones: La Sociedad de la Igualdad de Santiago (1850), el Club de la Opinión de Valparaíso (1858), la Sociedad Unión Republicana del Pueblo de Santiago (1864), la Sociedad Escuela Republicana en varias ciudades (1868 en Vallenar y en 1876 en Valparaíso), la Sociedad de la Igualdad de Valparaíso (1872), la Sociedad Francisco Bilbao de Coronel (1878). Todas se fijaban como objetivo propagar las ideas liberales y mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. (Hernán Ramírez Necochea, *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Santiago, 1956, pp. 82-84).

⁷ Sergio Guilisasti, *Partidos Políticos Chilenos*, Santiago 1964, p. 132.

fundamental efectuar reformas o transformaciones en lo político que les posibiliten ganar o tener acceso a los principales órganos de poder político.

Entre las primeras, como recién se indicó, se encuentra la «Sociedad de la Igualdad» cuya fundación fue impulsada, entre otras, por Santiago Arcos y Francisco Bilbao en el año 1850. Su objetivo principal era cambiar el régimen aristocrático existente, lo que debía ser logrado mediante la generación de un vasto movimiento democrático que debía sustentarse, sobre todo, en la fuerza del pueblo, en la acción de los trabajadores. Sus fuentes de inspiración eran la experiencia de la Revolución Francesa y la de los movimientos liberales europeos de la primera mitad del siglo XIX (especialmente de los movimientos revolucionarios de 1848). En sus siete meses de vida lograron movilizar a centenares de obreros y artesanos de Santiago, estimándose que la Asociación llegó a contar con alrededor de cuatro mil miembros, a través de asambleas generales, reuniones de grupos, desfiles, etc., y dieron inicio a una actividad que será imitada por casi todas las asociaciones obreras que le sucedieron más tarde: el establecimiento de cursos de difusión cultural a través de los cuales se enseñaba a leer y escribir, y se entregaban conocimientos de historia y geografía, aritmética, etc.⁸

Dentro de la otra rama se destaca el Club de la Reforma, fundado en Santiago en 1868 y en otras ciudades del país. Se formó en un momento que «marcaba una transición entre las antiguas formas y estilos de los pelucones y las nuevas que señalaba la doctrina liberal»⁹. Este era un momento en que las ideas liberales y anhelos de reformas habían alcanzado maduración, ideas que, de acuerdo a V. Lastarria, debían fundirse en un partido que persiguiera la reforma en todas las esferas de la vida social, comenzando por la política: «La reforma verdadera es la política. Caiga el sistema represivo, el sistema colonial arbitrario y despótico, la dictadura del Jefe Supremo del Estado, con su Constitución y todas las leyes políticas que forman su organización»¹⁰.

Eran ideas que reflejaban el grado de desarrollo socio-económico alcanzado por la sociedad chilena. Un momento en el cual la burguesía mercantil y la minera llegaban a una etapa de desenvolvimiento que se encauzaba hacia el desarrollo de una burguesía financiera ligada al capital bancario. No es extraño, entonces, que al fundarse el Club de la Reforma, en septiembre del año 1868, figurase como presidente de la Directiva de esta entidad el magnate minero y de la banca Jerónimo de Urmeneta, y que se haya establecido como principio principal de su Programa la reforma electoral y de la Constitución Política del Estado¹¹.

Toda esta actividad comenzó a dar frutos en el año 1871 al aprobarse la disposición que prohibía la reelección del Presidente de la República,

⁸ H. Ramírez N., *op. cit.*, pp. 80-81.

⁹ Patricio Estellé, «El Club de la Reforma en 1867-1871», en *Historia*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1970, pp. 111 y 117.

¹⁰ Citado por P. Estellé, *op. cit.*, p. 116.

¹¹ *Id.*, pp. 118-19 y 122.

y la reformas a la ley electoral y a la Constitución que le siguieron poco después. Esto no era otra cosa que la culminación de un proceso que se había iniciado, por así decir, en el momento mismo en que se promulgó la Constitución de 1833, estrechamente ligado al desarrollo de las condiciones materiales e ideológicas del país.

La lucha ideológica que caracteriza el período en estudio se halla referida principalmente a dos aspectos íntimamente interrelacionados: las cuestiones religiosas y las relacionadas con la democratización del país. Entre las primeras está siempre presente el problema de la tolerancia religiosa, y entre las segundas aquellas que se refieren especialmente a la reforma de la Constitución, la libertad electoral y de imprenta.

Los progresos que se habían alcanzado en materia de tolerancia religiosa durante los primeros años de vida independiente sufrieron un serio traspás cuando en la Constitución de 1833 se suprimió el artículo cuarto de la Constitución anterior, de 1828, que establecía que nadie sería perseguido ni molestado por sus opiniones privadas. El poder que adquirió la Iglesia y el clero católico a través de la Constitución de 1833 se reforzó al disponerse en la ley de imprenta de 1839 que «merecía la calificación de blasfemo todo impreso que atacara los dogmas de la religión católica, apostólica, romana, o que contuviera expresiones ofensivas al respeto debido a Dios, a la Santísima Virgen y a los Santos...»¹².

Como era de esperar, esto provocó gran reacción en la población que sustentaba ideas liberales y en aquellos que profesaban otras creencias religiosas. Hasta los años setenta se pueden contabilizar por lo menos ocho incidentes (entre otros, la cuestión de la «Primera Capilla de protestantes de Valparaíso», la «enseñanza religiosa en las escuelas privadas», la «enseñanza religiosa en la escuela secundaria», «la cuestión de los cementerios», la «cuestión del sacristán», etc.), siendo cada uno de ellos objeto de apasionadas discusiones políticas. Esto obedecía, sin duda, a un reordenamiento de las fuerzas socio-políticas del país que, en su lucha contra la influencia de la Iglesia —que en aquel entonces perseguía la hegemonía de la vida social— procuraban desplazar a los sectores conservadores del control político. Estos conflictos pueden ser considerados, entonces, como expresiones y causas de las transformaciones económicas, sociales y políticas que experimenta el país, lo cual tuvo, entre otros, el efecto de acelerar el proceso de diferenciación ideo-política, dividiendo a los partidos u organizaciones políticas tradicionales, y de formar nuevos partidos que expresaban los intereses y concepciones sociopolíticas de nuevas clases y grupos sociales.

El primer partido que vive este proceso de reordenamiento fue el tradicional Partido Conservador o Pelucón. Después de la escisión que sufrió con el retiro del gobierno de los filopolitas debió enfrentar, hacia el año 1840, un nuevo conflicto interno en el cual se aprecia con creciente nitidez la diferenciación que se produce en su interior: «Como consecuencia del choque de las candidaturas de Tocornal y de Bulnes, la alta aristo-

¹² Ricardo Donoso, *Las Ideas Políticas en Chile*, México, 1946, pp. 191-92.

cracia, los elementos más religiosos y en general los conservadores de corte antiguo, se agruparon en torno a Tocornal, mientras los nuevos ricos, los jóvenes, el elemento medio, el personal judicial y el de la enseñanza, reconocían la jefatura de Montt»¹³. En torno a estas dos tendencias se van a ir formando dos grupos: el que representa a la antigua aristocracia pelucona, que comenzaron a ser denominados ultramontanos (porque abogaban por la conservación de los privilegios civiles y políticos de la Iglesia), y el que expresa las posiciones de los llamados conservadores reformistas, progresistas o liberales. Este antagonismo se acentuó en la década siguiente, durante el gobierno de Montt (1850-60), influyendo en esto, con seguridad, el período de prosperidad de la agricultura¹⁴. Aún más claramente se expresó esta diferencia en la composición del Congreso de 1855: «Los ultramontanos quedaron predominando en el Senado, y los futuros nacionales en la Cámara de Diputados»¹⁵.

El quiebre definitivo al interior de las fuerzas conservadoras se produjo finalmente en los años 1856-57. El factor detonante o formal que provocó este desenlace fue un incidente religioso (la «cuestión del sacristán»), ante el cual las fuerzas conservadoras ultramontanas pasaron, uniéndose definitivamente a la Iglesia, a constituir el Partido Conservador Ultramontano, y las fuerzas conservadoras reformistas o liberales, se agruparon en torno a Montt y Varas, formando primero lo que se llamó Partido Montt-Varista y, poco después, Partido Nacional.

De este modo, hacia los años 1857-57 se pueden encontrar tres partidos políticos: el Conservador Ultramontano, el Nacional y el Liberal Progresista, encontrándose en avanzado estado de gestación el futuro Partido Radical.

El Partido Nacional nació en base al programa de gobierno de Montt cuyos principios fundamentales eran: constituir la nación mediante el afianzamiento del orden («cueste lo que cueste») el cual debía imponerse a través del principio de autoridad y la formación del hábito de respetarlo; a su juicio, sólo un gobierno fuerte, activo y creador puede afianzar el orden; la democracia efectiva sólo sería realidad cuando el desarrollo de las aptitudes políticas y de las virtudes cívicas la hagan posible; en su opinión, las reformas políticas, en el mejor de los casos, sólo conducirían al debilitamiento del gobierno eficaz, existiendo una alta probabilidad de que se produzca la disolución del Estado si antes no se consolida en forma inmovible el principio de autoridad y el hábito del orden; por el momento, lo esencial era transformar al ciudadano, incul-

¹³ Francisco Encina, *Historia de Chile, op. cit.*, vol. 13, p. 177.

¹⁴ «El rápido desarrollo de la riqueza, que fue consecuencia de los mercados de California y de Australia para los productos de la agricultura, y del auge del mineral de plata de Chañarcillo, improvisó grandes fortunas; y casi todos los nuevos ricos, sin arraigo en el pasado, se agruparon al principio en torno de Montt y de Varas, con quienes tenían más afinidad que con la aristocracia pelucona, cuyas preocupaciones no compartían». (F. Encina, *Historia de Chile, op. cit.*, vol. 13, 212 y p. 182).

¹⁵ *Id.*, p. 183.

carle hábitos de trabajo, moralidad, virtudes cívicas y, sobre todo, el desarrollo de su personalidad mediante la enseñanza; en lo religioso se pronunciaban por el patronato por ser parte de la soberanía nacional¹⁶. Al momento de su formación se aglutinaron en torno al Partido Nacional la burguesía minera, tanto del cobre (los Urmeneta) como del carbón (Matías Cousiño), los Gallo y los Matta de la zona minera de Copiapó, y jóvenes liberales (Diego Barros Arana, Alejandro Reyes). Sin embargo, los primeros en abandonarlo fueron los Matta y los Gallo que fundarían poco después el Partido Radical, y los jóvenes liberales. Otro, como el magnate minero y de la banca Jerónimo de Urmeneta, «compartía el espíritu de orden y progreso de Montt y de Varas, pero no la necesidad de imponerlos de arriba hacia abajo; juzgando por él mismo y por lo que había visto en los Estados Unidos, creía que bastaba mantener condiciones favorables al desarrollo de la iniciativa individual, para que ésta realizara el milagro yanqui. Y como él pensaba su hermano José Tomás Cousiño y los demás»¹⁷.

El Partido Conservador, con la escisión sufrida al formarse el Partido Nacional, «se parecía como dos gotas de agua a lo que era el partido pelucón antes de su alianza con los estancieros»¹⁸. Al producirse la división, agrupó a los terratenientes más conservadores, a los ultramontanos, en estrecho vínculo con la política de la Iglesia («En el nuevo partido conservador reina la unidad religiosa absoluta»), despreocupándose o desplazando a un lugar subalterno el desarrollo económico del país¹⁹.

El Partido Liberal o Progresista adquirió contornos de partido el año 1849. Su origen parece encontrarse más exactamente en el partido o grupo filopolita, que se desgajó de la coalición de gobierno a mediados de los años treinta, que en los antiguos pipiolos o liberales de los años veinte. Llamados primero filopolitas, después fueron conocidos como conservadores progresistas, luego progresistas a secas y finalmente liberales. Impulsado por Lastarria y un grupo de jóvenes (surgidos del llamado «renacimiento literario» de 1842) se fijaron como objetivo político el lograr una mayor libertad, teniendo como tarea inmediata la de procurar una disminución de las facultades del Poder Ejecutivo. En un manifiesto («Bases de la Reforma») que resume el programa de aspiraciones liberales, Lastarria aboga por la necesidad de enmiendas constitucionales y legales: ampliación del sufragio, incompatibilidades parlamentarias, supresión del estado de sitio, abolición de los mayorazgos²⁰. Posteriormente, en el año 1859, al constituir con los conservadores al Fusión Liberal-Conservadora (que gobierna entre 1861 y 1871), un grupo de liberales avanzados se escinde para contribuir a formar el Partido Radical o «Rojo»²¹.

¹⁶ *Id.*, vol. 13, pp. 263-4.

¹⁷ *Id.*, vol. 15, p. 358.

¹⁸ *Id.*, vol. 13, p. 265.

¹⁹ *Id.*, pp. 264-71.

²⁰ S. Guillisasti, *op. cit.*, pp. 74-75.

²¹ *Id.*, p. 75.

El Partido Radical, por su parte, tiene sus raíces más próximas en la Sociedad de la Igualdad. A partir del año 1850 se comienzan a vincular a Lillo (que encabezaba esa asociación) los Matta, los Gallo y otros, que difundieron los postulados de la Sociedad de la Igualdad fuera de Santiago, prendiendo vigorosamente en Copiapó y La Serena²². Desde entonces se va estructurando paulatinamente la nueva organización, fundándose como tal en el año 1859, definiendo tres años más tarde (1862) de manera más precisa los postulados del radicalismo: reforma de la Constitución política, enseñanza laica, descentralización administrativa, libertad electoral²³.

La acción de las fuerzas socio-políticas del país, su lucha ideopolítica y el gradual y relativo cambio de la correlación de fuerzas comenzó a tener resultados hacia los años setenta. En el terreno de la libertad de imprenta su actividad se encauzó a la derogación o reforma de la ley de imprenta de agosto de 1846 que, aunque su proyecto se basó en el presentado por el conservador Mariano Egaña en 1836, era aún más drástica que éste: «El proyecto de Varas iba mucho más lejos que el fracasado de Egaña, pues imponía a todo delito de prensa, cualesquiera que fuese su calidad y su grado, multa y prisión, haciendo extensiva esta última a seis años por escritos sediciosos... Las disposiciones relativas al establecimiento de una imprenta, a la publicación de un periódico y a la responsabilidad del impresor estaban inspiradas en un propósito severamente represivo, como no se había formulado desde la independencia»²⁴. Fuertemente impugnada y combatida desde su promulgación, esta ley estuvo a punto de ser derogada en el año 1849, cuando esa iniciativa fue aprobada en la Cámara de Diputados, pero al ser rechazada por el Senado, continuó en vigencia. Aunque en la práctica le fue muy difícil al gobierno el poder aplicarla, se mantuvo hasta julio del año 1872, fecha en que fue finalmente derogada²⁵.

El lograr una mayor libertad electoral fue otro de los objetivos de lucha de las fuerzas más progresistas del país ya que, como se ha dicho, la Constitución y la ley electoral vigentes impedían el acceso al poder político a aquellas fuerzas socio-políticas que no controlaban el poder ejecutivo. En el año 1842 se efectuó la primera modificación a la ley electoral mediante la cual se derogó la disposición del artículo n.º 81 que confería a los gobernadores la facultad de imponer penas a los delitos electorales, pero una ley promulgada ese mismo año, en vez de introducir modificaciones políticas más profundas consagró incluso disposiciones contrarias a la Constitución, «pues ésta quiso que las elecciones de senadores fueran calificadas por el Senado, las del Presidente de la República por el Congreso, y que la condición de saber leer y escribir se hiciera efectiva desde

²² *Id.*, p. 132.

²³ *Id.*, p. 133.

²⁴ R. Donoso, *op. cit.*, pp 361-62.

²⁵ *Id.*, pp. 371-73.

1840 sin distinción alguna»²⁶. Este estado de cosas se mantuvo hasta el año 1861 cuando por ley del 13 de septiembre se efectuaron modificaciones importantes a las dos leyes electorales anteriores: se confió las funciones electorales a las municipalidades y se estableció el registro electoral permanente y no renovable cada tres años; para los efectos de la inscripción no se les computaba la renta en calidad de tales a los soldados y clases del ejército permanente y de los cuerpos de policía, se suprimió la prohibición de calificarse a los eclesiásticos regulares, a los jornaleros y peones y se suprimieron las calificaciones por poder; se exigió para todo calificado la condición de saber leer y escribir. Y, aunque conservó, en sus líneas generales, la estructura de 1833, se manifestó más liberal en lo relativo «al orden y libertad de las elecciones, a los delitos en materia electoral, a las causas de nulidad y casos en que debían repetirse»²⁷. Una nueva ley, del año 1869, permitió la entrada a los mayores en la organización del sistema electoral, confiándoles una facultad que antes había correspondido a las municipalidades (se introdujo el sistema de Juntas Revisoras, compuesto por siete individuos elegidos al azar por la municipalidad entre los cuarenta mayores contribuyentes); se exigía la comparecencia personal del individuo que pretendía calificarse y se restableció la prohibición absoluta de inscribirse a los soldados y clases del ejército permanente; se facultó a la Comisión Conservadora la tarea de hacer imprimir y repartir las boletas de calificación y se introdujo la reforma de abolir los certificados de inscripción, que antes se daban por razón de cambio de domicilio o pérdida del boleto de calificación, fuente fecunda de abusos.²⁸ Cinco años más tarde, en noviembre de 1874, se aprobó nueva reforma, complementaria a la enmienda constitucional promulgada ese mismo año, que modificaba la elección de los senadores, según la cual la elección de los senadores debía hacerse por provincia, en votación directa, por el sistema de lista completa, lo cual a juicio de Ricardo Donoso, tuvo un efecto decisivo «en acelerar el progreso democrático, en restar influencia al ejecutivo, en acentuar el papel del Congreso y abrir el paso a un régimen parlamentario, expresión de las corrientes dominantes en la opinión pública»²⁹.

Paralelamente al logro de reformas a la ley electoral se habían acentuado en la misma medida las presiones para modificar la Constitución. En agosto de 1867 se promulgó la ley que declaraba reformable por el Congreso la Constitución de 1833. En torno a dicha aspiración se agruparon los adherentes del Club de la Reforma, los Montt-Varistas o Partido Nacional y el Partido Radical. Después de ser aprobado por la Cámara de Senadores en diciembre de 1870 y en la de Diputados en octubre de 1873, se promulgó finalmente el proyecto que modificaba la Constitución. Sus disposiciones principales fueron: sobre la composición del Senado se es-

²⁶ *Id.*, p. 401.

²⁷ *Id.*, pp. 413-14.

²⁸ *Id.*, pp. 416-17.

²⁹ *Id.*, p. 424.

tablecía que la elección de senadores que primeramente era indirecta, pasaba a ser directa; dicha sección, que antes se hacía por toda la República, se haría en adelante por provincias; cada provincia elegiría un senador propietario por cada tres diputados o fracción de dos, lo que elevaba el número de senadores, que antes era fijo y sólo alcanzaba a veinte, a una cifra mayor que guardaba proporción con el número de diputados; cada provincia elegiría un senador suplente; y los senadores, cuyo mandato era antes de nueve años, en adelante sería sólo de seis³⁰. En cuanto a las facultades extraordinarias se eliminó el inciso seis del artículo n.º 36 («Autorizar al Presidente de la República para que use de facultades extraordinarias, debiendo siempre señalarse expresamente las facultades que se le conceden y fijar un tiempo determinado a la duración de esta ley»), pasando dicha facultad a ser parte de las atribuciones del Congreso: «Dictar leyes excepcionales y de duración transitoria, que no podrá exceder de un año, para restringir la libertad personal y la libertad de imprenta, y para suspender o restringir el ejercicio de la libertad de reunión, cuando lo reclamare la necesidad imperiosa de la defensa del Estado, de la conservación del régimen constitucional o de la paz interna... Si dichas señalares penas, su aplicación se hará siempre por los tribunales establecidos... Fuera de los casos prescritos en este inciso, ninguna ley podrá dictarse para suspender o restringir libertades o derechos que asegura el artículo 12»³¹. Con relación a las incompatibilidades parlamentarias se estableció, entre otras, que no pueden ser elegidos diputados los eclesiásticos regulares, los párrocos y vicepárrocos, los jueces letrados de primera instancia, los Intendentes de provincia y los gobernadores de departamentos. Y, por ley de diciembre de 1888 (promulgada como reforma constitucional en julio de 1892) se dispuso que todo empleo, función o comisión públicos retribuidos, serán incompatibles con el cargo de diputado o senador, y se hicieron extensivas a estos últimos todas las disposiciones dictadas sobre la materia.³²

Todas estas reformas (junto con las de carácter religioso tales como, por ejemplo, la supresión del fuero eclesiástico, el establecimiento del registro y matrimonio civil, la no obligatoriedad de la enseñanza religiosa en los colegios del Estado, etc.) están señalando el momento de transición política que vive el país durante el cual se produce el desplazamiento de los conservadores del poder ejecutivo por las nuevas fuerzas socio-políticas liberales que expresan los intereses y concepciones de la burguesía minera y de la financiera que se consolidan en la sociedad chilena. Sin embargo, estas reformas tenían, claro está, un carácter limitado y de clase. Por una parte, si bien es cierto que amplían la base de participación democrática en la estructura política del país, ésta continúa manteniendo su rasgo oligárquico: sólo la reforma electoral del año 1970, que concedió derecho a voto a los mayores de dieciocho años incluyendo a los analfabetos, signi-

³⁰ F. Encina, *op. cit.*, vol. 15, p. 302.

³¹ *Id.*, p. 302; y R. Donoso, *op. cit.*, p. 474.

³² R. Donoso, *op. cit.*, pp. 483 y 487.

ficó la ampliación del cuerpo electoral a más de un 45 por ciento de la población total de país; en 1925 el electorado representaba un 7,1 por ciento de la población y en 1958 el 21 por ciento³³. Por otra parte, al adquirir el régimen un creciente carácter parlamentario con el consiguiente debilitamiento del Poder Ejecutivo, las fuerzas de oposición ganaron mayor capacidad de acción política en el Congreso: en la primera elección efectuada después de las reformas políticas para renovar el Congreso, los resultados fueron los siguientes: de 37 senadores elegidos, 15 fueron del partido del gobierno (Alianza Liberal), 16 de la oposición y 6 independientes; en la Cámara de Diputados, de 108 diputados, 43 pertenecían a la combinación gubernamental, 37 a la oposición y 28 independientes³⁴.

Desde el año 1856-57, cuando se escinde el Partido Conservador y se forma el Nacional, y luego el Radical, hasta el año 1891, cuando se produce la contrarrevolución que derribó al presidente Balmaceda, constituye un nuevo período de reordenamiento y de consolidación de los partidos políticos chilenos.

En el Partido Conservador se manifestaron dos corrientes principales, una que aconsejaba la conciliación de la enérgica defensa política de la religión con la abstención del clero en la política meramente partidista, y otra que tenía como propósito implantar el catolicismo en todas las instituciones públicas y privadas y «de aplastar a los incrédulos, los anticlericales, los masones, los protestantes y los nacionales y aún a los liberales no fusionistas»³⁵. Durante un tiempo predominó esta tendencia intransigente, pero paulatinamente ganó más fuerzas la primera, que encauzó su lucha por la libertad electoral y el debilitamiento del poder ejecutivo. En el año 1878 aprobó un Programa mediante el cual se propugna la descentralización administrativa; ampara las libertades electorales, de asociación, de prensa, de enseñanza; sostiene las incompatibilidades parlamentarias y se manifiesta defensor decidido del catolicismo³⁶. Según F. Encina, este Programa era «el mismo de la juventud reformista nacional-radical, si se despoja a esta última de los postulados sobre la libertad de pensamiento y de culto y la secularización de las instituciones»³⁷. Posteriormente, en su Cuarta Convención Nacional (1895), el Partido Conservador tomó acuerdos para conservar el «Orden Social Cristiano», prestando mayor atención a la cuestión social y a la clase obrera, siguiendo en este sentido a la Encíclica «Rerum Novarum» de León XIII³⁸. Separado del gobierno en el año 1873, retorna a él después de la contrarrevolución de 1891 y participa en la mayoría de los gobiernos que le suceden hasta el año 1938, cuando triunfa el Frente Popular³⁹.

³³ Hernán Godoy U., *Estructura Social de Chile*, Santiago, 1972, p. 413.

³⁴ R. Donoso, *op. cit.*, p. 425.

³⁵ F. Encina, *op. cit.*, vol. 15, pp. 352 y 355.

³⁶ *Id.*, vol. 15, p. 355; y S. Guilisasti, *op. cit.*, p. 23.

³⁷ F. Encina, *op. cit.*, vol. 15, p. 355.

³⁸ S. Guilisasti, *op. cit.*, p. 23.

³⁹ *Id.*, p. 24.

El Partido Nacional, de gran fuerza política al momento de su formación fue sufriendo continuas escisiones y, después de elegir 20 senadores de un total de 37 en el año 1876, comienza a decrecer gradualmente, obteniendo en 1894 sólo cinco parlamentarios, desapareciendo después de esa fecha ⁴⁰.

El Partido Liberal, al distanciarse del Partido Conservador en 1873 (poniendo fin a la «Fusión Liberal-Conservadora») y al convertirse en partido de gobierno, «había adquirido el poder suficiente para enfrentar en las urnas a todos los demás bandos reunidos...» ⁴¹, lo cual le permitió gobernar entre 1875 y 1891. Después de esta fecha sufrió un rápido desquiciamiento. Un grupo permaneció afecto a la memoria de Balmaceda y con el nombre de Balmacedista o Liberal Democrático se transformó, en 1894, en la segunda fuerza del país. Posteriormente se reintegró al Partido Liberal, propiamente dicho ⁴².

El Partido Radical fundó la Primera Asamblea Radical en Copiapó en el año 1863 y, poco después, otra en La Serena. Un año más tarde fundó una nueva Asamblea en Santiago, presidida por Manuel Antonio Matta, y en 1865 inicia sus actividades la Asamblea de Concepción. Su primera representación en el Congreso la obtuvo en la elección de 1870 (ocho parlamentarios), y en 1888 ya contaba con siete diputados y siete senadores ⁴³. En el año 1875 pasó a formar parte del gobierno al organizarse la Alianza Liberal-Radical bajo cuyo mando se reforma la Constitución de 1833. En noviembre de 1888 se efectúa la Primera Convención del Partido Radical en la cual se aprueba su primer Programa declarándose que «el Partido Radical es un Partido autónomo y que su existencia sirve al desarrollo de la libertad y de la República, propugnando el respeto al derecho de sufragio; la libertad individual; la autonomía municipal; la separación de la Iglesia del Estado; la independencia del Poder Judicial; la enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria; el mejoramiento de la condición legal de la mujer; la reducción del número de empleados públicos; el progresivo mejoramiento de la condición de los proletarios y de los obreros ⁴⁴.

¿Cuál era la situación organizativa de los trabajadores? En cuanto a los trabajadores del campo no hay antecedentes, o al menos nosotros no los tenemos, de que hayan tratado de organizarse sindical o políticamente. Con relación al movimiento obrero, Hernán Ramírez sostiene que en el período que se extiende desde los orígenes del proletariado hasta el año 1879, «la clase obrera evoluciona desde su calidad de núcleo incipiente, cuantitativamente débil, disperso, sin organización de ninguna especie, hasta constituir una clase social relativamente numerosa... que vive en centros urbanos más o menos densos, que empieza a adquirir los primeros rudimentos

⁴⁰ Germán Urzúa, V., *Los Partidos Políticos Chilenos*, Santiago, 1968, p. 32.

⁴¹ F. Encina, *op. cit.*, vol. 15, p. 363.

⁴² G. Urzúa, V., *op. cit.*, pp. 56-57.

⁴³ S. Guillisasti, *op. cit.*, pp. 132-33; y G. Urzúa, *op. cit.*, pp. 42-44.

⁴⁴ S. Guillisasti, *op. cit.*, p. 134.

de una conciencia de clase y que también empieza a bosquejar formas elementales de organización y de lucha»⁴⁵.

Se ha podido constatar que ya en 1843 se produjeron las primeras rebeliones obreras en el mineral de Chañarcillo, también en la región minera de Concepción y algo más tarde, en 1849, se efectuó una huelga organizada por los operarios de sastrerías de Santiago. Entre esta fecha y 1878 se pueden contabilizar por lo menos 19 huelgas, movimientos, rebeliones o incidentes callejeros obreros en distintos lugares del país⁴⁶.

A estas primeras rebeliones que expresaban un grado incipiente de conciencia de clase, de carácter espontáneo, les siguió un gradual desarrollo, de modo que hacia el año 1865 ya es posible encontrar algunos escritos que reflejan un mayor reconocimiento del papel de la clase obrera en la sociedad⁴⁷. Hacia el año 1847, y especialmente desde 1853, se comienzan a formar las primeras sociedades de artesanos y obreras (la Sociedad Tipográfica de Santiago, 1853; la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, 1855); la Sociedad de Artesanos de Valparaíso y la Unión de Artesanos de Santiago, 1858; la Sociedad Unión de Artesanos de Santiago y la Unión de Artesanos de la Serena, 1862), todas las cuales tenían un carácter mutualista, o sea, «respondían al anhelo de encontrar en el propio esfuerzo de los trabajadores una solución a los problemas económicos-sociales que sobre ellos recaían; mediante la práctica del ahorro, el socorro mutuo y el cooperativismo, los trabajadores procuraban ponerse a cubierto —ellos y sus familias— de los peligros que con mayor frecuencia los amenazaban: la cesantía, enfermedad, invalidez y muerte»⁴⁸.

Acorde con la evolución económica del país y el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, el nivel de organización del movimiento obrero chileno comienza a tener su mayor impulso desde los años ochenta, después que se integran las salitreras al país y cuando se comienza a fomentar más sistemáticamente el desarrollo de la industria manufacturera nacional. En el año 1870 había 13 sociedades mutualistas, reconocidas por el gobierno; en 1880, 39; y hacia el año 1924, 600, con 90.000 miembros, aparte de aquellas que buscaban reconocimiento legal⁴⁹. Durante el último tercio del siglo XIX se puede observar, además, la presencia de otras dos formas de asociaciones obreras: las sociedades de resistencia y las mancomunales. Las sociedades de resistencia, influidas por ideas anarquistas provenientes de Argentina, fueron más comunes entre los obreros industriales y portuarios que entre los mineros; se concentraban geográficamente en la zona central del país, especialmente en Santiago y Valparaíso, estimándose que hacia fines de siglo existían una treintena de tales organizaciones, que luchaban por un horario de trabajo de ocho horas, por aumen-

⁴⁵ H. Ramírez, N., *Historia del Mov. Obrero...*, op. cit., p. 127.

⁴⁶ *Id.*, pp. 133-34.

⁴⁷ *Id.*, p. 139.

⁴⁸ *Id.*, p. 167.

⁴⁹ Alan Angell, *Politics and the Labour Movement in Chile*, London, 1972, p. 14; según Ramírez Necochea, en el año 1900 había más de 300 de estas sociedades (op. cit., p. 266).

to de los salarios y por mejores condiciones de vida y de trabajo⁵⁰. Las mancomunales o hermandades fueron una forma más elevada de organización obrera que se desarrollan, especialmente, desde comienzos del presente siglo. La mancomunal era una organización estrictamente proletaria (para ser miembro de ella «... se requiere —decía su reglamento— pertenecer a la clase obrera»), que contó entre sus dirigentes a Luis E. Recabarren, quien «a través de una activa propaganda, fue orientando la institución en un sentido cada vez más combativo, y dotándola de una ideología más definida»⁵¹.

Un indicador del grado de desarrollo que comienza a experimentar el movimiento obrero en su interés por unir a las diversas asociaciones existentes en el país. Así, siguiendo el ejemplo dado por las sociedades mutualistas de Valparaíso que en 1888 formaron la Liga de Sociedades Obreras, en Santiago y en Iquique se hizo lo mismo; en Santiago, el mes de junio de 1894, «se reunieron los representantes de ocho instituciones para poner las bases de la Confederación Obrera de Sociedades Unidas. Después de una serie de gestiones, el 23 de septiembre de ese mismo año, quedó instalada con la participación de diez y nueve sociedades. Poco tiempo después de establecida a comienzos de 1895, la Confederación Obrera de Santiago tomó la iniciativa para convocar a un Congreso Nacional de Sociedades Obreras...»⁵²

El primer intento de organizar un partido que se enlazara más directamente con la clase obrera se efectuó en noviembre de 1887. Su formación fue impulsada por un grupo de ex-radicales que, ante la imposibilidad de encauzar el Partido Radical por un curso que tendiera en forma más acelerada y profunda a la consecución de cambios democrático-burgueses, se separaron de esa organización política y fundaron el Partido Democrático que, entre otros, se fijó como objetivo la emancipación política, social y económica del pueblo⁵³. Y, si bien esta organización no fue, estrictamente hablando, un partido genuino de la clase obrera, alcanzó, sin embargo, gran raigambre popular, pudiéndose decir que «es el primer partido auténticamente popular, de masas que hubo en Chile»⁵⁴, a la vez que fue una escuela política para los futuros dirigentes obreros, como Luis E. Recabarren, que comienzan a aplicar y difundir el socialismo científico. Ya en el año 1893 se advierte entre algunos de sus miembros el convencimiento de que al Partido Democrático le correspondía poseer una orientación definitivamente socialista lo cual, después de numerosos intentos, se concretó al fundar Recabarren, en el año 1912, el Partido Obrero Socialista. En su Primer Congreso, celebrado en mayo de 1915, proclamó su independencia respecto a la Segunda Internacional, condenando a aquellos partidos socialdemócratas que se enrolaron en la guerra. En su Tercer Congreso, en

⁵⁰ A. Angell, *op. cit.*, p. 16.

⁵¹ H. Ramírez, N., *op. cit.*, pp. 269-70.

⁵² *Id.*, pp. 266-67.

⁵³ *Id.*, pp. 209 y 214-15.

⁵⁴ *Id.*, p. 216.

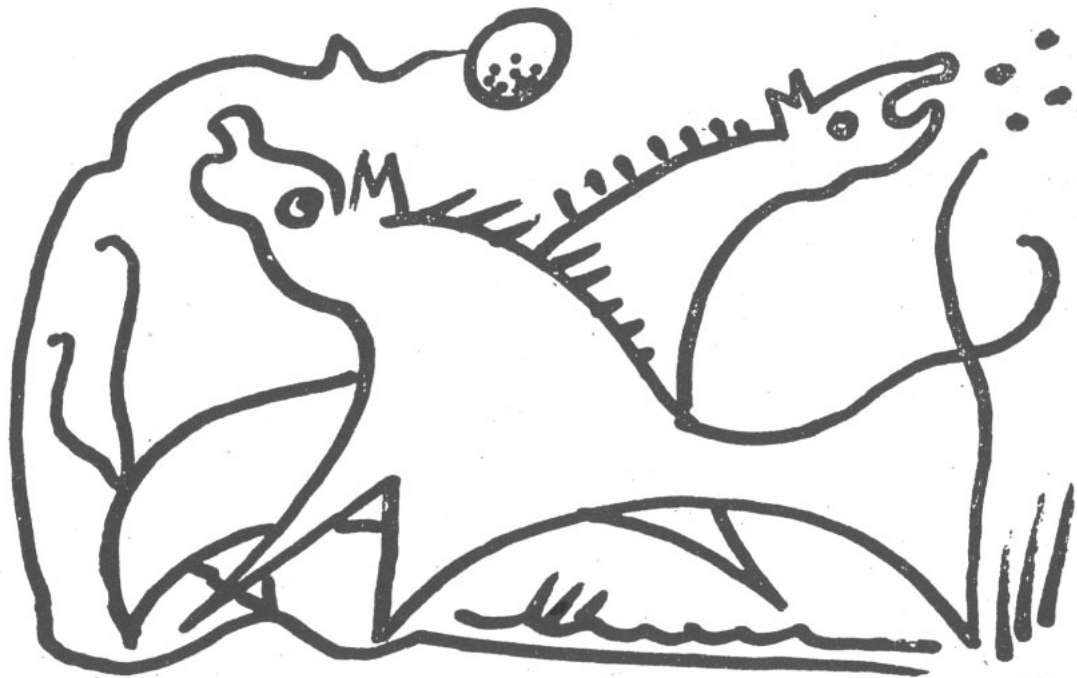
1920, se resolvió cambiar el nombre de Partido Obrero Socialista por el de Partido Comunista de Chile, aceptar y aplicar las 21 condiciones de la Internacional Comunista y solicitar el ingreso a ella. El 2 de enero de 1922, en su Cuarto Congreso, se informó que se había completado el procedimiento de Adopción del nombre y de la calidad de partido comunista⁵⁵.

Once años más tarde, en abril de 1933, organizaciones políticas tales como la Nueva Acción Política, la Acción Socialista Revolucionaria, el Partido Socialista Marxista, etc. se unificaron para fundar el Partido Socialista de Chile, el cual «reconoce los principios del socialismo científico, como fundamento filosófico y político de su programa... En el plano internacional, repudiando a las dos internacionales, aboga por la unidad de todos los pueblos de América, siendo la unidad latinoamericana el objetivo inmediato, como primer paso hacia la unidad de los trabajadores del mundo»⁵⁶. En el año 1938, con el triunfo del Frente Popular en las elecciones presidenciales, por primera vez en la historia de Chile partidos políticos de la clase obrera forman parte y participan en un gobierno constitucional, profundizándose de este modo el proceso de democratización del país.

Se puede decir que, si el siglo XIX se caracteriza por la lucha entre conservadores y liberales por una mayor democracia y mayores libertades individuales y colectivas, manteniendo un rasgo oligárquico, el presente siglo XX se caracteriza por la presencia y acción cada vez más activa de la clase obrera y de los trabajadores en general en el escenario político y en todas las esferas de la vida social, dando una nueva dimensión y calidad a la lucha por la democratización de la estructura política y de las instituciones socio-económicas, esto es, por la consecución del objetivo de construir una sociedad socialista como forma superior de justicia, de humanismo y de dignidad del ser humano.

⁵⁵ Orlando Millas, «Sesenta años del Partido de la clase obrera, de la lucha revolucionaria y del futuro», en *Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile*, n.º 51, enero-febrero 1982, pp. 34-35.

⁵⁶ Julio César Jobet, *Ensayo Crítico del Desarrollo Económico-Social de Chile*, Santiago, 1955, p. 197.



RAIBERTY

Latinoamericanos en París en los años veinte

La lucha antimperialista de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos (1925-1930)

ARTURO TARACENA

A Jorge Luis Arriola

Evocar la presencia de los latinoamericanos en París durante la década del veinte, sobre todo aquellos que estuvieron reunidos en torno a la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos —AGELA—, no implica solamente sacar del olvido una parte de su historia cultural y política, sino también referirse al hecho histórico que ha marcado su realidad a lo largo del siglo XX: la intervención norteamericana.

Sesenta y un años han pasado desde que la AGELA fue fundada en una coyuntura de post-guerra, que hizo atravesar el Atlántico a decenas de latinoamericanos con el objeto de venirse a radicar a París. Unos enviados por sus padres para realizar estudios superiores, otros atraídos por el clima político e intelectual que creó el triunfo aliado y la revolución bolchevique y, ya desde esa época, otros más empujados por las circunstancias del exilio. De esa forma coincidió en la capital francesa un grupo representativo de la juventud latinoamericana nacida entre 1885 y 1906, que, en su búsqueda del saber, descubrió América y tomó conciencia de sus males.

Sin embargo, las circunstancias culturales, políticas e ideológicas que los rodearon hicieron de ellos personajes privilegiados, inmersos en un mundo francés solidario y en ebullición. De esa forma, lo que se inició como una iniciativa estudiantil de carácter corporativo, apadrinada por el

Arturo Taracena es guatemalteco, historiador y ensayista, especializado en historia del movimiento obrero centroamericano. Vive en París.

gran hispanista Ernest Martinench, se convirtió rápidamente en una entidad antimperialista, que hizo de la defensa de la Nicaragua de Sandino la búsqueda de la dignidad del continente. Setenta y un años después, sin que la búsqueda haya finalizado desgraciadamente, el drama actual de aquella región habla por sí mismo de la validez histórica que para los latinoamericanos tiene la AGELA.

Los antecedentes

Sin pretender agotar los antecedentes que dieron origen a la AGELA se puede afirmar que los siguientes sirvieron de crisol para su constitución. En primer lugar, la divulgación de un pensamiento latinoamericanista opuesto al imperialismo norteamericano, durante los primeros años de la década del veinte. Ejemplo de ello son las publicaciones de *El destino de un continente* (Madrid, 1923), en el que Manuel Ugarte (1878) sostiene la necesidad de una unidad latinoamericana antimperialista, y de *La raza cósmica* (París, 1925), en la que José Vasconcelos (1882) afirmaba que pronto sonaría la hora de América Latina en el reloj de la Humanidad. A éstas vino a sumarse la conferencia que el pensador mexicano pronunció en diciembre de 1925 en la Universidad de Viena sobre el tema «Nacionalismo en América Latina», y que Mariátegui (1895) publicó posteriormente en *Amauta* (núms. 4 y 5, diciembre 1926-enero 1927)¹. Junto a José Ingenieros (1887), ambos significaban la encrucijada espiritual en la que se encontraba la *intelligentsia* latinoamericana al inicio de la post-guerra.

Lo anterior se vio concretizado políticamente en el circunscrito mundo latinoamericano de París con la formación del «Comité de Solidaridad de América Latina» en favor de la defensa de México, frente a las amenazas de intervención proferidas por el Secretario de Relaciones de los Estados Unidos, Frank B. Kellog, por la política petrolera del presidente Plutarco Elías Calles. Enfrentamiento agravado con la intervención de los «marines» en Nicaragua y con el papel jugado por la American Federation of Labor en el conflicto que oponía la Iglesia mexicana al presidente Calles y que desembocó en la denominada revolución de los Cristeros². Firmada por José Ingenieros, circuló en París una invitación a manifestar contra el imperialismo yanqui a la que se asociaron Manuel Ugarte, Hugo D. Barbagelata (1887), Carlos Quijano (1900), Antonio Miró Quezada (1875), Alberto Zérega Fombona, Alcides Argüedas (1879), Guillermo Padilla Castro (1899), Miguel S. Valencia, Camilo Riveiro, Leonardo Pena (Ignacio Pérez Kellens), Miguel Angel Asturias (1899), Armando Maribona (1894),

¹ Cheymol, Marc. *Miguel Angel Asturias et la France. Un séjour décisif, Paris 1924-1933*. Thèse de Doctorat d'Etat, Paris IV, 1982. Cita el trabajo de Claude Fell «Ecrits oubliés. Correspondance José Vasconcelos/Alfonso Reyes», p. 346.

² Taracena Arriola, Arturo. *Les origines du mouvement ouvrier au Guatemala, 1878-1932*. These de 3eme. Cycle. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1982, pp. 267-268.

José M. Mendoza, Juan Isidro Jiménez Grullón, Toño Salazar (1900) y León Pacheco (1902).

Seguidamente, un acto de protesta se desarrolló el 29 de junio de 1925 en la «Salle des Sociétés des Savants», bajo la presidencia de Miguel de Unamuno (1864) y de José Ortega y Gasset (1883). Entre los oradores latinoamericanos que participaron, Carlos Quijano señaló la importancia del anti-monroísmo y del anti-panamericanismo para la América Latina. José Ingenieros abundó en la misma dirección, denunciando la maniobra que representaba el Pacto Regional Interamericano introducido por los Estados Unidos en el Tratado de Versalles y que no había sido firmado por ningún gobierno latinoamericano. Raúl Haya de la Torre (1896) habló sobre la necesidad de construir una «latinoamericanidad», en tanto que factor social, puesto que la unidad de la América Latina era revolucionaria, y con el propósito de oponerse tanto al imperialismo como a las clases dominantes. Por último, Miguel Angel Asturias intervino señalando que el problema del imperialismo exigía la búsqueda de una solución al interior de la realidad subcontinental³.

Por otra parte, como Cheymol lo ha ya señalado, el mundo de los periodistas latinoamericanos en París estaba constituido por el conjunto de los escritores, diplomáticos y corresponsales de prensa residentes en la capital francesa, pero en ellos privaba un sentimiento de aislamiento con respecto a la prensa europea y a la forma en que ésta cubría las noticias provenientes del otro lado del atlántico. Armando Maribona, Miguel S. Valencia y Guillermo Padilla Castro habían sido delegados de sus países a los congresos de Prensa Latina celebrados sucesivamente en Lisboa (1924), Florencia (1925) y París (1926). Desde el segundo, Maribona y Padilla Castro habían exigido la publicación de noticias del continente americano todos los días, sin que se alegase el alto costo de las comunicaciones. En esa empresa de dar a conocer América Latina los nativos estaban apoyados por los franceses Ernest Martinench (1862), Georges Pillement (1898) y Charles Lesca (nacido en Uruguay). Martinench, que era el hombre clave, había fundado en 1922 la *Revue de l'Amérique Latine*, en la que colaboraban los peruanos Ventura (1886) y Francisco García Calderón (1887), el ecuatoriano Gonzalo Zuldumbide (1889), el venezolano Alberto Zérega Fombona, entre otros. Dicha revista trataba de ser el aglutinante de la intelectualidad latinoamericana parisina y, de esa forma, el 11 de marzo de 1925 ofreció un banquete de bienvenida al humanista mexicano Alfonso Reyes (1889). Ocasión que permitió reunir a la mayoría de sus integrantes. Entre éstos estaba presente Alejandro Sux (1888), argentino, corresponsal del *Universal* de México, del *Mundo* de la Habana, de *La Nación* de Santiago de Chile y del *Mundial* de Buenos Aires, quien en marzo del 25 había fundado la «Maison des Grands Journaux Ibéro-Américains», la que sobrevivió poco tiempo pero jugó un papel importante en el inicio de la AGELA⁴.

³ *Ibid.*

⁴ Cheymol, Marc, *op. cit.*, pp. 64-93, 122 y 329-330.

La moda de los banquetes, las comidas y las bebidas permitió también un elemento de congregación entre los latinoamericanos de París. La inauguración de los grandes cafés, que hicieron la gloria de Montparnasse, como «Le Select» (1925), «La Coupole» (1927) y «La Rotonde» (1914) —ya convertida en cuartel general de Picasso, Derain, Max Jacob y Appollinaire—, fueron refugio para aquéllos⁵. Maribona dejó constancia de ello en su novela-testimonio *El arte y el amor en Montparnasse*, que con prólogo de Miguel S. Valencia, apareció publicada años más tarde.

La fundación

Aunque hasta la fecha no se conoce con exactitud el día de la fundación de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos —AGELA—, éste se sitúa a finales de octubre de 1925, luego de haberse creado el «Comité de Solidaridad de América Latina» en París. Por un artículo de Armando Maribona, cubano, publicado en *El Imparcial* de Guatemala el 15 de noviembre de ese año, se sabe que en el origen de la misma estuvieron el mismo Maribona, que además de ser el corresponsal de *El Diario de la Marina* de La Habana era ya un caricaturista renombrado; los costarricenses Mario Luján (1899), estudiante en Medicina, y Guillermo Padilla Castro; el chileno Yanisemski; el argentino Rolando Martel, pintor, anarquista y quien escribía para *El Diario de la Marina*; el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, abogado, escritor y corresponsal de *El Imparcial* de Guatemala; el peruano Félix Cárdenas Castro, pintor; el cubano Antonio Gattorno (1940), pintor; el nicaragüense Diego Manuel Sequeira ((1904), estudiante de Derecho, y el arquitecto venezolano Aurelio Fortoul. La idea original parece haber sido del propio Maribona.

Los objetivos de la AGELA preveían:

- a) La abolición de la nacionalidad de origen al interior de la asociación;
- b) El carácter corporativo de la misma;
- c) Una dirección a partir de un comité directivo, sin que fuese elegido un presidente;
- d) El sistema proporcional en las elecciones del comité directivo;
- e) La propaganda en favor de Latinoamérica como una de las principales tareas⁶.

A pesar del carácter confuso de sus objetivos iniciales, la AGELA se estructuró rápidamente. El 15 de noviembre fue electa la junta directiva, resultando electos: Secretario general: Carlos Quijano; Secretario adjunto: León Dabayle Sacasa; Tesorero: Aurelio Fortoul; Tesorero adjunto: Alejandro Espaillet, dominicano, y miembros del Comité directivo: Marcelo

⁵ *Ibid.*, p. 59.

⁶ Taracena Arriola, Arturo, *op. cit.*, pp. 268-269.

Guivaudant, Miguel Angel Asturias, Juan Manuel Cárdenas Castro, Guillermo Padilla Castro y Juan Jiménez Grullón. El 30 de ese mismo mes, Carlos Quijano entregó a la Prefectura de la Policía de París una carta en la que constaban los nombres y direcciones de los estudiantes miembros de la directiva de la AGELA; así como la sede social de la misma, situada en el 55 del quai de la Tournelle, y una copia de los estatutos, con el objeto de solicitar la inscripción como asociación no lucrativa de acuerdo a la Ley del 1 de julio de 1901⁷.

Los estatutos, que estaban compuestos por 29 artículos, señalaban como objetivos:

- a) La defensa y la protección de los intereses económicos y morales, así como el desarrollo cultural de los estudiantes y los universitarios latinoamericanos.
- b) La propaganda en favor de la América Latina.
- c) La posible creación de instituciones similares en todos los puntos de Europa.
- d) El establecimiento de relaciones con todas las instituciones estudiantiles del mundo, especialmente con aquellas de América.

Asímismo, los estatutos prevenían tres tipos de miembros: protectores, correspondientes y honorarios. Un Comité director compuesto de nueve miembros, electos por la Asamblea durante un año y con posibilidad de ser reelectos. La Asamblea ordinaria tendría lugar cada año, el 15 de noviembre, y podían darse asambleas extraordinarias si el Comité director lo juzgaba necesario o si era pedido por el cuarto de los miembros activos. El Comité director debía de reunirse al menos una vez por semana. Las elecciones se hacían siguiendo el principio de la representación proporcional integral y en escrutinio secreto.

La AGELA fue inscrita en la Prefectura de la Policía el 11 de diciembre y el decreto de su aprobación apareció en el *Journal Officiel*, el 8 de enero de 1926⁸.

El 28 de febrero, Quijano escribió a José Carlos Mariátegui, entonces director de la revista *Mundial* de Lima, informándole que por unanimidad había sido electo socio-corresponsal en Perú; y le solicitaba una respuesta para el caso⁹. Sería de sumo interés conocer quiénes fueron los otros latinoamericanos a los que la AGELA acordó ese estatus.

⁷ Préfecture de Police de Paris. *Bureau des Associations Loi du 1^{er} Juillet 1901. Dossier: Association Générale des Etudiants Latino-Américains*. Núm. PM 95448 y ss.

En la reseña que dedica la *Revue de l'Amérique Latine* (4.º año, tomo X, N.º 47, 1 de noviembre de 1925) a la fundación de AGELA, también menciona como fundadores a Manuel González Suero, T. R. Hernández Franco, Manuel M. de Lara, Carlos Ruiz Velarde, Carlos M. Quesada, Carlos Varaona Villaseñor, Eduardo Anze, Adolfo Fonseca y Fernando Vélez Páez.

⁸ *Journal Officiel de la République Française, Lois et Décrets*.|LVIII Année, N.º 6, Paris, 8 janvier 1926, p. 383.

⁹ Mariátegui, José Carlos. *Correspondencia (1919-1930)*. Introducción, compilación y notas de Antonio Melis. Biblioteca Amauta, Lima, 1983. Tomo I, p. 138.

Las primeras actividades

Dos días antes de ser legalizada formalmente, el 6 de enero de 1926, la AGELA organizó en la sala de la «Société des Savants» de la calle Dantrón un acto con la presencia de José Vasconcelos. Asistieron trecientas personas y participaron como oradores Alberto Zérega Fombona, Alcides Arguedas, Luis López de Mena y Carlos Quijano, quien hizo un elogio de Francia y de su democracia. Vasconcelos intervino haciendo un llamado de unidad latinoamericana para resistir a los Estados Unidos. Estaban presentes los embajadores, Alfonso Reyes, de México; Gonzalo Zaldumbide, de Ecuador; Peralta, de Costa Rica, y Ventura García Calderón¹⁰. El resto del año 1926, la actividad principal de la AGELA parece haber estado centrada en la organización de cenas de homenaje, en lo que lo cultural y lo político se confundían con la bohemia. Rolando Martel reseñó en *El Diario de la Marina*, del 15 de julio, la celebración en junio de una cena-concierto en honor del músico cubano Diego Bonilla: «... en el café-restaurant “La Rotonde”, lugar común al hablar de bohemia cosmopolita, nos reunimos cubanos y argentinos, dominicanos y costarricenses, españoles y mexicanos, y ese amigo excelente de España y de Iberoamérica, Charles Lesca, en ágape cordial, extraprotocolario...»¹¹. En la fotografía inédita con que se acompañan estas líneas, que captó la celebración que la AGELA hizo de la independencia centroamericana, el 15 de septiembre de 1926, además de Asturias, Quijano, Fortoul, Cárdenas Castro, Maribona, Barbegelata, ya mencionados, aparecen el salvadoreño Toño Salazar (1900), caricaturista consagrado; el poeta mexicano Carlos Pellicer (1899), el escritor y pintor peruano Felipe Cossío del Pomar (1888); el periodista argentino Marcelo Guivaudant, y los guatemaltecos José Arzú (1888), escritor y cónsul de Guatemala en París, Jorge Luis Arriola (1906), Ricardo Alvarez Orantes (1902) y Horacio Polanco Rodríguez (1903), estudiantes en Medicina, y Alfredo Valle Calvo (1902), en Derecho; así como David González y un muchacho de apellido Marbes. La única mujer era la pianista británica Sandy Parker¹². Por su parte, Asturias reseñó en *El Imparcial* de Guatemala la comida que la AGELA organizó en honor del escultor

¹⁰ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Interieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Généralités*. Informe de la Prefectura de Policía fechado el 7 de enero de 1926.

Revue de l'Amérique Latine. 5.º año, tomo XI, N.º 50, París, 1 de febrero de 1926.

¹¹ Martel, Rolando. «Envío de Lutecia. Concierto y Almuerzo. Diégo Bonilla, héroe del arco». *Diario de la Marina*, La Habana, 15 de julio de 1926.

¹² La fotografía la conservó Jorge Luis Arriola, a quien se le deben varios de los datos aquí expuestos.

Sorprende que entre los guatemaltecos no estuviese Luis Cardoza y Aragón (1904). El mismo da la respuesta en sus memorias que acaban de aparecer en México bajo el título de *El Río. Novelas de caballería* (Fondo de Cultura Económica, 1986): «A José Vasconcelos, a José Ingenieros, a Carlos Quijano, al Abate José María González de Mendoza, apenas los vi (en París). Me invitaron a juntas para organizar continentalmente a los intelectuales frente al imperialismo y las dictaduras. Al cabo de medio siglo las cosas están peor» (p. 250).

español Mateo Hernández (1888), en la que participaron ciento veinte latinoamericanos¹³.

Vasconcelos dejó una descripción del ambiente de la asociación: «... el fermento de la vida latinoamericana en París lo daban los muchachos de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos. Apenas llegaba a París personaje de significación internacional, los beneméritos estudiantes organizaban una velada...»¹⁴.

Por otra parte, la AGELA obtuvo una ayuda práctica por parte del director de la «Maison des Grands Journaux Ibéro-Américains». Alejandro Sux puso a su disposición los locales y las instalaciones de aquélla, lo que permitió crear una oficina de información para todos los estudiantes latinoamericanos que llegaban a instalarse a París¹⁵. Asimismo, se le dio un impulso a la práctica del deporte, especialmente del fútbol, el cual, según recuerda Arriola, lo practicaban regularmente los miembros de la AGELA en las canchas de la Croix de Berny. Los argentinos y los peruanos se destacaban. Por su lado, Cossío del Pomar menciona que el terreno de fútbol estaba cerca de la Puerta de Orleans, pero da a entender que los encuentros eran fomentados por la célula del APRA, dentro de una concepción de la necesidad de una práctica de la cultura física¹⁶.

Finalmente, como era lógico, la AGELA inició los trámites para incorporarse a la International Confederation of Students, que tenía su sede en Bruselas y había sido fundada en 1919, en Estrasburgo. La AGELA logró posiblemente hacerse reconocer como asociación universitaria en 1926, durante el VIII Congreso de la ICS celebrado en Praga, después en 1927 aparece como miembro asociado, bajo la denominación inglesa de «Latin American Students Union». Su sede estaba en el 55 quai de la Tournelle, París, y su número de asociados era de 418. Como presidente fungía Carlos Quijano y como secretario, el estudiante en Derecho nicaraguense, León Debayle Sacasa (1902)¹⁷.

El papel anti-imperialista

Como se ha visto, desde el inicio, las actividades públicas de AGELA estuvieron marcadas por un sentimiento anti-imperialista, ya existente en el pensamiento de sus principales inspiradores intelectuales: Ugarte, Vasconcelos e Ingenieros. Sin embargo, fue en el año 1927 que éste tomó verdaderamente cuerpo. El 13 de enero —y no el 12 como normalmente se ha

¹³ Asturias, Miguel Angel. «Comida de Estudiantes», *El Imparcial*, Guatemala, 29 de noviembre de 1929.

¹⁴ Vasconcelos, José. «El Desastre», *Obras completas*, México, tomo I, pp. 1.669-1.670. Citado por Cheymol, *op. cit.*, p. 331.

¹⁵ Cheymol, Marc, *op. cit.*, p. 329.

¹⁶ Arriola, informe epistolar al autor, 1986. Cossío del Pomar, Felipe. *Victor Raúl. Biografía de Haya de la Torre, Primera parte*, Editorial Cultura, México, 1961, pp. 272-274.

¹⁷ *International Confederation of Students. Yearbook, 1927-1928*. Brussels, Palais Mondial, 1928, p. 85.

dicho—, en la sala «Des Horticulteurs», calle Grenelle, el Frente Único de los Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina, nombre de la Cédula de París del APRA, invitó a una manifestación de apoyo latinoamericano con Nicaragua, como protesta por la intervención norteamericana en ese país¹⁸. El acto estaba apoyado por la AGELA. Miguel Angel Asturias y Eduardo Avilés Ramírez (1897), nicaragüense, habían solicitado su aval a Romain Rolland, quien, en una carta fechada en Villeneuve el 11 de enero de 1927, se solidarizó con la protesta. Miguel de Unamuno también lo hizo por su parte¹⁹.

La tradición aprista señala que en ese acto los oradores fueron Raúl Haya de la Torre, el poeta chileno Vicente Huidobro (1893), Sian Ting, miembro de Kuomintang y delegado ante la Liga de Naciones y los representantes de Nicaragua, Haití y la República Dominicana²⁰. El parte de la Prefectura señala que al acto asistieron 250 personas y que estuvo presidido por Eudocio Ravines (1897), como secretario de la filial. Se dio lectura a la carta de Rolland y a varios telegramas de apoyo y como oradores actuaron Alberto Ulloa (1862), profesor de la Universidad de Lima y Adolfo Zamora, quienes hablaron sobre el «monroísmo». Asimismo, Antoine Berwin, quien habló sobre Haití, y Haya de La Torre, que basó su intervención sobre el imperialismo y preconizó la unidad latinoamericana²¹.

El combate de la AGELA por la defensa de la soberanía nicaragüense continuó, pues el 21 de enero de 1928, en la «Salle des Ingénieurs Civils», su secretario general, Carlos Quijano, dio una conferencia sobre Nicaragua y el imperialismo de los Estados Unidos. Estaba basada en la información económica y política que Debayle Sacasa había reunido para sus tesis de doctorado en Derecho, en la Escuela de Ciencias Políticas de París, defendida durante el curso de ese año. La conferencia de Quijano abrió una agria polémica con el periodista norteamericano Paul Scott Mowrer, director de la edición europea del *Chicago Daily News*, quien entabló un debate con él una semana más tarde en la «Salle de la Societé de Géographie», bajo los auspicios de la *Renaissance Latine*²². Quijano publicó el

¹⁸ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Interieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Nicaragua*. Informe de la Prefectura de Policía fechado el 14 de enero de 1927. Existe un ejemplar del volante repartido a nombre de la Cédula de París del APRA para la celebración del acto, que tuvo lugar en la Sala «Des Horticulteurs» y no «Agriculateurs».

¹⁹ Cheymol, Marc, *op. cit.*, pp. 337-339.

La revista *Amauta* núm. 6, Lima, febrero de 1927, reproduce la carta de Romain Rolland. Ver también: Luis Alberto Sánchez, *Apuntes para una biografía del APRA. I. Los primeros pasos 1923-1931*. Mosca Azul Editores, Lima, 1978, p. 45.

²⁰ Cossío del Pomar, Felipe, *op. cit.*, pp. 274-275.

Haya de la Torre, Víctor Raúl. *Obras completas*, Librería-Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1977. Tomo I, pp. 142-147.

²¹ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Interieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Nicaragua*. Informe de la Prefectura de Policía fechado el 14 de enero de 1927.

²² Quijano, Carlos. *Nicaragua: Un pueblo, una revolución. Ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*. Editorial Pueblo Nuevo, México, 1978, pp. 3-11.

contenido de su conferencia un año después, bajo el título: *Nicaragua. Ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*. París, Agencia Mundial de Librerías [1928].

Por otra parte, la AGELA lanzó una campaña de telegramas de protesta dirigidos al presidente de los Estados Unidos y al Gobierno de Nicaragua, expresando, según palabras de los redactores de la *Revue de l'Amérique latine*, «el verdadero sentimiento de la juventud americana». Sin embargo, la radicalización del combate de la asociación universitaria también hacía decir a Lesca y García Calderón, que lamentaban el hecho de que ésta «llamara, casi exclusivamente, para sus reuniones, a oradores comprometidos como agitadores de la extrema izquierda».

El 23 de febrero, la AGELA se sumó a las manifestaciones populares que las organizaciones sindicales y políticas francesas realizaron en pro de la libertad de los militantes anarquistas Sacco y Vanzetti. Siguió una nueva protesta organizada por la misma, el 28 de ese mes, contra la política norteamericana en Nicaragua. Arriola recuerda que ésta se concretizó por el abucheo que se le hizo en la estación del Norte al ex-dictador Emiliano Chamorro, quien, después de haber renunciado a la presidencia de Nicaragua el 30 de octubre de 1926, llegó a París como embajador de Adolfo Díaz, el hombre del Departamento de Estado²³.

En marzo, desde Niza donde era cónsul de la Argentina, Manuel Ugarte lanzó su célebre «Manifiesto a la Juventud Latinoamericana», que *Amauta* reprodujo un mes más tarde en Lima, en el cual el político argentino decía en uno de sus párrafos: «... Ya hemos arrojado buena parte de nuestro porvenir por todas las ventanas de la locura. Que se levante el espíritu nacional como en las grandes épocas. Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz, una coordinación estrecha de nuestras repúblicas... Y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas, hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir»²⁴.

El 24 de abril, bajo la presidencia de Ferdinand Hérold, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre se llevó a cabo un mitin en favor de la América Latina en la «Salle des Horticulteurs». León Debayle Sacasa, como representante del Partido Liberal de Nicaragua, retrazó la historia de la intervención norteamericana en su país. Por su parte, Leonardo Fernández Sánchez, cubano, fundador de la Liga Anti-imperialista y del Partido Comunista de Cuba, junto a Julio Antonio Mella, quien acababa de

Debayle Sacasa, León. *Les emprunts extérieurs et la Réforme monétaire de la République de Nicaragua*. Doctorat en Droit, Ecole des Sciences Politiques, Librairie Générale de Droit, Paris, 1927.

Revue de l'Amérique Latine, año 6, tomo II, núm. 64, París, 1 de abril de 1927.

²³ Arriola, información epistolar al autor, 1986.

Revue de l'Amérique Latine, año 6, tomo XII, núm. 62, París, 1 de febrero de 1927.

²⁴ *Amauta* núm. 8, Lima, abril de 1927, pp. 3-39.

participar en el Congreso anti-imperialista de Bruselas, abundó en el mismo sentido. Asimismo, Paul Louis y Gabriel Péri se sirvieron del ejemplo de los Estados Unidos para describir el nacimiento y el desarrollo del imperialismo a nivel mundial. Gabriel Péri (1902) sería fusilado por los alemanes años más tarde, en 1941 ²⁵.

En ensayo sobre Nicaragua de Quijano coincidió en tiempo con la celebración del VI Congreso de la Unión Panamericana en La Habana, Cuba, donde participó el presidente norteamericano Calvin Coolidge. Inaugurado el 16 de enero de ese año, el Congreso tuvo como uno de sus principales objetivos legalizar el simulacro de elección en Nicaragua. De esta forma, el general Frank Ross McCoy, presidente de la Junta Nacional Electoral nicaragüense, nombró presidente electo al dictador Díaz, el 17 de marzo. En un «Manifiesto a los estudiantes latinoamericanos de París», Manuel Ugarte escribía con indignación: «... No admitamos, pues, diferencia entre libertadores y hagamos bloques contra los derrotistas, contra los Presidentes ungidos por la Casa Blanca, contra todas las encarnaciones que toma en nuestras repúblicas el mísero egoísmo de los caudillos subalternos. El único que merece nuestra entusiasta adhesión es el general Sandino, porque el general Sandino representa, con sus heroicos guerrilleros, la reacción popular de nuestra América contra las oligarquías infidentes, y la resistencia de nuestro conjunto contra el imperialismo anglosajón. La comedia de las elecciones nicaragüenses no hace más que poner de manifiesto la caída irremediable de los que, entre sus intereses y la patria, optaron por sus intereses. El porvenir dejará caer sobre ellos la reprobación que merecen. Y ese mismo porvenir sabrá también elevar la figura altruísta de Sandino.» Poco tiempo después, el Manifiesto apareció publicado por Mariátegui en *Amauta*, suscrito por la AGELA, la Federación Universitaria Hispanoamericana de Madrid, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de Berlín —homóloga de la AGELA y de la cual no se ha hecho una investigación—, y la Federación Universitaria Escolar de Madrid ²⁶.

Luego, ampliando su actividad de denuncia, con el apoyo de la Liga de los Derechos del Hombre, la AGELA organizó el 4 de mayo de ese año, en la sala de la «Société des Savants», un acto en favor de los estudiantes venezolanos encarcelados por órdenes del general Gómez. Bajo la presidencia de Víctor Bosch, los estudiantes venezolanos Fabela y Escalón denunciaron que trescientos de sus colegas yacían en las prisiones de aquel país, debido a sus actividades anti-dictatoriales ²⁷.

Finalmente, el 13 de noviembre, en la misma sala, la AGELA organizó un mitin para protestar contra el encarcelamiento de los estudiantes cuba-

²⁵ *Bulletin de la Ligue contre l'Oppression Coloniale et l'Impérialisme*, núm. especial, París, 1927, p. 30.

²⁶ *Amauta* núm. 16, Lima, julio de 1928, p. 34.

²⁷ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Intérieur, F7 13088-Ligue de Droits de l'Home (1916-1932)*. Informe de la Prefectura de Policía fechado el 4 de mayo de 1928.

nos por parte de la dictadura de Machado. Se asoció a éste la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba —ANERC—, que había sido fundada en el mes de agosto por quince estudiantes de ese país exiliados en Francia. A nombre de ellos tomó la palabra José Felipe Chelala Aguilera (1906), antiguo secretario del Director de la Universidad de La Habana. Además, la AGELA distribuyó por todo París un volante «Contra la Tiranía de Machado»²⁸.

Sin embargo, la actividad política que marcó la vida de los latinoamericanos en Europa a lo largo de los años 1927 y 1928 fue la celebración, en Bruselas, del I Congreso Anti-imperialista Mundial. A éste asistieron personalidades mundiales como la viuda de Sun Yat Sen, Barbusse, Rolland, Blum, JawaharLal Nehru, Fimmen; y Vasconcelos, Ugarte, Mella, Codovilla, Haya de la Torre, entre las latinoamericanas. Carlos Quijano participó como representante del recién constituido (en el exilio) Partido Revolucionario Venezolano. En su discurso, Quijano habló a nombre del grupo latinoamericano y denunció los efectos del imperialismo norteamericano en México, Nicaragua y Venezuela. Asimismo, recordó que, después de la guerra, no sólo la Sociedad de Naciones avalaba la doctrina Monroe, sino que las inversiones estadounidenses se habían triplicado en América Latina, aumentando la dependencia. La AGELA estuvo representada por León Debayle Sacasa y por el dominicano Juan Isidro Jiménez Grullón, quienes sólo tenían el estatuto de delegados. De esa forma, la AGELA fue signataria de la «Declaración de los Representantes de las Asociaciones de Juventudes y de Juventudes Obreras en el Congreso de Bruselas contra la opresión colonial y el imperialismo», junto a los delegados de China, Indochina, México, Cuba, India, Francia y Gran Bretaña²⁹. Sin embargo, la posición de los latinoamericanos no fue unánime ante los objetivos finales del Congreso. Mientras Vasconcelos, Mella, Fernández Sánchez, Gómez, Quijano, Ugarte, Martínez, Deambrosis Martins, Morales, etc., votaban la resolución sobre América Latina, Haya de la Torre y Ravines, ambos miembros del APRA, lo hicieron con reservas. Los dirigentes apristas se habían enfrentado en tres puntos con el resto de la delegación latinoamericana. a) La negativa a que el APRA estuviese bajo el comando de la Liga Anti-imperialista, a la que Haya de la Torre consideraba controlada por la III Internacional; b) el rechazo a la tesis aprista de la «alianza de clases» para combatir el imperialismo, en momentos

²⁸ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Intérieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de Leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Cuba*. Informe Confidencial núm. 2.078, del Ministerio del Interior al Ministro de Relaciones Exteriores, fechado el 1 de marzo de 1929.

²⁹ *Das Flammenzeichen vom Palais Egmont. Offizielles Protokoll des Kongresses gegen Koloniale Unterdrückung und Imperialismus, Brüssel, 10-15 Februar 1927*. Neuer Deutscher Verlag, Berlin, 1927, pp. 229-264.

Der Brüsseler Kingress gegen Imperialismus und für nationale Unabhängigkeit. Vom 10-15 Februar 1927 in Brüssel, Palais Egmont. Auszüge aus Reden die wichtigsten Beschlüsse und Resolutionen. Herausgegeben und verlegt von der Liga gegen Imperialismus un für nationale Unabhängigkeit, Berlin, 1927. pp. 18-20.

en que se concretizaba el período izquierdista de la Internacional; c) la crítica de Haya de la Torre al Congreso con respecto a su preferencia por el conflicto en las colonias africanas y asiáticas en detrimento de la América Latina en cuanto a la táctica política. Un testimonio de esa polémica, que al parecer fue intensa y larga, lo dio siete años más tarde, en 1934, Luis A. Sánchez, con la información que le proporcionó Haya de la Torre. Sánchez se expresa así de los participantes: «Los delegados lucían, predominantemente, filiación comunista. El cubano Julio Antonio Mella era de los más impetuosos. El uruguayo Carlos Quijano, representante de una diminuta Agela (Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos), oponía brías reservas a la tesis de Haya de la Torre... Quijano tenía una curiosa mezcla de comunismo y reaccionarismo. El ítalo-argentino Codovilla, estaba resueltamente con el Soviet. El uruguayo Carlos Deambrosio Martins mantenía una posición irresoluta. Para evitar debates ociosos, el Congreso acordó invitar a Haya de la Torre, quien ordenó a Ravines que saliera también de París, rumbo a Bruselas, a fin de representar ambos al APRA...»³⁰.

Las tendencias ideológicas

En *El Desastre*, Vasconcelos deja ver que en el seno de la AGELA se dio un enfrentamiento ideológico entre «bolcheviques, apristas y seguidores de Maurras», etc.³¹. Es difícil llegar a una precisión del mismo faltos de información y documentos, pero sí se puede afirmar algo en ese sentido. La AGELA surgió paralelamente al APRA en París. O mejor dicho, esta última surgió aprovechando la coyuntura creada por la fundación de la primera, cuya acogida, sin duda, fue enorme entre los estudiantes latinoamericanos residentes en la capital francesa. Cossío del Pomar, Murillo Garaycochea, Chan Rodríguez y otros³², afirman que la denominada «célula del APRA en París», fue fundada al final del año 1925, durante la primera estadía de Haya de la Torre, proveniente de Londres. Entre los peruanos que formaron esta célula se encontraban Cárdenas Castro, Cossío, César Vallejo (1893), Edgardo Rozas (1903) y Rafael y Alfredo González Willis. Al menos, de Cárdenas Castro se sabe que participó en la fundación de la AGELA a finales de octubre de ese año. Como lo escribe

³⁰ Sánchez, Luis Alberto. *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*. Imprenta Editora Atlántida, Lima, 1979, pp. 139-142.

La primera edición del libro fue hecha en Chile, en 1934, en la Editorial Ercilla.

³¹ Vasconcelos, José. «El Desastre», *Obras completas*, México, tomo I, p. 1.670. Citado por Cheymol, *op. cit.*, p. 332.

³² Cossío del Pomar, Felipe, *op. cit.*, p. 267.

Chan Rodríguez, Eugenio. *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. Colección Studium, vol. 18, Ediciones de Andrea, México, 1957.

Murillo Garaycochea, Percy. *Historia del Apra, 1919-1945*. Imprenta Editora Atlántida, S. A., Lima, 1976.

Cossío del Pomar, «al terminar el primer año de estudio, durante las vacaciones, Víctor Raúl marcha a París donde está vinculado a la AGELA. En poco tiempo selecciona un grupo de estudiantes, en su mayoría cuzqueños, y con ellos funda la primera célula aprista de Europa»³³. Además, Haya de la Torre había conocido a Carlos Quijano en Buenos Aires, cuando éste y el grupo Ariel le organizaron una recepción en 1922³⁴. Es de suponer que en el momento en que el proyecto aprista en París dejó de ser una iniciativa política propia a los peruanos debió de entrar en contradicción con la AGELA, máxime si los principales dirigentes de la última se encontraban próximos al Partido Comunista francés, como Quijano y Fortoul, o al anarcosindicalismo, como en el caso de Rolando Martel³⁵.

No cabe duda que el enfrentamiento ideológico que se dio entre Haya de la Torre y Ravines, por una parte, y Mella, Fernández Sánchez, Gómez (Ch. Philips), Codovilla, Quijano, por la otra, en el I Congreso Anti-imperialista Mundial de Bruselas, no hizo sino agudizar las contradicciones entre apristas y comunistas. Posteriormente, peruanos como César Vallejo y Eudocio Ravines, que fueron miembros de la célula del APRA de París, se ligaron al Partido Comunista. Vallejo lo hizo pronto, en 1927. Ravines, en 1929.

Otro ejemplo de cómo Haya de la Torre supo aprovechar la labor de la AGELA fue la organización del acto por Nicaragua de la calle Grenelle, el 13 de enero de 1927. El mensaje enviado por Romain Rolland desde Villeneuve, dos días antes, estaba dirigido al Comité del APRA en París, pues fue esta organización la que organizó la manifestación anti-imperialista³⁶. Sin embargo, se sabe que quienes realizaron los trámites con Rolland fueron el guatemalteco Miguel Angel Asturias y el nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez³⁷. Esto lleva a preguntarse si ambos lo hicieron en tanto que miembros del APRA. El éxito de esa manifestación contrasta con el mediano auditorio en la inauguración, el 22 de enero, del Centro de Estudios Anti-imperialistas³⁸, lo que lleva a pensar que la mis-

³³ Cossío del Pomar, Felipe, *op. cit.*, p. 267.

Edgardo Rozas murió en París —151 rue de Sevres—, el 30 de julio de 1928. Había nacido en Cuzco el 7 de agosto de 1903. Lo enterraron en el cementerio de Bagneux, el 2 de agosto de ese año.

³⁴ *Ibid.* p. 152.

³⁵ Maribona, Armando. *El arte y el amor en Motparnasse. Documental novelado. París, 1923-1930*. Testimonio a manera de Prólogo por Miguel Santiago Valencia. Ediciones Andrés Botas, México, 1950, pp. 98 y 396-397.

Key Sánchez, Fernando. *Fundación del Partido Comunista de Venezuela*. Fondo Editorial «Carlos Aponte», Caracas, 1984, pp. 12-13 y 17.

³⁶ *Amauta* núm. 6, Lima, febrero de 1927, p. 4.

Eudocio Ravines cita la carta de Rolland en «La actual etapa del capitalismo», *Amauta* núm. 10, Lima, diciembre de 1927, pp. 56-58.

³⁷ Cheymol, Marc, *op. cit.*, pp. 337-339.

³⁸ Haya de la Torre, Raúl. «Qué persigue el Centro de Estudios Anti-imperialistas del APRA en París», *Obras completas*, tomo I, pp. 142-143.

La influencia real del APRA sobre la comunidad latinoamericana de París aún no ha sido estudiada con seriedad. Todos los datos coinciden en señalar que su impacto fue real entre

ma fue organizada con el total apoyo de la AGELA (y quizá de alguna otra organización) y por eso se anunció como una manifestación de apoyo latinoamericano a Nicaragua. Lo cierto es que el APRA logró, a cada paso de Haya de la Torre por París, marcar un ascendente sobre los latinoamericanos de la capital francesa. Ese año de 1927, el líder aprista escribía: «APRA se va convirtiendo ya en la más poderosa organización anti-imperialista de América»³⁹. Luego, el movimiento decayó. Sin embargo, la delimitación entre la influencia comunista o aprista es difícil de precisar en el seno de la AGELA, debido a las posiciones ideológicas ambiguas de la mayoría de sus integrantes. Hay casos de gente que estuvo influida por el APRA, como Asturias y Toño Salazar, pero, no cabe duda que en ese momento seguían aún el ideario político vasconcelista. Esto, por el simple hecho de haber estado en contacto con Vasconcelos entre 1920 y 1924. Asturias había coincidido con él en el Congreso Internacional de Estudiantes organizado en 1922 por el pensador mexicano y, luego, había recibido su apoyo durante la fundación de la Universidad Popular de Guatemala en 1924. Por su parte, Salazar había entrado en contacto con Vasconcelos desde que se radicó en México, en 1920, de donde salió para París⁴⁰. Indudablemente, entre el pensamiento del mexicano y el del peruano hay muchas similitudes, sobre todo en lo que respecta a su esencia populista.

La cohesión de la AGELA no parece haberse dado solamente en torno al sentimiento anti-dictatorial o anti-imperialista, sino también por una necesidad de buscar lazos culturales e ideosincráticos dentro de un medio extraño. Cierto, muchos de sus integrantes terminaron por descubrir América en Europa, para decirlo con palabras de Mariátegui, pero la ambigüedad política era mantenida por lo vago de la relación con los diplomáticos e intelectuales latinoamericanos radicados en la capital francesa, que no pertenecían a la AGELA, pero que ejercieron una influencia sobre ésta.

1925 y 1927, pero no al grado que los principales historiadores apristas lo dejan ver. En 1929, cuando estalló la crisis al interior del APRA a raíz de la polémica entre Mariátegui y Haya de la Torre, uno de los tránsfugas hacia el Partido Comunista fue Armando Bazán, quien era secretario de propaganda de la Célula. En el Manifiesto que éste publicó en *Amauta* (núm. 25, julio-agosto de 1929), a nombre del «Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América-Latina-Célula de París y del Centro de Estudios Anti-imperialistas», justificaba en parte la disolución de la célula aprista el refuerzo del Bloque Obrero y Campesino del Perú, en vista de que todos los elementos que habían venido participando de la idea del APRA eran peruanos.

³⁹ Haya de la Torre, Raúl. «El sentido de la lucha antimperialista». *Amauta* núm. 8, Lima, abril de 1927, pp. 39-40.

⁴⁰ Taracena Arriola, Arturo, *op. cit.*, pp. 251-281.

Vallejo, Fernando. *Barba Jacob. El mensajero*. Editorial Séptimo Círculo, México, 1984, p. 286.

La influencia aprista en Asturias se puede precisar a partir de sus artículos políticos publicados en *El Imparcial* de Guatemala, del que era corresponsal en París. En «Los problemas del agrarismo» (mayo de 1928) y «Nacionalismo económico (2 de septiembre de 1929)», sostenía la idea de la creación de un «Partido campesino» basado en «la alianza de clases» para combatir el imperialismo de la United Fruit Company; y pregona como elemento cohesionador la «conciencia nacional», que había tomado de Vasconcelos desde 1922.

Alcides Arguedas, José Arzú, los hermanos García Calderón, Zérega Fombona eran representantes diplomáticos de sus respectivos países y, ciertamente, no compartían las posiciones políticas de un Quijano, un Cárdenas Castro o un Martel. Mientras este último era conocido por su extremismo político, con una militancia política junto a su compatriota Luis di Filippo⁴¹, Zérega Fombona representaba la tendencia «cientificista y jerárquica», casi fascista, inspirado por Maurras. Mientras Quijano publicaba su ensayo sobre la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua, ese mismo año de 1928, Francisco García Calderón escribía en *El Tiempo* de Bogotá que, «... para ser rudamente sinceros hemos de confesar que los Estados Unidos sólo intervienen (en América Latina) donde hallan permanente discordia, los extremos alternantes de la anarquía y de la dictadura. Aun en el Mediterráneo americano, como se ha llamado al *mare nostrum* de su acción venidera, en la zona de Las Antillas, en la América central, respetan a las democracias concertadas, al Salvador, a Costa Rica...»⁴². Semejante afirmación, que hace pensar en la desgraciada actualidad centroamericana, le valió la respuesta fulgurante de Haya de la Torre en el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, quien acababa de ser expulsado violentamente de la capital salvadoreña, luego de haber corrido la misma suerte en la vecina Guatemala, por actuación del embajador norteamericano⁴³.

La vigilancia policíaca

Desde el inicio la AGELA, como todas las asociaciones animadas por extranjeros, estuvo discretamente vigilada por la Prefectura de Policía de París. Sin embargo, a principios de 1929, a petición del Ministro de Relaciones Exteriores francés, aquélla inició una investigación más detallada de sus actividades, lo mismo que las del APRA. El 1 de marzo, el Ministro del Interior le respondió a su colega con un informe confidencial en el que se lee lo siguiente: «A pesar de que ella (la AGELA) niega que se ocupa de política, en su seno no dejan de manifestarse tendencias netamente revolucionarias. Su secretario general, Carlos Quijano, es además miembro de la “Liga contra la opresión colonial y el imperialismo”, organización

⁴¹ Maribona, Armando, *op. cit.*, pp. 98 y 396. Las presiones de Maribona sobre la filiación política de Rolando Martel permiten deducir que él es el autor del artículo firmado «R. Martel» e intitulado «El movimiento anarquista en Uruguay», aparecido en *La Revista Internacional*, París, tomo I, núm. 2, del 5 de diciembre de 1924, p. 46 y ss. Citado por Robert Paris en *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. Cuadernos de Pasado y Presente núm. 92, Siglo XXI Editores, México, 1981, p. 71, nota 248.

⁴² García Calderón, Francisco. «Nuevo aspecto del panamericano», *Repertorio Americano*, tomo XVII, núm. 12, San José de Costa Rica, 22 de septiembre de 1928, pp. 177-178. El artículo es tomado de *El Tiempo* de Bogotá.

⁴³ Haya de la Torre, Víctor. «Una rectificación y una denuncia», *Repertorio Americano*, tomo XVII, núm. 13, San José de Costa Rica, 6 de octubre de 1928, páginas 200 y 208.

bolchevique, que tiene su sede en el 55 de la calle Faubourg Montmatre, en París»⁴⁴.

La Prefectura se ocupaba especialmente de las actividades de los exiliados cubanos de la ANERC. En 1927, ya había investigado sobre Mella, durante su paso hacia el Congreso Anti-imperialista de Bruselas.

En cuanto a la actividad del APRA, la mayor vigilancia la hizo la policía francesa durante el año 1930, luego que el secretario de la delegación del Perú, Emilio Ortiz de Zevallos, pidió a nombre de su gobierno una investigación de los peruanos que la conformaban y de los apoyos que éstos gozaban en Francia. La policía investigó a Louis Nathan, alias Louis Torest, director de la revista *Paris-Sud America*, sin poder encontrar las pruebas que alegaba el gobierno peruano. El 29 de septiembre, el ministro del interior informó al Presidente del Consejo que la denominada «Asociación Proletaria Revolucionaria Americana» —APRA—, además de nunca haber sido registrada, era minúscula. Que la mayoría de sus miembros estaban afiliados a la AGELA, la cual había sido fundada en noviembre de 1925 y declarada a la Prefectura bajo el número 164.058. «La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos —escribía el Ministro—, manifiesta poca actividad y, aparte de algunos simpatizantes del marxismo, está en general compuesta por estudiantes que profesan ideas socialistas»⁴⁵.

En efecto, a pesar de que la AGELA había elegido un nuevo Comité Director el 28 de mayo de ese año (en el que habían sido electos como Secretario general, el argentino Julio Rodríguez Alderete; Secretario adjunto, el panameño José Lasso Vega; Tesorero, el dominicano Rafael Velázquez, y Tesorero adjunto, el nicaragüense Alfonso Valle) y que había trasladado su local al 91 del Boulevard Saint-Germain, la AGELA se encontraba en plena crisis⁴⁶.

Su extinción

La falta de información no permite saber con exactitud cuándo se extinguió la AGELA, pero todo parece indicar que fue a lo largo del año esco-

⁴⁴ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Intérieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Cuba*. Informe Confidencial núm. 2.078, del Ministro del Interior al Ministro de Relaciones Exteriores, fechado el 1 de marzo de 1929; y *Amérique Latine (1914-1933). Généralités*. Informe núm. 20 del Ministro de Relaciones Exteriores al Ministro del Interior, fechado el 1 de enero de 1929.

⁴⁵ Archives Nationales de Paris. *Ministère de l'Intérieur, F7 13435-Pays Etrangers. Surveillance de leurs ressortissants résidents en France. Amérique Latine (1914-1933). Pérou*. Informes de la Prefectura de Policía del 28 de agosto y del 29 de septiembre de 1930.

⁴⁶ Préfecture de Police de Paris. *Bureau des Associations Loi du 1^{er} Juillet 1901. Dossier: Association Générale des Etudiants Latino-Américains*. N.º AM 32 142.

La constancia escrita del cambio de Comité director de la AGELA fue presentado a la Prefectura de Policía de París por Rafael Velázquez, en su calidad de Tesorero, el 16 de julio de 1930. Los otros miembros del Comité Director eran: el costarricense Enrique Berrocal; el venezolano Juan Colmenares; el mexicano Rivero Carvallo, el colombiano Luis Manrique y el venezolano Eduardo León Ponte.

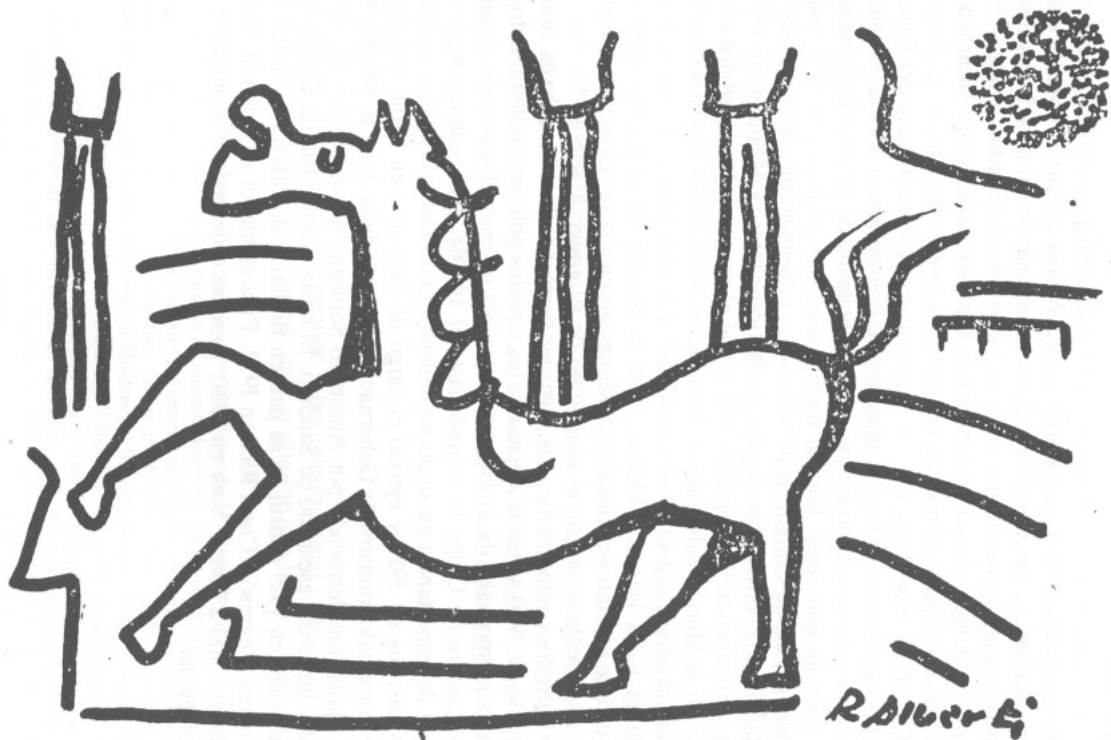
lar 1931-1932. Las razones, como ya se dijo, fueron, por una parte, las contradicciones ideológicas en su seno y, por la otra, el regreso a América de sus principales animadores y el inicio de una carrera diplomática en algunos de sus miembros, que en la mayoría de los casos significó un vuelco ideológico.

Maribona regresó a Cuba en 1930 para ejercer su carrera, luego de haber trabajado como caricaturista en *Le Figaro* y *L'Intransigeant*, y de tener una breve estancia en Madrid. Tres años antes lo había hecho su compañero Gattorno, quien más tarde se radicó en los Estados Unidos. Por su parte, Quijano, luego de publicar en París su ensayo sobre Nicaragua, regresó al Uruguay, donde fue electo diputado ese año y fundó *El Nacional*, en 1930. Fue el inicio de su larga carrera política. Cossío del Pomar regresó al Perú en 1931 para integrarse a la experiencia aprista, después de haber sido secretario general de la Asociación de Artistas Extranjeros en París un año antes. Fortoul regresó a su país en enero de 1931, para fundar el Partido Comunista de Venezuela, y fue capturado el 29 de mayo, lo que le valió varios años de prisión. Pellicer regresó a México y, en 1928, fue secretario de Vasconcelos. Allí fundó el grupo de los Vanguardistas. El caso de Martel es dramático. Permaneció en Francia y pasó a ser secretario del cónsul argentino en Cherburgo, Eduardo Murga. Luego se trasladaron a La Habana. Murga, hasta la muerte de aquel, no supo su verdadero nombre y nacionalidad. Martel sustentaba ya «ideas y sentimientos de derechas», según el testimonio de su amigo Maribona⁴⁷.

Entre los centroamericanos, Asturias permaneció en París hasta 1933, pero desde 1930 se había alejado de los círculos políticos, consagrándose a su corresponsalía de *El Imparcial*. Arriola regresó a Guatemala, donde la dictadura de Ubico lo eclipsó hasta el año de 1944, cuando jugó un papel de importancia en su derrocamiento. León Debayle Sacasa regresó a Nicaragua en 1928 y ejerció el cargo de juez civil en León. En 1933 fue nombrado ministro de Gobernación del presidente Juan B. Sacasa, su tío, quien fue derrocado por Anastasio Somoza, su cuñado, un año más tarde, luego del asesinato de Sandino. El costarricense Padilla Castro fue nombrado en 1927 cónsul de su país en Bristol y, dos años más tarde, en Londres. Regresó a Costa Rica en 1932. Finalmente, el salvadoreño Toño Salazar viajó a Nueva York en 1930, para poco después ir a radicarse a Montevideo.

⁴⁷ Maribona, Armando, *op. cit.*, p. 396.

Según Arriola, «sobre la desaparición de la AGELA, te diré que me parece haberse desintegrado hacia 1932-1933». Información epistolar, 1986.



SERGIO RAMIREZ SAAVEDRA

1920: el asalto a la Federación de Estudiantes

Este año —1987— se ha vivido en nuestro país, entre otras luchas, la que libra la Universidad de Chile para evitar la destrucción de sus estructuras. En la movilización contra los planes de la Dictadura han participado estudiantes, académicos y funcionarios, y su combatividad evoca otras jornadas vividas antes en los movimientos universitarios chilenos. Las agresiones y el crimen contra la vida universitaria llevados a cabo por las fuerzas reaccionarias y el fascismo, no han dejado de manifestarse — como puede verse en el trabajo que damos a continuación— en diversas etapas de nuestra historia.

Desde sus orígenes, el movimiento estudiantil latinoamericano une a sus luchas por reivindicaciones específicas la toma de posición frente a los agudos problemas sociales de su tiempo y a la situación de crisis que afecta a cada uno de sus pueblos.

En Chile, la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), que agrupaba, en su primera época, a estudiantes universitarios, secundarios y sectores de la enseñanza especializada, será la organización que se sume a la lucha social, creando conciencia entre los educandos de la necesidad de pronunciarse en el debate de los problemas nacionales y de luchar por su solución de acuerdo a los intereses, necesidades, aspiraciones y pensamiento de los trabajadores.

El proceso de incorporación de los estudiantes a las luchas sociales comienza a adquirir mayor realce y trascendencia en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. En esa época, une su voz a las organizaciones que, junto a la Federación Obrera de Chile (FOCH), expresan su solidaridad con la Revolución Socialista de Octubre.

Sergio Ramírez es educador. Vive en Suecia.

La consolidación de concepciones sociales de avanzada en el seno de la FECH, se expresa en su Primera Convención, celebrada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile entre los días 12 al 16 de junio de 1920. Convención que contó con la participación de centenares de delegados y la Presidencia Honoraria del rector de la universidad sede, Domingo Amunátegui, que había sido vetado por la reacción nacional para dicho cargo. En ella se aprueba una Declaración de Principios que dice en una de sus partes:

*«Ante las necesidades reales de la época presente, estima que el problema social debe resolverse por la sustitución del principio de cooperación al de competencia, la socialización de las fuerzas productivas y el consecuente reparto equitativo del producto del trabajo común, y por el reconocimiento efectivo del derecho de cada persona a vivir plenamente su vida intelectual y moral»*¹.

¹ Primera Convención de la Federación de Estudiantes de Chile. Declaración de Principios, capítulo III. Santiago de Chile: 12 al 16 de junio de 1920.

No eran simples declaraciones de principios. La consecuencia de los estudiantes en la acción práctica provoca la represión de la oligarquía gobernante. Dos meses antes de la citada Convención, varios estudiantes fueron encarcelados. Uno de ellos, Juan Gandulfo, dirigente del Centro de Estudiantes de Medicina fue detenido por el delito de haber afirmado en una concentración de trabajadores que el Presidente Sanfuentes «carecía de capacidad moral para servir de mediador en los conflictos entre el capital y el trabajo».

Los estudiantes tenían la razón. La incapacidad del gobierno era manifiesta. Su carácter reaccionario, representativo de los intereses oligárquicos, aumentaba la misera situación de los trabajadores en el marco de la crisis económica que afectaba al país.

Al término de la Primera Guerra Mundial, la economía chilena experimenta una agudización de la crisis que la afecta, provocada por la disminución notable de las exportaciones salitreras por el empleo del salitre sintético, logrado en pleno conflicto en la Alemania del Kaiser.

La paralización de las oficinas salitreras provoca la cesantía de miles de trabajadores de la pampa. La oligarquía dominante se encuentra enfrentada a la lucha reivindicativa de los trabajadores. Estalla la entonces llamada «cuestión social», en medio de las noticias «aterradoras» que provienen de los medios informativos de la burguesía y reacción europeas que comentan el triunfo de los bolcheviques en Rusia.

Se paralizan las obras públicas, disminuyen las posibilidades de trabajo. Miles de cesantes con sus familias se ven obligados a abandonar las salitreras. Comienza la emigración masiva de trabajadores del salitre, puertos y ferrocarriles hacia el centro y sur del país.

Se suceden los mítines contra el hambre y la cesantía. La oligarquía, en medio de una insolente ostentación de lujos y despilfarros, se muestra incapaz e insensible de solucionar los problemas que acosan al pueblo y desata el terror, como única respuesta a las demandas de los sectores modestos de la población.

Auspiciada por la FOCH, se organiza la Asamblea Obrera de la Alimentación,

la cual realiza en Santiago, el 28 de agosto de 1919, una concentración, en la que participan más de 100 mil manifestantes que reclaman el derecho al trabajo.

Los estudiantes no son ajenos a estas luchas.

En las páginas de *Claridad*, órgano de prensa de la FECH, se denuncian los crímenes, atropellos y miseria a que se condena a los trabajadores, solidarizan con sus demandas y participan activamente en cada uno de los combates reivindicativos que dirige la FOCH y que alcanzan dimensiones y proyecciones que alarman a la burguesía gobernante.

El gobierno de Sanfuentes, en un intento por detener la marea popular, atribuye la lucha de los trabajadores a simple efervescencia social artificial, y culpa de ella a los «agitadores» y «subversivos» que predicán el «marximalismo», acusando a Luis Emilio Recabarren de ser su principal promotor.

La reacción chilena recurre al problema latente del conflicto limítrofe pendiente con Perú y Bolivia, producto de la no resolución de la demarcación fronteriza y la pertenencia definitiva de las ciudades de Tacna y Arica. Trata así de exacerbar el patriotismo y el espíritu militarista para aislar y golpear a las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores y sacar dividiéndolos en la campaña presidencial que por ese entonces se aproxima.

Al término del quinquenio de Sanfuentes, la coalición gobernante (conservadores, nacionales y liberales unionistas) partidaria de la candidatura de Barros Borgoño, se muestra incapaz no sólo de contener la marea social desatada por la lucha reivindicativa de los trabajadores, sino de detener, también, el avance de la candidatura de Arturo Alessandri, que, mediante el apoyo de vastos sectores medios, va a triunfar.

La oligarquía gobernante, atemorizada por la catástrofe política que la amenaza, busca un pretexto para revertir el proceso en desarrollo. Lo encuentra en el golpe militar ocurrido en Bolivia el 12 de julio de 1920, que no tenía otro objetivo que resolver problemas «domésticos» entre los mandos militares de ese país. Pero, *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*, voceros de la burguesía, lo pre-

sentan en sus páginas como una peligrosa confabulación de Perú y Bolivia para recuperar las provincias anexadas en 1879.

● Afirman esas publicaciones que el «honor nacional está en peligro» y llaman a «zanjar rápidamente las diferencias políticas que dividen a los chilenos», denunciando a las organizaciones de los trabajadores de estar «vendidas al oro peruano».

● Los trabajadores no se dejan engañar. Su experiencia se apoyaba en hechos reales. La burguesía, había organizado para atacarlos, las «Ligas Patriotas», con la participación y dirección de oficiales del ejército.

● *El despertar de los Trabajadores*, diario fundado por Recabarren, fue asaltado y destruido por la Liga que la reacción había creado en Iquique. Esto ocurría mientras en sus páginas, de esos días de enero de 1919, se defendía a los trabajadores marítimos que se encontraban en huelga.

El 12 de julio de 1920 fue el golpe militar en Bolivia. El día 15, el Ministro de Defensa, Ladislao Errázuriz Lazcano, decretaba la movilización y estado de guerra. Llama a alistamiento a los reservistas y concentra cerca de diez mil soldados en la frontera norte del país. Las despedidas de los contingentes militares en Santiago son con marchas militares, desmayos de «jovencitas patriotas» y dramáticos llamados a defender el «honor nacional. Se realizan colectas públicas para comprar aviones y se suceden los «almuerzos patrióticos». Comienza la «Guerra de Don Ladislao».

En relación a esta supuesta guerra, los estudiantes no se dejan engañar, y la FECH alza su voz ante la campaña chovinista desatada en forma tan irresponsable y con tan ruines objetivos. Los jóvenes tenían una definida y clara posición sobre estos problemas. En su Declaración de Principios, la Federación

«Estima que una de las causas principales de los conflictos internacionales es la actual organización de los estados, basados en el régimen capitalista, y que será difícil llegar a la Paz Universal mientras no se socialicen las

*fuerzas productivas y sean organizadas internacionalmente»*².

Guiados por esas concepciones, el 18 de julio se reúne el Directorio de la FECH, bajo la presidencia de Alfredo Demaría, para analizar las «amenazas de guerra». Después de una apasionada discusión sobre diversos planteamientos, se resuelve que: «...una gran parte del pueblo chileno cree que la movilización no obedece sino a maniobras de política interna». Por lo cual, se adopta el siguiente acuerdo:

«1. Pedir al Gobierno manifieste qué razones ha tenido para decretar la movilización del Ejército.

2. Hacer un llamado a los estudiantes y al pueblo de Chile recomendándole una actitud serena durante el desarrollo de los actuales acontecimientos.»

Los diarios de mayor circulación de Santiago, voceros de la burguesía y su gobierno, se negaron a publicar la Declaración de la FECH. Los estudiantes tuvieron que imprimirla en su propio taller de la Imprenta «Numen», ubicada en Santa Rosa esquina de Cóndor, donde se editaban las revistas de la FECH de la época y algunos periódicos obreros³.

La Declaración fue distribuida con la colaboración de los obreros que tenían contacto con ella. Desde ese mismo instante, la reacción desata una campaña de calumnias y mentiras contra los estudiantes y su organización. Afirmaban que la FECH era una «agencia peruana», que en su sala de reuniones había un retrato del Presidente Leguía del Perú y formulan abiertos llamados a castigar a sus dirigentes, a quienes apodaban «los cholos» o «peruanos».

La falsedad de los cargos es abismante. Los estudiantes tenían en su sede una

² Declaración de Principios de la FECH, capítulo IV, referente a «Orientaciones Internacionales».

³ La FECH editaba dos revistas, *Claridad* y *Juventud* y en sus talleres se imprimían algunos periódicos obreros, como *Verba Roja* de los grupos anarcosindicalistas agrupados en la Industrial Workers of the World (IWW), que también sufría la acusación de estar vendida al «oro peruano».

excelente biblioteca⁴, una barbería, una cantina donde podían celebrar sesiones algunas de las diferentes cofradías de estudiantes universitarios, y algunos alojamientos estudiantiles. También estaban allí las redacciones de las revistas, las oficinas de la editorial y las salas de acción social, donde atendían gratuitamente a la población de Santiago de escasos recursos en sus problemas de salud y jurídicos⁵.

La represión se desata. El 19 de julio, los simpatizantes de la candidatura «unionista» de Barros Borgoño asaltaron y destruyeron la Imprenta «Numen», contando con la absoluta tolerancia de la policía que se encontraba en el lugar en el instante de la acción vandálica.

En la tarde del mismo día, los «patriotas» intentaron asaltar el local de la FECH⁶. Los estudiantes denunciaron el hecho y pidieron protección al Ministerio del Interior, que les aseguró adoptar tales medidas. Los ataques a la sede continuaron al día siguiente. En las noches de esos dos días se registraron cuatro asaltos, con la presencia y complicidad de los oficiales y piquetes de policías destacados allí para prevenir incidentes. Así se cumplía la promesa de protección formulada por el gobierno. Ante estos hechos, los estudiantes decidieron organizar una guardia encargada de vigilar y proteger el local.

La sincronizada campaña desatada por el gobierno había logrado exacerbar los ánimos de los habitantes de Santiago. Las concentraciones, los desfiles los «almuerzos patrióticos», etc., aumentan los sentimientos de falso patriotismo y

el odio ciego contra los estudiantes y obreros «antipatriotas».

El asalto final, saqueo y destrucción del local de la FECH fue perpetrado por dos grupos de furibundos chovinistas. Uno, se organiza y sale del Restaurant «Olimpia», ubicado en la calle Huérfanos. El otro grupo participa en una concentración que se realiza frente al edificio de La Moneda, para dar la bienvenida a un grupo de voluntarios provenientes del sur. El orador, Enrique Zañartu, Senador por Concepción y hombre de confianza del Presidente, llama a los participantes a castigar a los estudiantes «vendidos al oro peruano». Similar determinación habían adoptado los comensales del «Olimpia», ante las frases encendidas de «amor a la patria» del teniente Undurraga, quien encabeza la columna que se suma a la incitada por Zañartu, para dirigirse ambas a asaltar la sede estudiantil de Alameda.

Meses después del asalto, Pedro Gandulfo, estudiante de Derecho, describe el hecho en la revista *Juventud*, el asalto y a los «asaltantes patriotas». Dice:

«Segundos después interrumpian en el hall unos cien jóvenes patriotas. En el rostro de la mayoría se notaba esa expresión que da la iniciación de la embriaguez y que nuestro pueblo llama la «mirada milagrosa». Algunos venían completamente ebrios y tropezaban a cada paso con los muebles. Con las facciones apagadas con un gesto de idiotéz. Uno se apoyó en el piano y empezó a vomitar en una forma repugnante, luego se limpió la boca y las narices con la punta de una bandera chilena que traía un viejo gordo con cara de cretino, y la cual ya estaba salpicada de vino y cruzada de hilos de baba y otras manchas inmundas».

Muchos de estos «guardianes del honor de la patria» pertenecían a la Unidad Católica y sus apellidos figuraban con frecuencia en las páginas de la Vida Social de *El Mercurio*. De sus frívolas andanzas, que destaca el vocero de la oligarquía, pasan a convertirse en vulgares asaltantes que rompen todo lo que encuentran a su paso. Premunidos de martillos, destrozaron mobiliario y lanzaron sus restos por las ventanas para

⁴ La biblioteca de la FECH contenía originales de destacados escritores como Federico Gana, Alfonsina Storni; obras autobiografiadas de José Ingenieros, el maestro de juventudes de esa época, quien había enviado a los estudiantes chilenos ejemplares de su libro *Posiciones relativas al porvenir de la filosofía*.

⁵ La FECH financiaba sus actividades gremiales y sociales con las ganancias que le proporcionaban la organización de las Fiestas de la Primavera.

⁶ La sede de la FECH era conocida también como Club de los Estudiantes y estaba ubicada en la Alameda de las Delicias n.º 73, actual Alameda Bernardo O'Higgins, frente al cerro Santa Lucía.

alimentar las hogueras encendidas con los libros de la valiosa biblioteca estudiantil. Mientras tanto, otros recogían teclas del piano destrozado, para hacer adornos de flores y lucirlas en el ojal como trofeos de guerra o condecoración al valor. Su felicidad era completa. Habían salvado el honor nacional. Las llamas de la quema de libros y la destrucción del local de la FECH lo habían purificado.

El terror blanco de la reacción chilena se había desatado. El mismo día 21 de julio es asaltada e incendiada la sede sindical de la Federación Obrera de Punta Arenas.

La FECH denuncia en quemantes frases el asalto a su sede: «Fue la primera vez que la juventud oligárquica puso su planta en la casa de los estudiantes: su huella fue de escombros; no quedaron de su paso otros recuerdos que ruinas, disolución, vacío».

La represión después del asalto continúa. El gobierno acusa a los estudiantes de ser los culpables y procede a cancelar la personería jurídica de la FECH, a fin de declararla ilegal y lograr su disolución, mientras que el Consejo de Instrucción Pública acuerda amonestar a los universitarios.

Los estudiantes no se dejan amedrentar. Rechazan las medidas del gobierno, desconocen la autoridad del Consejo de Instrucción y solidarizan con José Duc-ci, presidente fundador de la FECH y profesor de la Escuela de Medicina, contra quien se desata una persecución por su apoyo a la acción de la FECH. Además, declaran un paro por cuarenta y ocho horas exigiendo la libertad de cuatro estudiantes detenidos mientras escapaban de las hordas chovinistas. El paro estudiantil recibe el apoyo de nu-

merosas organizaciones de trabajadores, que participan en la concentración convocada por la FECH frente a la Moneda. Esta es disuelta a sablazos por la policía montada.

Uno de los estudiantes detenidos fue el joven poeta Domingo Gómez Rojas, que fuera torturado hasta enloquecer. Fallece a consecuencia de las torturas en la Casa de Orates, el 29 de septiembre de 1920. Sus funerales se convierten en una nueva demostración masiva de estudiantes y obreros.

Cuando tenía dieciséis años, Gómez Rojas había escrito en *Rebeldías Líricas* que él componía sus poemas «*Por todos los que sufren, por todos los que gimen! ... / por todos los que esperan, por todos los que piensan*», y agregando: «*Mis cantos son protestas y gestos formidables / y ayes de rebelión*». En la cárcel escribe *Protestas de piedad*. Lapida en ellos a sus jueces, a quienes lo han condenado junto a Juan Gandulfo, Santiago Labarca, Alfredo Demaría, Rigoberto Soto Rengifo, José Lafuente, Arturo Zúñiga. Dice: «*Magistrados y jueces y verdugos serviles / que imitando, simiescos, la justicia divina / castraron sus instintos y sus signos viriles / por juzgar al axioma, a la forma, al dilema*». Dedicó también un poema a su madre, en versos de augurios que la lucha del pueblo convertirá en libertad:

*«Todo es nostalgia, madre, y en esta
[cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se
[expande
y piensa y sueña, y canta por el cer-
[cano día
de la gran libertad sobre la tierra
[grande».*

Passolini • FEVERICO
A. R. • SSOBERTO
A. R. • ALV. G. •
A. G. • VERIDA • G. •
Machado • RAMÓN
Alberti

Perennidad de Neruda

Contra la perennidad de los nombres cimeros de la cultura universal y de ciertos hechos históricos esenciales, no pueden ni las modas, ni las veleidades ideológicas, ni las omisiones u olvidos deliberados. Una corriente de algún modo dominante en la Historia y en la política, hoy, en España, ha ido imponiendo, por ejemplo, un modo de ver su Guerra Civil que trastrueca todo el aparato conceptual que se había manejado hasta ahora. Se trata, para decirlo de un modo simplificado, de que los fascistas a lo mejor no lo eran tanto, y en cuanto al bando republicano, florece una suerte de entusiasmo por relevar todo lo que pueda ir históricamente en desmedro suyo. La apoteosis de estos propósitos (o despropósitos) se alcanzó con el Congreso de Valencia celebrado en el mes de junio de este año, donde le ha correspondido no a un español, sino a un latinoamericano, Octavio Paz, la dudosa dignidad de desarrollar una novísima tesis (¿la llamaremos postmodernista?): *los verdaderos triunfadores* de la sangrienta contienda del 36-39 fueron... «la Democracia y la Monarquía constitucional». Con su asombroso discurso inaugural dio el vamos a lo que habría de convertirse en un proceso y crucifixión delirantes de quienes participaron en el cónclave antifascista de 1937. Aunque el poeta mexicano prefiera, por supuesto, calificar el lamentable torneo de este año de «acto de reflexión» y «examen de conciencia». Cómo no.

¿Acaso podría sorprendernos, en estas condiciones, que el medio siglo de *España en el corazón* de Neruda —cuya primera edición apareciera en Santiago, Chile, en noviembre de 1937— pasara en la Península en el más taimado de los silencios? Ciertamente, no. Aunque algunas de las mejores conciencias españolas, las más lúcidas y jóvenes —Rafael Alberti es uno de ellos, a los ochenta y cinco años— no han olvidado el acontecimiento.

Los chilenos no podríamos pasarlo por alto. Aquel libro no sólo marca, según todos, el tránsito en la poesía nerudiana del recogimiento intimista de *Residencia en la tierra* al exultante universo colectivo del *Canto General*. Es, además, el puente que vuelve a unirnos con el Continente cuya civilización nos ha prohiado. Sólo que los versos del poeta nos instalan en una conciencia que tal vez siga siendo tributaria, pero que es ahora, sobre todo, una conciencia crítica. De Europa nos ha llegado lo mejor del aliento civilizador, pero también lo peor: el fascismo y la guerra. Y Neruda fue también, al advertirlo, el Vate, es decir, el que ve más allá que la gente de su tiempo.

Modas aparte, Neruda —su poesía— es una entidad inamovible. Como todos los grandes de las letras de todos los tiempos, sus lectores se multiplican con los años, y con ellos no hace sino crecer el afán por descubrir y redescubrir las claves de la enorme obra poética. En *España en el corazón* están algunas de ellas, y seguramente no las menos importantes.

España en el corazón, Chile en el corazón

VOLODIA TEITELBOIM

Hace medio siglo apareció publicado el libro de Pablo Neruda *España en el Corazón*.

Lo escribió en Madrid en 1936 y 1937, escuchando el rugido de la guerra.

Rafael Alberti lo consideró la obra poética más impresionante nacida del conflicto. Al mismo Neruda España le cambió la vida y la poesía. El libro contiene un poema donde él clarifica el impacto que le produjo. Lo llama muy derechamente: «Explico algunas cosas». Es una confesión personal. Pero lo que pasó no sólo le cambió a él la existencia. Se la trastornó sobre todo a los españoles. Y de algún modo a los europeos, pues lo de España (los historiadores parecen hoy de acuerdo en ello) fue el prólogo a la segunda conflagración mundial.

Por lo tanto, la experiencia nerudiana en España, tan revestida de circunstancias cotidianas, es una página que se refiere al hombre y al mundo de ese tiempo. Vivía entonces entregado a la «poesía sin pureza», porque en ella entraba todo, la lluvia, las lilas, hasta «la metafísica cubierta de amapolas». Y la compartía con sus amigos, porque fue un individuo de nues-

tro sur. A diferencia de lo meridional español y europeo, en Chile el sur es sinónimo de frío, de cielos encapotados y vientos polares. Su padre, un ferroviario de Temuco, solía pararse a mediodía a la puerta de su casa de húmeda madera, para convidar a compartir el plato humeante y el vino tinto al primer transeúnte, aunque fuera un desconocido. Para Neruda el sentimiento de la amistad era ancestral. En ese poema le pregunta a sus amigos, a sus hermanos de entonces, Federico García Lorca, Rafael Alberti, al argentino Raúl González Tuñón, si se acuerdan de su casa del barrio de Argüelles. Uno de ellos sólo podía recordarlo con memoria de ultratumba, Federico. Después de que «una mañana todo estaba ardiendo» comenzó a trabajar con su memoria «debajo de la tierra».

Como se sabe, el libro tuvo un destino marcado por las condiciones anómalas de su nacimiento. El papel —según lo recordó su editor, el poeta Manuel Altolaguirre— sacó su pulpa de materiales varios y gastados, incluyendo la pasta «ropas y vendajes, trofeos de guerra, una bandera enemiga y la camisa de un prisionero moro». Para completar el cuadro, la composición y la impresión estuvieron a cargo de soldados, porque los libros, especialmente en circunstancias extraordinarias, nacen corriendo las grandes aventuras de su entorno, como si fueran seres humanos.

El autor salió de esa aventura transfigurado. En el Chile de aquella época recibimos *España en el Corazón* como si fuera un libro nuestro, no sólo por la nacionalidad del autor, sino, en primer término, porque España era nuestra causa y seguíamos las alternativas de la lucha minuto a minuto.

Pero pienso que hoy día la obra posee para los chilenos aún mayor vigencia de la que tuvo entonces. Por una simple razón: porque esa *España en el Corazón* podría llamarse *Chile en el Corazón*. Y no en el noble sentido que le dan Rafael Alberti y muchos poetas españoles. No olvidemos que en castellano, catalán, éuscaro, gallego, como una especie de vuelta de mano al libro de ese nombre, ellos publicaron en España, después del golpe fascista del 73, de la muerte de Allende, de Neruda, de tantos compatriotas, una preciosa antología con ese título homólogo, *Chile en el Corazón*. La compilación, por encima del tiempo, de diez mil kilómetros de tierra y mar, nos extendió la mano y el pecho solidario de la cultura y el pueblo españoles.

Identidades en la diferencia

Pero la razón del por qué *España en el Corazón* tiene hoy para nuestra gente tanto sentido, en primer término, es otra. Se debe a que, modificando nombres de personas y de lugares, mudando toponimias y la forma de los hechos históricos, la situación de fondo es demasiado parecida.

Pinochet hizo desenfadados votos porque España continuara siendo franquista hasta el tuétano por los siglos de los siglos. Su simpatía viene del hecho que él es un franquista, que en otro escenario y sin haber mediado guerra civil ninguna, desató a traición la guerra contra el gobierno legíti-

mo de la República chilena, contra su pueblo. El la llama abiertamente *la guerra interna*.

De ahí que *España en el Corazón* es hoy para los nuestros *Chile en el Corazón*. ¿Los versos del «Bombardeo» no traen a las mientes el bombardeo del palacio de la Moneda, a mediodía del 11 de septiembre, donde un Presidente constitucional, que era un valiente, decidió morir antes de rendirse?

La maldición se hace extensiva a los que «con hacha y serpiente» dejaron el suelo empapado acá y allá, a los que adelantaron a la patria no «el pan, sino las lágrimas».

Países distintos, todo tan diferente y con tantas cosas tan análogas, sin embargo. Entre otras, generales traidores, madres «como una campanada de voz negra... Hermanas como el polvo caído / corazones quebrantados, / tened fe en vuestros muertos». Cambian los nombres de los pueblos, que el poeta enumera saboreándolos. Pero ¿acaso «la muerte española, más ácida y aguda que otras muertes», no puede ser tan acongojada como lo es ahora la muerte chilena? ¿Si, nombrándolos reserva el infierno, como venganza agregada a la Divina Comedia, a los generales dantescos de entonces, cómo no extender la imprecación a sus colegas que ayer, hoy o mañana en Chile derraman todos los días sangre, carbonizan a los que tienen veinte años, y que el poeta, en su tribunal particular, sentenció a la pena de «una eternidad de manos muertas / y ojos podridos, solo en una cueva / de tu infierno, comiendo silenciosa pus y sangre / por una eternidad maldita y sola?»

Y vale también la transferencia y la asimilación de situaciones porque en la raíz están los pueblos, porque todos ellos «en la lucha, en la ola, en la pradera, / en la montaña, en el crepúsculo cargado de acre aroma, / lleváis un nacimiento de permanencia, un hilo / de difícil dureza».

Quevedo o el todo por el todo

Quien espigue en los anchos campos de la obra nerudiana descubrirá muy pronto que *España en el Corazón* es el pomo más concentrado, mezcla de pólvora y de sangre, de amor y odio hacia los que un día la arrasaron.

En rigor, lo de la América Hispana, y Neruda sin duda entre ellos, tienen a España metida hasta el hueso y comienzan a decir y leer su poesía antes que la nativa. Todos fuimos formados estudiando a Gonzalo de Berceo, el Romancero del Cid y *La Araucana*. Todos aprendimos de memoria, cuando teníamos diez o doce años, las «Coplas por la muerte de su padre», de Jorge Manrique. Desde luego, lo hizo el muchachito pálido y aceitinado de ese Temuco recién nacido en tierras arrebatadas a los indios que resistieron al conquistador español durante más de dos siglos y luego siguieron enarbolando la lanza contra la aristocracia chilena descendiente de los encomenderos.

Neruda siempre recordó al «buen caballero de la muerte». Le gustaban

las estrofas de Manrique, cortadas como diamantes, que quedaron convertidas en piedras inamovibles del idioma. Pero así como *España en el Corazón* admite cuarenta, cincuenta años más tarde una traducción chilena, Neruda con su oda a Jorge Manrique está traduciendo para sí mismo el sentido de la muerte y también de la vida. Son dos trovadores que guerrearon por la paz y la decencia. Entendiéndolo así, da las gracias por partida doble al hijo del «Maestre don Rodrigo Manrique, tan famoso y tan valiente». Primero porque, deslumbrado, lo recitó de pequeño como autor de unos versos profundos. Segundo porque, cuando ya le asoma el invierno, descubre que está más cerca de él, que una Oda puede responder a unas coplas elegíacas e intentar en ella una apretada definición de la vida y del anuncio de la muerte.

Lo que no aprendió de literatura española en Chile —y que era, con todo, mucho— seguirá completándolo en Madrid. Desenterrará para sí mismo al Conde de Villamediana, sobre el cual vuelve en poesía y en prosa, tal vez porque cada uno busca en los libros y en la historia, en el polvo lo que le despierta dentro una oculta resonancia y le ayuda a descifrar su propio secreto.

Pero de los siglos pasados ningún español habló tanto a Neruda como Quevedo. Comienza el viaje al corazón de su antiguo colega pesquizando que «en el fondo del pozo de la historia, como un agua más sonora y brillante, brillan los ojos de los poetas muertos. Tierra, pueblo y poesía son una misma entidad encadenada por subterráneos misteriosos. Cuando la tierra florece, el pueblo respira la libertad, los poetas cantan y muestran el camino. Cuando la tiranía oscurece a la tierra y castiga las espaldas del pueblo, antes que nada se busca la voz más alta y cae la cabeza de un poeta al fondo del pozo de la historia...».

No está hablando del siglo XVII solamente. Habla de todos los siglos. Desde luego del siglo XX. Cayó la cabeza de García Lorca. La tiranía en Chile intentó cortar la cabeza de la poesía; pero tanto en España como en Chile «... la voz en el fondo del pozo vuelve a los manantiales secretos de la tierra y desde la oscuridad sube por la boca del pueblo». Insiste en subrayarlo. No hará este viaje al fondo de la historia para hacer historia, sino para pronunciarse ante el presente. Cuando interroga al pasado busca respuestas a las preguntas, a los martirios, a las luchas de hoy. Porque el viaje al polvo, revolver el polvo enamorado es una búsqueda de la vida futura.

Tengo para mí muy claro que si Pablo Neruda se sintió tan fascinado por don Francisco de Quevedo y Villegas —a quien consideraba, según sus palabras, el más grande de los poetas espirituales de todos los tiempos— se explica también porque, por temperamento y posición ante la vida, él también será poeta y político participante, acerbo retratista del poder arbitrario, «del rico abusador»; también pintor enternecido del rostro innumerable de la muchedumbre hambrienta que más tarde se llamará «el pueblo». Neruda observa en Quevedo, con ojo reconocedor, la cara marchita de las meretrices, los gestos del buscavida, el ademán del pretencioso, las indus-

trias del pícaro, porque, con trajes diversos, esos tipos sobreviven y andan por todas partes. Lo sobrecoge esa crítica que derrama a manos llenas hacia los más disímiles ámbitos de su época. De ella recibe una lección, que trata de aprender bien: la lección de no callar. «¿No ha de hablar un espíritu valiente? ... ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Esto Neruda lo volvió norma de su existencia. Fue siempre, desde niño, un rasgo de su personalidad. Sin embargo, para él lo que entrañó en este dominio el descubrimiento más exacto y abismante fue lo que dijo José Martí sobre Quevedo: «Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lengua hablamos». Para Neruda está claro que el libertador cubano no se está refiriendo a un problema idiomático, sino a una actitud, a una manera de tomar la vida, con toda la responsabilidad y el peligro que encierra el peso de decir las verdades más tremendas, jugándose el todo por el todo. De allí su conclusión que la singularidad de Quevedo reside en que en él «la grandeza es más grande». ¿A qué grandeza se refiere? No tanto a la de la forma, no tanto a la gracia, no tanto a la dulzura, no tanto al toque celestial, sino a lo que llama la «grandeza humana». ¿Y qué es para él esta grandeza? Que el hombre sea capaz de erguirse sin que le doblen las rodillas las persecuciones, los rigores más terribles de este mundo y que, por el contrario, se alce entero, aunque la muerte lo esté mirando, por el delito de tratar, sólo o junto a otros, de mejorar la vida de los hombres. Si el chileno lo coloca tan alto es porque se lo está proponiendo como modelo. Sus vidas serán muy distintas por mil causas, pero la actitud será análoga.

Quevedo en España más bien le resultó un encuentro consigo mismo. Neruda declara que España debió haber sido su punto de partida en el viaje por el globo; pero comenzó por tierras exóticas y vivió varios años de su juventud en posesiones coloniales de Asia, que lo reconcentraron en la soledad y en la escritura de una poesía crepuscular, de la cual sólo saldría, años más tarde, sobre todo bajo el resplandor del incendio de España.

Quede constancia que antes de pisar su suelo, ya sentía a Quevedo en su sangre. De verdad sentía a España, a la cual llama «una parte original de mi existencia... base roquera donde está temblando aún la cuna de la sangre».

La agricultura de la muerte

Este reencuentro sigue a un desencuentro. No sólo de Neruda. Entre los grandes olvidadizos de la historia, de su propia historia, figuran España y América española. Nuestro poeta, hablando precisamente de Quevedo, lo explica: «Pero, si España ha olvidado con elegancia inmemorial su epopeya de conquista, América olvidó y le enseñaron a olvidar su conquista de España, la conquista de su herencia cultural. Pasaron las semanas, y los años endurecieron el hielo y cerraron las puertas del camino duro que nos unía a nuestra madre».

Neruda se propone ser un reparador del olvido. En el fondo porque sentía a España y a América Hispana como dos partes de un solo todo separadas por el tiempo, la distancia, el océano, por el prurito español de sentirse Europa, un poco Africa, pero América no, de ningún modo.

Estamos a cinco años del medio milenio del primer viaje de Colón. Hasta ahora se ha hablado del descubrimiento de América. Algunos latinoamericanos, entre ellos personalidades muy notables, políticos, historiadores, filósofos, están objetando la palabra descubrimiento. Prefieren usar el vocablo «encuentro»; encuentro de culturas, de continentes, de seres humanos que vivieron durante muchos miles de años ignorándose a la recíproca, en hemisferios del planeta que habían hecho una evolución separada y diferente. Otros consideran demasiado diplomático el vocablo *encuentro*. Con cierto dejo cáustico proponen el término «encontrón». Será un tema de examen para los próximos años.

Pero Neruda, que habló de «encontrón —(y de encontronazos entre conquistadores españoles e indígenas americanos están pobladas hasta los topes muchas páginas de su *Canto General*)— llegó a España para un reencuentro. Y advirtió de entrada una familiaridad de problemas que lo habían atormentado en su país. Trató de explicárselos y de expresarlos, pero sólo en España vio más diáfananamente las raíces de su angustia americana. Los convivió casi como un español más, en esos años de la guerra, no sólo a través de lo que estaba pasando, sino también de lo que había pasado antes. Mirando, observando, sintiendo, «sufriendo España», comprendió más profundamente los dramas de su propio pueblo. «Los mismos oscuros dolores que quise vanamente formular, y que tal vez se hicieron en mi extensión y geografía, confusión de origen, palpitación vital para nacer, los encontré detrás de España, plateada por los siglos, en lo íntimo de la estructura de Quevedo. Fue entonces mi padre mayor y mi visitador de España. Vi a través de su espectro la grave osamenta, la muerte física, tan arraigada a España. Este gran contemplador de osarios me mostraba lo sepulcral, abriéndose paso entre la materia muerta, con un desprecio imperecedero por lo falso, hasta en la muerte. Le estorbaba el aparato de lo mortal: iba en la muerte derecho a nuestra consumación, a lo que llamó con palabras únicas «la agricultura de la muerte». Pero cuanto le rodeaba, la necrología adorativa, la pompa y el sepulturero fueron sus repugnantes enemigos.»

Tripulante en la máquina del tiempo, del tiempo de Quevedo, Neruda está leyendo en la mano de España y en la mano de Chile el futuro. Un día España sería tierra para «la agricultura de la muerte». Y en los días finales de la vida del poeta «la agricultura de la muerte» removería con sus arado, vale decir con su espada, el cuerpo de Chile, para establecer la muerte física, lo sepulcral, aunque en nuestro país, como en Argentina, Uruguay, etc., en ese Cono Sur que de repente se puso tan trágico, no era tan fácil contemplar los osarios, porque los muertos no tenían derecho a sepultura, incorporados al enigma de los cementerios secretos. El mismo Neruda pidió en la hora de su muerte no «la necrología adorativa», la últi-

ma pompa, sino que vagó de mausoleo en nicho, porque no era bien visto por los señores de los sepultureros.

Chile se ha transformado en un país de Quevedo. Allí no es sólo la vida la enfermedad que mata. Cada día la negación de la vida se impone desde lo alto. El asesino no es el tiempo, sino el fascismo. Condenan a morir a los que recién nacen, convierten en hogueras a la juventud, vuelven la muerte imprevista parte casi natural de la existencia. La doctrina quevedesca de la muerte Pinochet la lleva más lejos. Y si el español no fue para nuestro poeta una lectura sino la vida misma, tanto la pintura de Quevedo como la adivinación nerudiana se vieron sobrepasadas en nuestra propia patria por la técnica del aniquilamiento, llevada a extremos y primores de ejecución nunca antes conocidos en nuestra América.

Así Neruda, tal vez sin saberlo, vino a aprender a España algo sobre un nuevo capítulo de tragedias reservado a su patria.

Quevedo habla, como es natural, del destino de los españoles. García Lorca, encarnación de la gracia andaluza, no tenía nada de quevedesco; sin embargo, lo mataron como a un personaje de Quevedo. Su amigo Pablo no podía dejar de decirlo. «... Federico vio en Granada antes de morir una visión terrible, quevediana, del infierno.»

También le resulta quevediano, sobre todo por su fin, un gran poeta de Castilla, don Antonio Machado, haciendo la peregrinación de España derrotada, hacia los Pirineos, en medio de la muchedumbre fugitiva, junto a su madre y a sus dos hermanos. El muere al otro lado de la frontera, en Francia, pero sus ojos hasta el último instante estaban fijos en la tierra que había dejado. Aquí cabía un verso de Quevedo: «Miré los muros de la patria mía...». Esos muros eran tan altos y tan gruesos que parecían una cárcel. Eran su propia tumba.

Muerte quevediana tuvo también Miguel Hernández, que traía a la ciudad «el canto de los ruiseñores levantinos, ... parte material de su sangre». Y que como Quevedo sufrió cárceles, hasta la muerte.

Quevediana en algún sentido fue asimismo la muerte de Neruda, aunque cada uno tiene su estilo de morir y en el caso de los poetas españoles, los mataron también con estilos diferentes.

Poco antes de morir, Federico García Lorca le contó que en sus giras por las aldeas, con el carro de «La Barraca», entró a una iglesia y comenzó con dificultad a deletrear los nombres escritos en las lápidas. Quedó sobrecogido cuando leyó: «Aquí yace don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de la Orden de Santiago, patrón de la villa de San Antonio Abad...». Federico decidió marcharse de inmediato. Tal vez era un presagio. Un presagio de la ejecución en Viznar. Neruda evocó el episodio intuyendo quizás oscuramente que un día su amigo Federico, inmolado junto a la «Fuente de las Lágrimas», sería amontonado, junto a otros muertos de noche en una fosa estrecha sin nombre. Como Neruda —que nunca llegó a ser Caballero de la Orden de Santiago— sería velado en su casa de Santiago, salteada, robada e inundada, ha terminado, por ahora durmien-

do en el nicho común, ya que le correspondía, por derecho propio, dormir incrustado en la pared de los caídos de septiembre.

El poeta, sin embargo, sabía que, aunque Quevedo durmiera en la iglesia de un pueblo olvidado, aunque Federico no tuviera tumba reconocida y él mismo no pudiera descansar, como lo pidió mil veces, frente al mar, junto a su casa de Isla Negra, con todo, en última instancia no serán los representantes de la muerte quienes triunfen. «Pero yo os lo repito, al final de este viaje al corazón de Quevedo, porque fértil es la vida, imperecedera la poesía, inevitable la justicia y porque la tierra de España no es sólo tierra, sino pueblo, yo os digo a través de aquellas bocas que continúan cantando: “Su cuerpo dejarán, no su cuidado. / Serán cenizas, mas tendrá sentido. / Polvo serán, mas polvo enamorado”».

Los riesgos del olvido

El autor de *Estravagario* siente la negra fascinación de los humoristas trágicos y de los locos geniales de España. Neruda ve en Ramón Gómez de la Serna a un surrealista, con sus greguerías, con sus invenciones, porque él también era hombre de esa vertiente. Cuando invita al descubrimiento de su amigo Ramón, dice como disculpándose: «No sé por qué lo hago». Lo hacía —creemos— porque él también estaba interesado en el negocio del invento verbal, de administrar sus dosis de desarreglo, de expresar el goce oscuro del humor de horca que corresponde a países tan trágicos y tan alegres y tan descabellados como España y los de la América hispánica.

No es que Neruda disfrutara con el culto de la muerte. Como tuvo una infancia triste, una adolescencia melancólica y una juventud bastante fámélica, fue un hombre que buscaba lo divertido, la buena mesa, el disfraz y los amigos magos. Entre otras cosas, por eso lo sedujo el gesto de bufón serio que tenía Ramón Gómez de la Serna. Más que por la payasada y la diablura le atraía porque veía en él otra dimensión de España, «país de descubridores perdidos, de inventores ignorados».

Además, se trata de una península fronteriza con muchos expatriados. Poblaron éstos la mayor parte de un continente y se repartieron por otros. Los empujó la aventura y la madre de la aventura, que muchas veces es el hambre. En otros casos los aventó la Inquisición, que expulsó por cientos de miles a moros y judíos. Pero también ese delirio de exiliar condujo a que por los finales del treinta de este siglo naciera la expresión «España Peregrina».

También están los autoexiliados como Picasso. Para él «Picasso es una raza, es una isla, un continente poblado por argonautas, caribes, toros y naranjas. Si en una isla nuestra se encontraran las capas sucesivas de Picasso, su monumental abstracción, su creación rupestre, sus joyas exactas, sus cuadros de felicidad y de terror, los arqueólogos asombrados buscarían los habitantes, las culturas que tanto hicieron acumulando fabulosos juegos y milagros».

Neruda nunca fue un autoexiliado, pero sí un exiliado. Y esto lo acercó mucho a los españoles que conocieron el ostracismo.

En castellano las palabras entierro y destierro están relacionadas. De los entierros, como se sabe, tal vez ninguno lo golpeó tanto como ese, tan informal, que le dieron a su amigo Federico. Se refirió muchas veces a él, a su vida, a su poesía, a su teatro y a su muerte. Poco después de ella, en 1937, pronunció una conferencia en París donde terminó diciendo: «Y perdonadme que de todos los dolores de España os recuerde sólo la vida y la muerte de un poeta. Es que nosotros no podremos nunca olvidar este crimen, ni perdonarlo. No lo olvidaremos ni lo perdonaremos nunca. Nunca». Como se ve, nuestro poeta no es ni perdonador ni olvidadizo. Tampoco pide venganza. Lo que quiere es justicia. Y eterna memoria.

Neruda cuando habla de Federico se disculpa porque tiene que escoger un solo nombre entre tantos que quedaron silenciosos.

Al proclamar ese nombre único que habla por todos los inmolados, evoca cómo recibió Buenos Aires a Federico García Lorca, donde él lo conoció, se hicieron tan amigos, donde «las grandes multitudes oían con emoción y llanto sus tragedias de inaudita opulencia verbal».

Neruda anota: «Una noche, en una aldea de Extremadura, sin poder dormirse, se levantó al aparecer el alba. Estaba todavía lleno de niebla el duro paisaje extremeño. Federico se sentó a mirar crecer el sol junto a algunas estatuas derribadas. Eran figuras de mármol del siglo XVIII y el lugar era la entrada de un señorío feudal, enteramente abandonado, como tantas posesiones de los grandes señores españoles. Miraba Federico los torsos destrozados, encendidos en blancura por el sol naciente, cuando un corderito extraviado de su rebaño comenzó a pastar junto a él. De pronto, cruzaron el camino cinco o siete cerdos negros que se tiraron sobre el cordero y en unos minutos, ante su espanto y su sorpresa, lo despedazaron y devoraron. Federico, presa de miedo indecible, inmovilizado de horror, miraba los cerdos negros matar y devorar al cordero entre las estatuas caídas, en aquel amanecer solitario. Cuando me lo contó de regreso a Madrid su voz temblaba todavía porque la tragedia de la muerte obsesionaba hasta el delirio su sensibilidad de niño. Ahora su muerte, su terrible muerte que nada nos hará olvidar, me trae el recuerdo de aquel amanecer sangriento. Tal vez a aquel gran poeta, dulce y profético, la vida le ofreció por adelantado, y en símbolo terrible, la visión de su propia muerte».

La anécdota espeluznante de los cinco o siete cerdos negros que se precipitaron sobre el cordero representa con mortal exactitud el drama de los generales facciosos abalanzándose sobre un pueblo entonces tan pacífico, tan inermes, tan crédulos, tan inofensivos como un cordero, al cual los cerdos negros le declararon la guerra interna en nombre de Dios y de la Patria. ¿De qué Dios? Sólo puede ser del dios de los cerdos negros. ¿De qué Patria? Sólo puede ser de la patria de los cerdos negros. Estos no se privaron del placer de morder a Neruda en su lecho de muerte. Se la adelantaron con el último suspiro hacia la eternidad del presidente Allende. El poeta vio repetidamente con sus ojos febriles y desesperados el fin del Presiden-

te constitucional de Chile. Era la muerte de la democracia, de la libertad. Y también el anuncio de su propia muerte. No lo mataron como a Federico; pero su muerte fue una variación sobre el mismo tema ejecutada por los cerdos negros de Chile a los cuales Federico, al alba, en medio de la niebla del paisaje extremeño, junto a estatuas derribadas, vio matar y devorar al cordero.

Dos, tres, cien Federicos

Treinta y un años más tarde, en San Pablo, Neruda habló en la inauguración del monumento a la memoria de Federico García Lorca. Allí dijo: «Hay dos Federicos: el de la verdad y el de la leyenda. Y los dos son uno solo. Hay tres Federicos: el de la poesía, el de la vida y el de la muerte. Y los tres son un solo ser. Hay cien Federicos y cantan todos ellos. Hay Federicos por todo el mundo. La poesía, su vida y su muerte se han repartido por la tierra. Su canto y su sangre se multiplican en cada ser humano. Su breve vida crece y crece».

Hasta el día del levantamiento en Africa, Neruda no era un militante político. Federico García Lorca menos, aunque tenía una definición clara ante la sociedad. Tenía otro amigo poeta que no sabía nada de política, que nunca salía de su casa porque estaba enfermo desde hacía muchos años y al cual iba a ver una vez a la semana. Era curioso. El chileno Neruda le llevaba al español Vicente Aleixandre «la vida de Madrid», los viejos poetas que descubría en «las interminables librerías de Atocha, los viajes por los mercados de donde extraigo —decía— inmensas ramas de apio o trozos de queso manchego untados de aceite levantino». Al hombre que vive casi inmóvil él le cuenta sus andanzas y Aleixandre se entusiasma con las descripciones que Neruda le hace de sus aventuras por calles de toneleros y cordeleros. Luego leen juntos a Pedro de Espinoza y Soto de Rojas.

Pero Neruda tiene un maestro en política. Es «el poeta más apasionado de la poesía que me ha tocado conocer». Rafael Alberti.

Diez años más tarde, el chileno se dio un gusto en Santiago de Chile, un gustazo que no imaginó en los días madrileños: recibirlo en su casa. Allí hace una declaración apasionada y tal vez un poco excluyente. «Ningún pueblo en América sufrió las desventuras de España como nuestro pueblo, y nadie ha permanecido tan leal como nosotros a vuestra lucha y a vuestra esperanza.» La causa de España fue compartida a fondo por todos los pueblos de nuestra América con un ardor que sólo se dedica a lo más entrañable.

Muchos republicanos españoles se fueron a México, Argentina, a otros países de América Latina. Pero de los compañeros con los cuales Neruda compartió la vida literaria en España llegaron pocos a Chile. «Hubiera querido traerlos a todos —decía— y no he desistido de ello. Trataré de traerlos, de México, de Buenos Aires, de Santo Domingo, de España». Se lo decía

a sus escasos amigos que habían llegado a Santiago, algunos de los cuales trabajaban con nosotros en la revista *Qué Hubo*, como Arturo Serrano Plaja y Vicente Salas Viú.

Encontró en muchos de los escritores españoles de su tiempo buenos hermanos: «Me habéis mostrado una amistad alegre y cuidada, y vuestro decoro intelectual me sorprendió al principio: yo llegaba de la vida cruda de mi país, del tormento. Desde que me acogisteis como vuestro, disteis tal seguridad a mi razón de ser, y a mi poesía, que pude pasar tranquilo a luchar en las filas del pueblo. Vuestra amistad y vuestra nobleza me ayudaron más que los tratados».

Era hombre agradecido y hospitalario, devolvedor generoso de la buena mano. Confiesa que le agradó desde un comienzo la palabra *Winnipeg*, un hermoso barco viejo, largamente bañado por todos los mares. Antes cargó sobre todo sacos, provisiones, metales. Pensó que debía ser ahora un buque que salvara hombres de la guerra que acababa de terminar y de la otra que venía. Lo llenó con dos mil españoles, que habían cruzado la frontera de Francia. El los recogió sobre las arenas, en apartados campamentos. Bajaban de la pisadera de los trenes rumbo al embarcadero. Las mujeres se juntaban con los maridos perdidos, los hijos con los padres. Y vino el momento de los adioses, de los llantos, de los abrazos. «Yo —rememora el poeta— decretaba el último sí o el último no. Pero yo soy más sí que no, de modo que siempre dije sí.» A última hora el gobierno de Chile desautorizó al Cónsul encargado de la inmigración española. ¿Qué hacer? Ya el barco estaba repleto hasta los mástiles. Fue la única vez en su vida que pensó dispararse un tiro. O tal vez debería partir y llegar con el barco desautorizado hasta el puerto de destino. El Chile popular se movió, hubo amenazas de crisis de gabinete, pero el *Winnipeg*, con dos mil republicanos, que pasaron del llanto al canto, levó anclas hacia un lejano puerto que un conquistador español del siglo XVI, exageradamente retórico, fundó y bautizó con toponimia poética: Valparaíso. Allí estuvimos todos esperándolo. Y el poeta no cabía en sí de orgullo. «Que la crítica borre toda mi poesía, si le parece. Pero este poema, que hoy recuerdo, no podrá borrarlo nadie», el poema del *Winnipeg*.

La poesía es un caballo y una bandera

En Madrid se le perdió un *Caballo Verde*, revista que al principio molestó mucho a Juan Ramón Jiménez. Le extravió la guerra precisamente un número dedicado al poeta uruguayo Herrera y Reissig, con colaboraciones, al parecer para siempre desaparecidas, de Ramón Gómez de la Serna, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández y Federico. No sabemos si el misterio de la última entrega de *Caballo Verde* sigue errando como un fantasma galopante por la calle Viriato, donde entonces vivía Neruda; pero el hecho es que sus amigos españoles muertos en la guerra o en el exilio conti-

nuaron acompañándolo como presencias. Aunque mal heridas, las sentía fosforescentes e iluminadas.

Nunca olvidó al escultor de Toledo, al cual dedicó el cuarto volumen de su poema autobiográfico *Memorial de Isla Negra*, que tituló con el nombre de una escultura de Alberto Sánchez, *El cazador de raíces*. A veces fui con el poeta a visitarlo en Moscú. Admiraba su obra que era como su cuerpo, un cuerpo que, según su inofensivo estrabismo patriótico, tenía la longitud y la flacura de su largo Chile. Pero era el semblante huesudo del hidalgo manchego. Su rostro enjuto era natural de Castilla. había sido en su mocedad panadero. Y Picasso hizo notar que alargaba las masas y les daba un ritmo de vuelo de pájaros y carreras de animales. Cuando pasó de la panadería a la escultura, prosiguió la talla, esta vez sin harina, con piedra, pedazos de hierro, materiales duros. Dejaba intrigado y pasmado con el «Pájaro de mi invención». Cuando le llegó la hora del exilio, colaboró en la Unión Soviética, con el director Kosintzev, a la puesta en escena del film *Don Quijote*. Quien canta las canciones de la época es el antiguo panadero, el escultor, Alonso Quijano, Alberto Quijote. En febrero del 64, cuando supo que su amigo había partido, Neruda opinó que sus obras «permanecerán en la historia de la cultura como monumentos erguidos por una vida que se consumió buscando la expresión más alta y más verdadera de nuestro tiempo». No hace mucho fuimos a ver algunas de ellas expuestas en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Toledo, porque a España han regresado Clara Sancha, su mujer, Alcaen, su hijo, y algunos de sus trabajos, entre otros el «Pájaro de mi invención».

En *Geografía infructuosa* Neruda se hace preguntas alusivas. Son interrogaciones a propósito. ¿Dejó de ver cosas y gentes! ¿Por qué? Dejó la Calle de la Luna y la Taberna de Pascual. Miguel y Federico se hicieron invisibles. Pero ¿Por qué no ve a Caballero «pintor terrestre y celestial, / con una mano en la tristeza / y la otra mano en la luz»? A ese lo vio, más bien dicho lo vio hasta que el mismo Neruda se hizo invisible, como ya tampoco puede ver lo que amaba y seguía amando, las calles, las tierras de España y la Plaza Mayor, porque los separaba una rosa blanca ensangrentada.

Ahora ha llegado la época de la devolución de mano. Neruda no alcanzó a ver España sin Franco, y murió con la desdicha de dejar a Chile en las garras de Pinochet. Necesitamos —lo decimos sin rubor a los poetas españoles— que hagan por Chile lo que Neruda, con inmenso amor, quiso hacer por España. Sabemos que lo están haciendo, desde el primer momento. Un día de septiembre de 1973 vi en Roma a Rafael Alberti partiendo en coche hacia Florencia para hablar esa tarde por Chile en la capital del Renacimiento. Porque lo que requerimos son renacimientos de la libertad, de la democracia, de la poesía.

Cuando se habla de un poeta, como él decía, se habla de todo un pueblo. También en Chile los hijos de Neruda, no sólo los poetas, sino el pueblo «están despiertos para que la palabra no muera». Abren la puerta terrestre hacia la intemperie.



Emergiendo de las tinieblas, conteniendo las lágrimas, surge un movimiento que rompe todos los silencios. Viejos y jóvenes, ellas y ellos, llevan al poeta como bandera. Los niños que no conocieron a Neruda y que hoy ya son hombres, criados en los años del miedo para que fueran silenciosos perpetuos, salen a la calle blandiendo la esperanza y la insurrección.

Regularmente van en son de batalla y peregrinación al patio México del Cementerio General, para vocear versos suyos como santo y seña. Junto al muro de los caídos de septiembre, junto a la pobre lápida que dice con letras ya golpeadas por la lluvia, simplemente: Pablo Neruda, 1904-1973.

Algún poeta del siglo XXI, como Federico en la nave de la iglesia del pueblo, leerá mañana esta inscripción con el mismo sobrecogimiento con que aquél deletreó el nombre de Francisco de Quevedo. Sólo que entonces esperamos que ya la noche de Chile se haya disipado mucho tiempo atrás. Y no sea la «agricultura de la muerte» la que reine, sino la vida que necesita cantos.

Neruda en España: «La calle destruida»

PEDRO GUTIERREZ REVUELTA

Si en la *Tercera Residencia* los lectores te encontrarán tal como te forjaste y te quisiste, tal como sigues siendo al término de tanto fabuloso libro, yo te digo y les digo que los poemas de las primeras *Residencias* contienen toda tu poesía futura y te contienen, lo creas o no, en tanto poeta revolucionario (Cortázar, 1973, 23).

Introducción

La mayoría de los poemas de *Residencia en la tierra* pueden ser fechados sin mucha dificultad. O para ser más exactos: sabemos, por ejemplo, que el poema que abre *Residencia I*, «Galope muerto»¹, como también «Serenata», «Madrigal escrito en invierno», «Fantasma»... fueron escritos y

Pedro Gutiérrez Revuelta es español. Profesor en el Departamento de Lenguas Hispánicas de la Universidad de Houston (Houston, Texas, Estados Unidos). Ha estudiado extensamente la presencia de España en la obra de Neruda.

¹ «Galope muerto» apareció publicado por primera vez en la revista *Claridad* 133 (agosto, 1926). (Loyola, 1985, 132, nota 3.)

publicados en Santiago entre 1925-1927 antes de salir para Rangún. Así como sabemos qué poemas de *Residencia 1* fueron escritos durante sus años «en el infierno» (1927-1932)²; o qué poemas de *Residencia 2* fueron escritos en Chile, en Argentina o en España (1932-1935). Pero existe un poema de *Residencia 2*, «La calle destruida» (Neruda, 1935), que todavía no se ha podido datar con exactitud³. El interés de su fecha no es debido a un prurito de precisión anecdótica, sino interpretativa. Este trabajo propone un lugar y una fecha de escritura: España, invierno 1934-35; un contexto referencial: revolución de octubre de 1934; y una lectura: «La calle destruida» no presenta simplemente «el espectáculo de desintegración universal» (Alonso, 30) producto de los efectos corrosivos del tiempo, sino también la percepción de otra muerte. Una muerte en retroceso: «sabor mortal a retroceso». De cuyos efectos fue testigo Neruda a los pocos meses de su llegada a España (1934). Fuerza mortal representada en el poema por una «lengua de polvo podrido». No hay que esperar a *España en el Corazón* para encontrar en la poesía de Neruda el tiempo como fuerza organizada. En este caso concreto es la representación de un tiempo que organizadamente lucha contra la vida. Paradójicamente es un tiempo que mata deteniendo el tiempo. Las siguientes páginas proponen una adjetivación de esa muerte.

La politización de los poetas

Haciendo una acertada generalización Stephen Spender señaló que *the thirties* fue la década en que los jóvenes escritores empezaron a «meterse» en política. Spender, en una compleja estructura lingüística, da su explicación:

La actitud de la joven generación de los treinta en relación con esto se puede resumir en la siguiente frase: «¿Cómo puede ser que hayas estado tan equivocado?» Ampliándolo, esto debe interpretarse así: «¿Cómo puedes haber sostenido siquiera por un instante que los comunistas tenían en algo la razón?» La respuesta a esto es, por supuesto, bastante simple. Sea que estuviéramos equivocados o no, lo cierto es que nos enfrentábamos a la elección entre comunismo y fascismo, esto es, entre un sistema autoritario como el de Stalin, de cuyo carácter opresivo sabíamos menos entonces que hoy día —un sistema que tenía

² Loveluck define esos años de Neruda como: «su temporada infernal en el mundo colonizado de Asia» (219). Cortázar hace una generalización semejante: «tus primeras *Residencias* son en tu terreno de poeta esa bajada a los infiernos sin la cual jamás habrías retornado “a riverder le stelle”» (24).

³ A la consulta que le hiciera a Hernán Loyola sobre este poema me envía (XII-12-86) en manuscrito las Notas a «La calle destruida» y a «Estatuto del vino» para su edición de *Residencia en la tierra* (Madrid: Cátedra) que saldrá en breve. Leemos en las notas a «La calle destruida»: «No conozco anticipaciones de este poema, que presumo escrito en la Casa de las Flores, Madrid, a fines de enero o comienzos de febrero de 1935». Palabras que confirman nuestras sospechas.

una filosofía y una economía que sigue siendo una alternativa a lo que nosotros llamamos democracia— y otro sistema, el de Hitler, abiertamente brutal, oscurantista, malvado y apoyado en premisas que eran filosóficamente absurdas, y cuya economía era simplemente la guerra (15) *.

Las tendencias «comunistoides» de los escritores españoles empezaron también a comienzos de los años treinta. «Con otros muchos de mi generación —comenta Sánchez Barbudo— yo empecé a interesarme por la política durante los últimos años de la Dictadura de Primo de Rivera, cuando las huelgas estudiantiles. En diciembre de 1930, me encontraba yo con otros muchos estudiantes, en la cárcel *modelo* de Madrid» (cito por Camon Soler, 227). Los «otros muchos» que señala Sánchez Barbudo eran los jóvenes intelectuales españoles que por un u otro motivo se encontraban al comienzo de los años treinta entre huelgas, manifestaciones, cárceles...

El nacimiento en España de movimientos profascistas como la Falange (1933); la victoria de las derechas en las elecciones de noviembre de ese mismo año y el compromiso político de muchos intelectuales europeos aceleró la politización de los jóvenes intelectuales españoles. Politización no exenta de crisis de identidad.

Neruda, al parecer, llegó a España en el «momento álgido» de la crisis de los escritores españoles⁴. Comenta Gil-Albert:

Era el momento [1934] álgido de nuestra crisis; todos nosotros, escritores, pasamos, de un modo o de otro, por esa fase: horror al nazismo alemán, desprecio por el reaccionarismo español..., confianza si no ciega sí bastante embriagadora por Rusia (cito por Camon Soler, 70-71).

El elemento aglutinante o agitador para la mayoría de los escritores jóvenes españoles —según algunos de ellos han afirmado— fue Alberti. Comenta Serrano Plaja que en ciertos círculos literarios del Madrid de los treinta una noticia cayó como una bomba: «un poeta [Rafael Alberti] está en el frente que forma el partido comunista alemán!» (Montero *passim*).

* El texto original en inglés es el siguiente:

The attitude of a younger generation to that of the «30's can be summarized in a phrase: "How can you ever even have for one moment have thought that the communists could have been right about anything?"» The answer to this question is of course, rather simple. It is that rightly or wrongly there appeared to be in the Thirties' a choice between Communism and Fascism, between, that is, an authoritarian system of Stalin which although oppressive, far less was known about that is today, a system which had a philosophy and an economy which, even today still remain the alternative to what we call democracy and another system, of Hitler, openly brutal, obscurantist, wicked, and supported by views which were philosophically absurd, and whose economy was simply war.

(La traducción al español es de responsabilidad de la redacción.)

⁴ Neruda llegó a España por primera vez en julio de 1927, camino de su puesto consular en Rangún y permaneciendo entonces solamente unos días en Madrid. En mayo de 1934 llegará a España por segunda vez, donde permanecerá hasta 1937. (Poco después de empezar la guerra se trasladará a París.) Sobre las repercusiones de su primera estancia en Madrid ver mi artículo 83-91.

Pero Alberti fue también elemento agitador entre los escritores latinoamericanos en España durante esos años. «Rafael [Alberti] fue uno de los primeros profesores de política que tuvo Neruda» (Teitelboim, 148).

Alberti, después de su viaje a Alemania y la URSS, funda en 1933 *Octubre*, órgano de expresión de los Escritores y Artistas Revolucionarios Españoles. Revista concebida según las líneas —consignas— establecidas en el Congreso Mundial de Amsterdam⁵. Las siguientes palabras de Sánchez Barbudo nos introducen en el umbral de nuestro tema:

Como otros muchos de mi generación yo empecé a interesarme por la política durante los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera. Mi ideología entonces era un vago republicanismo anticlerical y anarquistoide. Tras la consolidación del estalinismo y el éxito del primer plan quinquenal, Rusia empezó a parecer como el paraíso, la ola del futuro... Los intelectuales, sobre todo, en todas partes, se sentían atraídos hacia el comunismo, y yo también. Un elemento catalizador importante, fue el regreso de Alberti a Madrid, hacia 1933. Su casa fue el centro principal de donde partían las iniciativas. Pronto se fundó la revista *Octubre*. Bajo esa influencia se radicalizaron muchos por aquellos días, entre ellos Neruda y (aunque pasajera y sólo) Luis Cernuda. Yo visitaba sobre todo la casa de Neruda. Convivía y simpatizaba con muchos atraídos y entregados, con mayor o menor dedicación, al comunismo» (cito por Camon Soler, 227).

La revolución de octubre de 1934 y la represión posterior fue la experiencia más honda y dramática y el factor desencadenante de la radicalización de la mayoría de los jóvenes escritores. «Fue necesario —comenta Manuel Altolaguirre— que llegara el año de la sangrienta represión de Asturias, para que todos, todos los poetas, sintiéramos como un imperioso deber adoptar nuestra obra, nuestras vidas, al movimiento liberador de España» (6)⁶. Surge así una eclosión de poemas dedicados a la revolución de Asturias: el libro de Raúl González Tuñón *La rosa blindada (Homenaje a la insurrección de Asturias)*; el de Emilio Prados *LLanto de Octu-*

⁵ Alberti asistió como representante español al Congreso Mundial contra la Guerra, organizado por Barbusse y celebrado en Amsterdam en 1932. Este congreso estaba organizado por la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios dirigida por Barbusse y otros comunistas (y simpatizantes) del partido comunista francés. El objetivo de esta asociación era agrupar a las fuerzas intelectuales democráticas contra el fascismo. Al mes de su regreso a Madrid, y antes de fundar *Octubre*, Alberti publica su libro *Consignas* (mayo, 1933), primeros poemas revolucionarios de Alberti. Dice Xavier Abril en el prólogo de este libro: «En Alemania, el poeta se ha dado cuenta material de la verdadera estructura de la sociedad capitalista». Un mes después Alberti funda *Octubre* con el mismo objetivo que tenía la Asociación de Escritores Revolucionarios: la lucha contra el fascismo. Comenta Alberti cómo muchos amigos se distanciaron de él por sus ideas políticas. De la generación del 98 —y de la de los «hermanos mayores» del 27: Ortega, J. R. Jiménez...—, el único que colaboró en la revista *Octubre* fue Antonio Machado, el reconocido «tardíamente» como maestro. Para un estudio de la revista *Octubre* consultar Montero.

⁶ Lechner comenta también: «La revolución de Asturias fue, sin duda, la expresión más honda, más determinante en su actitud posterior [Alberti], así como lo fue para la mayoría de los artistas e intelectuales de aquellos días» (tomo I, 68).

bre⁷; el de Pascual Plá Beltrán *Voz de la tierra (Poema en rebelión)*. Los jóvenes poetas también cantan a los héroes de la revolución. Sobre la heroína asturiana Aída Lafuente o la Libertaria (como la llamara Alberti) escriben el propio Alberti, Serrano Plaja, Plá Beltrán, González Tuñón... «En los versos de los poetas de aquellas fechas [1934] aparecen ya los Lina Odena, Coll, Ramón Collar, Pedro Rojas que inmortalizará Vallejo» (Fuentes, 159).

¿Y Neruda? ¿Testigo indiferente a los acontecimientos sangrientos que conmovieron a «todos, todos los poetas»?

Sobre el mundo flameaban nubes de tempestad; ¡los fascistas quemaban libros en Berlín y fusilaban a los mineros asturianos! Pablo Neruda no fue un espectador indiferente de esta tragedia (Ehrenburg, 16)⁸.

Como tampoco lo había sido durante los años veinte a los sucesos de su país. Lo mismo que los escritores españoles Neruda también andaba durante sus años en Santiago (1921-1925) entre protestas y manifestaciones en apoyo de las reivindicaciones populares: «éramos apaleados —dice Neruda— por la policía en las calles de Santiago. A la capital llegaban miles de obreros cesantes del salitre y el cobre. Las manifestaciones y la represión consiguiente teñían trágicamente la vida nacional» (cito por Solá, 23). Existe también como prueba una declaración contra el golpe militar en Chile del 4 de septiembre de 1924 firmada por Neruda, Juan Gandulfo, Eugenio González y otros estudiantes:

Para nosotros, no está reducido el problema a determinar en qué gobierno existe mayor o menor tiranía, sino en establecer que todo gobierno, sea el que fuere, civil, obrero o militar, es tiránico y opresor por el hecho solo de ser gobierno... no vemos tanto un atentado contra los postulados republicanos, cuanto una campaña enderezada en bien del capitalismo y del robustecimiento del Estado (cito por Concha, 1972, 232).

En una carta de 1933 al escritor argentino Eandi el propio Neruda le confesaba: «Yo fui anarquista hace años, redactor del periódico síndico-anarquista *Claridad*, en donde publiqué mis ideas y mis cosas por primera vez» (cito por Pring-Mill, XIX)⁹. La ideología anarquista del Neruda

⁷ Altolaguirre llama a este libro «la iniciación de nuestro *Romancero de la guerra civil*» (Blanco Aguinaga, 560).

⁸ Fuentes coincide al señalar que «en aquel ambiente [Madrid, 1934] es donde se puso a buscar Neruda el camino del humanismo» (159).

⁹ Pring-Mill comenta: «Pero en esos días él expresaba únicamente sus ideas políticas en su prosa, con la sola excepción de un único poema escrito en defensa de un poeta amigo (Joaquín Cifuentes Supúlveda) encarcelado en Talca. Su forma anuncia la técnica del verso corto que treinta años después será una peculiaridad de su estilo en *Odas Elementales* (1954): «... Compañeros / los jueces lo mantienen encerrado / sin sol / sin luz / sin aire / por un delito que no cometió / y aunque lo hubiera cometido. Era / un poeta...» Un romanticismo ingenuo, sentimental y terminante teñía sus ideas políticas en esa época de estudiante» (XIX). Loyola por su parte señala ya en *Crepusculario* un intento de «oponer el poderío del canto

recién llegado a España llamará la atención a los escritores españoles ya iniciados en los estudios del marxismo. Las siguientes palabras del escritor español Serrano Plaja nos dan ejemplo de ello: «Con [Neruda], la relación fue más compleja. Si por un lado, su *Residencia en la tierra* me dejó literalmente deslumbrado, por otra parte, en términos políticos, sus actitudes me parecían... anarquistoides» (cito por Camon Soler, 234). Las tertulias, los amigos (algunos ya militantes comunistas), la ebullición social, política y artística en el Madrid de aquellos años determinaron la dirección política de Neruda. Sus «actitudes anarquistoides», como las definiría Serrano Plaja, se encaminan hacia el marxismo: «aunque el carnet militante lo recibí mucho más tarde en Chile, cuando ingresé oficialmente al partido, creo haberme definido ante mí mismo como comunista durante la guerra de España. Muchas cosas contribuyeron a mi profunda convicción» (Neruda, 1980, 156)¹⁰.

Quizás las raíces de algunas de las «muchas cosas» que contribuyeron a la profunda convicción de Neruda habría que buscarlas en los sangrientos sucesos de octubre de 1934. El fascismo español pone entonces en prueba el poder destructivo de sus máquinas de guerra: el Palacio de la Generalidad y la Catedral de Oviedo bombardeados, bombas en las calles de Madrid, en Bilbao, en Sevilla... Saldo: 10.000 muertos y ajusticiamientos posteriores. Tomemos por curiosidad las descripciones de dos testigos. La primera es de uno de los miembros que visitaba la casa de Alberti y la de Neruda y que también había empezado a radicalizarse —aunque pasajeramente, según palabras de Sánchez Barbudo— durante esos años. Escribe Luis Cernuda en su diario:

Madrid, 5 octubre:

Huelga general... Ni metro, ni tranvías, ni taxis; algunos coches mal conducidos... calles apenas alumbradas; gente escasa, motos con guardias carabina empuñada.

Huelga, huelga. Pocas veces he tenido un disgusto, una preocupación colectiva como anoche. Qué asco, qué vergüenza que haya podido formarse semejante engendro de gobierno.

lórico a las fuerzas sórdidas que envilecen la realidad. En cambio, como buen anarquista, desconfía de la acción y de la lucha organizada». Loyola razona esta afirmación en las lecturas de Neruda en esos años de «fervor anarquista» y «la influencia de ese muchacho puro, íntegro e idealista que fue Juan Gandulfo» (1964, 71-72).

¹⁰ Neruda ingresa en el Partido Comunista Chileno el 8 de julio de 1945. Comenta Volodia Teitelboim: «No entró solo. Siguiendo, recogiendo su ejemplo, se incorporó aquel día públicamente una brillante legión de los más altos creadores de la literatura y el arte, entre otros, Angel Cruchaga Santa María, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Armando Carvajal... A partir de ese instante, el PC, que había sido desde su nacimiento un partido de obreros, pasó a ser también el partido de los intelectuales revolucionarios de Chile. Gracias en gran parte a Neruda, se restableció la herencia y la costumbre de Luis Emilio Recabarren» (1972, 103).

12 de octubre:

Hoy he paseado por Madrid. La revolución, que no llegó a serlo, está acabada. Ya pueden contar cuentos quienes quieran; esto terminó. Ahora, a enterrar los muertos, sin que se ponga en evidencia que los hubo y cuántos fueron y por qué murieron. Las gentes acuden con fervor a cines y teatros; los cafés y tranvías corren igual que antes. Sólo hay esos muertos desconocidos entre los días pasados y éstos. Y nadie parece darse cuenta que faltan en medio de nosotros (Cernuda, 1.414-15-16).

El otro testimonio es del chileno Augusto d'Halmar, que se encontraba viviendo también en Madrid por esos años:

Madrid ayer y hoy [14 de octubre] vagaba por las calles y divagaba por sus pensamientos, con la vieja sensación de hallarse en vísperas de algo que ya no podía ser socialismo parlamentario, ni deberá ser pacífica democracia, ni nada de lo que pudo ser y no fue» (61)¹¹.

El 14 de octubre el diario madrileño *El Sol* hace un resumen del panorama de Madrid: Madrid paralizado, ni autobuses ni tranvías (sólo los conducidos por la fuerza pública y acompañada de parejas de la guardia civil carabina en mano), «sin pan ni paz», escombros, muertes, detenciones...¹². El domingo 14 de octubre la revolución ha sido sofocada y se ha traducido en desengaño y fracaso.

«La calle destruida»: Ecos de una revolución silenciada

En este contexto surge el poema «La calle destruida». La destrucción constante de las cosas no está simplemente causada por los efectos destructores del tiempo. En el horizonte de Neruda empiezan a perfilarse históricamente los *agentes* del tiempo. Para profundizar en este tema hay

¹¹ Este libro de D'Halmar fue publicado en el tiempo récord de un mes (Santiago de Chile: Ercilla, 1934). Que nos hace recordar la prontitud (dos meses) con que fue también publicado por la misma editorial el libro de Neruda *España en el Corazón*. Esto prueba el interés que había despertado en Chile, y en Latinoamérica en general, el proceso republicano español.

Aprovecho la ocasión para mencionar un error que cierto sector de la crítica ha venido repetidamente cometiendo. Me refiero al adjetivo que algunos le han dado a Neruda de «antiespañol». Las siguientes palabras de D'Halmar puede que sirvan para aclarar esto: «Llama la atención el hecho de que las simpatías de los republicanos de América, por los republicanos españoles, sean tan débiles, siendo que al independizarse ellos mismos, no lo hicieron tanto de la madre patria, cuanto del Régimen monárquico» (*passim*). Es precisamente debido a esta confusión que algunos critican a Neruda (antimonárquico y antifranquista) de antiespañol.

¹² Todos los diarios obreros estuvieron suspendidos durante los diez días que duró la revolución. Y la «afanada y difamada» (26) opinión pública, como la llama D'Halmar, no tenía más intérprete que los diarios de derecha como el *ABC*, *Informaciones*, *La Epoca* y *La Nación*.

que indagar en las semejanzas (y diferencias) entre «La calle destruida» de *Residencia 2* y «Canto sobre unas ruinas» de *España en el Corazón*.

La crítica (Meléndez, 1940; Alonso, 1951; Sicard, 1981) ha venido señalando en el poema de Neruda «Canto sobre unas ruinas» resonancias del conocido poema de Rodrigo Caro «A las ruinas de Itálica». Pero ha pasado por alto que el título del poema «La calle destruida» proviene también del poema de Caro. Dice éste en la cuarta estrofa:

Fabio, si tú no lloras, por atento
la vista en luengas *calles destruidas*,
mira mármoles y años destrozados (300, subrayado nuestro).

Entendemos así que las primeras ruinas que le hicieran a Neruda recordar las palabras de Caro no fueron durante la guerra civil. Una calle destruida durante la revolución de octubre le había producido un sentimiento semejante de destrucción, de desmoronamiento material, de pulverización de las cosas que luego se repetirá en «Canto sobre unas ruinas». Una de las semejanzas entre los dos poemas ya fue mencionada agudamente por Concha Meléndez en 1940: Los versos de «Canto sobre unas ruinas»,

El polvo se congrega,
la goma, el lodo, los objetos crecen (32),

representaban para Meléndez «el desmoronamiento material, el trabajo de “molino invisible” descrito ya en poemas como “El desenterrado” y “La calle destruida” (Meléndez, s. pág.)»¹³. La aparición y meditación en «Canto sobre unas ruinas» de la pulverización de las cosas arrastran el mismo sentimiento de destrucción y pesimismo que encontrábamos en *Residencia en la tierra*. Es significativa la predilección que han sentido los críticos por este canto de Neruda. Alonso abiertamente se declara en su favor: «la mejor flor de esta nueva poesía política» (Alonso, 326); y Concha Meléndez recurre a él como eslabón necesario entre la nueva poesía de Neruda y *Residencia en la tierra*: «“Canto sobre unas ruinas” serviría de eslabón firme entre aquellos volúmenes [*Residencia en la tierra 1 y 2*] y éste [*España en el Corazón*]». Tanto Meléndez como Alonso querían

¹³ La imagen del «molino invisible» se complementa con las siguientes palabras de Jaime Concha: «Estas aspas gigantes quizás permitan entrever mejor por qué, inmediatamente después de las imágenes inaugurales de *Galope muerto*, emerge la figura de molino, como avatar tecnológico del gesto del hondero. El diálogo con la noche es ahora un combate, pues el corazón ha exteriorizado su dinamismo y se presenta luchando a la intemperie de las fuerzas del cosmos. Hay que meditar esta figura, como primer signo de una exploración del movimiento que no pasa por las geometrías de la historia a que nos tiene acostumbrados la vieja Europa, sino que a lo mejor se vincula con dominios y regiones percibidos, siglos atrás, como un Nuevo Mundo» (1985, 112). Si a esto añadimos la mención que hiciera Meléndez a «El desenterrado» y recordamos las páginas que Jaime Concha dedicara a este mismo poema en su libro *Neruda* (271-273) se entrelazan profundas ramificaciones de exploración y análisis.

esencialmente establecer lo que ahora se presenta como evidente —quizás no tanto entonces: que a pesar del cambio¹⁴ producido en su poesía (y en su vida) a raíz de la guerra civil española Neruda seguía en *España en el Corazón* los mismos procedimientos que usara en *Residencia en la tierra*¹⁵.

La madera de *España en el Corazón* ya se percata como tiempo fecundo: tiempo social, tiempo de trabajo. La fuerza que destruye la madera en «Canto sobre unas ruinas»,

ved cómo
la madera se destroza
hasta llegar al luto: no hay raíces
para el hombre: todo descansa apenas
sobre un temblor de lluvia (33),

es una fuerza a su vez aniquiladora de la materia¹⁶. De nuevo hace su aparición en la poesía de Neruda el tiempo acuático —«fantasmal» (Sicard, 121), «visión fantasmagórica» (Concha, 1985, III, nota 7)— de «El fantasma del buque de carga» y de «El sur del océano». La fuerza que ha destrozado la madera ha desmaterializado también el tiempo: «un temblor de lluvia». Esta desmaterialización del tiempo fecundo —entendida como regresión— es lo que ha llamado la atención de los críticos y en donde encuentran semejantes planteamientos poéticos y vitales entre *España en el Corazón* y *Residencia en la tierra*.

¹⁴ «La conversión poética de Pablo Neruda» lo llamó Alonso (311-328). Meléndez lo define como un «intento de diafanidad, de hacerse inteligible a mayor número de lectores.» Blas de Otero, retomando con cariñosa ironía las palabras de Amado Alonso, llama a Neruda nuevo «Saulo» (66).

¹⁵ El mismo Neruda mencionará años después: «Debo explicar que mi libro *España en el Corazón* nunca me ha parecido un libro de fácil comprensión. Tiene una aspiración a la claridad pero está empapado por el torbellino de aquellos grandes, múltiples dolores» (Neruda, 1980, 288). Luis Rosales posteriormente irá todavía más lejos señalando que no sólo en *España en el corazón*, sino que también en el «*Canto general* como en sus libros posteriores se mantiene, con ligeras variantes, la técnica expresiva de *Residencia en la tierra*. (Salvo en las *Odas elementales*, donde el tono general es distinto.) Era lógico y necesario ya que el poeta había encontrado en ella su estilo personal, y nadie puede abandonar su expresión propia» (72). Pero se debe establecer también un eslabón en la otra dirección. En Neruda no se dan, exactamente, conversiones. Son confirmaciones, descubrimientos anteriormente presentidos y buscados muchas veces en la oscuridad y en el misterio, y que irremisiblemente le llevan a una praxis —práctica profesional— social. A nosotros nos parece más atractiva la idea del desarrollo en la poesía de Neruda: «Veremos que el desarrollo de la poesía de Neruda se orienta precisamente hacia una comprensión histórica, no sólo del trabajo social, sino de toda la realidad del hombre. Incluyendo su muerte» (Loyola, 1967, 141). Las palabras de Cortázar al comienzo de este trabajo se refieren también a este proceso.

¹⁶ Apunta Jaime Concha: «Sin pretensiones heideggerizantes, anotaremos un étimo significativo. El pensamiento griego llamó “hylé” a lo que nosotros llamamos materia. Pero “hylé” es también, en griego corriente, bosque o madera (*bois, wood*). Los latinos tradujeron “materia”, que da en castellano el culto materia y el popular madera. Nuestro idioma nos devuelve, pues, por azarosa gracia, el elemento singular perdido en la generalidad del concepto materia» (1972, 62).

Pero Sicard establece una importante diferencia entre «Canto sobre unas ruinas» y la muerte residencial. Retoma Sicard el mismo poema, «Canto...», en su acertada «meditación poética sobre la historia» (259). En oposición directa al tiempo vivo —la madera— surge una fuerza destructiva. Según palabras de Sicard una fuerza «estéril porque es la expresión definitiva de fuerzas sociales esterilizadoras»: la muerte fascista (263). Contra la fuerza organizadamente destructora y estéril que aniquila la fecunda y dialéctica fusión entre vida y muerte se opone en «Canto sobre unas ruinas» otra fuerza organizada, colectiva y humanamente popular.

Aunque todavía en «La calle destruida» no hay una fuerza determinada que se le oponga a la muerte —existe un «tal vez»— sí existe un reconocimiento de la fuerza esterilizadora y mortal: «una lengua de polvo podrido». A Miguel Hernández le llamará la atención esta imagen. Cano Ballesta señaló cómo el cambio ideológico de Hernández se produce una vez instalado en Madrid y ocurrida la revolución de Asturias (164-64) y comenta que al poco de conocer a Neruda, Hernández comenzó a escribir «poemas nerudianos» (152)¹⁷. El poema de Hernández «Vecino de la muerte» —que significativamente incluyó Neruda en el primer número de su revista *Caballo verde*— es un meditar nerudiano sobre la destrucción material de las cosas¹⁸. Pero con referencias históricas más concretas:

¿Qué queda en este campo secuestrado,
en estas minas de carbón y plomo,
de tantos encerrados por riguroso orden? (242).

En el poema de Hernández la muerte se acerca:

con un collar de cencerros castrados en la lengua (244).

Identificándose también la muerte con el polvo:

Y es que el polvo no es tierra (243).

¹⁷ En Madrid, dice Cano Ballesta, «frecuenta la casa de María Zambrano, de Manuel Altolaguirre, de Pablo Neruda, del cual se hace amigo entrañable. El poeta chileno se convierte muy pronto en uno de los ídolos en torno a quienes gira su vida en esta época» (211). Creemos que se necesita un análisis sistemático de los «poemas nerudianos» de Hernández. En concreto el excelente poema «Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda».

¹⁸ Actualmente me encuentro trabajando sobre un aspecto de *Caballo verde* que querría comentar rápidamente. El amplio espectro que recoge la revista de Neruda *Caballo verde* no puede definirse, como han pretendido algunos, como una revista de compromiso; ni tampoco, como han pretendido otros, como una revista ecléctica, sin dirección alguna. Hay que entenderla dentro de la ideología representada por la izquierda antifascista y defensora de la cultura reunida en París en junio de 1935 y a la que Neruda asistió como delegado chileno. Neruda seleccionó con mucho cuidado los colaboradores del primer número de *Caballo verde* en el que incluye cuatro delegados del Primer Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura: Serrano Plaja, delegado español; González Tuñón, delegado argentino; Robert Desnos, delegado francés, y el propio Neruda.

Verso que conlleva claras referencias anticlericales ante la negación del estigma eclesiástico: «Polvo eres...». Miguel Hernández no pasó por alto la fuerza de esta imagen: «una lengua de polvo» destruyendo las cosas. Que nos reafirma la existencia de ramificaciones contextuales de «La calle destruida» con los sucesos de Asturias.

El poema de Neruda nos introduce en una calle que ha sido atacada en lo más significativo y visceral de su existencia: las alcobas¹⁹. Nace así la enumeración de las cosas: trapos, papeles, objetos personales, la intimidad de la vida compartida en una casa. Pero la calle ha sido también atacada repetidamente —tres veces— en la víscera de su función social: cines, almacenes, tranvías. Lugares de aglomeración, de movimiento, de vitalidad humana. Es una calle anónima. Pero no es una calle cualquiera. Es una clase determinada de calle porque la muerte se detiene principalmente sobre las poblaciones populares:

Sobre las poblaciones
una lengua de polvo podrido se adelanta
rompiendo...
... un sabor mortal
a retroceso y humedad y herida²⁰.

El tiempo tiene ahora un efecto retroactivo. No mata el paso del tiempo, sino un tiempo en retroceso, impidiendo la evolución natural. Hay una fuerza que contradictoriamente mata deteniendo el tiempo. La ejecución del porvenir está determinada por el tiempo asesino:

los tomates asesinados implacablemente,
el paso de los caballos de un triste regimiento.

Las «lanzas de los geranios» —¿anuncio de la casa de las flores?—, un regimiento de caballería, los «tomates asesinados»²¹ que reflejan los restos recientes de una revolución.

La última estrofa del poema es un conjunto de exclamaciones frente a la muerte de hombres y cosas —«rosas rotas», «guitarras azules»—, a las que se les ha negado el derecho a ser como se habían forjado:

¹⁹ No pasamos por alto las referencias personales. El ambiente de desmoronamiento familiar vivido por Neruda durante ese período: distanciamiento irrecuperable con su mujer, enfermedad incurable de su hija.

²⁰ Los «dedos sin nombre» del v. 41 Loyola los entiende como «esfuerzos, tentativas de acción». «El texto parece referirse aquí a oscuras (pero portadoras de *la luz*) y subterráneas tentativas de resistencia al régimen reaccionario, como en los vv. 104-108 de “Estatuto del vino”» (Loyola, manuscrito). De esa fricción, creemos, surgen «los cuchillos» del v. 44.

²¹ Recordando en el poema de *España en el Corazón* «Explico algunas cosas» el mercado bullicioso de Argüelles antes de la guerra civil escribe Neruda: “sal de mercaderías / aglomeraciones de pan palpitante / mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua / como un tintero pálido entre las merluzas: / el aceite... / metros, litros, esencia / aguda de la vida / ... marfil fino de las patatas / tomates repetidos hasta el mar. // Y una mañana todo estaba ardiendo» (Neruda, 1937, 12-13).

Ola de rosas rotas y agujeros! Futuro
 de la vena olorosa! Objetos sin piedad!
 Nadie circule! Nadie abra los brazos
 dentro del agua ciega!
 Oh movimiento, oh nombre malherido,
 oh cucharada de viento confuso
 y color azotado! Oh herida en donde caen
 hasta morir las guitarras azules!

No son solamente exclamaciones producidas por el dolor de la herida al contemplar la desintegración universal. Son exclamaciones entre ecos de órdenes militares negando el movimiento, los quehaceres diarios en las calles de las ciudades. Movimiento visto como amenazante por los que imponen el retroceso destructivo al movimiento creador. Orden que se impone como trágico final a una revolución sangrientamente reprimida. Premonitoria, a su vez, de sucesos también trágicos: calles, hombres, mujeres, niños destruidos por «una lengua de polvo podrido».

Qué queda
 [se preguntaba M. Hernández]
 ... de tantos encerrados por riguroso orden

OBRAS CITADAS

- Alonso, Amado. *Poesía y estilo de Pablo Neruda*. Buenos Aires: Losada, 1954.
- Altoaguirre, Manuel. «Prólogo». *Llanto en la sangre*. De Emilio Prados. Valencia: Ediciones Españoles, 1937.
- Blanco Aguinaga. «Prólogo». *Poemas completas*. De Emilio Prados. México: Aguilar, 1975.
- Camon Soler, Manuel. *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*. Barcelona: LAIA, 1978.
- Cano Ballesta, Juan. «Miguel Hernández y su amistad con Pablo Neruda». *Pablo Neruda, el escritor y la crítica*. Ed. Emir Rodríguez Monegal y Mario Santf. Madrid: Taurus, 1980.
- Caro, Rodrigo. «A las ruinas de Itálica». *Poemas de los siglos XVI y XVII*. Ed. Blanco Suarez. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1970.
- Cernuda, Luis. *Prosa completa*. Barcelona: Barral Editores, 1975.
- Concha, Jaime. «"Cruzar" en *Residencia en la tierra*». *Revista de crítica literaria latinoamericana*. II. 21-22 (1985): 109-119. *Neruda (1904-1936)*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972.
- Cortázar, Julio. «Carta abierta a Pablo Neruda». *Revista Iberoamericana* 39. 82-83 (1973): 21-26.
- D'Halmar, Augusto. *Lo que no se ha dicho de la revolución española*. Santiago de Chile: Ercilla, 1934.
- Ehrenburg, Ilya. «Introducción». *Poesía política*. De Pablo Neruda. Santiago de Chile: Editora Austral, 1953.
- Fuentes, Víctor. *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*. Madrid: Ediciones de la Torre. 1980.
- Gutiérrez Revuelta, Pedro. «Encuentro de Neruda con la "Metrópoli": Tres días en Madrid (julio 1927)». *Araucaria* 29 (1984): 83-91.
- Hernández, Miguel. *Obras completas*. Buenos Aires: Losada, 1973.
- Lechner, J. *El compromiso en la poesía española del siglo XX*. Leiden: Universitaire Pers, 1968.
- Loyola, Hernán. «Residencia Revisitada». *Cuadernos americanos* 272, 5 (1985): 123-162.
- «Notas a "La calle destruída" y "Estatuto del vino"». *Residencia en la tierra*. De Pablo Neruda. Ed. de Hernán Loyola. Madrid: Cátedra, (en prensa).

- Ser y morir en Pablo Neruda*. Santiago de Chile : Editora Santiago, 1967.
- Meléndez, Concha. «España en el corazón de Pablo Neruda». *Repertorio Americano* 14 sept. 1940.
- Montero, Enrique. «Octubre: revelación de una revista mítica». *Octubre*. Leichtenstein: Topos Verlag, 1977, IX-XXXVI.
- Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido*. Barcelona: Argos Vergara, 1980.
- España en el corazón*. Santiago de Chile: Ercilla, 1937.
- Residencia en la tierra 1 y 2*. Madrid: Cruz y Raya, 1935. [Esta edición no tiene paginación].
- Otero, Blas. «El espectro de Neruda». *Chile en el corazón / Xile al cor / Chile no corazón / Txile bihotzean. Homenaje a Pablo Neruda* [de los poetas españoles]. Selección y Prólogo de Aurora de Albornoz y Elena Andrés. Barcelona: Península, 1975, 65-66.
- Pring-Mill, Roberto. Introducción. *Pablo Neruda Basic Anthology*. Ed. R. Pring-Mill, Oxford: The Dolphin Book, 1975.
- Sicar, Alain. *El pensamiento poético de Pablo Neruda*. Madrid: Gredos, 1981.
- Solá, María Magdalena. *Poesía y política en Pablo Neruda*. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980.
- Spender, Stephen. «The literary mood of the 1930's». *TRI-QUARTERLY* Fall (1964): 15-24.
- Teitelboim, Volodia. «El escritor y el político». *Taller de letras, Revista de la Universidad de Chile* 2 (1972).
- Neruda*, 2 ed. Madrid: Michay, 1985.

Neruda. Huidobro

LUIS ENRIQUE DELANO

En 1925 publiqué el primer poema en Santiago. Versos míos habían aparecido en *Thermidor*, *Floreal* y *Abanico*, una revista que fundamos en Quillota y que aparecía cuando podía. También en un diario de la tarde de Valparaíso, *La Estrella*. Pero publicar en Santiago, para los provincianos venía a ser como una especie de consagración. La revista *Zig Zag* había abierto, por iniciativa de Angel Cruchaga Santa María, una especie de concurso permanente. Cada semana se publicaba un poema y su autor recibía como premio una pluma-fuente, que entonces era un artefacto de cierta categoría, no al alcance de cualquiera. Mandé el poema y dos o tres semanas estuve esperando que se publicara. El día que llegaba *Zig Zag* a Quillota conseguía con un suplementero amigo que me dejara echarle una ojeada. ¡Con qué ansiedad volvía las hojas! Cuando el poema salió publicado, compré dos ejemplares de la revista y corrí a mostrarla a mis amigos. La pluma-fuente me llegó por correo. Mientras escribo estas líneas le he da-

Luis Enrique Délano (1907-1985) escritor y periodista, autor de *Las veladas del exilio*, *Viento del rencor*, *La Base*, *Puerto de fuego* (novelas), *Sobre todo Madrid* (crónicas) y muchos otros títulos. De sus memorias, inéditas todavía, extractamos el capítulo presente.

do una mirada a ese poema, que aún conservo y que se llama «En la tarde de otoño». No está mal pero es nerudiano del primero al último verso. Era la avasalladora influencia de los *Veinte poemas de amor*, que por lo demás no se proyectaba sólo sobre mí sino sobre casi todos los poetas jóvenes, incluso en algunos que habían publicado libros y eran más o menos conocidos. Debe haber sido un par de años más tarde cuando se publicaron dos o tres poemas de amor, quizás los únicos que escribí, de Manuel Eduardo Hübner. La influencia era tan notoria que recuerdo que le dije a Pablo: «Son iguales a los suyos». Sonrió con picardía y me respondió: «Sí, pero son mejores que los míos». Gerardo Seguel, que como Pablo Neruda había venido de Temuco, donde su padre era un carpintero de religión protestante (de ahí le venía a Gerardo su repudio por el alcohol, que le duró varios años), había publicado un primer libro muy nerudiano, *Hombre de otoño*, y el segundo lo tituló *Dos campanarios a la orilla del cielo*, un verso de Pablo, que luego éste cambió por «un campanario en las manos de un loco».

En Quillota yo conocía a un maestro primario que luego se transformó en el autor de tres novelas maestras, Carlos Sepúlveda Leyton, y él me aconsejó que mandara poemas al periódico *Nuevos Rumbos*, que publicaba la Asociación de Profesores, bajo la dirección de César Godoy Urrutia, un impetuoso dirigente del magisterio por cuyas batallas en favor de los niños y el profesorado yo sentía gran admiración.

—Los encargados de la página literaria son Salvador Fuentes Vega y Humberto Díaz Casanueva —me dijo.

¡Díaz Casanueva! Bueno, su nombre sonaba ya bastante como el de un original poeta joven. Lo recordé en los días del Liceo de Aplicación, unos siete y ocho años antes, donde habíamos sido compañeros en la preparatoria. Un muchacho alto, de frente ancha y prominente y de piernas flacas, que escribía ya poemas en una libretita de las que repartía como propaganda el agua mineral Jahuel, de propiedad del señor Carlos Délano, que debe haber sido pariente lejano mío. Alguna vez Humberto, que era bastante reservado, me dejó leer algunas de sus poesías en la libreta. Se me ocurre que debemos haber sido los únicos alumnos de preparatoria con tendencias literarias (después entró Julio Barrenechea). Yo hice por esos días mi primer (o segundo) intento literario: una composición escolar sobre Chaplin, que le gustó o le divirtió tanto al profesor, señor Erazo, que me mandó a leerla a los alumnos de cursos paralelos y hasta superiores al mío. Yo llegaba muy ufano, leía el par de páginas que había escrito y salía entre aplausos que daba la cabrería, más por diversión que por otra cosa.

Fue, pues, a manos de mi viejo compañero que llegó ese poema. Me sentí muy feliz de verlo publicado en *Nuevos Rumbos*, que no era, como *Zig Zag*, una revista comercial sino un periódico sindical de combate, agresivo y revolucionario.

El año 1925 hice dos viajes a Santiago, uno a los funerales de Romeo Murga y el otro no sé con qué motivo. Lo que sí sé es que fue muy impor-

tante, porque se cumplió uno de mis deseos más fervorosos: conocer a Pablo Neruda. Mi hermana debe haberme visto muy agitado esa tarde que llegué a pedirle prestados dos pesos cincuenta. Horas antes me había encontrado con Gerardo Seguel, quien me dijo:

—¿Quieres comer esta noche con Neruda? Consíguete dos pesos cincuenta y te vas a las ocho al Jote.

El Jote era un restorán muy popular de la calle San Pablo. Cuando llegué, había una larga mesa ocupada por escritores y artistas. Allí vi por primera vez a Pablo Neruda y debo haberlo observado con mucha atención y además con la gratitud que se siente por quien es capaz de proporcionarnos tantos momentos de ensueño. Era muy alto y flaco, con cabellos oscuros. Las embestidas que la frente hacía en ellos indicaba que no iban a durar mucho. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, bajo dos cejas gruesas que se juntaban en el nacimiento de la nariz prominente. Una mirada a ratos lejana, perdida. Es indudable que en la famosa fotografía que le hizo por esos días Sauré hay bastante idealización. Vestía un traje oscuro, el clásico sombrero alón y corbata negra larga y angosta. Esa noche no habló mucho. La conversación corría más bien a cargo de quienes lo rodeaban, una verdadera pléyade de poetas y artistas. Muchos ya lo imitaban y según un comentario de Alone, no sólo escribían sino que vestían, hablaban, caminaban y vivían como Neruda.

Muchas veces me he preguntado quiénes estaban ahí esa noche. He tratado de reconstruir la mesa donde se produjo para mí el milagro de conocer no sólo a Pablo sino a la plana mayor de la joven poesía de 1925. Veamos: estaba desde luego, Tomás Lago, pálido, con ese aire un poco desdeñoso, falsamente desdeñoso cuando uno llegaba a conocerlo bien. Estaban Gerardo Seguel, Humberto Díaz Casanueva y Rosamel del Valle, que formaban una especie de dúo poético, como dos eslabones de una misteriosa cadena de poesía. Rosamel publicaba por esos días la revista *Ariel*. Me acuerdo también de los hermanos Arce, Homero y Fenelón, quien fue muy amigo mío; murió joven, sin llegar a publicar un libro de vanguardia que había escrito, *Tita Juan y sus películas*. Juan Florit, con sus grandes ojos claros. Otro poeta que andando los años desapareció, al menos públicamente, como tal: Moraga Bustamante. ¿Tal vez Diego Muñoz? Conocí también esa noche a Georges Sauré, que era un hombre muy simpático y lleno de iniciativas. Fue el creador de la fotografía artística en Chile, el introductor del cubismo, el iniciador del «vitrinismo» cuando empezó a darles un aire sofisticado a las vitrinas de la compañía de electricidad, etc. Un poeta joven, Eric Gouzi, que parece que no siguió escribiendo; el dibujante chillanejo Ricci Sánchez, Orlando Oyarzún... Y hasta ahí alcanzan mis recuerdos de esa noche memorable.

Repito que Pablo no habló mucho. Después de comernos el menú de dos pesos cincuenta, incluido el vino, Neruda nos invitó a ver una película al teatro Esmeralda, en San Diego con Avenida Matta, al lado de un cabaret que se llamaba El Gato Negro o algo por el estilo. Mientras iba toda la pandilla en el tranvía Matadero, que arrastraba por la calle Bandera y

luego por San Diego su espeso ruido de ferretería, me preguntaba yo de dónde iba a sacar Pablo dinero para pagar tantas entradas. Nada de eso. Era amigo del administrador y a una señal de éste, el portero se hizo a un lado y entramos catorce personas a la platea de una sala no muy llena. Estaban dando una de esas horrendas películas bíblicas de Cecil B. de Mille

* * *

Si bien Neruda era el poeta que más entusiasmo despertaba, no por eso la gente de mi tiempo dejaba de admirar a otros, chilenos y extranjeros. Conocíamos en traducciones y ediciones extranjeras poemas de Apollinaire y de Reverdy; de Borges, Gironde y Molinari; de Vallejo, Hidalgo, Peralta y otros peruanos; de los estridentistas mexicanos Manuel Maples Arce, Germán Lizt Arzubide y Arqueles Vela. Circulaban libros como *Literaturas europeas de vanguardia*, de Guillermo de Torre y *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset y a veces algún número de la *Revista de Occidente*, de *Amauta* o de *Horizonte*, que los estridentistas publicaban en la ciudad de Jalapa, capital del Estado de Veracruz.

¿Y Huidobro? Claro que lo admirábamos mucho, pero la leyenda, el aura que lo rodeaba, era la de un poeta francés. Pasaba largas temporadas en París, donde se hacía llamar Vincent Huidobro y donde había publicado una media docena de libros de poemas en francés, *Tout à coup*, *Autonome regulier*, *Hallali*, *Horizon carré*, etc. En las revistas chilenas se le incluía, naturalmente, pero más bien como a un huésped elegante y gentil.

Sin embargo, un día decidió instalarse en Santiago y dedicarse no sólo a la literatura sino a la política. La primera vez que lo vi fue en una velada literaria en la Asociación de Profesores, en el viejo local de la calle Rozas, donde supongo que Díaz Casanueva y otros maestros escritores lo habían invitado a dar una conferencia sobre el creacionismo. Era el poeta un hombre de color mate, con esa palidez de los aristócratas cuya sangre nunca se ha mezclado con la del pueblo; peinado al medio y vestido con elegancia. Tenía ojos de extraordinaria viveza y grandes, aunque no tanto como en el dibujo que le hizo Picasso, que le puso pestañas de estrella de cine. Se expresaba muy bien sobre su materia. A ratos traducía algunos trozos de un libro suyo sobre el creacionismo y solía olvidársele una que otra palabra en castellano.

—Levier, levier... ¿Cómo se dice en español? —le preguntaba a Pablo Neruda, que estaba sentado en la primera fila.

—Palanca.

—Eso es, palanca... —Y proseguía la disertación.

La actividad política que empezó a desarrollar Huidobro se realizaba a través de un periódico que él financiaba y que, si no me equivoco, se llamaba *La Epoca* y del cual era jefe de redacción Angel Cruchaga. *La Epoca* revolvió bastante el aletargado acontecer político, por la forma en

que enfocaba ciertos problemas del país y la agresividad con que atacaba a gentes del gobierno, parlamentarios, oligarcas, financistas. Muchos no le creyeron, pensaron que era una nueva forma que Huidobro acababa de descubrir para llamar la atención. Resultaba extraña esa posición en una persona que provenía de una de las familias más acaudaladas y aristocráticas de Chile. Pero a los jóvenes nos entusiasmó el valor que encerraba esa acción y cuando una noche alguien lo golpeó con un laque, protestamos en los tonos más airados. Hubo quienes sostuvieron que el atentado no era sino otro truco de Huidobro para que se hablara de él. Y recordaron al respecto que años antes, con motivo de la publicación de un folleto anti inglés, *Finis Britannia*, en París, Huidobro había sido acusado de fingir un secuestro por parte de dos *scouts* irlandeses.

Pero el caso es que la campaña política «sanitaria» del poeta siguió adelante y un día tuvimos la sorpresa de saber que se presentaba como candidato independiente a la Presidencia de la República, cosa que por efectos de la confusión política que yo tenía en la cabeza, me pareció maravillosa. Huidobro tenía en un pueblo vecino de Quillota un admirador apasionado en la persona de un farmacéutico de apellido Pizarro, hermano mayor del Mono Pizarro, mi compañero del liceo.

—Usted no tiene idea de su talento —me dijo.

—Bueno, soy gran admirador de su poesía.

—Yo también. Pero eso no es todo... Hay que conocer su voluntad, su audacia. Si Huidobro me dijera «Vamos a tomarnos la Moneda», créame que yo no vacilaría un instante, agarraría un arma y me iría con él.

Aunque yo no tenía derecho a voto, no me alcanzaba la edad, me plegué a la candidatura porque me parecía estupendo e insólito que un poeta se decidiera a hacer algo así. El farmacéutico debe haber pagado la impresión de centenares de volantes llamando al pueblo a votar por Vicente Huidobro, el hombre valiente, capaz de decir al pan pan y al vino vino, afrontando la muerte por la verdad. Volantes que el Mono Pizarro —que tenía una cabrita, un vehículo pequeño de dos ruedas, tirado por un caballo— y yo pegábamos en las paredes y repartíamos en Quillota y los pueblos vecinos.

Confieso que no he leído ninguna biografía de Vicente Huidobro y no sé por tanto si esta aventura política del autor de *Altazor* ha sido registrada. Pero es real, tan real que yo mismo fui un agente de la propaganda electoral huidobriana. Tan real como fue, después que se hizo desaparecer el Congreso Termal de Ibáñez, la candidatura independiente a diputado por Santiago de Pablo de Rokha, cuyos carteles de propaganda decían, bajo la fotografía del poeta: «Yo voy al Congreso a defender el orden, pero no el orden sino el orden».

Es casi innecesario decir que en un país como Chile, donde son los partidos los que rigen y manejan la política, Vicente Huidobro obtuvo escasísimos votos, que no habrían alcanzado ni para elegirlo regidor por la comuna más pequeña del país.



PABLO BERCHENKO

«España en el corazón»

Bibliografía anotada

La bibliografía crítica existente en relación a *Tercera Residencia*, y en particular, sobre «España en el corazón», contrasta por su escasez con el atractivo que han ejercido sobre los estudiosos de la obra nerudiana, por ejemplo, obras como *Residencia en la Tierra* o el *Canto General*. No obstante, «España en el corazón», según un buen número de análisis que aparecen citados a través de nuestro trabajo, representa un momento clave y problemático en el desarrollo de la obra de Pablo Neruda.

Ella plantea fundamentalmente la cuestión de la continuidad o de la ruptura de la obra del poeta. Para algunos, a partir de Amado Alonso, es el momento de la conversión poética, para otros no es sino la manifestación de lo que ya existía potencialmente en *Residencia en la Tierra*.

El reconocimiento de un nuevo paso en el desarrollo interior, o de la conversión / ruptura que sufre la obra del poeta plantea la cuestión de la naturaleza y el valor del cambio. ¿Qué nuevo compromiso ha adoptado el poeta? ¿Con qué o con quién se compromete? ¿Con la República española? ¿Con el pensamiento marxista? ¿Con el pueblo español? ¿Con el antifascismo?

Sin duda que a través de «España en el corazón» se pone de manifiesto una nueva manera de poetizar. Pero hay diferentes maneras de abordar el problema de saber cuándo se produce este cambio. ¿El cambio se opera con la muerte de García Lorca? ¿O el cambio precede a «España en el corazón», como lo quieren ver algunos que lo encuentran ya en «Reunión bajo las nuevas banderas»? Por último, se plantea la cuestión de saber si es en «España en el corazón» que se plasma este cambio o si allí solo se inicia un proceso que se completa posteriormente.

Desde el punto de vista estilístico la problemática es también compleja. Ella consiste en saber cuáles son los elementos que transforman la obra del creador. ¿La obra tiene o no un carácter elegíaco? ¿Es una obra de tono épico? ¿Qué valor tiene allí la imprecación y el vituperio? ¿Logra realmente el poeta dar mayor claridad a su poesía? ¿Se inscribe esta obra dentro del romanticismo o del neorromanticismo, o quizás del surrealismo?

He aquí algunas de las cuestiones que la crítica pone de manifiesto con respecto a esta obra que así se revela de capital importancia para la comprensión de la creación nerudiana.

Pablo Berchenko es investigador y profesor en la Universidad de Perpignan, Francia.

La bibliografía que a continuación presentamos debe mucho en su primera parte —la bibliografía activa— a los trabajos de Hernán Loyola. Nosotros nos hemos limitado a reordenarlos, de acuerdo a nuestros intereses, y a actualizar los elementos que él aporta en la guía bibliográfica que apareció publicada en las *Obras Completas* de Neruda en su cuarta edición de 1973. A través de esta primera parte se pone de manifiesto la constancia de la actitud del poeta a partir de 1936 con respecto a la España republicana. Los diferentes textos allí compilados pueden iluminar una mejor comprensión de «España en el corazón».

En lo que se refiere a la bibliografía pasiva, cabe advertir que las síntesis de los estudios críticos que en esta segunda parte se presentan no tienen sino un valor indicativo. Ellas no reflejan sino parcialmente la riqueza que ellos encierran para el lector avisado.

I. BIBLIOGRAFIA ACTIVA

(La obra nerudiana en su relación con España, la guerra civil y sus consecuencias a partir de 1936)

1. «Canto a las madres de los milicianos muertos», en el periódico *El Mono Azul*, N.º 5, Madrid, 24 de septiembre de 1936, p. 2. Este poema será publicado posteriormente en la revista *Repertorio Americano*, N.º 788, San José de Costa Rica, 16 de enero de 1937. Luego aparecerá en: Huidobro, Vicente, y otros *Madre España-Homenaje de los Poetas Chilenos*, Editorial Panorama, Santiago de Chile, 1937. Finalmente, será incorporado a *España en el corazón*.
2. «Canto sobre unas ruinas», en la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*, N.º 1, Madrid, noviembre 1936. Poema que será publicado luego en *Tierra*, N.º 1, Santiago de Chile, 1 de julio de 1937. Enseguida aparecerá en *Repertorio Americano*, N.º 823, San José de Costa Rica, 16 de noviembre de 1937. Este poema, como el anterior, forma parte de *España en el corazón*.
3. «Federico García Lorca» (conferencia leída en París en febrero de 1937), en *Commune*, N.º 42, París, febrero 1937. Luego en *Hora de España*, n.º 3, Valencia, Marzo de 1937, pp. 65 a 78. También existe una separata de esa última publicación. Luego es reproducida en Santiago de Chile en la revista *Er-*
- cilla* del 2 de abril de 1937. En agosto del mismo año aparece en una edición homenaje de la revista *Universidad de Panamá*, N.º 9 dedicada a García Lorca. Posteriormente este texto será incorporado a las *Obras Completas*. En francés ha sido presentado también por Robert Marrast en la revista *Europe* N.º 537-538 en 1974. Por último, ha sido incorporado en 1978 a *Para Nacer He Nacido*.
4. «A mis amigos de América» (texto que ha aparecido también bajo el título de «¿Por qué estoy con el pueblo español?») en revista *Nuestra España*, N.º 5, París, marzo 1937. Luego en la revista *España Nueva* en Santiago de Chile el 11 de marzo de 1937. Al mes siguiente en el diario *Crítica* de Buenos Aires en su edición del 13 de abril de 1937. El 1 de mayo del mismo año aparece en el N.º 801 de *Repertorio Americano*, revista de San José de Costa Rica. También se encuentra en Malraux, André, *Dos Pasos, John y Otros Los que fueron a España*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, ¿1937?, pp. 107 a 109. Por último Robert Marrast lo publicará en francés en la revista *Europe* N.º 537-538 en 1974.

5. «Es así», en el periódico *El Mono Azúl*, N.º 22, Madrid, 1 de julio de 1937. H. Loyola advierte que se trata de una anticipación del poema «Explico algunas cosas» que aparecerá posteriormente en *España en el corazón*.
6. «Influence de la France et de l'Espagne sur la Littérature Hispano-américaine» (discurso leído en el Congreso de las Naciones Americanas, París 2 de julio de 1937), en diario *La Nación* de Santiago de Chile se publica una versión fragmentaria el 3 de julio de 1937. Luego en versión completa en *Cahiers de Politique Etrangère* del Institut des Etudes Americaines, N.º 21 de 1938. Claude Couffon lo presenta en la revista *Magazine Littéraire* de París en el N.º 161 de mayor de 1980 (ver ficha 42).
7. «Antitanquistas», en *Repertorio Americano*, N.º 823, San José de Costa Rica, 16 de octubre de 1937. Este poema aparece también en la revista *Expresión*, N.º 1, Santiago de Chile, noviembre de 1937. El forma parte de *España en el corazón*.
8. *España en el corazón*, Editorial Erquilla, Santiago de Chile, 13 de noviembre de 1937, 47 pp. La segunda edición se hará el 28 de enero de 1938.
9. «Le peuple est avec nous, nous devons être avec le peuple» (discurso pronunciado en el Pen Club de Santiago de Chile), en revista *Nuestra España*, N.º 32, París, 19 de noviembre de 1937, pp. 1 y 2. Posteriormente presentado por Robert Marrast en la revista *Europe* N.º 537-538 de 1974.
10. «El general Franco a los infiernos», en revista *Tierra*, N.º 4, Santiago de Chile, noviembre 1937. Poema incorporado en *España en el corazón*.
11. «Habla el eminente escritor chileno Pablo Neruda» (texto del discurso leído durante la Velada Comemorativa del Séptimo Aniversario de la República Española en el teatro Caupolicán en Santiago de Chile el 13 de Abril de 1938), en suplemento de *Nueva España*, Santiago de Chile, abril 1938.
12. «Gloria del pueblo en armas», en el periódico *El Mono Azúl*, N.º 45, Madrid, mayo de 1938.
13. *España en el corazón*, Ediciones Literarias del Comisariado, Ejército del Este, República Española, 7 de noviembre de 1938, 73 pp. Edición dirigida por Manuel Altolaguirre. La segunda edición el 10 de enero de 1939.
14. «España» (discurso pronunciado en la Primera Conferencia Americana de Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual el 11 de enero de 1939), en diario *La Nación*, Santiago de Chile, 22 de enero de 1939.
15. «Quevedo adentro» o «Viaje al corazón de Quevedo» (el primer título corresponde a la primera versión, el segundo a su versión definitiva a partir de 1947), en Oribe, Emilio; Marinelli, Juan y Neruda, Pablo, *Neruda entre nosotros*, folleto de las Ediciones A.I.A.P.E., Montevideo, 1939. Aparece luego en revista *Aurora de Chile*, N.º 19, Santiago, 4 de mayo de 1940. También en *Viajes: Al corazón de Quevedo y Por las Costas del Mundo. Conferencias*, Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, 1947. Luego en *Viajes*, Editorial Nascimento, Santiago, 1955. Por último ha sido incorporado a *Obras Completas*, Editorial Losada, Buenos Aires.
16. «España no ha muerto» (discurso pronunciado en Montevideo en el Congreso Internacional de las democracias en marzo de 1938), en la revista *Aurora de Chile*, N.º 10, Santiago de Chile, 6 de mayo de 1939. Publicado también en el folleto Oribe, Emilio; Marinelli, Juan y Neruda, Pablo, *Neruda entre nosotros*, A.I.A.P.E., Montevideo, 1939.
17. «En este desgarrador crepúsculo del mundo...» (discurso leído en el acto de homenaje con motivo de la muerte de A. Machado en Buenos Aires en marzo de 1937), en revista *Aurora de Chile*, N.º 10, Stgo., Chile, mayo 1939.

18. «Chile os acoge» (se trata de un folleto dirigido a los refugiados republicanos en Francia), sin pie de imprenta, 1939, 20 pp.
19. «Batalla del río Jarama», en *Cantos de Pablo Neruda*, Ediciones Hora del Hombre, Lima, 1943.
20. «España en el corazón» (selección de fragmentos), en *Selección*, Antología preparada y anotada por Arturo Aldunate Phillips, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1943. La segunda edición revisada se hizo en 1949.
21. «Explico algunas cosas», en *Miliciano Corazón de América*, Antología y homenaje al cuidado de Luis Nieto, Talleres Gráficos La Economía, Cuzco, Perú, 1944.
22. «El paraguas podrido de Munich de nuevo sobre los martirios de España» (texto de la intervención realizada en el acto público Contra el Terror Franquista, realizado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile el 8 de mayo de 1946), en el diario *El Siglo*, del 11 de mayo de 1946.
23. *Tercera Residencia. 1935-1945*, Editorial Losada, Buenos Aires 15 de Agosto de 1947, 111 pp. (en su IV parte se incluye «España en el corazón»). La segunda edición en la Colección «Poetas de España y América» es de 1951. Las siguientes son de 1961 y 1966.
24. «España en el corazón», en *Obra poética de Pablo Neruda*, Editorial Cruz del Sur, Colección «Residencia en la Tierra», 5.8, Santiago de Chile, 1948.
25. «Tercera Residencia», en *Poesías Completas*, Editorial Losada, Colección «Poetas de España y América», Buenos Aires, 1951. Además se incluyen «Carta de Manuel Altoaguirre», y el Prefacio a la edición francesa de *España en el corazón* escrito por Louis Aragon.
26. «Tercera Residencia» (incluye 10 de las 23 poemas de «España en el corazón»), en *Poesía Política*, selección de Margarita Aguirre, Ed. Austral, Stgo. de Chile, 1953.
27. «Interpretación de Pablo Neruda» (discurso pronunciado durante el homenaje que los republicanos es-
- pañoles residentes en Chile ofrecieron al poeta en su 50.º cumpleaños el 18 de julio de 1954), en el periódico *Voz de España* N.º 16, Santiago de Chile, 29 de julio de 1954.
28. «Tercera Residencia», en *Obras Completas*, Editorial Losada, Colección «Poetas de España y América», Buenos Aires, enero de 1957. La cuarta edición aumentada es del 25 de abril de 1973 y está incorporada a la Colección «Cumbre». La segunda de 1962 y la tercera de 1968.
29. *Tercera Residencia. 1935-1945*, Editorial Losada, Colección «Poetas de Ayer y Hoy», Buenos Aires, 1961, 110 pp. La misma editorial lanzará en mayo del mismo año el título citado en la Colección «Biblioteca Contemporánea», N.º 277. De ésta edición saldrá una segunda en septiembre de 1966.
30. «Tempestad en España», en revista *O Cruzeiro Internacional*, N.º 967.7, Río de Janeiro, 16 de abril de 1962. Este texto forma parte de una serie de artículos que aparecieron bajo el título de «Las vidas del poeta. Memorias y recuerdos». En 10 números sucesivos se publicaron estas crónicas autobiográficas.
31. «España en el corazón» (fragmentos), en *Poesías*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana, N.º 21, La Habana, septiembre 1965.
32. «España en el corazón», en *Confieso Que He Vivido. Memorias*, Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona, 1974. Las referencias se encuentran a lo largo del capítulo 5 y más particularmente en la parte titulada «Mi Libro sobre España».
33. *Tercera Residencia (1935-1945)*, Editorial Seix Barral, S.A. Colección Biblioteca Breve, Barcelona Mayo 1977, 103 pp.
34. «Fuego de amistad», en *Para Nacer He Nacido*, Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona, 1978. Edición preparada por Matilde Neruda y Miguel Otero Silva.

II. BIBLIOGRAFIA PASIVA

- a. *Ensayos, Artículos, Entrevistas, Cartas, Reseñas de Lectura*
35. ALBERTI (Rafael), «De mon amitié avec Neruda», en *Europe*, N.º 419-420, 42e année, mars-avril, Paris, 1964, pp. 71 a 75. Incluye tres textos : Avant de connaître Pablo (1929-1931); Pablo et les chiens (1935-1946) y Un prologue qui ne vit jamais la lumière (1939). Ese último texto es el prólogo que Alberti escribió para una edición de *España en el corazón* que no llegó a publicarse (ver sección prólogos y prefacios).
36. ALONE (seudónimo del crítico chileno Hernán Díaz Arrieta), «España en el corazón... por Pablo Neruda», en el diario *La Nación*, Santiago de Chile, 1937 (Alfonso Escudero supone que se trata de uno de los últimos meses de este año).
37. ALTOLAGUIRRE (Manuel), «Carta de M. Altolaguirre sobre la tercera edición de *España en el corazón*», en Aldunate Phillips, Arturo, *Selección*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1943. También en *Poesías Completas*, Editorial Losada, Colección «Poesías de España y América», Buenos Aires, 1951.
38. AMATE BLANCO (Juan José), Análisis histórico-literario de un texto de Neruda, «Explico algunas cosas», de *España en el corazón*, en *Organizaciones Textuales (Textos Hispánicos)*. *Actas del III Simposio*, Séminaire d'Etudes Littéraires de l'Université de Toulouse-Le Mirail, Travaux de l'Université N.º XVI, Toulouse 1981, pp. 75-86.
En este exhaustivo estudio el autor aplica la historia de la literatura a la comprensión del texto, señala los acontecimientos históricos aludidos en el poema, así como la incidencia que tuvieron sobre Neruda y la evolución de su concepción poética. Hace una somera explicación de texto, sitúa la obra como una especie de gozne que permite un giro absoluto en el
- estilo del poeta, aborda el texto en el nivel morfosintáctico y termina con una análisis formal del poema.
39. CARDONA PEÑA (Alfredo), «*España en el corazón* (Himno a las Glorias del Pueblo en Guerra. Ejército del Este. Ediciones literarias del Comisariado. 1938)», en *Pablo Neruda y Otros Ensayos*, Ediciones de Andrea, Colección «Studium», 7, México 1955, pp. 33 a 36. Este texto apareció anteriormente en *Cuadernos Americanos*, tomo IV, México, 1950, bajo el título de «Pablo Neruda: breve historia de sus libros».
Aporta informaciones relativas a la edición de *España en el corazón* hecha por el Ejército del Este, incluye la «Noticia» preliminar, para luego situar a este libro dentro del conjunto de la obra del poeta. Cita largamente a Ilya Ehreburg que se refiere al libro y a su encuentro con Neruda en la España de la guerra civil.
40. COLINAS (A.), «*Entrevista con Pablo Neruda*», en *Revista de Occidente*, N.º 111, Madrid, 1972, pp. 255 a 266.
Entrevista que tuvo lugar en Milán. Neruda se refiere a sus relaciones con el fenómeno poético, la poesía social, los autores españoles y España.
41. CONCHA (Jaime), «El descubrimiento del pueblo en la poesía de Neruda», en *Tres Ensayos sobre Pablo Neruda*, Serie Hispanic Studies N.º 1, Department of Foreign Languages and Literatures, The University of South Carolina, Columbia, 1974, pp. 85 a 95. También en *Aurora*, año I, N.º 3-4, julio-diciembre 1964, pp. 128 a 138.
Estudio dedicado en gran parte al *Canto General*, en su sección introductoria el autor afirma que casi toda la crítica identifica la esperanzada recuperación del ser humano con *España en el corazón*. Esto es verdad. Con la breve corrección de que su plasmación imagi-

naria definitiva solo puede situarse en «Alturas de Macchu Picchu». En *España en el corazón* la configuración del pueblo está en ciernes. La experiencia por lo cruel y dolorosa, parece resistir su coagulación poética.

42. COUFFON (Claude), «La France, l'Espagne et l'Amérique latine: un texte retrouvé de Pablo Neruda», en *Magazine Littéraire*, N.º 161, Paris, mai 1980, pp. 72 a 74. Se trata de un folleto titulado «Influence de la France et de l'Espagne sur la littérature hispano-américaine» que en su parte final hace referencia a la guerra civil española y a la «inmensa pérdida» que significa la reciente muerte de García Lorca (ver ficha 6).
43. DARMANGEAT (Pierre), «Aller à Neruda», en *Europe*, N.º 419-420, 42e année, mars-avril, Paris, 1964, pp. 75-84. El autor plantea que Neruda en el drama de España encuentra el timbre definitivo de su voz. En *España en el corazón* todo aquello que estaba en potencia latente e hirviendo, se despliega y florece. El poeta por su tono se sitúa en línea de los grandes románticos.
44. DE LUIS (Leopoldo), «La poesía de Neruda y España», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 297, mayo, Madrid, 1974, pp. 312 a 328. Esta es la segunda de cuatro conferencias que en un ciclo dedicado a Neruda, pronunció el autor en el Colegio Poveda en 1974. Afirma que en *España en el corazón* es la primera vez que aparece España como protagonista de un poema nerudiano. Considera que esta obra se encuentra todavía dentro de la técnica surrealista.
45. FLORIT (Eugenio), «Pablo Neruda y su obra», en *Poesía en José Martí Juan Ramón Jiménez, Alfonso Reyes, Federico García Lorca y Pablo Neruda, (Cinco Ensayos)*, Ediciones Universal, Colección «Polymita», Miami, 1978, pp. 139 a 153. El autor reafirma la tesis de M. Rodríguez sobre el momento del cambio ideológico en «*Reunión bajo las nuevas banderas*» y afirma que *España en el corazón* nos conduce por un, infierno de traidores, y que el poeta crea un clima de tragedia que a veces nos resulta caricaturesco, como algunos de los aguafuertes de Goya. Reconoce, por último, que aparte de su implicación política estos poemas dejan entrever una enorme carga de imaginación y de originalidad.
46. GONZALEZ TUÑÓN (Raúl), «Pablo Neruda, *España en el corazón*», en *Literatura*, N.º 2, año I. La Habana, 1938, pp. 109 a 110.
47. GOTTLIEB (Marlene), «La guerra civil española en la poesía de Pablo Neruda y César Vallejo», en *Cuadernos Americanos*, vol. 154, México, 1967, pp. 189 a 200. Al comparar a ambos creadores la autora afirma que por la guerra civil se entrelazan las obras de dos poetas neorrománticos que, aunque tienen muchas afinidades, difieren esencialmente en su sensibilidad, en su circunstancia antes de la guerra, en sus estados de ánimo, en sus reacciones frente al acontecimiento. *España en el corazón* cabe mejor que *España, aparta de mí este cáliz* dentro de la llamada poesía social.
48. IDUARTE (Andrés), «La literatura de hoy *Tercera Residencia*, de Pablo Neruda», en *Revista Hispánica Moderna*, XIII, Universidad de Columbia, Nueva York, enero-abril de 1947, pp. 42 y 43. En esta breve nota de lectura se describe *Tercera Residencia* como formado por poemas diversos y distantes. La maldición de «España en el corazón» alcanza tonos proféticos. Contraponen su mundo apocalíptico a otro claro y sonriente, el de la firme y quieta convicción revolucionaria.
49. MELENDEZ (Concha), «*España en el corazón* de Pablo Neruda», en *Asomante*, Estudios Hispanoamericanos, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1943, pp. 127 a 140. También en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 14 de septiembre de 1940. Este penetrante y temprano análisis afirma que *España en el co-*

- razón*, en conjunto, continúa los procedimientos, la misma línea de difícil dureza característica de Neruda. Más hay un intento de diaphanidad, evidente en las anotaciones marginales y en la puntuación casi normal. Destaca el paso de la angustia personal a la angustia colectiva. Afirma el amor a España vertido en contrastes del pasado y el hoy, en definiciones conmovidas y memorables. Registra los nuevos habitantes de su mundo poético que se expande. La autora compara el infierno dantesco y el nerudiano. Realiza un detallado análisis de «Canto sobre unas ruinas». Constata la mezcla de elegía y canto épico, para terminar con un análisis de la simbología y otros detalles de estilo.
50. MELENDEZ (Concha), «Pablo Neruda, *Tercera Residencia*», en revista *Asomante*, N.º 2, año VI, vol. VI, abril-junio 1950.
51. MIRO (Emilio), «Poesía de la esperanza de *Tercera Residencia* a *Canto General*», en *Insula*, N.º 330, año XXIX, mayo, Madrid, 1974, p. 4.
El autor sostiene que *Tercera Residencia* representa el tránsito de Neruda a la fe y esperanza humanas, la final instalación en la lucha del hombre y por el hombre. Hace una breve referencia a *España en el corazón*.
52. PAZ (Octavio), «Pablo Neruda en el corazón», en revista *Ruta* N.º 4, México, 1938, pp. 24 a 33.
53. PENICHE VALLADO (Leopoldo), «Pablo Neruda: claridad de una poesía hermética», en *Cuadernos Americanos*, N.º 1, año XXXIII enero-febrero 1974, México, pp. 204 a 212.
La poesía de Neruda —afirma el autor— alumbró no sólo el destino y los sueños de un continente, sino también las realidades de un mundo en eferescencia constante. En *España en el corazón*, el primer gran libro, líquida el pesimismo que estaba contagiando a toda su generación, y se entrega a la cólera combativa, optimista, creadora de libertad. Neruda llega a la política poética o a la poesía política que para él son lo mismo.
54. PERALTA (Jaime), «España en tres poemas hispanoamericanos Neruda, Guillén y Vallejo», en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. IX, N.º 10, Bogotá, 1966, pp. 1939 a 1948. También en revista *Atenea*, Universidad de Concepción, N.º 421-422, julio-diciembre, Concepción-Santiago de Chile, 1968, pp. 37 a 49.
La guerra civil española, constata el autor, ha sido capaz de dar origen a tres de las más sinceras manifestaciones poéticas con *España en el corazón* de Neruda; *España 1937* poema en cuatro angustias y una esperanza del cubano N. Guillén, y *España, aparte de mí este cáliz* del peruano C. Vallejo. En Neruda la guerra cambiará para siempre el curso de su poesía. Este no escatimará los insultos que casi siempre «ensucian» los mejores logros del poeta chileno, y que no restan, sin embargo, a *España en el corazón* ni un ápice de su valor.
55. PERRET (Catherine), «*Tercera Residencia*: aspectos de la obra político-social de Pablo Neruda», en *Reflexión*, N.º 5, vol. III, año 3, marzo, Ontario, 1971, pp. 40 a 46.
56. RODRIGUEZ FERNANDEZ (Mario), «Reunión bajo las nuevas banderas, o de la conversión poética de Pablo Neruda», en revista *Mapocho*, N.º 3, tomo III, Santiago de Chile, 1964, pp. 238 a 248. También en *Aproximaciones a Pablo Neruda*, Simposio dirigido por Angel Flores, Editorial Libres de Sineira, Colección «Ocnos» 1, Barcelona, 1974, pp. 148 a 164.
Tercera Residencia contiene una composición —sostiene el profesor Rodríguez— que permite fijar el límite preciso en que se produce un grave y profundo cambio en la índole poética de Neruda. Frente a la revolución española el poeta sintió derrumbarse su antiguo mundo fundado en la soledad, la angustia y la preocupación ontológica. Inmediatamente después

de «Reunión bajo las nuevas banderas», se inserta *España en el corazón*. Nos hallamos frente a un temple de ánimo nuevo y un rechazo de otro anterior. Se nos propone con entusiasmo una recién alcanzada función y concepto de la obra lírica, junto con la negación de la sustentada.

57. RODRIGUEZ MONEGAL (Emir), «Tercera Residencia», de Pablo Neruda», en periódico *Marcha*, Montevideo, 17 de octubre de 1947

58. RODRIGUEZ MONEGAL (Emir), «El sistema del poeta», en Rodrigo Monegal, Emir, y Santí, Enrique Mario *Pablo Neruda*, Editorial Taurus, Colección «Persiles» 121, Serie El Escritor y la Crítica, Madrid, 1980, pp. 63 a 91. También en *Revista Iberoamericana*, N.º 39, enero-junio 1973, pp. 41 a 71.

En «Reunión bajo las nuevas banderas», y en algunos fragmentos de *España en el corazón*, Neruda habrá de renunciar a su paso de lobo, aceptará la solidaridad con todos los hombres y convertirá su poesía en arma de combate. Ello corresponde a una metamorfosis de su persona que lo sitúa en otra estética. Esto define un momento de su poesía, el de los años combativos que corren de 1936 a 1958, pero no define su poesía posterior. Los términos de su conflicto están planteados en «Explico algunas cosas».

59. SALGADO (María), «Las dos Españas de Pablo Neruda», en *South Atlantic Bulletin*, N.º 39, II, pp. 33 a 42.

60. SEOANE (Manuel), «Pablo Neruda, hasta ayer cónsul de Chile en Madrid, conversa con Manuel Seoane, en Santiago, acerca de la tragedia española», en revista *Hoy*, N.º 317, Santiago de Chile, 16 de diciembre de 1937, pp. 50 a 54.

61. SOLA (María), «Pablo Neruda: Poética y política», en revista *Sin Nombre*, N.º 1, vol. III, julio-septiembre, San Juan de Puerto Rico, 1972, pp. 80 a 96. La autora constata que a partir de

1936 la poesía de Neruda es un testimonio consciente y deliberado del tiempo histórico que se vive. Lo determinante de este proceso habría sido, no tanto su procedencia de clase o sus tempranos y vagos contactos con el anarcosindicalismo, sino sus amistades con R. Alberti, F. García Lorca, M. Altolaguirre y M. Hernández. *España en el corazón* es el primer poema de tema político-social y el creador se siente obligado a justificarlo. Neruda tendrá que buscar la forma de ser poeta proletario y revolucionario, a la vez escudriñador de los secretos resquicios del mundo natural y cantor del interminable erotismo que lo posee.

62. SOLAR (Claudio), «Diccionario de literatura chilena. Obras: Tercera Residencia», en diario *La Estrella*, Valparaíso, 13 de mayo de 1968.

63. TEITELBOIM (Volodia), «El escritor, el político», en *Taller de Letras*, N.º 2, Homenaje a Pablo Neruda, Revista del Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1972,

El autor afirma la continuidad del compromiso social y político desde su juventud en los cuadernos escolares firmados por «Helios» hasta convertirse en el «militante sin carnet» que escribió «España en el corazón» y que finalmente adhiere al Partido Comunista.

64. WARNER (Robin), «The Politics of Pablo Neruda's *España en el corazón*», en England, John, ed. *Hispanic Studies in Honour of Frank Pierce*, Presented by Former and Present Members of the Department of Hispanic Studies in the University of Sheffield, 1908, pp. 169 a 180.

65. ZAMBRANO (María), «Pablo Neruda o el amor a la materia», en *Los Intelectuales en el Drama de España. Ensayos y Notas (1936-1939)*, Editorial Hispamérica, Madrid, 1977, pp. 157 a 193. También en *Hora de España*, N.º XIII, Barcelona, noviembre 1938.

Luego de examinar *Residencia en la Tierra*, la autora afirma que Es-

paña en el corazón es la muestra verídica de la compenetración íntima entre el poeta y España en su tragedia. En «Así era España», poema litúrgico, grandioso en su monótona enumeración, Neruda expresa el amor a España. Nadie ha dicho palabras más encendidas. Con *España en el corazón*, su poesía entra en algo, en un momento grave.

66. ZAMBRANO (María), «Las ediciones del ejército del Este», en *idem*. Ficha 65.

La autora se refiere a la reciente publicación de dos obras de poesía hecha con los propios recursos del Comisariado del Ejército del Este y bajo la dirección de M. Altaguirre. *España en el corazón* es el primero de estos volúmenes, «de bellísima presentación», él constituye una ofensa de Neruda al pueblo en su parte más noble, aquella que lucha. El otro libro publicado es *Cancionero Menor* de Emilio Prados.

67. ZARDOYA (Concha), «El poeta político (en torno a España)», en *Cuadernos Americanos*, N.º 3, año XXXV, vol. CCVI, mayo-junio, México, 1976, pp. 139-273.

Este extenso estudio examina la conducta de seis escritores en relación con los acontecimientos que les correspondió vivir y sus resonancias en la obra literaria. En todos ellos (Unamuno, Machado, Alberti, Hernández, Vallejo y Neruda), el tema de España es polémico. Califica a *España en el corazón* de largo y sostenido poema que va anillando sus eslabones con fuerte tensión trágica y condenatoria.

68. ZIMMERMANN (Marie-Claire), «Neruda et l'Espagne ou revenir de l'oubli», en *Europe*, N.º 537-538, 52e année, janvier-février, Paris 1974, pp. 173 a 186.

La autora evoca la llegada de Neruda a España y los lazos que establece allí con los poetas del pasado a través de los poetas vivos. El poeta redescubre la herencia literaria que recibe de España, a tra-

vés de un ajuste de su técnica, una ampliación de su campo vital y de la nueva preocupación por la responsabilidad de la poesía. Neruda se pone a escribir *España en el corazón* cuando han caído las primeras bombas, por ello la idea de la metamorfosis es esencial para comprender todo el poema: ayer había un país, hoy no queda más que tierra quemada. El poeta evita la elegía que podría tender a una superficial y elegante nostalgia, él escoge la sequía, la pobreza para restituir una España viva, cotidiana, total. Este estudio aporta agudas observaciones sobre los recursos estilísticos que el poeta utiliza.

69. Anónimo, «España en el corazón», en revista *Hoy*, N.º 313, Santiago de Chile, 18 de noviembre de 1937, p. 53.
70. Anónimo, «Tercera Residencia», en diario *Prensa*, Buenos Aires, 21 de septiembre de 1947.

b. Referencias en Obras Monográficas

71. AGUIRRE (Margarita), «España en el corazón», en *Las Vidas de Pablo Neruda*, Editorial Grijalbo S.A., Colección «Biografías Gandesas», Buenos Aires 1973, pp. 160 a 171.

Este capítulo cubre la biografía del poeta desde 1934 a 1939. Aporta abundantes citas de textos nerudianos, homenajes al poeta y fotografías de la época.

72. ALONSO (Amado), «La conversión poética de Pablo Neruda», en *Poesía y Estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una Poesía Hermética*, Editorial Sudamericana, Colección «Piragua», «Ensayos», séptima edición, Buenos Aires, Z1977, pp. 339 a 359.

El autor agregó este capítulo —el VIII— a partir de la segunda edición de su estudio monográfico. En él afirma la conversión al prójimo de Neruda. Esta lo ha cambiado en el sentido técnico psicológico. El comunismo ha tocado y cambiado radicalmente la índole de su poesía en su doble raíz de sentimiento y de intuición, ha cambiado en la materia formada,

y en consecuencia ha cambiado en la forma. La voz poética ha cambiado de tono. Su poesía se hace clara, o por lo menos siempre quiere él hacerla clara, esta disposición lo hace con frecuencia aflojar la tensión poética y dar a su verso andares prosísticos. La mejor flor de esta nueva poesía política es el «Canto sobre unas ruinas».

73. CAMACHO GUIZADO (Eduardo), «España en el corazón o la humanidad reconquistada», en *Pablo Neruda. Naturaleza, Historia y Poética*, Sociedad General Española de Librería. S.A., Colección «Clásicos y Modernos» 4, Madrid, 1978, pp. 136 a 143 y 300 a 307.

España en el corazón es un gran poema sobre la guerra civil española, libro circunstancial, libro épico. Anticipa temas, actitudes y formas de lo que será en adelante, durante varios años, la poesía de Neruda. La España del poeta no es la de la tradición, al contrario, es la España nueva, joven, popular. Hay una identificación con un espacio concreto, con una entidad humanizada. Aparecen nuevos rasgos formales: el tono dialogal, la organización racional de las enumeraciones caóticas la aparición de la enumeración del nombre propio, la imprecación, el insulto. La racionalidad preside ahora estas construcciones, también aparecen las formas rígidas.

74. COUSTE (Alberto), «España en el corazón (1934-1939)», en *Conocer Neruda y su Obra*, Editorial Dopesa, Colección «Conocer», 2, en Barcelona, 1979, pp. 65 a 76. Se describe vigorosamente la llegada a España de Neruda y su estadía en Madrid. El autor sitúa el «cambio gigantesco» de la poesía nerudiana ya en 1934. «España en el corazón» es un libro de batalla que representa el encuentro visceral del poeta con el mundo. En él sólo en contadas ocasiones el poeta está a la altura de sus libros anteriores, la mayoría de las veces se queda en el panfleto o

desciende a la simplicidad de la enumeración.

75. GATELL (Angelina), «España en el corazón», España en la poesía de Pablo Neruda», en *Neruda*, Ediciones y Publicaciones Españolas S.A., Colección «Grandes Escritores Contemporáneos», Madrid, 1971, pp. 123 a 132 y 153 a 160.

Neruda se siente brutalmente sacudido por los acontecimientos y se pone desde el primer momento al lado de la República. *España en el corazón* es uno de los libros más hermosos de Neruda por el ansia clarificadora, por la voluntad estética. En él el lenguaje nerudiano adquiere una súbita claridad.

76. LOYOLA (Hernán), «Sobre un paisaje histórico que recién me comenzaba a nutrir», en *Ser y Morir en Pablo Neruda 1918-1945*, Editora Santiago, Santiago de Chile, 1967, pp. 171 a 182.

La teoría de la «conversión poética de Pablo Neruda», propugnada por Amado Alonso, tal vez pudiera ser aceptada como una explicación superficial, aunque razonable, respecto a *España en el corazón*. El examen de la obra del poeta y de los años de la guerra civil reflejan más bien un desarrollo. La interioridad de este proceso de desarrollo se puede comprender en dos trabajos nerudianos «Viaje al corazón de Quevedo» (1939) y «La copa de sangre» (1938). Ambos se estructuran en una triple y decisiva instancia: la aproximación realista a la historia, la conciencia histórica de lo americano y el sentimiento objetivo de la muerte.

77. LOYOLA (Hernán), «Tercera Residencia», en Neruda, Pablo, *Obras Completas*, Editorial Losada, Colección «Cumbre», Buenos Aires, 1973, ver Bibliografía, La obra de Pablo Neruda, 1. Publicaciones en español, pp. 948 a 954.

El autor aporta una rica y minuciosa información sobre las diferentes ediciones de *España en el corazón* y *Tercera Residencia*. A ello se agregan referencias a las publicaciones anticipadas de algunos

poemas, los apartados, las notas de advertencia que Neruda incluyó en cada edición, los textos que sirven de colofón y los epígrafes.

78. LOYOLA (Hernán), «1935-1945», en *Pablo Neruda: Antología Poética*, Prólogo, selección y notas de Hernán Loyola, Alianza Editorial, Colección «El Libro de Bolsillo», 2 volúmenes, Madrid 1981, pp. 135 a 155.

El autor de la nota introductoria a este capítulo sostiene que el espacio personal por representar, y contra el cual el hablante «necesita» diseñarse, sin dejar de ser personal ha devenido espacio histórico. En *España en el corazón* el espacio se fragmenta en un nuevo orden de oposiciones. La figura básica del testigo deviene entonces la de un testigo solidario/acusador. La sobrecarga de «profecía» liberadora, sin control suficiente todavía, determina esporádicas erupciones de violencia, excesos, imprecaciones. El tiempo no es visto ya como un factor de corrosión, sino como lugar de agregación y materialización del esfuerzo humano. Los elementos de la cotidianidad humana se disponen ante el yo como factores de una resultante en última instancia positiva. Al erotismo o a la fidelidad del testigo se sustituye desde ahora la responsabilidad consciente: Los «deberes» del poeta.

79. MARCENAC (Jean), «L'illumination espagnole», en *Pablo Neruda*, Editions Pierre Seghers, Collection «Poètes d'Aujourd'hui», N.º 40, Paris, 1954, pp. 82 a 94. Jean Marcenac aporta además de su estudio una selección de textos, una bibliografía, dibujos, retratos y facsímiles. En cuanto a *España en el corazón*, afirma que es un modelo ejemplar de la poesía de la resistencia lo que le permite establecer un paralelo entre Neruda y L. Aragón.
80. ORTEGA (José), «Pablo Neruda: la forja de un escritor social», en *Letras Hispanoamericanas de Nuestro Tiempo*, Ediciones José Porrua Turanzas, S.A., Colección

«Ensayos», Madrid, 1976, pp. 25 a 44.

Se sostiene en este estudio que a *España en el corazón* hay que verlo a la luz de la unidad poético-política que caracteriza a la obra del poeta. Forma parte de su crecimiento orgánico y biográfico. El compromiso político plantea un grave problema entre su deseo de aproximarse al pueblo y el carácter hermético de su lenguaje. El estudio se cierra con una «Bibliografía sobre Neruda y España», que comprende 16 fichas.

81. RODRIGUEZ MONEGAL (Emir), «La sangre por las calles», en *Neruda: el Viajero Inmovil*, Monte Avila Editores, Colección «Estudios», Caracas, 1977, pp. 116 a 123. También existe una traducción bajo el título de *Neruda: le voyageur immobile*, Editions Gallimard, Collection «Les Essais», CLXXXIV Traducción de B. Lelong.

Se constata el cambio en la poesía de Neruda. *España en el corazón* es su primer libro comprometido, a partir de este momento el poeta Neruda y el combatiente Neruda serán inseparables. El poeta abandona la melancólica postura de lobo solitario, se une al rebaño de los hombres, descubre la solidaridad.

82. SICARD (Alain), «*España en el corazón*. La otra muerte», en *El Pensamiento Poético de Pablo Neruda*, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Colección «Estudios y Ensayos» 313, traducción de Pilar Ruiz, Madrid, 1981, pp. 258 a 264. Esta tesis fue publicada por la Université de Bordeaux III, en 1977, bajo el título de *La Pensée Poétique de Pablo Neruda*.

El autor muestra el sentido general de la reflexión nerudiana sobre la historia. En España el poeta descubre la historia en tanto que lucha de clases. Introduce la imprección en su poesía lo que aporta al tema una dimensión que le permite ocupar un puesto en la batalla. La imprección está cargada

de análisis político. Es la vida en la totalidad de sus manifestaciones lo que está implicado en la profunda esterilización de las fuerzas de producción de la que son culpables las clases conservadoras. El «Canto sobre unas ruinas» tiene un doble interés de anunciar «Alturas de Macchu Picchu» y de continuar la temática de la destrucción que caracteriza *Residencia en la Tierra*. En *España en el corazón*, lo que está naciendo es el pueblo material, héroe, más tarde del *Canto Genral*.

83. SILVA CASTRO (Raúl), «Residencia en la Tierra», en *Pablo Neruda*, Editorial Universitaria, S.A., Santiago de Chile, 1964, ver particularmente pp. 79 a 82.

En el capítulo «División de la obra», este crítico ubica a *España en el corazón* en la tercera época en atención a los motivos culminantes y en el período de la «expresión directa», según su estilo. Califica a esta obra como un libro que «no vale mucho», pero que cobra decisiva trascendencia en la filiación política del autor, libro rebosante de odio y rencor, libro que desciende hacia el cajón de los desperdicios. Por último, el autor sostiene que Neruda grita desafortadamente contra los ejércitos que dieron paso a una «rectificación fundamental en la organización espiritual de la existencia española».

84. TEITELBOIM (Volodia), «El por qué del cambio», en *Neruda*, Ediciones Michay, Colección «Libros del Meridión», Madrid, 1984, pp. 177 a 191.

Este escritor y amigo de Neruda sostiene que *España en el corazón*, es una realidad tremenda y poesía esplendente. Su estructura parece la de un poema antiguo: invocación, maldición, relato, análisis de las causas, explicación, exaltación, retrato del pasado, crónica de la guerra, dantesca condenación del general Franco a los infiernos, canto sobre unas ruinas y paisajes después de la batalla. Afirma que fue el asesinato

de F. García Lorca el que le dejó todo claro, le cambió el mundo y la poesía.

c. *Prólogos, Prefacios y Ensayos Introductorios*

85. ALBERTI (Rafael), «Un prologue que ne vit jamais la lumière» 1939, en *Europe*, N.º 419-420; 42e année, mars-avril, Paris, 1964, pp. 73 a 75.

Se trata de un prólogo inédito a *España en el corazón* de la edición que no se pudo realizar en el Madrid del fin de la guerra. Esta estaba a cargo de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. El texto es presentado y traducido por Pierre Gamarra.

86. ARAGON (Lucio), Préface à *L'Espagne au coeur*, Denoël, Paris, 1938. Reeditado en 1971. Este prefacio ha sido publicado también en *Poesías Completas*, Editorial Losada, Colección «Poetas de España y América», Buenos Aires, 1951.

87. BELLINI (Giuseppe), Introduzione a Pablo Neruda, en *Tres Residenze sulla Terra*, Academia-Sansoni, Milán, 1969.

88. CORTAZAR (Julio), Lette Ouverte, en *Résidence sur la Terre*, Editions Gallimard, Collection «Poésie» 83, 1972, pp. 5 a 12. Traducido del texto original en español por Laure Guillo-Bataillon. Esta «Carta Abierta» fue publicada luego en la *Revista Iberoamericana*, N.º 82-83, vol. XXXIX, enero-junio, 1973.

89. RINCON (Carlos), *Spanien in Herzen*, ein Essay, en *Hymne auf dem Ruhm des Volkes in Kriege*, 1936-1937, Edición Bilingüe de Insel-Verlag, Leipzig, 1972, pp. 92 a 109.

d. *Traducciones al francés*

90. PARROT (Louis), *L'Espagne au coeur*, Denoël, Paris, 1938. Según J. Marcenac esta traducción habría sido editada por primera vez por la Association des Ecrivains et Artistes Révolutionnaires, en una colección de la revista *Com-*

muné. La segunda edición de De-noël se hace en 1971.

91. SUAREZ (Guy), *Résidence sur la Terre*, Editions Gallimard, Paris, 1972.

e. *Tesis Doctorales de Licenciatura*

92. BIZARRO (Salvatore), «Social and Political Themes in the Poetry of Pablo Neruda from 1936-1950», Dissertation, Stanford, 1970.
93. GUTIERREZ REVUELTA (Pedro), «Neruda en España: de *Residencia en la Tierra* a *España en el corazón*», Doctoral Dissertation, University of California, San Diego, 1984, 248 pp.
94. TREGUIER-CORBEL (Michèle), «Les conceptions politiques de Neruda et la guerre civile espagnole», Mémoire de Maîtrise, Paris VIII, 1970, 109 ff.
95. VILLANUA (Robert), «Poésie et histoire chez Pablo Neruda et Louis Aragon: deux poètes de la résistance», Thèse de doctorat de 3e cycle, Université de Provence Aix-Marseille I 1978, 490 ff.

f. *Adición*

96. CYMERMAN (Claude), «L'essence et le sens dan *España en el corazón*» en *Les Poètes Latino-américains devant la Guerre Civile d'Espagne*, Editions L'Harmattan, Paris 1986, pp. 47 a 60. El autor considera que los aspectos privilegiados de la inspiración nerudiana son precisamente aquellos que están en el corazón del mundo y del cosmos. Toda la poesía de Neruda es telúrica, y especialmente *España en el corazón*, que engloba el conjunto de los elementos del mundo en un vasto y solidario sincretismo que une — gracias a una potente percepción sensorial— los cuatro elementos fundamentales a los cuatro reinos de la creación. En ello Neruda se muestra como un adepto fiel al materialismo histórico.
97. FORGES (Roland) *La Espiga Mili-ciana*, publicación de la Université de Grenoble III, Section d'Études Ibériques. Contiene estudios sobre *Espa-*

ña en el corazón, y también de *España aparta de mí este Cáliz*, de César Vallejo y de *España Poema en Cuatro Angustias y una Esperanza* de Nicolás Guillén.

98. LOPEZ de AVIADA (José Manuel), «Neruda como paradigma: acotaciones sobre su estancia madrileña, su evolución estético-ideológica y su compromiso frente a España» en *Les Poètes Latino-américains devant la Guerre Civile d'Espagne*, Editions L'Harmattan, Paris 1986, pp. 29 a 46. La evolución estética de Neruda durante su estancia madrileña no respondía —o, menos aún, estaba supeditada— a una «conversión» ideológica, a una militancia estricta: el poeta no había asimilado aún, a nivel de convicción intelectual o de «artículo de fe», los postulados del materialismo histórico, base ineluctable de una militancia plena. Su nueva estética surgía de la terrible realidad del momento.
96. MARCOS (Juan Manuel), «Vallejo y Neruda: la guerra civil española como profecía hispanoamericana» en *Cuadernos Americanos* N.º 1, enero-febrero 1985, vol. CCLVIII, pp. 217-224. «España en el corazón» de P. Neruda y «España aparta de mí este cáliz» de C. Vallejo simbolizan un espacio utópico en que la identidad del hombre busca su propia imagen, universal y solidaria. Ambos poetas emplean una estructura poética oximorónica, de raíz quevedesca, para expresar su ansiedad de desplegarse desde y hacia la intercomunicación viva de las mayorías.
100. MARTIN (Eutimio) «La batalla poética de la guerra civil española» en *Cahiers d'Études Romanes* n.º 11, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1986, pp. 135 a 151. El autor analiza el papel que juega la revista *Caballo Verde para la Poesía* en vísperas de la guerra civil para subordinar lo poético a lo vital, a la historia. La primera edición de

España en el corazón se explica porque el miliciano de la República no hizo ninguna distinción entre el frente cultural y el frente bélico.

101. OSUNA (Rafael) *Pablo Neruda y Nancy Cunard* (Les Poètes du Monde défendent le Peuple Espagnol), Edición Orígenes, Colección Tratados de Crítica Literaria.
102. PUCCINI (Dario), «Un poema de "Tercera Residencia"» en *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 129, n.º 157-160, 1971, pp. 129-134.
Se trata de un poema «Cómo era España», este estudio incluye además una bibliografía.
103. RAMOND (Michèle), «Sobre angustias y cadáveres en *Les Poètes Latino-américains devant la Guerre Civile d'Espagne*, Editions L'Harmattan, París 1986, pp. 15 a 27. La hecatombe española es causa en Pablo Neruda de un miedo redoblado hacia la metáfora. Una de las más impresionantes angustias que rezuma *España en el corazón* es la de que los significados latentes involuntarios consigan supeditar la dimensión histórica. La imagen poética constituye un bloque, un cuerpo compacto autointeligible y especulario. Sin embargo, hay casos en que se vuelve la impulsora de un movimiento «hacia», se vuelve metáfora. Tal como lo demuestra el sugestivo análisis de «Paisaje después de una batalla».
104. SCHNEIDER (Luis Mario) «Los trabajos y los días». en *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, Editorial Laia, Barcelona, 1978, ver particularmente dentro de este capítulo las notas a pie de página N.º 23, 25 y 36. Dichas notas se refieren a la participación de Neruda en este congreso y a sus relaciones con Vallejo, Alberti y Huidobro.
105. SILVA CACERES (Raúl), «"España cristal de copa, no diadema"»: un comentario de ciertos motivos líricos de *España en el corazón*» en *Les Poètes Latino-américains devant la Guerre Civile d'Espagne*, Editions L'Harmattan, París 1986, pp. 7 a 13. La encrucijada histórica de 1936-1939 se va a reflejar a través de un verdadero cambio de estética que se cristaliza definitivamente en *España en el corazón* por la utilización de la modalidad del canto extenso. Neruda introduce la *Invocatio* homérica y la Imprecación. Lo que no impide la presencia de un continuum textual. La utilización de elementos autobiográficos es utilizada en cuanto ficción constituyente de la voz colectiva de todo un pueblo. La idea central de la obra descansa en la función de la idea de transparencia como manifestación del movimiento, de la resistencia y de la desaparición del hablante lírico en aras de la máxima visualización de la realidad exterior.
106. VASQUEZ (Carmen), «Pablo Neruda editor» en *Les Poètes Latino-américains devant la Guerre Civile d'Espagne*, Editions L'Harmattan, París 1986, pp. 61 a 72. La autora describe la actividad del poeta como editor de revistas desde 1935 hasta julio de 1937.
107. ZILIO (Giovanni Meo), «Vallejo y Neruda: posibles influencias nerudianas en Vallejo», en Bellini, Giuseppe, ed. *Aspetti e Problemi delle Letterature Iberiche: Studi offerti a Franco Meregalli*: Roma, Bulzoni, 1981.

ROBERT PRING-MILL

La «dicha sin quebranto» en Matilde Urrutia

Se me ha pedido que hable, durante un par de minutos, de Pablo y de Matilde en el aniversario de la muerte de ésta. Es un honor para mí, como extranjero, el poder hablarles así, en nombre de la multitud de amigos que tenían allende los mares, y de poder juntar así el testimonio de mi propia amistad (y del cariño que sentíamos todos los de mi familia para con Matilde y Pablo) al de Uds. aquí presentes. Entraron en mi vida cuando vinieron a Oxford, para que le pudiéramos otorgar a Pablo su doctorado *Honoris causa*, y su entrada en mi vida fue algo como un deslumbramiento: Pablo con su torrente de poesía, su copia de imágenes, su profunda humanidad, y Matilde con su sensibilidad, su ternura, y la belleza inenarrable de aquella sonrisa que le subía del corazón a los labios y la transformaba. Poder contarme, desde entonces, entre sus amigos fue una de las experiencias humanas más profundas de mi vida.

Hablé de un «deslumbramiento» y así fue: eran dos personas que fueron dos luceros en la vida, dos luceros en el firmamento de Chile. Si Pablo fue el sol, Matilde fue la luna. Y cuando se puso el sol, y Chile entró en una larga noche, siguió brillando la luna. Hasta que ella también nos dejara. Ausente el sol, la luna se deja ver más claramente, y durante esta tenebrosa noche se vio la luz y la fuerza de Matilde en su actuación por los derechos humanos, por los desapa-

recidos, por el pueblo. «Perfecto» distinguía, como otra chillaneja, lo negro del blanco; conoció, como todo su pueblo, dicha y quebranto, que fueron los materiales no sólo del canto de Violeta Parra sino también del canto de Pablo Neruda.

En esta ocasión, sin embargo, quisiera recordar un canto más personal: un poema basado enteramente en «dicha» —sin «quebranto»— rememorando lo que Pablo era para Matilde y Matilde para Pablo. No se trata de ninguno de *Los Versos del Capitán*, que todos conocemos, sino de un poema mucho menos conocido, pues viene de uno de los libros quizás menos leídos de Pablo: *Las Uvas y el Viento*. Hay en este libro, en las fotocopias de cuyos borradores estoy trabajando en estos días, dos ciclos de poemas que se refieren al idilio italiano de la pareja enamorada: «Nostalgias y regresos» y «La patria del racimo». Los borradores de este último están en la letra no de Pablo sino de Matilde, y fueron dictados (como consta en carta de Pablo) «directamente a mi Reina Patoja», en altamar, mientras viajaban en el «Giulio Cesare». Quisiera leerles el último de estos poemas, dictado el «4 de Agosto» del 52 en el «mar navegando hacia Brasil». Se llama «Te construí cantando», y recuérdense que fue dictado a Matilde Urrutia, que ahí lo fue escribiendo de su propio puño y letra:

Robert Pring-Mill es el más importante especialista inglés en la poesía nerudiana. Es profesor en St. Catherine's College, Oxford, Inglaterra. Este trabajo fue leído en una ceremonia realizada en Santiago, Chile.

Te construí cantando

*Yo te creé, yo te inventé en Italia.
Estaba solo.
El mar entre las grietas
desataba violento
su seminal espuma.
Así se preparaba
la abrupta primavera.
Los gérmenes dormidos entreabrían
sus pezones mojados,
secreta sed y sangre
herían mi cabeza.
Yo de mar y de tierra
te construí cantando.
Necesité tu boca, el arco puro
de tu pequeño pie, tu cabellera
de cereal quemado.
Yo te llamé y viniste de la noche,
y a la luz entreabierto de la aurora
encontré que existías
y que de mí como del mar la espuma
tú naciste, pequeña diosa mía.
Fuiste primero un germen acostado
que esperaba
bajo la tierra oscura
el crecimiento de la primavera,
y yo dormido entonces
sentí que me tocabas
debajo de la tierra,
porque ibas a nacer, y yo te había
sembrado*

*dentro de mi existencia. Luego el tiempo
y el olvido vinieron
y yo olvidé que tú estabas conmigo
creciendo solitaria
dentro de mí, y de pronto
encontré que tu boca
se había levantado de la tierra
como una flor gigante.
Eras tú que existías.
Yo te había creado.
Mi corazón entonces
tembló reconociéndote
y quiso rechazarte.
Pero ya no pudimos
La tierra estaba llena
de racimos sagrados.
Mar y tierra en tus manos
estallaban
con los dones maduros.
Y así fue tu dulzura derramándose
en mi respiración y en mis sentidos
porque por mí fuiste creada
para que me ayudaras
a vivir la alegría
Y así, la tierra,
la flor y el fruto, fuiste,
así del mar venías
sumergida esperando
y te tendiste junto a mí en el sueño
del que no despertamos.*

Ahora bien, la Matilde que Pablo fue «construyendo» en este poema — elevándola del mar como nueva Afrodita — va cobrando en sus versos una estatura mítica, pero por debajo del mito estaba *la persona*: la Matilde que todos los aquí presentes conocíamos y queríamos *como persona*. Esta Matilde no la «construyó» Pablo: fue mujer «de carne y hueso», antes de convertirse —

junto con él — en símbolo. Recordémoslos juntos, y demos gracias por sus vidas que nos dieron tanto. Yo diría de ellos, y de la poesía de Pablo, lo que él dijo — de su partido — en un poema bien conocido: Los dos nos hicieron «ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría». Sigamos siempre, pues, construyendo en su memoria «sobre la realidad como sobre una roca».





R. Rauschenberg

Poemas de «La Vida Nueva»

RAUL ZURITA

Como una vergüenza que yo tenía empecé a soñar, mire sí, soñé que estaba acurrucada contra la pared igual que una india chamana y que una gran cantidad de gente me rodeaba mirándome y yo toda sola, muerta de vergüenza, trataba de cubrirme. Iba a parir y mi terror era qué hacer para cortar el cordón de la criatura cuando ella saliera. Cada vez más encogida yo ya no sabía dónde poner la vista y lo único que quería era hacerme más chica y más chica para desaparecer de los ojos que me observaban. Parí. Entonces tomé el cordón con la boca y lo corté mordiéndolo. Creí que todo había pasado, pero venía otra pujando. Cuando ya estaba afuera también le corté el cordón con los dientes. Pero todavía venía una más y detrás de esa otra y otra y otra, que igual parí, una por una, rebanándoles el colgajo a mordiscos. Entonces me fui para adentro y me vi entera las entrañas. Me veía como por una ventana transparente. Toda por dentro me miré y ahí estaba el cordón umbilical colgando igual que una tripa, cortado, goteando sangre.

Miles de banderas flameaban sobre las casuchas de cartón y plástico del campamento Silva Henríquez. Amontonados, los cuerpos de sus moradores parecían fundirse entre los guitarreos y los extraños

Raúl Zurita es autor de *Anteparaiso* y otros libros. Los presentes poemas pertenecen al libro inédito *La Vida Nueva*.

zumbidos de las radios portátiles. Afuera, mientras algunos niños estiraban sus manos pidiendo lo que en este idioma se llama limosna, el brillo de estrellas ya extinguidas comenzaba a constelar el cielo haciéndome recordar una leyenda que dice que si una persona está a punto de morir, hay que agarrarla de los pelos del centro del cráneo, con fuerza, con toda la fuerza y entonces la muerte no puede llevársela. Esa noche soñé con naves venidas de otros mundos ardiendo en el espacio, muñecos llenos de amor quemándose como paja. Al otro día volví y hablé con algunos. Después, uno de ellos me contó que, una vez, al despertar de un sueño llorando desesperadamente, vio a su madre y a su hermana agarrándole de los pelos de la cabeza, sólo que él quería morir.

Fue allí cuando empecé a grabar sus sueños. Lejos, muy lejos, la luz de otros soles iluminaba las estepas de planetas desconocidos y algo de su palidez seguramente alcanzaba también a teñir estas casuchas improvisadas. Así comenzará mi libro, pensé; con sus sueños. Está bien. Todos moriremos algún día ardiendo como un sueño en el espacio. Salvo que yo no quiero que mi amor se muera.

La colombiana

Toda la noche sueño que lloran y que lloran y yo no los puedo parar. Cuando he hecho callar a uno el otro se larga y todo empieza de nuevo. Nada más que de sufrir yo creo que lloran tanto. En el sueño yo los oigo y es igual, duermen todos apretados y me matan de cansancio, tienen hambre, pienso, o se los estarán comiendo los animales. Me paso yo también llorando en el día y en el sueño salgo y de este hervidero de pocilgas y me voy y llego a los cerros, a uno muy verde como una aparición. Pero allí siento de nuevo sus berrinches y me devuelvo corriendo, me caigo y me rompo toda por las piedras y se me clavan las espinas. Cuando llego al campamento no quedan sino unos pedazos de papeles y cartones que vuelan como si ya no hubiera nadie. Están muertos, pienso, mis niños están muertos y es mía la culpa. Es mía la culpa grito, yo los maté, yo los maté. Pero son tan buenos mis chiquillos que en medio de mis gritos uno se me acerca, con sus manitas me toma la cabeza y me dice: «no mami, nunca vivimos aquí». Y sonriéndose como si fuera un angelito, llama a los otros y se me aparecen.

Zile y Mora

Yo no quería despertarme, yo quería cerrar los ojos y volver a ver los mundos. Yo decía en el sueño mío son los mundos, pero eran los países tendidos igual que una estampa en el cielo y mire yo nunca, nunca he soñado más feliz. Estaba en un parque y podía sentir el pasto bajo mis pies, pero algo como desde dentro me decía que fuera hacia la playa y yo no sabía por qué pero me largaba a correr. De pronto me veía en una inmensa playa, enorme, que se perdía de vista. El mar estaba muy oscuro, encrespado de olas, y yo sentía como una angustia, como un gran miedo que me llenaba, pero luego empezó a aclarar. El mar se iba haciendo cada vez más translúcido, más calmo y luminoso, como una gran taza transparente y se podían contar uno por uno los granos de arena bajo el agua. Entonces sentí el impulso de levantar la vista, poco a poco la volví para arriba y fue como si me hubieran dado un golpe: sobre el cielo negro, igual que en las películas del cinerama, estaban todos los países del mundo cada uno con distintos colores, como en el mapamundi de la escuela, cada cual con los colores más vivos y luminosos, y hasta las puntitas de las islas yo las veía, sí señorita, todos los países del mundo tendidos allá arriba, como recién lavados los países, brillando.

María Fabres

Uno piensa en Dios, andando, cocinando, andando por ahí, siempre pensando en que él vive y por eso vivimos. Entonces uno sueña; él da un sueño como un aviso porque él dice que los viejos sueñan y los jóvenes ven visiones. Yo soñé entonces que me estaban dando un rezo en mapuche, eso era, en un viejito con una vestidura así de machi, como mi papi, pero con el pelo con trenza igual que una nieve y me decía: «así tenís que rezar en mapuche», y después me soñaba con trutrukas, que tocaban trutruka y era mucho el sonido mientras yo rezaba, muy bonito. Mi papi siempre me iba a ver así a Santiago, en mis sueños. Pero el último que yo tuve fue como más, como de terror, le habían hecho mal a mi papi y lo iban a enterrar vivo, pero yo alcanzaba a sacar lo del nicho y ahí me desperté recordándome que no tiene flores mi papi y ya viene el mes de Noviembre. Eso decía el sueño; que hay que ponerle flores porque Dios así lo manda: flores en Noviembre.

Lincura Núñez

Yo solamente sueño que me persiguen, señorita; yo de un tiempo a esta parte lo único que sueño es que me persiguen y siempre son carabineros o gente de civil. Ahora, en el sueño mío, yo había salido a caminar pero me perdía y empezaba a correr. Iba por una calle llena de piedras que se hacían cada vez más filosas y de pronto estaba arrancando por un campo arado, como cuando era chico, porque nosotros venimos del campo. Me escondía en la acequia pero el agua comenzaba a bajar dejando una arena blanda y seca donde me quedaba dormido. Al despertar iba en el acoplado de un camión que se iba alargando y alargando y mientras más corría más me iba desesperado pero nunca llegaba el final. Después algo pasaba; me veía colgando de un helicóptero, los campos se veían chiquitos, como puntos, y unos carabineros trataban de echarme abajo apaleándome las manos. Yo me miraba caer. Repentinamente estaba en la casa del patrón, la vieja, y yo huía dando grandes saltos por un pasadizo y me parecía volar. Al salir me encontraba con mi señora, la finada Marta, y nos abrazábamos y nos hacíamos cosas bueno igual que en la mejora que teníamos, pero ahí yo me despierto señorita y es siempre como si fuera.

Jacinto Quezada

Soñé mal sí. Soñé que se hizo una ventana en el techo y allí se asomaron unos chivos, me llamaron con voces y se reían. Entonces con ése casi me trastorno, con ése quedé asustado y empecé a soñar mal, mal. Así empezó a soñar la cabeza. Me empezó a doler todo y después ya me perdió los sentidos. Estaba en la rancha y veía a la Manuela —mi hija mayor señorita— que me mostraba los dientes y me decía «lo espero en la ventana porque yo lo voy a dominar a usted». Eso lo escuchaba clarito, entonces empezaba a perseguirla para pegarle no más pero había una reja de alambre como la del ingenio y mi hija corría por el otro lado pero yo me iba haciendo cabra y le decía Manuelita, soy yo, pero no me salía la voz. En pura lana estaba cuando me miré de nuevo la cabeza que me soñaba para atrás. Voy a despertarme decía porque estoy soñando mal y me voy a morir. Pero no podía. Entonces vi al viejo que se me venía diciéndome «mira, tú vas a tener que taparme de nuevo porque tu hija con las pezuñas me ha desenterrao» qué más señorita mire este pobre y yo con un horror me despertaba.

Dionisia Bravo

Cuando llega a tener sueños siento como un bien; siento como si me hubiera ido de esta mugre de ratoneras y respirara purito, puro. Yo tengo el mal de asma pero en los sueños se me va y no siento la mugrienta del polvo. Vea, el campamento estaba entero embanderado y eran miles de palomas volando. Yo le decía allí a mi chamaquito que por qué mejor no me llevaba a la Quinta, allí al dancin a lucirnos, pero él estaba muy agrio, así muy ceñudo, sin hablarme. Entonces yo me iba dentro del ruco y le ponía el fuego pero era yo misma la que empezaba a quemarme y después estaba en el adre igual que las palomas pero era humo. Dioni me llamaba entonces él y me decía que era muy mala porque siempre me iba con sus cosas a la parranda. Así me decía mi chaparrito y yo lo volvía a ver cada vez más serio, más torvo mirándome con los torcazos suyos tan enojados que yo del puro susto me despertaba y a veces señorita, cuando cierro los ojos y me duermo entre todos los que se amontonan en estas pilchas, lo vuelvo a ver así a mi chamaco, tan enojado, y con lloro.

Demetrio Quezada

Somos todos pobres, muy pobres señorita, por eso nos vinimos y yo la peno tanto que ni para dormir me acuerdo. A veces, muy poco, duermo, pero cuando me salí de allí casi nunca he soñado. No hace mucho sí que me soñé con mi tierra. Soñé que todos estábamos hechos de pasto y que agua nos mojaba pero ahí ya no supe más de mí, el sueño, y se me apareció otro, así lo empecé a soñar: que venían tres figuras, pero eran como un trote de bestias con sus caras mirándome. El último era el toqui, pero él venía con forma humana. Se me allegó bien y me dijo que estaba sufriendo allí, que tenía que irme de la capital. Me volví entonces en aire, en suspiros me fui hasta mi tierra de Mallí de donde somos todos y él, llamándome por mi nombre de paisano seguía diciéndome. En puros brotes entonces me volvía, en tierra después y yo no más sentía los ojos que me lloraban así dentro del sueño acordándome de mi tierra de Mallí y qué le cuento yo, duermo muy poco señorita pero en el sueño yo la miraba.

Hemerlindo Salvatierra

Estaba la mala, la rapada, la mala tirándome. Me hervía la fiebre y me cuartí entero. Ya no más, decía yo, no más cuando me fui en el sueño señorita; andando no más me fui por un camino que se partía. Lejos iban quedando estas covachas y después, como sobre los cerritos, veía la tierra y subiendo y subiendo llegué a un lago que estaba entero suspendido muy grande, todo manchado de sangre en las aguas. No sabía que hacer para vadearlo cuando se me vino un perro blanco y con ladridos hizo que lo montara. Así crucé las aguas, cargándolo. Había mucha gente ahora, todos caminaban en filas dando rezos y yo iba al final. Estoy soñando decía yo pero igual me llevan a la parca. La luz era cada vez más fuerte y yo me acercaba y acercaba. Todos iban pasando por un portón de fierro, pero cuando me llegó mi turno, un cristiano se me acercó, me olió bien primero y después me dijo: «No. ¿Quién te mandó llamar a ti? Todavía no está escrito. Andate». Entonces yo sentí un dolor muy fuerte que me tiraba para abajo y me desperté como cayéndome. Así volví yo. Y cuando abrí los ojos vi a mi mamá y mi hermana arrodilladas encima mía agarrándome de los pelos de la cabeza fuerte, fuerte, rezándole a puro grito a la virgencita las dos y hasta yo mismo señorita que me traían, sólo que yo no quería volver. Yo quería morirme.

Primer canto de los ríos

Es el amor ese es el amor
Ay ese es el amor...

Ay ese es el amor que hemos llorado tanto se largan los ríos que
se aman partiendo

Borrascosos torrente abajo bañándonos las praderas que
lloraban mirándose: Nosotros somos las montañas que lloraron
mirándose repiten los ríos que las llamaban arrastrándolas

Cielo abajo tras las inmensas praderas que los cielos
subían Quiénes nos subieron el amor de estas montañas se van
diciendo las inmensas praderas del cielo: Somos todos los pastos
de este mundo les contestan largándose los ríos que se
aman abiertos tocados rompiéndose

Aguas de Sur a Norte, Este y Oeste que cantan rompiéndose tras las praderas entre los paralelos 37 y 51. Los espumantes ríos del Huequi,

Pichimaco, Ranquil al sur de las provincias señaladas donde los pájaros de frío cantan, todo el deshielo cantan, todo el amor y de sus aguas cantan. Así sea.

La botera Lidia Ojeda larga el quinto canto de los ríos

Cruzamos la boca de los pastos
sobre el viento...

—río Maitenrehue,
río Rahue—

Mira, hemos volado...

—río Collileufu, pastos,
aguas del Futa—

Para adorarnos es que estamos unos frente a otros hablan entonces
pastos y ríos

Sólo para amarnos es que hemos cruzado la boca de los vientos que
nos perdían se largan los verdes pastos de las aguas de más al
sur caídas pariéndose

Sí por el amor de este mundo es que hemos subido por las bocas de
los pastos sobre el viento contestan entonces nuestros cuerpos llenos
de pasto subiendo sobre el horizonte Mira: hemos
volado le repiten los ríos a los arrobados pastos de este
mundo duros rajados de alegría subiéndoles con ellos

Raúl y Amparo Mardones se largan juntos el sexto canto de los ríos

Señor: ante el torrente de las almas
que aquí van pasando
nosotros dos, boteros de estos ríos, te pedimos
que sostengas nuestro amor
como sostienes estas aguas corriendo

Y que cuando mi alma y la tuya
se desvanezcan entre los sueños y los mundos
que nuestro abrazo siga creciendo
más vasto que las marejadas y más lento
Y que cuando al fin
todo se vaya tras los torrentes, espumas y ríos
que todavía
que todavía se escuchen los gritos de nuestro amor
acompañando el pulso de los remos sobre el agua

Raúl Zurita le dice a su amor el séptimo canto de los ríos

Brote mío, lecho de mis sueños
allí donde mi amor te rompe y te llama
donde los cielos estallan y las montañas caen
también allí
brotan nadando los dulces botones de tus aguas
Así llegamos
así subimos creciendo y arrastrándonos
sobre el torrente de todos los que se quisieron
Amor mío
que así perduren también nuestras aguas
como los ríos buenos que no se secan
y que cuando por fin despertamos
del largo sueño de todas estas vidas
que volvamos a nacer amplios y torrentosos
como los hermanos que vienen y los ríos que bañan

Canto de los ríos que se aman

Canto, canto de los ríos que se vienen, canto de los anchos del Bío Bío y las praderas que cuando rompen cantan tras los inmensos cielos de pasto. Canto del cielo que se viene amando porque en este mundo cantan todas las cosas de amor. Canta el Baker y los ríos de las aguas más heladas que aún no tienen nombres. Cantan de amor las cosas de este mundo, las grandes montañas y los cielos llenos de pasto. Canto

de mi amor que eres tú, y de todas las llanuras empapadas que se abren también cantando; los muchachos y las muchachas abrazados y tú que cantas bajando por los ríos; mi lluvia buena, mi verano más ardiente, la primavera de mis sueños

mis aguas

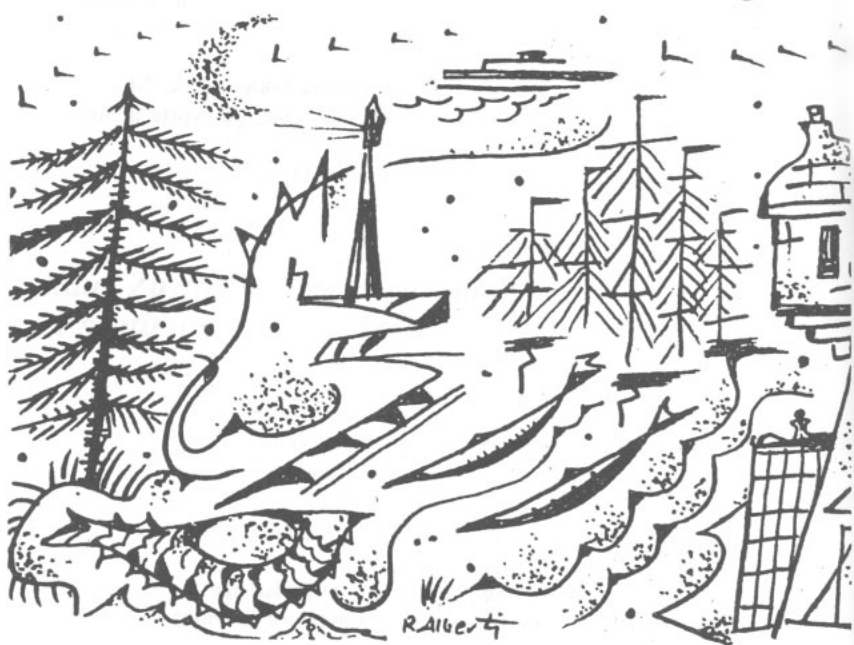
: En las horas de A. M.
de las aguas de Norte a Sur

Este y Oeste

LOS DERECHOS DE LA DERECHA

Nuestra derecha combatió contra Allende a nombre de la libertad, prometió restaurar a la brevedad la «democracia pisoteada». No obstante esas bellas palabras, lleva quince años disfrutando del poder militar y pretende imponer a Pinochet por otros ocho años interminables. Jugando con las palabras, en realidad prostituyéndolas, llaman democracia a esta dictadura totalitaria y nos anuncian que caminamos, lento pero seguro, hacia la «democracia plena». Además, los mismos que son culpables o cómplices de las brutales violaciones de los derechos humanos se permiten juzgar a los perseguidos en nombre de la pureza democrática. El asaltante de caminos disfrazado de vestal, el ladrón detrás de Almeyda.

(Tomás Moulián, en *Análisis* 202, 23-29 nov. 87).



OS BRINCHOS DE LA DIBUJANTE

En este número de la revista "Os Brinchos de la Dibujante" se publican los dibujos de la artista R. Alberti. El tema de este número es el invierno. La artista ha representado un paisaje invernal con un gran árbol de pino a la izquierda, un barco a vela en el fondo y una casa con una chimenea a la derecha. El dibujo está firmado por R. Alberti en el centro inferior.

El ilegible: «Las Nubes y los Años»

HERNAN CASTELLANO GIRON

Al otro día crucé muy temprano las calles del barrio mexicano, donde todo estaba en español: «Doctor Azuela Quiropráctico»... «Farmacia y Droguería Rosita»... «Amasandería y Fábrica de Tortillas La Buena Ley»... A primera hora empezaría mis entrevistas, que ya habían tomado un aspecto rutinario, ritualizadas en la forma y en el fondo. Me encontré con una nota de Schmokowski en el *message board* y me apresuré a buscarlo, en un intervalo largo entre las otras entrevistas. Schmokowski estaba enigmático y me condujo a otra mesilla, diferente de aquéllas donde sostenía sus entrevistas en serie. Con aire misterioso extendió varios papeles en la mesa, formularios y carpetas.

—He decidido ofrecerle el puesto —dijo, después de dar una mirada cautelosa hacia las mesas vecinas—. Tenga usted la bondad de firmar aquí, si lo acepta. A decir verdad, yo estaba bastante desconcertado pero, naturalmente, firmé. No estábamos allí para otra cosa, sino para contratar y ser contratados.

Schmokowski me dio entonces solemnemente la mano, recogió todos los papeles, formularios y tarjetas llenadas pacientemente por mí, y devolvió las carpetas a su maletín James Bond. Luego caminó tranquilamente

Hernán Castellano Girón, escritor y poeta, ha publicado, entre otros títulos, *El bosque de vidrio*, relatos, y *Teoría del circo pobre*, poemas. Es profesor de la Universidad Politécnica del Estado de California, Estados Unidos. El texto que publicamos forma parte de un relato mayor.

hacia una de las ventanas, como tomando su tiempo, con pachorra de plantígrado o de alucinado, la abrió deslizando la puerta corredera, también la rejilla mosquitera, aferró el precioso maletín debajo del brazo, y se arrojó al vacío. Debe haberse hecho picadillo, simplemente porque estábamos en el piso 94 del fabuloso Bliptago-Marriott.

Mi único contrato logrado en ese evento, se iba así para siempre... ¡Mal-dita sea mi suerte!

Cuando, más tarde, le hablé a Fernando acerca del extrañísimo episodio me dijo:

—Nada de extraño. Todos los años, uno se tira... Hasta la ventana ya está establecida en el programa.

Así de simple. Si yo quería estar dentro de ese sistema, debía acostumbrarme a sus extrañezas, que no eran tales desde el momento que formaban parte de un código. No entramos a la conferencia de Romelio Ureta. Se encontraba demasiado atestada y, además, no se respetaba la prohibición de fumar, puesto que al parecer se deseaba dar un toque de atmósfera criolla, un detalle folklórico que nos acerca a la Patria Lejana.

Poco más allá había una reunión de ex-alumnos de la Columbia University y, al asomarnos, vimos que todos estaban levitando, como San Giuseppe di Cupertino, por lo menos a medio metro del suelo. Flotaban beatíficamente, como medusas en el mar, sobre sillones, alfombras y cojines, sobre los cálices de Dom-Perignon y sobre las palabras del conferenciante, que versaban sobre alguna minúscula comedia isabelina, sobre algún destello pancreático o semántico de Samuel Beckett, o sobre los recovecos de la lingüística y su laberinto indescriptible e interminable, la ciencia donde las palabras ya no son más palabras, esto es ideas, sino sólo estructuras, sueños sin durmiente y sin noche.

En el vestíbulo había una negrita, amiga de Fernando, también ex-alumna de la Columbia University, de una belleza deslumbrante. Se llamaba extrañamente Siobhan —se pronuncia *Shabán*, me corrigió— nombre irlandés ajeno a sus ancestros, en vez de llamarse Nkenge o Ngetsile, como correspondía a una lejanísima cercanísima tataranieta de la reina de Saba, la de «los cabritos mellizos de gama» ahora envueltos en una blusa diseñada por Oscar de la Renta y con una especie de mandil masónico por falda o faldilla, que le descubría totalmente los muslos, cosa de otro mundo, recostados estaban sobre el diván calenturiento, como dos enormes peces de cristal y de azúcar cande del Perú. Oh morena de mi copla —canto de cisne, o acaso sólo con un pato palmípedo irrisorio— diste rienda suelta a malos, pecaminosos pensamientos, en esa mañana helada para nosotros, pero sobre todo para el pobre Schmokowski, que me firmó un contrato sólo para probar la caricia del vacío, ese descenso o envión que debe ser como requetecontrahundirse otra vez en el útero, y ahora esa experiencia única —el orgasmo de morir caído de una ventana de un hotel de lujo— la pagaba en alguna losa de la morgue de Bliptago, porque estaba seguro yo que había sido retirado aprisa, para evitar a los habitantes el indecente espectáculo de uno que eligió un camino diferente a Superman, tirado

como cualquier pedazo de bistec en el supermarket Kroger o Goodwill, o como una carcacha de burro en el Zabrieskie Point del Valle de la Muerte. Schmokowski buscó esa redundancia admirable, seca como un respiro tan hondo que te quita el aliento y no te lo devuelve, chico, no te lo devuelve.

Pero también la negrita Siobhan quitaba el aliento, en esa agonía o *Götterdämmerung* rasca de los machos latinoamericanos, que parecemos haber perdido una fracción de cojón, en el primer coito elemental que se nos niega, como una serie de números a la que falta el uno, en el choque de un aerolito con el padre de todos los cojones, ocurrido en la ciudad de los Césares que buscaron Cabral y Aguirre Furia de Dios, y yo no estaba muy bien parado en esa escena de conducta primigenia o auto sacramental de lo vergal, mucho mejor estaba Fernando, con su aire un poco a lo Leslie Howard, con algo de Quijote o de hijastro del Domenico Theotocopuli, aunque ello parezca —así dicho de sopetón— un cúmulo de obviedades culturales, pero tal vez sea así: acaso el Caballero de la Triste Figura y el divino Greco están todavía produciendo hijos partenogénéticos o clones de sus vísceras ontológicas y entonces resulta que nos parecemos a nuestros héroes y el mío debe ser el desquiciado piteco, el primer moderno que pintó en Altamira, ése debe ser el que me sueña en este momento, puesto que más bien me parezco al hombre de Neanderthal que a otro ser viviente, especialmente los que usan corbata y camisas Van Heusen. Y todo esto no es más que un error garrafal, por último, porque sabemos que el primo ése que pintó en Altamira no fue un Neanderthal, sino un Cromagnon y ése ya era más bien buen mozo, según los standards del *Esquire* y de las hembras de mi generación, vale decir una cara larga como una procesión muy devota o como la Gran Avenida de Santiago y no un Charles Bronson o un efebo post-lacanianiano de la áspera y sabrosa Rive-Gauche de hoy 1987, porque el tiempo tiene sus misteriosos vuelcos y retornos.

Todo eso, en buenas cuentas, para decir que yo no tenía nada que hacer allí, aunque Siobhan me distinguiera leyéndome la mano y vaticinándome «nada te va a salir aquí, coleguita, pero debes tener paciencia, porque este mismo año, un amigo muy insoportable aparecerá en tu vida, un verdadero hermano de tu espíritu, uno que conocerás el día en que brille tu buena estrella...» y mientras leía sostenía suavemente mi mano con las suyas que parecían avencillas de otro hemisferio y otra vida y otro tiempo, y hablando de abismos vertiginosos, delante mío tenía el de sus muslos, al fondo de los cuales se le veía claramente la Puerta del Paraíso, no forjada ésta con el bronce con que Lorenzo Ghiberti construyera la suya para el Bautisterio de la Catedral de Florencia, sino con la grasa o ñandutí de sus *panties* firmados por una princesa romana dedicada ahora a la producción de ropa interior femenina para clientes ultrarrefinadas y hembras del jet-set. Ella me leyó la suerte, pero la Puerta del Paraíso al parecer estaba destinada a ser atravesada, franqueada por el flaco Fernando, con su verticalidad asombrosa, que era también una cosa mágica, si justamente se la sopesa o se la enciende con las fosforescencias del magín, el rito doble de los

iniciados en la ley ineludible de la polaridad Pájaro-Mono, Círculo-Flecha, Tortilla-Hacha, que rige y regirá para siempre las fisonomías en su complemento necesario para la atracción o repulsión, *fenómeno cósmico*, como diría el viejito Ortega.

Fernando, discreto y caballero hispano como es hasta la última fibra de su magritud, no me lo pidió, pero comprendí que tenía que quedarse a solas allí con Siobhan, para luego preparar juntos el ritual del sacrificio kamasútrico, descifrarse mutuamente en el propio misterio a su vez indescifrable.

Siobhan: leyéndome la fortuna de lo que me servirá para seguir existiendo en éste y acaso en otros mundos que me esperan para visitarlos o sufrirlos hasta las heces, yo que dependo sólo de los buenos amigos para subsistir —mis enemigos han puesto precio a mi desastrado esqueleto— me has dado —¡negra cachera!— una buena noticia que me hará sonreír y acaso neutralice el acto impúdico de Schmokowski, forzado por quizá cuáles entidades del infierno, del limbo o hasta del mismísimo Vaticano, a pagar con su vida la osadía de ofrecer un trabajo al chileno rechazado por moros y cristianos ¡Negra Bruprestis!

Pero ése día no dejaría de depararme sorpresas.

Cuando me acerqué a la mesa de recepción donde guardaban mis bártulos encerrados en mi vieja valija, que una vez perteneció a mi madre —no es la única cosa que guardo de esa época: todavía uso dos pares de calcetines Caffarena comprados en Chile hace un Katún— encontré un sobre que no esperaba, a mi nombre: decía *Ministerio de Educación/República de Chile*, y parecía bastante añejado y amarillo. Grande fue mi sorpresa al comprobar que contenía un ejemplar de *Las nubes y los años*, de Fernando González Urizar, en la edición original de 1960, de la cual ignoro si habrá otras posteriores.

Pregunté a la recepcionista sobre quién había dejado tan extraordinario paquete, y ella me describió con detalles al misterioso correo: era un señor de edad mediana o madura, calvo, de bigotitos, vestido de ternada oscura con chaleco, corbata perla y camisa blanca. ¡Era el propio retrato de González Urizar! Una presencia punto menos que imposible en Bliptago, y en invierno todavía, a cuánto me era dable averiguar y colegir. La revista chilena *La castaña* nos lo reportaba vivo hace no mucho, pero las noticias de la Copia Feliz del Edén nos llegan ya con más retraso que en los tiempos de los galeones coloniales, y uno duda hasta de la vida de los seres más cercanos, pero ese milagro me parecía demasiado. Sin embargo, allí estaba el libro... Era como sucedía en Chile, en una librería de viejo que existía hace unos veinte años en la calle Arlegui, cerca del cerro Castillo en Viña del Mar. Era una pobre librería, un cuchitril que cambiaba tomos descuajeringados de novelículas de cow-boy y Corín Tellado, como quién dice «pa la sursistencia», pero que mantenía un vitrina, muy cuidada y lustrada, con libros usados raros. Yo tenía un método poco ortodoxo para obtener libros especiales y difíciles de conseguir: yo simplemente pensaba en ellos, me concentraba como los alumnos del profesor Rhine de la uni-

versidad de Duke, y a las dos semanas más o menos, me dejaba caer. Invariablemente allí estaban. No cometía ciertamente el acto insensato o inconsistente de encargarlos al dueño, que ya no recuerdo que trazas tenía —así somos de injustos con la gente realmente importante en nuestra vida— porque me bastaba con pensar en los títulos. Así conseguí *El manuscrito hallado en Zaragoza* de Potocki, la *Antología del cuento fantástico* de Aldo Pellegrini, *Ser y morir en Pablo Neruda* de Hernán Loyola, la poco conocida pero fundamental *Antología de la poesía chilena nueva* de Volodia y Anguita, la otra singular *Antología del verdadero cuento en Chile* de Miguel Serrano, y también de éste, *Las visitas de la Reina de Saba*, y el verdaderamente rarísimo *Ni por mar ni por tierra*. De Humberto Díaz Casanueva conseguí *El aventurero de Saba* y de Rosamel *Las llaves invisibles*, su único libro de cuentos. Se decía que Juan Luis Martínez consiguió allí *Los gemidos*, el libro maldito del viejo Rokha, pero esto ya me parece demasiado. Palabra que no me levanto tarros incalificables, ni estoy ni siquiera levemente borracho. Ningún prodigio que acontece es mayor que otro que ya haya sucedido antes. O sea que el balance, la homeostasis de lo maravilloso incongnoscible y los prodigios concretos de la vida, se mantiene estable.

Una voz familiar me llamó por la espalda. Allí estaba Charly. Sólo una ligera calvicie, una más discreta panza —y él había sido más que guatón en la infancia, controlando luego mucho el diente en la vanidad adolescente— y un para de anteojos bifocales, delataban el paso del Kátún abundante transcurrido desde que se fue de Chile a California, a establecerse donde un tío que vivía nada menos que en el Sunset Boulevard de Hollywood. Charly tenía tíos en los lugares más inverosímiles, como en Ouro Preto, la patria fulgurante del Aleijandinho, y en San Pedro de Atacama había una momia que Charly decía era de otro tío, lo que me parece altamente improbable. Todo parecía bastante natural y hasta saludable si no fuese por la noticia que mi familia me había comunicado hacía ya más de un año: Charly, Charly Schidlow o Chachichi —dicho en fonética cachenchoid local— había fallecido en California, sin dar detalles de cómo y cuándo.

Esto comprobaba, entonces, que la noticia era falsa. Aunque, bien pensado, qué importaba que estuviese vivo o muerto, en las categorías biológicas que nos enseñaron, si ése que estaba ahí —vivo o muerto— era el mismísimo Chachichi de todos esos años, los mejores, dicen, los verdes años. Nubes invernales pasaban ya por sobre nuestra cabeza, arriba y dentro de ella, y hacia el otro lado de Bliptago, hacia Indiana y Ohio, estados más misteriosos para mí que la jungla de Mompracén de Sandokan.

Habían terminado las entrevistas para mí, y no quería quedarme a ninguno de los debates o mesas redondas que todavía se desarrollarían allí por una semana por lo menos. Quería, o más bien hubiera querido, de no hacer tanto frío, perderme en la ciudad, saborear bares y sitios de perdición, mesas de *pool*, museos de cera —si los había— y otras delicatessen. Charly me quiso sacar de ese medio y ese mundo y me propuso via-

jar a Nueva York, en un «tren neumático» cuya existencia sólo él conocía —al menos no yo— y que podía llegar allá en cosa de minutos.

Para no andar arrastrando mi maleta como a un hermano siamés muerto en batalla, decidimos mandarla a Detroit por el servicio de encargos de la Greyhound.

Cruzamos el río helado para llegar a la estación del tren neumático. Charly insistió, para mi sorpresa, que caminaríamos sobre los helados bloques del río, cosa que me pareció temeraria. Muchas gaviotas pernoctaban tritemente sobre ese pack-ice infernalmente movedizo. El río helado de los muertos me pareció, rodeado de los edificios de Bliptago, todos negros a esa hora, como gigantes petrificados por la melancolía. Las gaviotas blancas y grises se estacionaban en el pack-ice, jugando sus juegos de gaviotas, alejándose a picotazos, incansables, protegiendo presas invisibles o imaginarias. Porque ese era el reino de la imaginación o del imposible, allí lo más inverosímil era la regla o, tal vez la imposibilidad misma constituía la única posibilidad de ser o de existir. Cruzamos por esos islotes fotantes babosos y alquitranados, y era como ir saltando sobre hipopótamos o cocodrilos blancos, y después de sacarnos la cresta un par de veces, resbalando, ascendimos a una especie de muelle-estación, que estaba a la sombra de un gigantesco parking cilíndrico de al menos cien pisos de alto. Subimos desde el río, por una escala de hierro negro y resbaloso. Arriba de la escala había —exactamente como en *Clash of Titans*— un encapuchado que nos alargó la zarpa para recibir tres *quarters* de toll o peaje. Allí estaba esperando el tren neumático que nos llevaría a New York en cosa de segundos, a decir de Charly.

Lo extraordinario —como si todo éso no lo fuese— era que el tren se parecía como su gemelo a nuestro querido Flecha del Sur, rojo y plateado, con la franja negra de las ventanitas, el que aparecía como desde los más imposibles sueños, allá por los años 40. Más ahusado y aerodinámico tal vez, japonizado, con unos cojines de aire en vez de ruedas, era como la versión modernizada de un sueño, o como el sueño mismo perfeccionado por su larga residencia en el tiempo y en las vísceras espaciales. Al parecer, Charly tenía algo así como un abono para múltiples viajes, porque el conductor —un negro de librea, como si lo fuese del legendario Orient Express— le perforó una tarjeta con dos hoyitos sucesivos. Charly abría camino como un experto, como uno de esos viajeros que tienen veinte mil millas en su haber en las aerolíneas, y reciben trato de VIPs; era un cómodo anfitrión en el espléndido tren, cuyos asientos de mórbido cuero eran dignos de un Jaguar o de un Rolls-Royce. Charly hizo traer dos scotchs a un camarero que recorrió el vagón, iluminado en una rara penumbra celeste, casi fosforescente. Empecé a fijarme en los pasajeros y, para mi sorpresa, descubrí que muchos de ellos no me resultaban desconocidos. Me dí cuenta que eran, como yo y Charly, alumnos de preparatorias del *United States Academy*, el colegio que existió en Campos de Deportes con Irrázabal, en Santiago, allá por los años 1946 a 1948. Estaban Pedrito Forner, al cual el Director John Grass —apellido que traducíamos como Juan

Alfalfa— llamaba *Ferner*, Sigifredo Elías, Alexis Avetikian y Marcos Kovac, los tres hermanos Fuentealba, Armando, Manuel y Hugo, y mis compañeras. Mirella Sarria, Violeta Schleede, Yolanda Sandoval y María Revueltas. Un señor alto, de pelo completamente blanco, me vino a saludar.

—¿Me reconoces, no es cierto? —me preguntó.

—Claro —le dije— era Hammamet. y ¿qué se hizo tu pelo colorín? Se tocó la pelambreira.

—Bueno... Ahora está blanca, como la tuya...

—Un poco más, yo diría, viejo...

—Una cana más o menos, ¿qué importa?

—Tienes razón —le dije— perdóname esta fatuidad capilar...

A Hammamet le hacíamos burla por su nombre, como sucedía con cualquier cosa, rasgo, aspecto, nombre, apellido o lo que fuere que se prestase para una burla. Le decíamos: ¡ámame... ámame Hammamet!... ¡Amame!...

Conversamos con Hammamet sobre vida y milagros de esos casi cuarenta años transcurridos. Veinte años no serán nada, pero treinta son una eternidad, y cuarenta, bueno, para qué decirlo, son un abismo donde todo ya comienza a oler a rosas de cementerio, a flores de ultratumba. También apareció en el precioso vagón el chico Cucurella, a quién llamábamos Cuncunilla, un catalán pecoso que vivía por Antonio Varas a una cuadra de Irrarázabal. Siempre andaba atrasado, corriendo como loco llegaba al colegio y se dejaba caer a ambos lados de la cara, luengos mechones de una melena lacia, como Shemp de los Tres Chiflados, los que ya empezábamos a idolatrar por esos tiempos. No se veía ahora demasiado cambiado, sólo un poco amojamado, curtida su cara pecosa por los años y las bien o malandanzas. A Cucurella le dedicábamos estos versitos, que yo le canté también en esta ocasión, a riesgo de volverlo a enojar después de cuarenta años:

(CON MUSICA DE «AY PAJARITO...»)

¡Cúcu...Cúcu...Cúcu...!

¡Ay pajarito

Cuncunilla

Cucurucho!

¡Ay pajarito

No te hagas el cucho

Cuncunilla, Cucurucho

Cuncunilla, Cúcu!...

¡Cúcu...Cúcu...Cúcu...!

¡Ay pajarito!

(La canción se repetía hasta que Cucurella nos dedicaba un rosario insultativo, o más directamente, un *uppercut* a la mandíbula). Qué hacía él

en ese tren cruzando ese páramo americano, que no sólo era el vacío del logos, sino el vacío total, la ausencia de sueños, fantasmas y alegrías, y también la ausencia de todas las ausencias, no lo sé ni lo sabré nunca. Ese tren, que debería haber surgido entre claros del bosque, entre perfiles de araucaria y vellones de helecho, entre perfumes increíbles del Austro, a un milímetro allí solamente de las estrellas más cercanas al Sol, como Próxima Centauri, o Alfa Centauri o Rigil Kenturus, o sea que el cielo estaba en la tierra y viceversa, entre nombres mágicos de árboles mágicos, como canelos, ulmos y alarces —que según bien dice Gonzalo Rojas, son inmortales— tren que sólo debería cruzar entre aromos rubios de los campos de Loncoche y de Rarínco o poco más allá o más acá, pero cerca, y en cambio ahora cruzaba ese páramo americano y éste sí que era páramo, no por sus particulares condiciones ecológicas o climáticas, sino por una condición esencial del *ethos* y del *pathos*, por una necesidad de aniquilar a los dioses y las presencias animadas de la tierra, del aire y del viento, para así mejor enjaezar a los dioses del alma, y poder establecer la necesaria uniformidad en la vida, cuanto más indispensable, como una sábana que cubría el mundo, debajo y sobre la nieve. Un prado de pasto sin malezas, obligado con dioxina a permanecer así, disecado, sin dientes de león ni margaritillas, tan bueno para servir de frente a una casa americana como para el interior del espíritu, ése era el terreno que cruzaba ese Flecha del Sur de los años 80, con una carga de vejestorios que otrora fueron carne sutil en un colegio que se llamaba, como estableciendo desde entonces las premisas de la metáfora, *United States Academy* y eran entonces pelambrea colorina, pecas surtidas, mechales caídas a la Shemp, calcetines caídos, camisa cascarita en el uniforme café del U.S.A.

El tren era veloz, pero no tanto como Charly decía. Después de unos treinta minutos de marcha a una velocidad asombrosa y silente como una navegación ingravida, el tren se detuvo, nada menos que para que los pasajeros bajaran a tomarse un refrigerio en un MacDonal's, al cual el convoy ingresaba directamente como de un túnel bajo tierra.

Era un MacDonal's igual a todos los MacDonal's del mundo —hay uno hasta en la Piazza di Spagna de Roma— y la única novedad eran ciertas hamburguesas —y sólo vendían eso, de modo que no había más remedio que consumirlas— impregnadas de una sustancia especial que volvía los dientes fosforescentes, con un brillo ultravioleta, y era para destornillarse de risa el ver —porque a un momento las luces se apagaban para gozarse la *trovata*— todas esas fauces y esos dientes como neones flotando en el aire. El slogan era «CON SU MAC D.L.T. SU SONRISA TIENE BRILLO PROPIO» y se encendía en intermitencias sobre los muros, junto a la clásica M arqueada de los autores de la trillonésima hamburguesa consumida en ese instante por un gordo fehaciente que ganó de inmediato dos pasajes para Disneyworld, y que desapareció por una puerta lateral, lloviendo y bábeando de gozo.

Y héte aquí que ya nos acercábamos a la gran Manzana, a N.Y. City, pero desde el lado opuesto al que yo imaginaba. Llegábamos desde el Hud-

son, la Staten Island, y desde la isla de la Estatua de «dadme la chusma de la tierra, dadme los atorrantes y los pendejos y los apendejados, que yo les inyectaré la supervitamina de la libre empresa, y los volveré ciudadanos prósperos, rollizos y rozagantes», por un complicado sistema de viaductos y puentes colosales, pero el Flecha estaba acostumbrado a volar, al atravesar por décadas el Viaducto del Malleco —el lugar más mágico de Chile, según la lógica natural y la otra— pero era sin duda New York la mágica ella también, y se veía brillar a lo lejos las torres del World Trade Center y las agujas del Empire State Building y del Chrysler, en el alfabeto mitológico de las formas, mientras el tren neumático se acercaba a su velocidad máxima. El Flecha llegó como un suspiro de monja a la Grand Central Station de la calle 42, donde el grupo empezó a dispersarse. Sentí la presión de un brazo liviano de viejita, alguien que caminaba por un trecho junto a mí, sería la Violetita Schleede o la María Revueltas, alguna de las chicas «feas» del curso —un día la Violetita me fue a acusar a mi madre, diciendo que yo la había escarnecido con el proverbio fatal de «aunque la mona se vista de seda, mona permanece sin apelación» y ella estaba realmente esplendorosa ese día, con sedas, miriñaques y broderies rosados y blanco —pero cuarenta años borraron toda fealdad y hasta todo rasgo, la gente ya no depende de sus líneas anatómicas para su ser o estar, y ahora me doy cuenta que toda esa gente no tenía rostro aunque sí fisonomía: podía saber exactamente quienes eran, aun cuando yo no pudiese distinguir ni ojos ni mejillas ni labios ni cabellos, sino solamente algo como una entidad platónico-aristotélica, o el Atman hindú, que se reconoce por el olor, o tal vez éramos la identidad absoluta entre nosotros, nada había que reconocer porque había cesado la otredad, y había comenzado la identidad.

■ Vagábamos con Charly por el Soho buscando un restaurant vietnamita —terminaba el dolor del reencuentro, pero el placer de comerse una bistecuita al parecer no se había terminado para nada— y entonces me sorprendió reconocer a ciertas personas por esos aledaños remotos, gente de otro espacio y otro tiempo. Por ejemplo, el Dante Alighieri estaba en una esquina de la Grand Street con un carrito de *pop-corn*. Vendía cabrillas de maíz el más grande poeta que haya existido, como si fuera un pobre patipelado transplantado de Detroit en busca de la fortuna fácil que se manifiesta difícil, y qué lugar de mierda era realmente ése, y se lo pregunté a Charly, mientras seguíamos aplanando calles en busca del sitio perfecto para cenar de traspnoche.

Charly sonrió como sonreía otrora, con su mirada socarrona y ladeada, cargada al azul miteleuropeo, y con su lengua tan acostumbrada a yidish como al garabato mapochino, dos lenguas al límite del imposible o del silencio, y no quise seguir insistiendo, preferí hacer mis propias deducciones. Por ejemplo, la gente de ese lugar no hablaba, sino que sacaba unas banderitas con signos como los del lenguaje de los marineros, o el de los parapsicólogos, esas huevaditas con signos como pentagramas, olas o estrellas, y figuras estrafalarias de falos y vulvas ensartados en palos

de anticucho o *shish-kabob* o como bacilos del cólera o la difteria, o como las figuras que en un *Reader's Digest* de 1946 ilustraban un artículo intitulado «Pasteur, vencedor de *perjuicios* y bacilos», y que mostraban unos rosarios de bastoncillos, que obviamente eran los bacilos, pero también unas figuras estrambóticas, protozoos o amebas, que indudablemente para mí eran los perjuicios, quiero decir que ése era el lenguaje usado en la Gran Manzana, al menos *esa* Manzana, no se usaban las palabras, no había lenguaje articulado, sólo signos o papelotes gráficos sin ninguna sustancias ni *swing* y para qué mierdas habíamos llegado a ese punto, me preguntaba yo, si habíamos cruzado los siglos, los exilios y las pestes negras, blancas y rosadas, sólo para llegar a privarnos del don de la palabra y hablar con banderillas como marineros en barcos en plena tempestad, o como árbitros de un partido en el estadio de Maracanã, las que son precisamente situaciones muy diferentes a una charla relajada en un sofá, una conferencia de Noam Chomsky, etc.

Además, otros enigmas venían a mi encuentro: cuando bajábamos —¿o subíamos?— la calle 42 hacia el Terminal de Buses de Port Authority, para tomar el ellingtoniano *A Train* que nos llevaría al Soho, y al cruzar Times Square —que era el sitio favorito del poeta— encontré a Rosamel del Valle enfundado en su abrigo de astracán negro, con el gorrito igual, tal como lo viera por primera vez en la casa de Menedín en Santiago, hace ya más de veinte años. No me reconoció Rosamel, a mí que estaba haciendo la primera tesis que jamás se haya hecho sobre su obra luminosa como un jardín de soles, a lo mejor por eso mismo fue que no quiso reconocerme el viejo —enemigo de todo academicismo, aunque fuese para el propio beneficio— o quizás se trataba de otra explicación, y de repente, mientras mirábamos el menú de uno de los restaurantes donde se servían carnes asadas en uno pocillos de plaqué calentados a 250 grados Fahrenheit y que —como en esa película de Paolo Villaggio— de rato en rato hacían dar alaridos a los comensales, y los platos salían volando proyectados en todas direcciones, le espeté a Charly: «¿Qué clase de ciudad es ésta adónde me trajiste, donde la gente no habla sino con banderillas que comunican sensaciones, frío, calor, situaciones elementales y privas de toda ambigüedad o matiz, qué país de la gran puta es éste, donde hasta Rosamel no me reconoce y donde los poetas parecen estar destinados a cumplir misiones sin trascendencia y a mercar productos ínfimos como el *pop-corn* para sobrevivir?...» Y Charly me miró de soslayo, como cuando lo pillaba en una grande, por ejemplo tratar de levantarme a mi primera novia, la niña del cintillo azul, aprovechando que su condición de rubio, maceteado, ojos azules, le daba una ventaja infinitamente desleal sobre mi humanidad flacucha y oscuramente achinada, y me dijo: «Y qué diferencia hace si somos o estamos muertos o vivos? No hay después de todo gran diferencia. Un cambio de switches, una virada de onda. Unos están en AM, otros en FM, digamos... Unos sufren las descargas de la estática, otros no... Pero hay una diferencia fundamental: aquí están todos lo que alguna vez te han querido o casi... Pocos quedan, de esos, por allá arriba —hizo un gesto vago que

tanto podía significar arriba como abajo— y aquí, en cambio, todos te esperan con los brazos abiertos...

—Tú tienes que estar rayado, viejo —le dije— porque ¿y mi mujer y mi hijo? ¿Y Dita? —era la mujer de Charly, con quien sus padres le habían combinado una boda entre espada y pared, allá por el año 65— ¿y tus chicos, son dos, o tres, no?

—Bueno, hombre... no hablo de los amores que comparten la vida diaria, que son como una unidad contigo de uno y tú los llevas a todas partes. Hablo de los amores que el tiempo y la distancia adelgazan y que se convierten no en tu carne o tus vísceras, sino en el espacio y la sustancia de tus sueños, de tu extra-yo, de tu escritura fuera de ti mismo. Tú no eres sólo los que te rodean en la vida diaria, sino más bien los que tú amaste con la cabeza y lo que está dentro de ella, el pensamiento. Por ejemplo aquí —y entonces no me cupo duda alguna acerca del lugar donde nos encontrábamos— están Benny Goodman y Duke Ellington ¿Quieres ir a un concierto del Duke con Cootie, y Paul González y Harry Carney y todos los de las mejores orquestas tuyas? Pues no tienes más que decirme... ¡Count Basie y Bill Evans! ¡Y Gene Krupa!

—¿Y Dave Brubeck? —le pregunté, socarrón, sabiendo que el viejo vive aún.

—Bueno, eso no viene todavía. Pero los otros son los mejores ¿no es así? Aquí mismo están repitiendo el concierto del Carnegie Hall de 1938, con toda la vieja guardia... Harry James... Ziggy Elman... hasta con los invitados. Cuesta caro, en todo caso...

Miraban sus ojos azules de un abismo a otro abismo, tranquilos brillaban desde el conformismo de su vida al conformismo de su muerte, porque ahora sí estaba seguro de que Charly había muerto en California —vivía hasta cuando yo supe en Beverly Hills, como los ricachos del celuloide— de quizá qué *pinche muerte / ese momento de la vida / en que no hay vida / y todo se vuelve memoria* —como dice Trino Sánchez, mi amigo el poeta chicano de Detroit— algún accidente en la *freeway* o de algún cáncer fulminante el cual yo creo le fue inseminado de todos modos por los propios que él decía renegar en su muerte —y a lo mejor renegaba con buena razón— y que le frustraron cada día de su existencia, le hurgabán la cuenta del banco fijándole cuotas hasta para los pantalones anuales, que su madre le elegía ya adulto, considerando siempre los más baratos y durables, y que luego le endilgaron una novia-ultimátum sólida y solvente, y desde entonces yo, con esa crueldad propia de los verdes años de la pureza mítica, no le escribí nunca más.

Claro, venías a pedirme cuentas, ahora me aparece transparente como esos acuarios de las antecámaras de los psicólogos y los cartomantes, venías a ejercer la mínima venganza de los bienintencionados, que sólo se realiza mediante la asimilación, el reclutamiento o la acción proselitista que llevan a la identificación unilateral con el propio yo, con el propio universo...

Era doloroso también constatar que el lado de allá y el de acá se parecían sospechosamente o tal vez todo eso no era más que un maldito sueño

inducido por los cocktails y el saké ingeridos en el restaurante chino allá en Bliptago, y que yo había cabeceado en esa rauda simultaneidad de los sueños donde algunos segundos de proyección en el cinerama del cerebelo corresponden a una proyección completa de una superproducción tipo *Lo que el viento se llevó* o las series de la CBS, mientras en la *lobby* del hotel yo estaba escuchando *Lush Life* por Linda Ronstadt, transmitida por los ocultos parlantes del misterio y pensando en cosas remotas y perdidas.

Charly vivía adaptado a la vida de allá como a la de acá en el Patio de los Callados, seguía haciendo transacciones más o menos permitidas o más bien sancionadas por la costumbre, y por ello usaba ese talonario como de chequecillos o cupones que repartía a diestra y siniestra en el infierno —porque ya está bueno que llamemos a las cosas por su nombre— ese hondo infierno de la Big Apple mimada en el sueño de la muerte, ya que no en la muerte misma, porque yo estaba seguro que en la verdadera no habría manzanas grandes ni pequeñas, o sería sin duda algo infinitamente mejor que eso que el Charly estaba mostrándome, donde los poetas estaban neutralizados en una dimensión absoluta, porque no había lenguaje articulado, sino simples sacadas de banderillas, y tenían que ganarse la vida como babosos, y donde había que pagar para ir a un concierto de Benny Goodman, exactamente igual que en el mundo dominado por agentes, managers y mafiosos: no, la disolución (o solución) no podía ser ésta, y ella era probablemente sólo una alucinación de buena o mala calidad—no nos pronunciamos sobre esto— y Charly lo comprendió porque en un momento me miró con auténtica tristeza, mucha tristeza, desde lo hondo de las vísceras del animal que reconoce su derrota frente a fuerzas de otros ámbitos, me abrazó y se fue para adentro del restaurante «Pa-Koa» y por la ventana lo vi pasando sus cuponcillos como si nada hubiera ocurrido, retirando su bandeja de plástico y sus servicios, y dirigiéndose a una mesa del sector de fumadores, porque por lo visto también allá en el Patio de los Naranjos, perdón el de los Callados, le había dado por el puchito.

Mi pregunta era, naturalmente ¿cómo salir de ahí? ¿cómo volver al mundo de los vivos, de los vivos en otra onda, AM o FM, poco importaba, pero el otro, al cual yo realmente pertenecía? La solución debía ser simple. A lo mejor tirándome por cualquier ventana al vacío o simplemente cerrando los ojos y dejándome conducir por la intuición.... O a lo mejor yendo al terminal de Port Authority y simplemente tomando un bus para Detroit ya que, con precaución de pobre, yo había tomado pasaje de ida y vuelta... Pero ¿y si me sacaba la cresta de todos modos al arrojarme por la ventana y moría sin apelación? ¿Y si el boleto no era válido en esa cojuda dimensión?

Me dirigí por una calleja de oscuros ladrillos, la eterna *alley* de las historietas, llena de tarros de basura y gatos vagabundos que buscaban en ellos las delicias desechadas por la sociedad de consumo, que no eran pocas pero sí traicioneras, contaminadas de veneno para ratones y de pto-maínas, por lo que también en ese lugar la existencia de los gatos y la de

los poetas se parecía mucho, caminé por lo tanto sin temer ninguna cuchillada, porque un rayo de la vieja luna alumbraba allá arriba y me dije «donde la luna esté, yo estoy, y hay esperanza para este pecho perdido» y entonces reparé en una escalerita con una ligera fosforescencia, una escalerita precisamente alumbrada por un rayo de la lunita tucumana o neoyorquina o transilvánica, ya menos que menguante, pero todavía útil. La luna, planeta o cuasi planeta de nosotros los cancerianos, me estaba señalando la vía.

Arriba de la escalerita había una especie de cortina de juncos, como ésas de los bares de mala muerte de Matucana con San Pablo en Santiago, y eso me pareció de buen presagio y me deslicé entre los juncos, polutos de materias infinitesimales e indefinibles. Otra escalerita, esta vez vertical, había en ese sitio. Demás está decir que la trepé raudo como bombero debutante, porque de todo eso se desprendía un vaporcillo muy inquietante y había que levantar una suerte de tapa de alcantarilla. No era una especie de tapa, según pude comprobar inmediatamente. Era una señora tapa de alcantarilla o de albañal dura y sebosa como debe serlo, y al levantarla y salir como un miembro de la Pacific Bell o la Detroit Edison en pleno trabajo, me encontré en un lugar que me resultó inmediatamente familiar, iluminado esta vez por la luz del alba —como si hubieran pasado dos o tres horas sólo en el subir ese tramo de escalerilla— y que se trataba del propio Detroit: era la sempiterna esquina de Wyllis con Cass, frente al *Cobb's Corner*, donde tantas veces yo leí mis poesías, solo y bien o mal acompañado.

Hacía un frío de la gran puta, como únicamente en la Motor City puede hacerlo, y me apresuré a caminar las pocas cuadras del barrio bravo —el *Cass Corridor*— que me separaban de mi casa en el campus de la Wayne State University, donde mi mujer y mi hijo me esperaban, seguramente todavía en el sueño, ignorantes de que mientras ellos dormían, y nuestro gato Quintín veía subir a las primeras cucarachas matinales en la cocina, yo había bajado a los mismísimos infiernos.

Porque hay tiempo para todo menos para eso, para la ausencia del tiempo y su negación, porque no hay infiernos ni paraísos en el más allá, sino en el más acá y ellos forman una unidad dialéctica indivisible, la uña y la carne, el cuerpo y su sombra. El infierno son los otros, además sean ellos la otredad o nosotros mismos —la otredad para los otros— y probablemente Charly seguía existiendo, en mi cerebro o en un recoveco del cerebro de otro que lo soñaba a él, me soñaba a mí o nos soñaba a ambos, a su vez inmerso en otro sueño. Y había tiempo para lo otro, para la verdadera y balsámica *Noche de las noches* (para usar la feliz definición de Angel Cruchaga Santa María) y había tiempo también para entrar en esa noche mayúscula, disolverse en ella como pez en el agua definitiva, como calamar en su propia tinta —lo que para un escritor es más que justo y apropiado— y quedar así afuera de las palabras, volverse finalmente ilegibles, en la piel, en la lengua y en el alma del logos, que es a su vez el alma de la lengua y de la piel. Como en ese libro de Thomas Wolfe, todo transcurría *De la muerte a la mañana*. La literatura me acogía como una

vieja hermana mayor que recibe a los vástagos descarriados de un tiempo que no es el suyo. De más está decir que no he vuelto a investigar ni a fisgonear debajo de la tapa de alcantarilla que dice *Detroit Edison* y que siempre está frente al *Cobb's Corner*, donde ya no se hacen lecturas de poesía, ni tampoco se venden los burros de cerveza más descomunales del mundo bizarro de Superman, o sea éste.

Era la mañana, esta vez cerca del alba, cuando la luz todavía es buena amiga, y el frío me hizo respirar a pleno pulmón. Subí por Cass, entre la nieve sucia y el hielo resbaloso, que cerca de las bocas de vapor —Detroit posee toda una red subterránea de vapores misteriosos, que seguramente confina con el infierno por mí fugazmente visitado— se licuaba en una miel piojosa, pero simple y buena de corazón. La nieve mostraba miles de huellas de los desgraciados que la habían hollado durante ese invierno y acaso por todos los anteriores y los venideros. Dejé que la luz y el frío cristalino me inundaran. Cerca de un grifo, de cuya boca caía un airoso carámbano, en un montón de nieve, una gruesa rata de albañal se había quedado fría para siempre, detenida en quizá qué carrera suya buscando una brizna de alimento o de grasa. Estaba semienterrada en la nieve, hasta ahí no más había llegado, y sus ojos brillaban como esas cuentas de azabache de los collares de lejanas abuelitas. *Of mice and men*, pensé, esquivando ese sitio, tumba de ratas y de pensamientos.

Estaba cerca, estaba cerca...

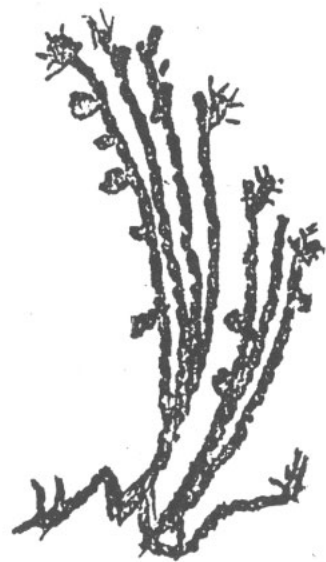
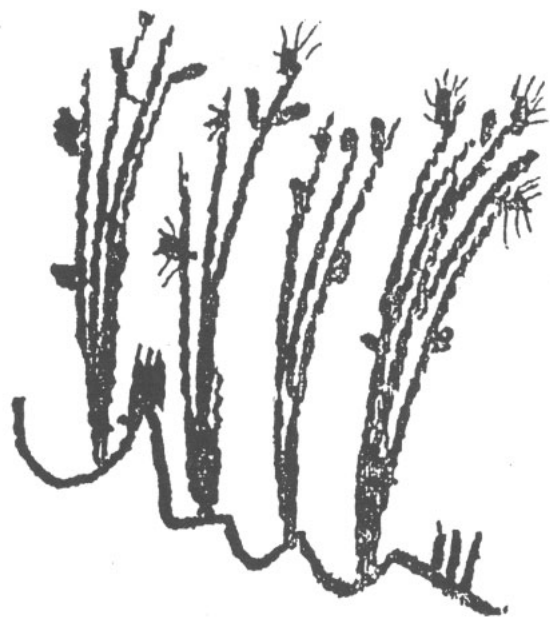
San Luis Obispo, 22-2-87

SURREALISMO

«El asesinato de José Carrasco no forma parte de los problemas de la prensa».

(Declaración de Hermógenes Pérez de Arce, en Asamblea de la Sociedad Interamericana de la Prensa, SIP. *El Mercurio*, 17-XI-87).





RAIBOY

La presencia militar en el Cono Sur

1

En la política chilena

HERNAN SOTO

Otra obra se suma a la ya apreciable bibliografía chilena sobre el tema militar: se trata de *Estrategocracia: el gobierno de los generales* (Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago de Chile, 166 págs., 1986), del ex Ministro de Salvador Allende y destacado académico exiliado en Holanda, Jorge Tapia Valdés.

«Estrategocracia, es el nombre propuesto por Castoriadis que puede darse a un sistema político caracterizado por el papel hegemónico que en su interior juegan las ideas y personas de los estrategas», nos informa el autor en la presentación del libro que persigue, entre otras cosas, llamar la atención acerca de la especificidad del sistema político creado por los militares bajo la inspiración de la doctrina de la Seguridad Nacional, «la centralidad de lo militar en los regímenes neomilitaristas»; en otros términos resaltar el nivel de autonomía del fenómeno del que no dan cuenta suficiente las explicaciones meramente culturales o económicas.

Un capítulo introductorio sobre la Izquierda y las Fuerzas Armadas sirve de pórtico a las seis restantes que corresponden a trabajos académicos y artículos del autor entre 1981 y 1985, conformando así una obra que aborda «lo militar» en sus dimensiones de defensa nacional, estructura y funcionamiento de las Fuerzas Armadas y relaciones de éstas con la sociedad civil y el Estado.

Hernán Soto es analista político y escritor. Vive en Chile.

En las páginas iniciales, diferenciadas del conjunto por ser más bien de opinión frente a la contingencia, Jorge Tapia trata someramente las relaciones entre la izquierda y los militares, tan cruciales para el futuro. Orientado hacia un consenso democrático amplio, el autor discurre acerca de las posiciones de la izquierda, sus insuficiencias, retrasos y posibles errores estableciendo sí que «el país no puede aceptar soluciones como las impuestas en otras naciones latinoamericanas que han dejado intactas la ideología nacional securitista y el status político de las fuerzas armadas convertidas en colonizadoras de sus propios pueblos».

En los capítulos siguientes se desarrollan los asuntos medulares del libro, abordados con prolijidad y rigor académico. Sus consideraciones acerca de la crisis de hegemonía, la doctrina de la Seguridad Nacional, los militares y el neoliberalismo, los problemas de legitimidad de la dictadura y la institucionalización del militarismo entregan contribuciones valiosas y plenas de sugerencias al debate intelectual y político de la oposición chilena,

Intransigente en su denuncia de la doctrina de la Seguridad Nacional, el autor reitera, con acopio de antecedentes, su filiación de cuño norteamericano establecida teórica y prácticamente a través del Pentágono y su maquinaria de capacitación y entrenamiento de los militares latinoamericanos, receptivos por formación a dicha servidumbre ideológica.

En la Seguridad Nacional se encuentra el origen de «un tipo distinto y permanente de poder político» cuyo objetivo final es «una estrategocracia autoritaria y no pluralista, es decir una forma de gobierno que sólo garantiza la libertad del que está de acuerdo con el sistema» y frente al cual no cabe sino procurar su reemplazo radical, ya que toda transacción es en el fondo sometimiento y no tienen sentido las esperanzas en una evolución de la propia dictadura hacia la democracia.

Tapia Valdés critica sin concesiones la Constitución de 1980 y se detiene en el análisis del Consejo de Seguridad Nacional, última salvaguardia del sistema político dictatorial, que consagra «la supremacía del poder militar sobre el poder civil» y contempla el golpe de estado como elemento de presión irresistible sobre el sistema. Señala:

«Dentro del nuevo régimen constitucional, el golpe de estado pasa a ser un mecanismo regular y normal de resolución de conflictos. No será necesaria —continúa— una exhibición material de fuerza ni una alteración de la regularidad constitucional: con el simple envío de una comunicación se puede alterar todo el curso de la política nacional. Si la autoridad requerida no reacciona en la forma exigida por el Consejo de Seguridad Nacional infringirá la Constitución y probablemente dará motivo para que los militares se sientan obligados a hacer una demostración de fuerza en defensa de la Constitución».

A propósito del neoliberalismo y la seguridad nacional, se adentra el autor en la especificidad de lo militar, refiriéndose a «la mentalidad militar y a los factores psicológicos y sociológicos de la misma». Espigamos algunas citas: «Hay que tener presente que el militar profesional imagina una diferencia entre «politización» de las fuerzas armadas y acción «cor-

porativa» o «institucional» de las mismas en política. El militar que interviene en la política no se convierte, subjetivamente, en político. Una de las peculiaridades del neomilitarismo es que, en lugar de dejar entrar la política en los cuarteles, hace entrar los regimientos en la política: la política es transformada en una empresa bélica... y el militar interviene en ella a través de los modos militares». Añade: «En el largo plazo podrán prevalecer los factores estructurales; pero en la experiencia cotidiana de probablemente una generación, la predominante será no un ejército manejado por la burguesía, sino una burguesía manejada por las fuerzas armadas».

En otra parte sostiene que autonomizado el aparato militar de los sectores civiles dominantes ante la crisis de la institucionalidad democrática, los soldados «han pasado a justificar desde la institución misma y por sí misma el por qué y la forma de asumir la totalidad del poder político del Estado de manera permanente».

La preocupación del autor por remarcar la especificidad o particularismo castrense que atraviesa el libro aparece como plenamente justificada y constituye uno de sus aportes más significativos. La comprensión de dicha «centralidad», o mejor de la existencia de ese nivel propio, es trascendente para el enfoque adecuado de un problema que debe ser ajeno de todo reduccionismo. A diferencia de lo que piensa Tapia Valdés, un correcto planteamiento revolucionario no puede omitir esa dimensión específica.

Finalmente, digamos que en el capítulo introductorio hay una excesiva esquematización de las posiciones de izquierda, que el autor, por cierto, no está obligado a compartir. La caracterización de las mismas como meras propuestas militaristas, en circunstancias que hay una vocación y una conducta orientadas hacia la conquista de una salida política y en donde los aspectos militares tienen un papel subordinado al accionar de masas, resta méritos a una obra que los tiene indudables.

2

En las literaturas uruguaya y argentina

JOSE MIGUEL VARAS

Un escritor uruguayo y uno argentino. El tema, en ambos libros, es tan absolutamente chileno como uruguayo y argentino, aunque también en esta materia se dan rasgos nacionales específicos y estilos diferentes de ma-

tar y torturas, dentro de la uniformidad esencial que viene dictada desde el Norte, como se sabe.

Desde Suecia un viejo amigo uruguayo (que es en verdad muy joven) nos hizo llegar la notable colección de cuentos de Carlos Liscano titulada *El método y otros juguetes carcelarios* (Estocolmo, 1987). En el breve prólogo, Liscano habla de sí mismo con su característica manera lacónica.

«La vida del autor se dice breve. Nació en Montevideo, 1949.

»Entre otras anécdotas pasó trece años en la cárcel de Libertad. Así llamada. De aquellos verdes tiempos vienen estas historias.»

Carlos Liscano no tenía más de veintitrés años cuando entró a la cárcel. Se pasó encerrado en ella hasta los treinta y seis, escribiendo y sufriendo el reiterado decomiso de los papelitos en que escribía sus historias o meditaciones. Con lo cual tuvo que inventarlas de nuevo varias veces. Y escribirlas de nuevo. Cada vez sin duda, algo se perdió en el proceso. Pero tal vez algo se ganó. Los cuentos de Liscano impresionan por su estilo absolutamente económico, estricto; en ellos nada está de más. Al terminar su prólogo el escritor dice:

«En la cárcel las palabras adquieren un valor del que carecen en el uso normal. No poder hablar, la represión bestial contra la palabra (las bestias no hablan), el intento de poner silencio eterno sobre y entre los presos, hace que el simple hecho de escribir una carta acabe en meditaciones sobre la importancia de la comunicación. Yo he visto una palabra como un bichito de luz volar en mi celda durante semanas y no creerla.

«Yo escribía por mi gusto. Pero también para vincularme con amigos y porque poniendo el pensamiento por escrito sobrevivía, iba venciendo al caos y la desintegración.

«Por último, algo más sobre método. Al cabo de años corregí mucho, disminuyendo cada vez más. Tal vez no fue bastante.»

El libro contiene, además del prólogo, catorce cuentos, todos ellos breves. Algunos, brevísimos. Pero digamos ya que esta literatura es muy diferente de la mayor parte de los relatos de presos que hemos leído. (Y son muchos en estos catorce años). Ante todo, porque para el autor no lo centra el propósito de la denuncia, aunque la denuncia está presente también, sin duda. Su objetivo es primordial y esencial ente literario. Liscano quiere contarnos lo que le sucede en términos de experiencia humana. De ahí que la presencia del factor político esté sólo implícita o en un segundo plano.

En algunos de los cuentos no hay referencia alguna a la cárcel ni a la situación de preso, aunque de algún modo ello se trasunta permanentemente. Algunos, como «Contar el cuento» y «El método» resultan esencialmente meditaciones sobre la literatura más que cuentos en el sentido clásico, quiroguiano o chejoviano. Con esto no desmerecemos sus méritos.

Otros son relatos de sueños, sueños de preso, kafkianos y angustiosos como «La puerta» o traspasados de un gozoso sentimiento de liberación

como «La ciudad en banderas», descripción de una ciudad entera cruzada en todas direcciones por cuerdas de las cuales la gente cuelga ropa recién lavada, en medio de risas, para romper finalmente en un aplauso de millones de manos.

Hay un humor igualmente kafkiano (o cortazariano) en la minuciosa explicación sobre el sistema empleado para distribuir la comida (el juego de las reparticiones y el juego de las tapas) en el relato titulado «Los juegos» y en «La bicicleta y su globo», en que se remeda el lenguaje maniático de la planificación militar aplicada a las normas que deben seguir los presos para colgar la ropa.

Liscano es un maestro en el asumir tonos y maneras de contar y obtiene un efecto humorístico de tal intensidad en su versión de la Historia Universal titulada «Acerca de las cosas», que el lector vive la rara experiencia de reírse fuerte mientras lee, solo, y tener que suspender la lectura para poder reír mejor.

El método y otros juguetes carcelarios es un libro extraordinario, revelación de un escritor penetrante y sutil. Nos quedamos esperando su producción futura, que requerirá seguramene superar y asumir como experiencia vivida el shock de esos trece años pasados en la cárcel llamada Libertad, y el shock de la libertad sin cárcel, y de la adaptación a la vida en otro país tan distante y distinto del suyo como Suecia.

* * *

Radicalmente diferente y no menos valioso desde el punto de vista literario, es el libro del argentino Miguel Bonasso *Recuerdo de la muerte*, editado en México en la Biblioteca Era, que arranca su tétrico título de dos versos de Quevedo;

«... y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.»

Novela-reportaje o novela-testimonio de más de 400 páginas, basada rigurosamente en hechos reales, con personajes reales, el vertiginoso texto de Bonasso se lee a toda velocidad, con la ansiedad con que leemos una buena novela policial o con la total concentración con que miramos una película de Hitchcock. Pero aquí los policías no son los buenos de la película, sino exactamente lo contrario y la historia que se nos relata, con su trama y sus personajes retorcidos, conducidos a través de la tortura a la autonegación y a los más aberrantes extremos de la traición, forma parte de la historia contemporánea de la Argentina durante los años de la «guerra sucia» declarada por los militares a su propio pueblo.

Bonaso no es un orfebre ni un estilista riguroso como su colega de la otra ribera del Río de la Plata. Su lenguaje es directo, eficaz, periodístico en el mejor sentido y su manera de narrar, la de un buen novelista popular. No pierde tiempo en descripciones ni en reflexiones propias de los perso-

najes. Su libro tiene el carácter urgente y despojado de los acontecimientos de vida o muerte que vivieron en los años posteriores al golpe militar de 1976 muchos miles de argentinos, militantes del movimiento peronista Montoneros o de otros partidos de izquierda. La materia de fondo es humana, claro está, y también política y social. Pero aquí no hay nada que no sirva al propósito fundamental del relato. No hay manifiestos, ni análisis de la situación; no hay tampoco condenaciones morales. Los personajes que actúan son los que son y actúan. La condenación o la admiración serán cosa del lector.

Recuerdo de la muerte gira esencialmente en torno a la fantástica aventura del «Pelado» Jaime Dri, católico ferviente en su niñez y juventud, peronista e hijo de peronista, radicalizado en medio de los convulsos políticos argentinos de los últimos treinta años, que llegó a ocupar un cargo de alta responsabilidad en la dirección de los montoneros. Dri fue detenido en Uruguay y entregado al GT/332, Grupo de Tarea del Servicio de Inteligencia de la Marina, que lo sometió a bárbaras torturas. Gran parte del relato transcurre en la famosa ESMA, Escuela de Mecánica de la Armada, centro de interrogatorios, torturas y operaciones de inteligencia, que la prensa argentina y mundial ha mencionado a menudo a lo largo de los procesos a los integrantes de las Juntas Militares argentinas, en innumerables crónicas y reportajes.

Las páginas más emocionantes del libro son aquellas en que el autor nos cuenta el encuentro de Dri con compañeros suyos, destacados jefes montoneros, inducidos mediante la tortura y un tratamiento hábil de «lavado cerebral» a la colaboración con la dictadura militar. Varios de ellos se encontraban desaparecidos desde hacía largo tiempo y en el movimiento Montoneros se les daba por muertos. De hecho, eran muertos morales. Zombies, seres sin alma, manipulados por los torturadores, transformados en abogados de la traición, que envuelven en abismantes racionalizaciones. En medio de este clima de locura, Dri conserva admirable lucidez y la pureza de su compromiso revolucionario. Actúa, finge dudar, pero no deja de pensar ni por un minuto en la posibilidad de fugarse. Lo logra, finalmente, de una manera novelesca, con algo de la torpeza de las pesadillas, en medio de una sucesión de absurdos que sólo puede darse en la realidad.

Maravillosa es la historia (real como todo lo demás) de Tulio («Tucho») Valenzuela, que acepta aparentemente colaborar con entusiasmo, que es conducido a México para poner allí en manos de los asesinos militares a sus compañeros, los jefes montoneros, y que consigue evadirse y denunciar públicamente toda la operación en una conferencia de prensa espectacular.

Personajes importantes son los oficiales de la Marina argentina que habían ideado la colosal provocación. El almirante Massera, con sus trajes de seda gris y su desenfrenada ambición política; el teniente de navío Juan Carlos Rolón, alias Niño o Juan; el teniente de fragata Alfredo Astiz, alias Rubio, alias Cuervo, alias Angel... y otros más. Seres reales, protagonis-

tas de la tenebrosa novela de crímenes que vivió realmente Argentina bajo el régimen militar.

Además de su interés literario, periodístico, político, histórico, el libro de Miguel Bonasso tiene para los chilenos un valor especial. Contiene lecciones, experiencias, informaciones sobre los métodos de un régimen que mucho tuvo en común con el que todavía persiste en nuestro país.

LEY DE LA «OMARTA»

—Este país está profundamente cambiado.

—¿*Para bien o para mal?*

—Para muy mal. Porque ocurren cosas que antes la conciencia nacional no habría tolerado. Habría habido reacciones y cortapisas para acciones que hoy se cometen y que son terribles. Nos estamos acostumbrando a la muerte. Aquí muere gente que no tiene nada que ver con acciones punibles. Mueren criaturas, niños, gente inocente que camina por las calles.

—*Muertes que además no se aclaran.*

—Eso, precisamene, viene a caracterizar el cambio que se ha producido en Chile...

(Juez René García Villegas, declaraciones a *Apsi* N.º 222, 19-25 oct. 1987).



Cartel preparado en Suecia en homenaje a los diez años de la revista. Autor: Elías Morales.

Crónica de aniversario

1987 ha sido, casi desde sus comienzos, un año de festejos virtualmente ininterrumpidos en torno al aniversario de nuestra revista. Empezó en Valencia, cuando nada hacía todavía sentir el aire vengativo del Congreso que meses después conmemoraría el de los Intelectuales antifascistas del 37... denigrándolo. Las cosas eran todavía propicias en la ciudad de Blasco Ibáñez, y en el acto de homenaje a **Araucaria** el Secretario de redacción pudo decir lo suyo, mientras Osvaldo «Gitano» Rodríguez cantaba no sólo su inevitable (y entrañable) «Valparaíso» sino canciones en portugués, francés e inglés. Signos del exilio chileno, al que las exigencias cosmopolitas no le han restado sin embargo nada de su identidad.

Luego vino el turno de Londres. Un sitio eminente, la London School of Economics, y un público pequeño pero concentrado y cálido. Allí estuvieron, en el escenario, Alfredo Cordal, poeta y actor chileno, Sergio Regules, actor uruguayo, Jenny Cárdenas, cantante boliviana y Claudia Figueroa, cantante chilena, integrante de *Incantation*, un grupo anglochileno que acababa justamente esos días de ganar un disco de oro por haber vendido más de doscientos mil ejemplares de su último largaduración. Maestra espléndida de ceremonias fue la doctora Marisol Téllez, que preparaba entonces la «historia» que publicamos más adelante, y celadora sacrificada y laboriosa era Pilar Maynou, agente de la revista en Londres.

La ciudad siguiente fue Estocolmo. Es, probablemente, la velada más multitudinaria que se haya celebrado en todos estos años por **Araucaria**. El secretario de redacción, que no tiene mucha costumbre de aparecer en público, había preparado cuidadosamente un texto que debía leer la noche del 20 de mayo. No pudo hacerlo por culpa de la línea lbe-

ria, cuyo avión salió de Madrid con cuatro horas de atraso. Del Director, que había anunciado con antelación su imposibilidad de viajar, se leyó una carta. En ella asociaba nuestro aniversario al recuerdo de Olof Palme y los chilenos y latinoamericanos que una vez hicieron la ruta de Estocolmo para acceder al Premio Nobel: Neruda, Gabriela Mistral, García Márquez. «Suecia —dijo— tierra de asilo para millares de chilenos, es también tierra propicia para que germinen las Araucarias».

Fué una gran fiesta celebrada en la Folket Hus (Casa del Pueblo), local que sólo cede en importancia a la Konsert Hus, sede de la entrega de los premios Nobel. Hubo ballet con música de «Gracias a la vida», y participación de dos danzarines de la escuela de la Opera-Ballet de Estocolmo. La coreografía era de Betsy Calderón. Tres actores chilenos, Carlos Alberto Muñoz, Enrique Durán y Alejandro Karslow dramatizaron una presentación global del significado de la revista, comenzando por el vocablo, el árbol, continuando con el país, y a propósito de éste, su cultura, su drama, y la expresión de éstos a través de sus creadores. Ellos dieron lectura también al célebre poema «Decreto con fuerza de exilio» publicado en el n.º 8 de **Araucaria**, remota época en que el poeta Mauricio Redolés juzgaba todavía necesario firmarse Ricardo Hueñi. Leyeron también «El pueblo», de Neruda. Hubo números de música con Los Portefitos, conjunto folklórico chileno, y con Eulogio Dávalos (que tuvo mejor suete que el secretario de redacción: su avión partió de Barcelona a tiempo). Antes de que el acto culminara con la lectura de la carta del Director de la revista, actuó otra vez un conjunto de bailarines sueco, que danzó una parte de la conocida pieza *La fragua*, de Sergio Ortega. Paralelamente al acto se realizó una importante ex-

posición de plástica: una decena de artistas chilenos residentes en Suecia. Entre ellos, Elías Morales, que ganó el concurso de afiches conmemorativos de los diez años de la revista. El suyo, que reproducimos a modo de frontispicio del texto presente, ha pasado a ser nuestro cartel oficial de aniversario. Los otros expositores fueron: Enrique Pino, Pablo Sandoval, Omar Baeza, Aliro Delgado, Marcos Vargas, Héctor Zamora, Manuel Murúa, Patricio Madera, Eduardo Carvajal, Francisco Hernández y Rodrigo Pérez.

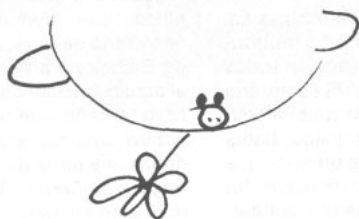
En Suecia ¡hay! también, algunas hadas madrinas:

Joan Stewart, agente de la revista; Alicia Maldonado, encargada de la librería *Araucaria*, y Gilda Kasten, propietaria de la librería Cono Sur. No faltan, además, los ángeles guardianes: el equipo del Centro Víctor Jara.

Mientras tanto, llegaban saludos a la redacción madrileña de la revista. Mensajes de todas partes: de Mario Benedetti, de Luis Cardoza y Aragón, de Raúl Larra, de Casa de las Américas, del Instituto Alejandro Lipschütz, de la Sociedad de Escritores de Chile. Eduardo Galeano, colaborador habitual en nuestras páginas, nos envió un saludo en su ya clásico estilo:

ARAUCARIA: Género de coníferas de gran tamaño (Familia araucariáceas). Revista chilena de pequeño tamaño, pero de gran altura y de ramas muy extendidas (Familia latinoamericanáceas).

el mundo



De Chile se amontonaban las cartas o los simples mensajes: Juvencio Valle, Omar Lara, Francisco Coloane, José Balmes, Gracia Barrios, Nemesio Antúnez, Humberto Díaz Casanueva, Gonzalo Millan, Miguel Lawner, Mónica Echeverría, Fernando Castillo Velasco, Soledad Bianchi, Esther Matte Alessandri, Teresa Hamel, Eugenia Echeverría, Fernando Jerez, Ariel Dorfman, Jorge Montealegre, Ramón Díaz Eterović, Diego Muñoz Valenzuela, Carlos Ossandón, Sergio Muñoz

Riveros, José Román, Jorge Barros, tantos otros. De Clodomiro Almeyda, Luis Maira, Antonio Viera Gallo, Patricio Hales. De Valparaíso recibíamos el saludo de quien ha probado (como Juvencio y otros chilenos verdaderamente grandes) que después de los ochenta años se empieza a tener un corazón y una inteligencia cada vez más jóvenes: Carlos Hermosilla Alvarez. Nos desea que «la salud y la sacrificada paciencia» nos amparen, y nos dedica la siguiente.

Letanía por Araucaria Frontera

*Frente a los vientos del sur
 ha surgido la Araucaria
y su ramaje cantó.*

*Frente al fragor del eolo
 ha surgido la Araucaria
con su misterio se abrió.*

*Frente a serial de volcanes
 ha surgido la Araucaria
y con su tronco desafió*

*Frente a los lagos absortos
 ha surgido la Araucaria
su filigrana trenzó.*

*Frente a helados torrentes
 ha surgido la Araucaria
su verde oscuro alumbró.*

*Frente a la nieve dormida
 ha surgido la Araucaria
lento fuego la nutrió.*

*Frente a la voz de las tormentas
 ha surgido la Araucaria
y su corteza acorazó*

*Frente a la fluidez de los canales
 ha surgido la Araucaria
por sus meandros vagó.*

*Frente al hombre de Araucanía
 ha surgido la Araucaria
con su clamor se desangró*

*Frente a la cara de la Antártida
 ha surgido la Araucaria
con su esbeltez se eternizó.*

Carlos Hermosilla Alvarez

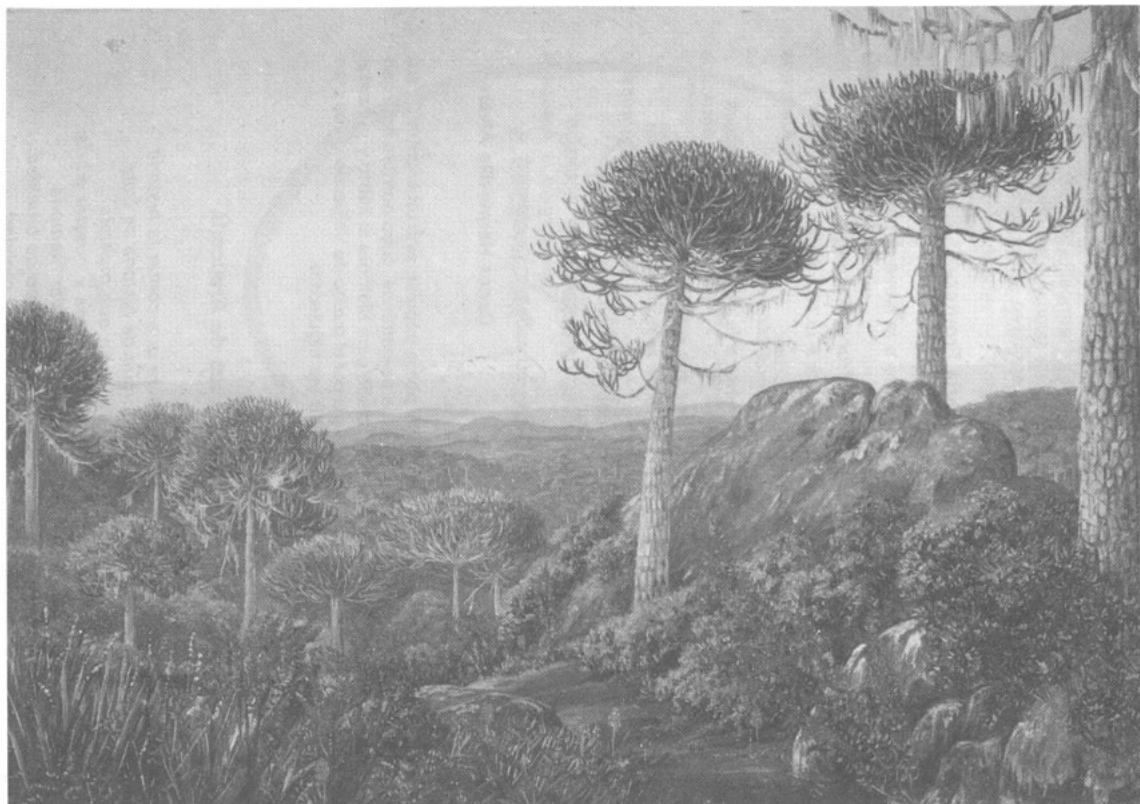
No es el único que se acuerda de nosotros en Valparaíso, ni el único que, recordándonos, decide escribir para la ocasión algunos versos. Es un poeta popular que se firma *Pedro Pescador*, de quien sospechamos que ni es pescador

ni poeta popular, sino un escritor de cultos pergaminos, cuyo nombre está asociado para siempre al llanto y la nostalgia por el puerto de Valparaíso. Nos mandó las siguientes

Décimas por los diez añitos de Araucaria

*Señores denme permiso,
para que en esta ocasión
cantándoles mi canción
pueda pasar un aviso.
Se trata de un compromiso
que tenemos a la vista:
saludar a la revista
que está cumpliendo diez años,
a la manera de antaño
será mi elogio de artista.*

*Habrá que contar la historia
porque de historia se trata,
del exilio que maltrata
nuestra pena y nuestra gloria.
Para conservar memoria
de este tiempo de crueldad,
bien haiga la realidad
escrita con entereza
y por eso de la empresa
yo cantaré la verdad.*



Bosque de araucarias chilenas. Cuadro pintado por la inglesa Marianne North en 1884-85.

Muchos años anduvimos
cada uno peregrinando
uno escribiendo o cantando
con tan diversos destinos.
Sin encontrar un camino
para poder reunir
la historia que al porvenir
le entregue al fin su riqueza
y sacuda la maleza
de lo que habrá que decir.

Fue entonces que un grupo humano
—pues de esto también se trata—
se dio a la tarea grata
de juntarnos mano a mano.
Fue así que unidos temprano
construyeron una lista
de gentes que en la revista
podían colaborar
y unidos estructurar
esta tarea de artistas.

Comité de redacciones
y correctores de prueba.
Representante que pueda
asumir los papelones.
Director que en ocasiones
también se muestre severo
diagramador nada austero
para enfrentarse a la imprenta
que diagrama por su cuenta
si no se le aplica un suero.

El problema de la errata
me pone pelos de punta,
ni que fueran de la junta
¡siempre metiendo la pata!
Merecen una bravata
o talvez un pellizcón,
quizás un buen coscorrón
a la manera de antaño
por causar tanto daño
a la buena redacción.

Olvidos hay, necesarios,
porque en toda mente humana
el motor se queda en pana
en variados puntos varios.
Ausentes voluntarios
y olvidados al revés,
toco un punto que talvez
vaya a sacar muchas chispas,
¡a quien le pique la avispa
que me lo cuente después!

Problema de suscripciones
esto ya parece broma,
está en estado de coma
con muchas contradicciones.
Enfermo que vive y come

no va para el cementerio,
cómo hallaremos remedio
para este mal que yo creo
ya no es culpa del correo
sino del famoso tedio.

En fin, con todo señores,
a pesar de los matices,
en cuarenta y dos países
ya tenemos suscriptores.
Pero si bien los lectores
se deben contar por miles,
hace falta que aquí en Chile
se nos ensanche la lista
para que al fin la revista
por tierra derecha enfile.

Porque ha de saber la gente,
que para vender productos,
se necesita el conducto
que pase por un agente.
Esto yo lo hago presente
porque figúrese Usted,
que esta tarea en la que
gastábamos varios miles
se la encargamos en Chile
¡al agente Pinochet!

Aquí en la Televisión,
mostró una vez la criatura
diciendo con cara dura
que es como la sedición,
tiene toda la razón
y como no se equivoca,
se corrió de boca en boca
y sin razones sectarias,
que existía Araucaria
publicación como hay pocas.
¡Así es que a escribir, niñitos!
no se queden en las huinchas,
aquí el que no pica, pincha
aunque no sea erudito.
Si tribuna necesito
para expresar mi inquietud,
breve llovizna o alud
aquí la puerta está abierta,
la pregunta y la respuesta
producen buena salud.

Que se acerquen los pintores
también los linotipistas,
estudiantes, folkloristas,
carpinteros y doctores.
Los adultos, los menores,
emigrantes, jubilados,
exiliados, allegados,
gente a punto de volver,
aquí los queremos ver
solitos o acompañados.

*Al fin levanto mi copa,
por el equipo araucario,
por su décimo cumpleaños
que a tanta gente le toca,
que se saquen la bicoca,
yo me sacaré el sombrero,
porque saludarles quiero
con la mayor reverencia
y que sigan con su ciencia
por muchos años, espero.*

*Una cosa, al terminar,
que no quede en el tintero,
es un deseo sincero
que no quisiera olvidar.
Quiero yo preconizar
de que el once aniversario
de todo este silabario
lo hagamos con un desfile,
en nuestro querido Chile
sin milicos carcelarios.*

Pedro Pescador

Con muy pocos días de diferencia, dos ciudades más se sumaron a los festejos por los diez años de la revista: Colonia y Moscú. En la primera (República Federal Alemana), actuaron Margarita Pastene y Raúl Ugarte, y estuvieron presentes dos conjuntos musicales: Ortiga, el excelente grupo vocal de jóvenes chilenos, y el Argus, formado por jóvenes alemanes de la ciudad de Bremen. El reconocimiento a los innumerables artistas e intelectuales que colaboraron con Araucaria se materializó en un homenaje rendido al músico Gustavo Becerra, actual profesor en la Universidad de Oldenburg, que estaba presente en el acto. Ante las cercanas cuatrocientas personas que se habían congregado en el salón principal de la Universidad de Colonia, ofreció la intervención central el periodista Luis Alberto Mansilla, miembro del equipo de redacción de la revista, quien se encargó de definir el perfil y objetivos de la publicación. Esto fue el 16 de junio. Cuatro días antes se había realizado una velada similar en la Casa de la Amistad, en la avenida Kalinin de Moscú, ciudad donde los nuevos tiempos han simplificado quizás el ritual de las manifestaciones, sin quitarles un adarme de solemnidad. Participaron diversas personalidades soviéticas: Yuri Zurovsev, secretario de la Unión de Escritores, los críticos literarios Valery Zerkov y Lev Ospovat y el poeta y traductor Pavel Grushko. Cantó temas chilenos y latinoamericanos Elida Calvo, y el director Volodia Teitelboim leyó el texto «Vendaval del viento sur» aludiendo al propósito de **Araucaria** de enraizarse, alguna vez, en su propio suelo, conforme a lo que Neruda decía en relación con su deseo de na-

cer de nuevo: «*Si tuviera que nacer mil veces / allí quiero nacer, / cerca de la araucaria salvaje, / del vendaval del viento sur...*»

Otras ciudades se preparan para tomar el relevo. París, donde la asfixia por momentos intolerable que provoca la ola de chovinismo y xenofobia, no merma —queremos creerlo— la voluntad de expresión de los chilenos; Roma, si los lectores y amigos de **Araucaria** de la ciudad deciden que el combate con Atila-Pinochet bien merece despertarse, aun antes de oír el graznido de los gansos; y desde luego Barcelona y Madrid, que tienen en esto una cita de honor.

De donde apenas nos llegan ecos es de América Latina. Curioso destino el nuestro en este terreno. Revista chilena con una fuerte vocación latinoamericana si la hay, **Araucaria** logra en el continente sólo guiños ocasionales, saludos esporádicos, apoyos más o menos lejanos, que tienen siempre un nombre y apellido precisos: Virginia Vidal en Venezuela, Fernando Ostornol en México, países donde en alguna época dorada la revista tuvo una fuerte implantación. Hoy ya no. En otras partes la tarea de sus chilenos residentes de descubrirla está postergada hasta una época en que quizás la posibilidad de descubrimiento se haya tornado ya enteramente inútil.

Dos saludos especiales que nos honran: del Partido Comunista de Chile y de la Central Única de Trabajadores.

Entretanto, nuevos mensajes. De Fernando Alegría, Enrique Kirberg, Juan Loveluck, Jaime Concha, Pedro Bravo Elizondo, Grinor Rojo, Pedro Gutiérrez Revuelta, Juan Armando Epple. Los chilenos que viven en el vientre de Leviatán se muestran más sensibles que aquellos

que, habitantes de la América Central o Sudamérica, viven sin embargo el enfrentamiento diario, aunque desde el exterior, con el monstruo. Cartas del Canadá, de Italia, República Democrática Alemana, República Federal Alemana, Checoslovaquia, Francia. Antonio Skármeta, Antonio Leal, Jorge Soza, Sergio Villegas, Osiel Núñez, Miguel Rojas Mix, Agustín Olavarría, Eduardo Labarca, Víctor Farías, Oscar Castro, Sergio Vesely. Tantos nombres más.

Alguien nos saluda en persona, aprovechando su paso por Madrid: Isabel Allende.

En Chile escriben sobre nuestros diez años: Poli Délano en *La Epoca*, Pamela Jiles en *Análisis*, Carlos Cerda en *Ictus informa*, alguien innominado en *Apí*.

Desde Cuba nos saludan chilenos y cubanos: Fernando García, Hilda Riveros, Mireya Latorre, Nelson Villagra, Víctor Casaus, Pablo Milanés, Roberto Fernández Retamar.

Un corresponsal nos escribe desde Inglaterra y engalana su saludo agregando versos de un bello poema de María Eugenia Bravo: «*Yo tengo una araucaria en Villarrica / alta como una catedral verde / y tengo en mi corazón una araucaria azul / para mecer las esperanzas*». Inglesa es también, en fin, la correspondencia que nos trae los aportes de nuestra directora ceremonial de Londres: las fotografías que muestran la asombrosa avenida de araucarias del parque de Bicton, en Devon, y la notable «historia personal» que ahora publicamos.

MARISOL TELLEZ

Historia personal de la Araucaria

Viajeros, escritores, poetas y periodistas, han descrito a la Araucaria en un tono un poco grandilocuente, como a un «solemne monarca de remotas edades..., árbol de silueta elegante, endurecida y orgullosa..., árbol heráldico de los araucanos y símbolo de resistencia..., árbol de las nieves y las tormentas»,... etc. etc. Lo cierto es que la forma del pino es muy singular; quienes lo han visto una vez no lo olvidan más.

Es éste el tema del cual quiero contar algunas cosas: la historia de este pino chileno, de su lugar de origen y significado regional, de su curioso secuestro, y desarrollo en Gran Bretaña, y también acerca de su valor simbólico en el pasado y el presente.

La Araucaria es un árbol, un árbol originario del cono Sur de América, de la

Cordillera de los Andes, de la provincia de Arauco. Su nombre científico: *Araucaria Araucana*; su nombre autoctono: Pehuén.

En los espacios abiertos los ejemplares desarrollan coronas enormes con grandes ramas que bajan cerca del tronco hasta casi tocar el suelo. En los bosques, los árboles pierden las ramas inferiores y presentan un tronco delgado y alto. La corona tiene el aspecto de una cúpula redondeada o bien aplanada, tomando una forma que recuerda la de un candelabro de muchos brazos.

La araucaria es probablemente la especie más notable de la flora chilena. Es una conífera primitiva. Las coníferas constituyen las plantas más grandes del mundo y también las más antiguas. Fueron la especie dominante en la época de

los grandes reptiles. Muchas de ellas fueron desapareciendo, en especial las variedades más primitivas, y las que sobreviven representan por lo tanto fósiles vivientes. La familia *Araucariaceae* consta del género *Araucaria* y éste incluye por lo menos quince especies de árboles, todos de hoja perenne y confinados en el hemisferio Sur: regiones del Brasil, Nueva Zelandia, Australia y Chile. La variedad chilena es la más antigua de todas; sus orígenes se han estimado en doscientos millones de años, período en el cual no ha sufrido cambios.

Su habitat natural es la Cordillera de los Andes, entre los ochocientos y los dos mil metros de altura, y allí crece en los suelos rocosos de origen volcánico (entre los volcanes Antuco y Lanin). También se la encuentra en un estrecho montañoso de la Cordillera de la Costa, ahora parque nacional, sitio que identificamos en la clase de geografía como «la única parte continuada de la Cordillera de la Costa»: la Cordillera de Nahuelbuta, que la suerte me hizo conocer durante mis inolvidables veraneos juveniles en el Lago Lanalhue.

El pino *Araucaria* debe ser pues considerado un fósil viviente, sin duda la especie más antigua de la flora chilena. De su nombre nativo «pehuén», deriva el de los antiguos pobladores de la región, «pehuenches» o *gente del pehuén*, mapuches de la región cordillerana que acostumbraban a consumir su fruto.

La *araucaria* es una planta unisexual, la única diferencia visible está en los conos. Los masculinos son pequeños y de color café, los femeninos son grandes, de hasta veinte centímetros de diámetro y de color verde. La polinización ocurre a través del viento. Después de un año y medio, cada cono produce entre ciento veinte a ciento ochenta piñones, de cuatro y cinco centímetros cada uno, que es el fruto del pehuén, y que ha sido y es un alimento muy apreciado por los habitantes de la zona, en particular por los que quedan aislados del valle central en los meses de invierno. La cosecha del piñón se hace durante el otoño y, cuando ella no es suficiente, se organizan grandes expediciones a sitios lejanos para procurárselo. Lo almacenan para los meses de invierno y luego lo comen, igual que las castañas, hervido o

tostado. Siempre lo tienen a mano, para ofrecerlo a los visitantes como una muestra de hospitalidad.

La costumbre de comer piñones existía antes de la llegada de los españoles. P. Mariño de Lobera (1528-94) escribió: «Hay tantos de esos árboles en estos bosques, que pueden alimentar a toda esta gente, que hacen con ellos pan, vino y estofados» ...Mucho más tarde, María Graham en su *Diario de mi residencia en Chile*, publicado en 1982, se refirió sin nombrarlos, a los grandes bosques de pinos que existían en la Cordillera de los Andes, entre Concepción y Valdivia. En 1884, otra inglesa, exploradora, botánica y pintora, cuando la fotografía era apenas incipiente y las mujeres no viajaban solas, emprendió el último de sus viajes, esta vez a Chile, con el exclusivo objeto de pintar el único de los grandes árboles existentes en la naturaleza que ella aun no había pintado, la *araucaria*.

Fue en plena Cordillera, en la reserva de Pedregoso, cerca de Lonquimay, provincia de Malleco, donde un grupo de médicos y profesionales llegó no hace muchos años con el objeto de investigar los grupos sanguíneos en la comunidad. Observaron la falta de incidencia de bocio entre los pobladores y de esta observación surgieron nuevos trabajos de investigación. Uno de ellos fue el tema de mis tesis: estudiar la influencia del piñón de la *Araucaria araucana* en la aparición del bocio. Durante dos y hasta tres años estuvimos experimentando con dietas con y sin piñones, con y sin yodo, con piñones cocidos y crudos... Recibíamos sacos de piñones que nuestros colaboradores hervían en grades ollas, tal cual venían, o bien, a veces, los pelábamos hasta convertirlo en harina.

Los resultados indicaron que la dieta de piñón era un factor importante asociado al factor principal, la carencia de yodo con la cual interactuaba, de tal modo que su efecto no se corregía por la simple adición de yodo a la dieta. Surgieron nuevas preguntas que quedaron sin responder. Mi tesis terminó, pero no mi contacto con la *araucaria*.

Muchos años más tarde, en un lugar tan lejano como Aberdeen, me encontré una noche extraña con la presencia inquietante y familiar de una *araucaria*.



Avenida de araucarias en el Bicton College of Agriculture, Devon, Inglaterra.
(Foto Marisol Téllez).

Cuando pregunté su nombre, me dijeron: *Oh, this is the «monkie puzzle tree»*, con tal decidida expresión de posesión que me quedé con la desagradable sensación de que me habían arrancado algo que me pertenecía.

¿Cómo y cuándo llegó la araucaria a estas tierras tan distantes y distintas? Poco a poco, junto con acostumbrarme a su imagen familiar en los antejardines de las casas inglesas, he ido reconstruyendo su historia. No sólo tengo un ejemplar en la esquina de la calle donde vivo; en la ruta a mi trabajo me saludan cada día al menos una media docena.

Cuenta la leyenda que el nombre popular inglés deriva de cuando el orgulloso dueño de uno de los primeros ejemplares, en Cornwall, se lo mostraba a sus amigos, comentando: *«It would puzzle a monkey to climb the tree»*. *... Y desde entonces la expresión quedó incorporada al lenguaje común para describir a la araucaria. Hoy no hay nadie, joven o adulto, que no sepa identificar *monkey puzzle tree*.

Los primeros ejemplares llegaron a Inglaterra en 1796. La fecha tan precisa se conoce porque fueron traídos por Sir Archibald Menzies, médico de la expedición de Vancouver en el Océano Pacífico. Estando la expedición frente a las costas de Chile, el gobernador invitó a todos los oficiales y a la tripulación a una cena en tierra. En la mesa y a la hora de los postres se sirvieron piñones. A Menzies le gustaron mucho, y aunque le dio vergüenza confesarlo... ¡se guardó unos pocos en su bolsillo! Durante el viaje de regreso, los puso bajo una campana de vidrio y al llegar a las costas de Europa tenía cinco pequeños ejemplares de araucaria, que presentó de regalo a su amigo el botánico Joseph Banks. Banks plantó uno en su propio jardín y los restantes los entregó a los Royal Botanical Gardens en Kew. De estos ejemplares originales se sabe que uno de ellos, el único que fue sacado a tiempo del invernadero, sobrevivió hasta 1892. Al comienzo habían pensado que la especie era muy tierna. En 1822 y en 1837, llegaron nuevas remensas de semillas y la especie se

hizo muy popular hacia 1840. La araucaria prosperó sorprendentemente bien y se convirtió en gran moda de los jardines de los suburbios en la época victoriana. Se plantaron muchísimos ejemplares, no sólo en casas particulares sino en parques y jardines botánicos. En los jardines botánicos de Kew existen por lo menos una docena de ejemplares, algunos altos y antiguos y otros muy nuevos. Pero, tal vez lo más interesante y hermoso sea la avenida de araucarias, que yo creo es única en el mundo. Está a la entrada del College of Agriculture, en el pueblo de Bicton, en Devon.

Bicton está ubicado en una zona de gran belleza natural, en East Devon. Toda el área esta llena de tradiciones agrícolas y maríneas. El principal marino de la Reina Elizabeth I, Sir Walter Raleigh, nació y vivió en esta zona. Aunque el parque de Bicton está ahora separado del College of Agriculture, anteriormente pertenecía al mismo conjunto. A la entrada se encuentra la inesperada y magnífica avenida de araucarias, que contiene cerca de cien ejemplares, árboles antiguos y nuevos. Los originales se plantaron en 1843 y por eso los especímenes más grandes de Gran Bretaña están allí: uno de ellos tiene alrededor de treinta metros de alto y otro cerca de cuatro metros de circunferencia. Una visita a este parque es una inolvidable experiencia.

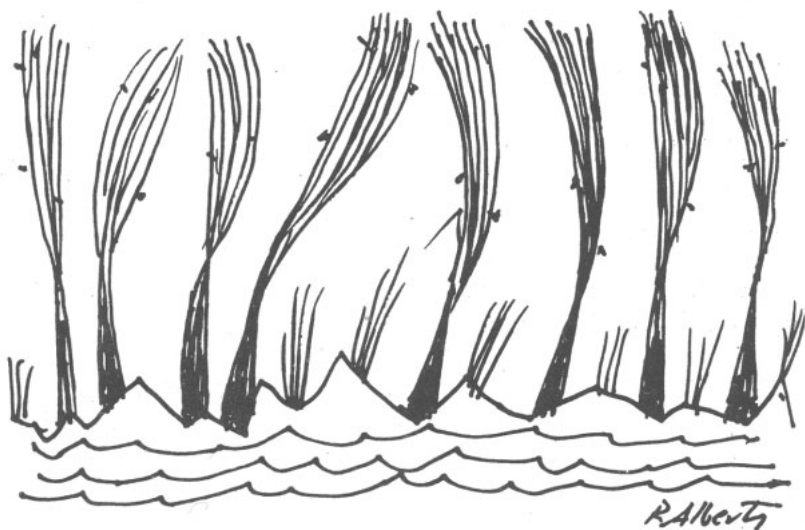
La araucaria chilena está tan incorporada al paisaje inglés, que su imagen no sólo aparece en postales oficiales de Kew Gardens, junto a otras plantas exóticas; la menciona Virginia Wolff en uno de sus libros, y en la Tate Gallery la encontramos muy discreta, al fondo de un paisaje inglés, en un cuadro reciente de D. Ingshaw. Resulta tan natural como cuando la pintó Pérez Rosales en 1851 en «Paisaje de Valdivia», o cuando Neruda habla de ella en más de alguno de sus poemas:

*«El alto invierno besa tu armadura
y te cubre de labios destruidos
la primavera de violento aroma
rompe su red en tu implacable estatua
y el grave otoño espera inútilmente
derramar oro en tu estatura verde.»*

* «Este árbol dejaría perplejo al mono que quisiera trepar por él».

Araucaria recibió como nombre esta publicación, que se ha convertido en nexo, en punto de encuentro para tantos chilenos. El título nos habla de aquel pino resistidor y perenne, y el símbolo es

apropiado. Representa a todos los chilenos que resisten enraizados en tierras extrañas, y también a los que en la propia tierra luchan, endurecidos y orgullosos, contra la adversidad y la tormenta.



Varia intención

«DOCUMENTA 8» Y EL ARTE SOCIAL

Entre el 12 de junio y el 20 de septiembre de este año, la ciudad de Kassel. RFA, abrió sus puertas a la octava exposición internacional conocida con el nombre de *Documenta*.

Documenta nace en 1955 por iniciativa del profesor Arnold Bode. El proyecto de Bode proponía la realización de una exposición cada cuatro años cuyo propósito fuera «documentar» lo ocurrido en el mundo de la plástica en ese lapso de tiempo. Alemania había estado prácticamente aislada de la vida artística durante los doce años que Hitler había permanecido en el poder (1933-1945) y corría ahora el peligro de que el expresionismo alemán, que se había iniciado precisamente durante ese negro período, quedara relegado de las páginas de la Historia del Arte.

El edificio principal en el cual se realizan las exposiciones es el museo Friedricianum, construido entre 1769 y 1779 en estilo neo-clásico. El Friedricianum, llamado originalmente Museo Nacional Hessens, tiene la particularidad de ser el primer museo proyectado y edificado como tal. Del antiguo edificio, sólo la fachada resistió los embates de la segunda guerra mundial; entre los restos se levantaron modernas salas que pueden ser adaptadas según las necesidades de las distintas exposiciones. Al Friedricianum se suman la Orangerie, construida durante la primera década del siglo XVIII y la Neue Galerie de 1870, que es el museo de Arte de Kassel.

Documenta 1 se realizó en 1955 y estuvo enfocada en el desarrollo del Arte moderno del siglo XX, haciendo hincapié en los artistas alemanes. «Kunst des XX. Jahrhunderts» fue el tema de esta primera exposición y contó con la participación de los grandes consagrados

de esos años: Picasso, Chagall, Mondrian, Miró, etc.

Documenta 2, en 1959, tuvo por tema «Kunst nach 1945» y podría definirse como una muestra del Arte de la Post-guerra con acento en las nuevas corrientes: el espontaneísmo y el arte formal. Entre los exponentes Jackson Pollock ocupaba un lugar destacado; también estuvieron presentes Jean Dubuffet, Herbert Wols, Vasarely y otros.

Documenta 3, en 1964, pretendió cumplir con los objetivos originales planteados para estas exposiciones; sin embargo no pasó de ser una nueva retrospectiva del último siglo con una amplia muestra de los «grandes» de ese tiempo: Pollock, Rauchenberg, Hundertwasser, Jorn y Vasarely.

Documenta 4, en 1968, se vio sacudida por una crisis económica y por fuertes críticas hacia la calidad de la exposición. Se dijo que los organizadores se habían dejado impresionar más por el aspecto formal y la monumentalidad de las obras que por el contenido de las mismas. También se criticó la desproporción de la representación de los distintos exponentes. Como sea, *Documenta 4* tuvo el sello de los norteamericanos con sus gigantescas ilustraciones-pop y de las corrientes llamadas «post-painterly abstraction» y «minimal-art».

Documenta 5, en 1972, fue un abanico de corrientes y movimientos: pintura y escultura tradicional, realismo socialista, ciencia ficción, etc. etc. Lo interesante de la muestra fue precisamente el encuentro de las distintas corrientes, el arte conceptual y el neo-realismo o hiperrealismo.

Documenta 6, en 1977, se centró en los medios de comunicación aparecidos en los 70 y reflejó el principio «l'art pour l'art» que se impuso en esa década. El principio se basaba en la percepción in-

dividual guiada por los sentidos; un arte de, por y para el arte.

Documenta 7, en 1982, estuvo dedicada por una parte a los consagrados, especialmente minimalistas y conceptualistas, y por otro, dio espacio a la pintura figurativa neo-expresionista. También fue notoria la participación del alemán Josef Beuys, quien en un acto «ecologista», instaló 7.000 piedras frente al Fridericianum; éstas representaban 7.000 robles que serían plantados en Kassel, el último de los cuales fue plantado en la ceremonia inaugural de la octava *Documenta*.

Documenta 8, 1987, fue el año de la octava *Documenta* que, a diferencia de las anteriores, tuvo amplio predominio de instalaciones y esculturas, reservando un lugar bastante discreto a la pintura. Asimismo, en contraste con la dinámica de las exposiciones tradicionales, en las que las obras son trasladadas a un espacio artificial y provisorio, en esta oportunidad el artista creó su obra en un espacio que le fue concedido previamente; el espacio pasó a ser parte de la obra, o de la escenografía. Desde luego, la premisa no se cumple estrictamente en todos los casos, pero es la tónica de la muestra que, aparte de los locales de exhibición, se extendió por Kassel instalando obras en lugares públicos, haciendo partícipe a toda la ciudad del acontecimiento artístico.

El tema propuesto para esta *Documenta*, según señalara Manfred Schneckeburger en su presentación de la exposición, fue «dimension histórica y social del Arte». La intención era mostrar un arte partícipe del acontecer social, un arte que, siendo presente, reflejara el pasado histórico al mismo tiempo que propusiera modelos para el futuro; un arte, en fin, que asumiera con seriedad su contexto social y lo denunciara. Arquitectos y diseñadores son invitados, por primera vez, a participar en *Documenta*. Doce arquitectos, la mayoría con experiencia en la proyección de museos, presentaron proposiciones al tema «el museo ideal».

El arte de video estuvo representado, entre otros, por el coreano Naim June Paik quien presentó «la voz de Beuys», homenaje al artista alemán Joseph Beuys, desaparecido el año pasado. Lla-

mó también la atención la instalación de 27 monitores de la belga Marie-Jo Lafontaine (1950). «Las lágrimas de acero» era el título de la instalación y mostraba a un hombre joven en una sección de pesas en un gimnasio. Imágenes y sonidos mostraban el joven frente a un gran espejo, como suele haber en tales gimnasios, haciendo un esfuerzo vital por alcanzar el ideal físico: hombre físicamente perfecto, raza ideal, prototipo de la Alemania de Hitler.

La primera gran instalación que encontraba al espectador al entrar en el Fridericianum era «Continuidad» de Hans Haacke (1936); la obra era una denuncia a la inmoralidad del Banco Alemán. La instalación consistía en un enorme marco azul de 5,00 x 3,00 con un guión diagonal al centro —el logotipo del Banco Alemán— más una monumental estrella luminosa rotatoria, símbolo de la Mercedes Benz, colocada al centro del canto superior del marco. El marco encerraba una fotografía iluminada de un funeral de un negro asesinado en África del Sur. Ocho letreros reproducían una declaración del Banco que decía «No estamos dispuestos ni estamos en condiciones de hacer demandas políticas, porque si así lo hicieramos con África del Sur, tendríamos que hacerlo también con muchos otros países y empresas con las que tenemos relaciones comerciales. Esta no puede ni debe ser nuestra tarea».

Mientras Haacke mostraba la posición racista de la Mercedes Benz y su accionista principal, el Banco Alemán, Ange Leccia presentaba un reluciente Mercedes azul modelo 300 CE con el título «Seducción» (con el beneplácito del fabricante se entiende). Leccia propone el Mercedes como un *readymade*, con la misma intención que lo hiciera Duchamp en 1914 con un secador de botella. Como sea, no dejan de ser sugerentes ambas posiciones frente a un mismo objeto.

Entre los pocos participantes cuyos trabajos tenían vínculo con la pretendida dimensión histórica y social estaba el norteamericano Robert Morris (1931), presente con tres enormes planchas de aluminio en las que había trabajado con color fotos de los campos de concentración nazi; enmarcando las planchas había relieves de osamentas humanas

trabajados en hierro fundido y fibra de vidrio. Otro norteamericano, el guitarrista punk Robert Longo (1953) presentó la ambivalente relación entre vida y muerte, poder, técnica y placer del mundo occidental en su instalación mural de 9 m de largo «Samurai Overdrive» y «All you Zombies», un monstruo de estatura sobrenatural compuesto de chatarra y bronce fundido.

Una de las obras que más impresionó por reflejar precisamente la dimensión histórica y social del arte fue el tríptico «1+1+1» del chileno Alfredo Jaar (1956). La obra consistía en tres fotografías de 1,00×1,00 m ubicadas a algunos centímetros del suelo y separadas entre sí por una distancia de unos 50 cm. A igual distancia y acostados sobre el suelo, tres marcos dorados del mismo tamaño de las fotografías. Las imágenes mostraban pies desnudos, piernas y medios cuerpos de niños y hombres pobres que representaban la realidad social y los marcos, el arte. El primer marco estaba vacío; el segundo, lleno de marcos dorados más pequeños con un diminuto espejo en el centro; el tercero encastraba un espejo que reflejaba la imagen que colgaba en la pared. La primera parte del tríptico, esto es una foto más el marco vacío, representa el Arte que carece por completo de relación con la realidad social; la segunda parte mostraba el Arte que sólo se relaciona consigo mismo y se refleja apenas a sí mismo; la tercera parte mostraba el Arte que está consciente del entorno social y se compromete con él.

Cabría quizá hacer un pequeño comentario respecto a esta dimensión social del Arte. Parecía muy arraigada la concepción de un arte al servicio de sí mismo, con objetivos dentro de su propio marco; un arte, en fin, lo más «intelectual» posible, elitista accesible prácticamente sólo a los iniciados. La concepción es válida, pero mientras corresponda a uno de los momentos del acontecer plástico y no se transforme en el único. Está también el momento histórico social que exige formas de expresión propias; esto no significa, claro, que la calidad sea inferior o menos «artística»; un determinado momento histórico que exige la participación y el

compromiso de toda la sociedad, no dispensa al artista de asumir el papel que le corresponda.

Ximena Area

140 AÑOS DEL HIMNO NACIONAL DE CHILE

Nuestra habitual mala memoria para rendir homenaje a los héroes que no le tuvieron miedo a la salida revolucionaria a los problemas del país (v.gr.: Lastarria, Bilbao, Arcos, etc.) no debe ser óbice para recordar a Eusebio Lillo (1826-1910), que hace 140 años escribió la letra del Himno Nacional de Chile. Ese fue el claro poeta que a los dieciocho años, junto con Francisco Bilbao y otro patriotas chilenos, expesó su dolor ante la tumba de Infante, el auténtico abolicionista de la esclavitud, con una *Elegía* en que auguraba:

«Las páginas brillantes de la historia con signos indelebles su memoria a siglos venideros guardarán.»

La participación de Lillo en la Revolución de 1851, le valió el destierro a Chiloé. La pena de muerte le fue conmutada por el traslado al Perú. Más tarde se iría a Bolivia. Allí reveló sus dotes de economista y organizador de la gran industria. Fundó el Banco de La Paz y contribuyó al desarrollo de la industria minera y empresas de ferrocarriles de Bolivia¹.

Cuando retornó a Chile, prosiguió su labor de periodista en *La Patria*, de Valparaíso. El poeta había sido en su juventud redactor de *La Barra* y *El Timón*. Más tarde sería intendente de Curicó. Su compromiso político se ve claramente reflejado cuando asume el cargo de ministro del interior en el gobierno del presidente Balmaceda. A Eusebio Lillo le cabe el trágico honor de ser el asombroso depositario del Testamento Político del Presidente mártir.

Eusebio Lillo revela en su poema titu-

¹ Figueroa, Pedro Pablo: *La intelectualidad en Chile*, Imprenta de La Ilustración, Santiago, 1908.

lado *Himno a 1810* su visión de la historia y su compromiso patriótico:

*«En tu tiempo mostráronse valientes
mil héroes de este suelo americano»*

*«Ni al seductor halago ni a la muerte
esas almas enérgicas cedían;
en la feliz o contraria suerte
sólo ser libres o morir querían».*

El poeta se pregunta qué hemos hecho «de esas libertad que nos legaron» los fundadores de la patria y exclama airado:

*«¡Indolentes! nos hemos conformado
con vivir sin señores ni reyes;
pero hemos ¡miserables! conservado
los códigos sangrientos de sus leyes».*

Con amargo humor expone una situación que clama por un remecimiento de la conciencia nacional:

*«Nuestros padres negaron vasallaje
y combatieron a un tirano injusto
y hoy a nosotros ¡hombre sin coraje!
cualquier vil tiranuelo nos da susto».*

Acaso con la legitimidad que le dio una vida consecuente, Eusebio Lillo puede, en amarga afirmación, invocar a los héroes:

*«No hierve vuestra sangre en nuestras
[venas
y bien pueden alzarse los tiranos;
pues tal vez ya no habrá almas
[serenas,
dispuestas a sufrir por sus hermanos».*

Cuando cantemos en cualquier rincón del planeta ese himno en el que inevitablemente se alzan las voces al entonar «que la patria será de los libres o el asilo contra la opresión», pensemos en el poeta que dedicó su vida al esfuerzo de alcanzar el poder para ejercerlo en beneficio de todo su pueblo.

Virginia Vidal

RAUL LEIS: UN TEATRO DE NUESTRA AMERICA

Sociólogo, periodista y educador popular, Raúl Leis Romero es por añadidura dramaturgo. Compañero de correspondencia ya hace algunos años, nos interesamos por su producción dramática cuando leímos en *Conjunto*, la revista de teatro cubana, su obra *Viene el sol con su sombrero de combate puesto*. Escrita en pleno auge de las conversaciones entre Panamá y Estados Unidos por el nuevo tratado del Canal, presenta la visión histórica del suceso que transformaría el país centroamericano en «canal», bajo la hegemonía del vecino del Norte. Su obra la incorporamos a nuestra antología editada en México por la Universidad Autónoma en 1982, con el título *Teatro Documental Latinoamericano*.

El desconocimiento de la producción no sólo dramática, sino literaria de los países centroamericanos, hizo obligatoria esta conversación con un hombre «de familia proletaria que creció en la sencillez de la pobreza en una ciudad de paroxismo, una especie de «ghetto de inmigrantes y vaporinos peleándose en las calles de la ciudad caribeña de Colón.» Raúl contestó nuestro cuestionario, pero a la vez me he apoyado en el excelente libro de D.L. Pitty *Letra Viva* (Panamá: Ediciones Formato 16, 1986), en el cual el autor entrevista a veintinueve escritores panameños.

Raúl Leis nació el 12 de diciembre de 1947 en la isla de la Providencia, del Archipiélago de San Andrés, frente a las costas de Nicaragua y perteneciente a Colombia. Su madre es colombiana, su padre panameño. Por ley él también lo es, y porque como lo asegura, a partir del regreso de su madre al istmo, quedó inserto en éste como la garrapata al perro.

Sus trabajos pueden agruparse en tres campos, el sociológico, educación popular y literario. En el primero, ha publicado *La ciudad y los pobres: Las clases sociales en la ciudad transitista; Radiografía de los partidos políticos; Colón en el ojo de la tormenta; Comando sur: poder hostil*. En la actualidad es Director del Centro de Estudios y Acción Social

Panameña y profesor en la Escuela de Sociología de la Universidad de Panamá.

En lo segundo, ha colaborado en los últimos quince años, apoyando el desarrollo de metodologías al servicio de los sectores populares. Tiene escritos *Guía para un Teatro Popular, Comunicación Popular: Teoría y Práctica* (en equipo) y el libro de testimonios obreros *Voces de lucha*.

En teatro ha obtenido dos veces el Premio Miró (1973 y 1981) y el segundo lugar y accésit, de los Juegos Florales. Centroamericanos de Quetzaltenango. *Viaje a la salvación y otros países* fue el premio nacional de literatura Ricardo Miró en 1973; *Viene el sol con su sombrero de combate puesto* (1976); *Lo peor del boxeo*, editada por *Cultura Popular* de Perú 1983; *María Picana*, accésit de los Juegos Florales ya mencionados, en Guatemala 1980; *Lucecita González* (títeres) 1979; *El nido del macúa*, premio nacional de literatura Ricardo Miró, 1981; *Primero de Mayo* editado en 1985.

Llegó al teatro de una manera singular. En Colón no había tradición teatral, pero sí una viva experiencia de cultura popular. Trabajó de obrero de la construcción, vendedor de lotería, cobrador de cuentas incobrables de una mueblería, mago aficionado, etc. Todo esto ligado a una experiencia de militancia popular que explotó el 9 de enero de 1964, cuando las tropas norteamericanas asesinaron a veintidós personas y dejaron quinientos heridos graves, porque los panameños quisieron poner su bandera en la zona del canal.

A los diecisiete años empieza a desarrollar un trabajo comunitario, de barrio, en zonas marginales de la ciudad. Uno de los instrumentos más eficaces es el sociodrama. La primera obra de teatro que ve representada es *Terror y Miseria del III Reich* de Brecht. Esto ocurre a los dieciocho años. La lectura desenfrenada y los sociodramas lo ligan al teatro para siempre. No llega a él por el teatro mismo, sino por la vida dramatizada de la gente, en obras hechas por ellos mismos.

¿Qué significa, para él, ser dramaturgo? Sus «circunstancias» le imponen decir algo. La referencia principal es la vida y no los libros, aunque los textos apoyan. «Soy combatiente de mi tiempo,

y el teatro es una manera de expresar ese combate y ese tiempo. De ahí brotan los temas como manantial, no para regodearse en ellos, sino para *que sirvan*. La literatura no es neutral ni es una actividad libre de valores ideológicos y políticos. Como toda actividad humana está embarrada de cosmovisiones, tomas de partido y opciones. La literatura no es tampoco la quinta maravilla ni el escritor en un superdotado; muy por el contrario, el oficio saca sangre, sudor y lágrimas. En síntesis, la literatura es como una cometa al viento, pero sin objetivo y dirección se convierte en una cometa sin cola».

¿Qué lo impulsa a escribir: el asunto, el lector, la vida? Algo tan vital como lo que me induce a caminar, copular, dormir y despertar. Pero no sólo eso, también están los otros, los demás, la mayoría. Esa gran masa que emana hambre, necesidades, esperanzas y que se levanta, se estira y bosteza y empieza a andar con pasos que sabemos indetenibles y algún día avasalladores. Escribo por las dos cosas, por ellos y por mí. Porque estoy con su causa y porque si no tecleo y no me lleno los dedos de tinta, me desamparo, me incomunico, me aliento, me jodo y me muero.

«Habría que agregar a lo anteriormente dicho, las cinco dificultades para decir la verdad que menciona Brecht: 1. Tener el coraje de escribir la verdad. 2. La inteligencia para reconocerla. 3. El arte de convertirla en arma. 4. La capacidad para seleccionar a aquellos en cuyas manos será útil. 5. La habilidad para propagarla y comunicarla. Surge entonces por esas cinco razones o dificultades, y porque la realidad en estos tiempos es un desafío inmediato. La región en que nos encontramos estalla en los volcanes del conflicto. ¿Cómo estar ajeno? ¿Cómo soñar, sino es con el sentido de la Historia? ¿Cómo no ver, como no reconocer en la gente, en el pueblo, el protagonismo que duerme como un niño en su seno? ¿Cómo no reconocer que los dolores que sufrimos no son de agonía, sino de parto?»

El teatro en Panamá es todavía el menor de los géneros, incipiente. Poca vigilancia del autor nacional y latinoamericano. Mucha tendencia a las obras, norteamericanas, de montarlas antes de

que venga la película o después de ella para arrancar algo del éxito del film. Un teatro nuestro, de nuestra América («Nuestro vino es amargo, pero es nuestro vino», José Martí) parece intuirse, surgir dificultosamente, a tropicones, en estas marañas de alineaciones sin fin.

El teatro no es sólo texto. La obra teatral es una propuesta de acción, que debe ser compartida por los que le van a dar vida (actores, dirección, producción y sobre todo, público). El problema fundamental no es sólo escribir buenas o malas obras, sino cómo hacer funcionar esta propuesta y cómo se alcanza al espectador colectivo. Y el gran problema que atraviesa todo: cómo y cuál es el teatro de nuestro tiempo.

En la dramaturgia panameña se observan tres tendencias: A) El teatro alienante, elitista, de temas intrascendentes o banales. B) El teatro de contenido, con mensajes cuestionadores, pero que llega al público elitista de los ya convencidos; y C) Un teatro de contenido que abreva en lo popular e intenta ponerse en contacto y formar un nuevo público, pero no sólo para ver teatro. Un teatro panameño pasa por el reto de lo popular, la calidad, el mensaje y el objetivo de todo esto. Lo que está claro es que el teatro sólo de entretenimiento o enajenación es sólo «puro» teatro, es decir, teatro que se queda corto, y por lo tanto no es.

Sobre sus proyectos teatrales: «Sólo tengo una obra inédita e in-escénica, sobre la vida de Pedro Prestán, un personaje del siglo pasado, caudillo popular que fue ahorcado por sus enemigos, en complicidad con los norteamericanos (1885, en Colón) y luego acusado de quemar la ciudad. Se supone (leyenda negra) que maldijo a la ciudad de Colón para que se quemara cada veinte o veinticinco años, como venganza. Desmitifico ese hecho a través de la recuperación histórica, y la cultura popular.»

Mientras tanto sigue escribiendo. En 1987 entrega su libro de cuentos *Viaje alrededor del patio* (Cuentos del vecindario). «El teatro es concreto, el cuento permite volar la fantasía y decir cosas irrepresentables. El cuento no necesita más mediación que la del texto. El teatro requiere del grupo teatral y de un pú-

blico que se meta en la sala. Por ahora, por un tiempo, el cuento, la narración, quizá la novela. El teatro, ese viejo amigo remilgoso y exigente está presente, sigue ahí, como la visita en la sala que molesta y no quiere irse. Algún día le volveré a permitir pasar a la recámara y compartir la cama, volver a fornicar. Por ahora no permitiré bigamias. Necesito narrar, contar.»

Pedro Bravo Elizondo

TITULO POETICO DE DOMINIO

Un poeta rinde homenaje a otro poeta. Gonzalo Millán, reciente ganador del premio Pablo Neruda, leyó el texto siguiente en la Sociedad de Escritores de Chile para presentar Título de dominio, de Jorge Montealegre, uno de los más importantes libros de poesía publicados en Chile en el último año.

Ha pasado el tiempo, pero no ha pasado en vano para Jorge Montealegre. El joven ganador del concurso de poesía de Chacabuco a los diecinueve años, siguió ganando premios, hoy tiene dos hijas, viajes en su maleta, y en su bibliografía cinco publicaciones de poemas: *Huiros*, en París el 79; *Lógica en Zoo*, vuelto a Santiago, el 81; *Astillas*, el 82; *Exilios*, junto con Bruno Serrano, el año 83, y recientemente (1986) éste, su *Título de dominio*.

Jaime Quezada ha dicho que el autor junto con otros poetas actualmente treintañeros, pertenece a «una generación presunta»; a la misma que Montealegre ha nombrado como N.N., por su ubicación dudosa, su identidad incierta, sus nostálgico desamparo. Generación abundante, variada y marcada por la represión, el repliegue al silencio y el desbando al exterior. Generación que comparte con las anteriores, pero a temprana edad, en su período formativo, junto con la denuncia del régimen despótico y la protesta por sus despiadadas medidas, el humor y la imaginación renovadora.

Creo que de los diversos grupos y tendencias que componen esta «generación presunta» o N.N., el grupo Tragaluz donde Montealegre se inscribe para su

hacer y publicar, es el que con mayor voluntad y conciencia se propone salvar la brecha que estos últimos trece años han significado para la continuidad poética chilena. Sus contactos y lecturas, su interés por las obras de los poetas de generaciones anteriores, la dispersa y la del 50; la aceptación de la rica diversidad contenida en nuestra tradición, otorgan a los miembros de este grupo, un perfil nítido y distinto ente sus pares. Estimo también que los cuatro libros anteriores de Montealegre, compuestos en su mayoría por textos breves, epigramáticos, de un humor incisivo y lenguaje controlado y justo, preparan y hacen posible la obtención de este *Título de dominio*, definitivo.

El crítico Jaime Concha ha opinado que Waldo Rojas, el que habla, y Enrique Lihn coinciden en una valoración poética de proverbios o dichos expresivos del habla corriente. Tal vez en el origen de esta valoración de la ocurrencia coloquial deberíamos ubicar justiciaramente a Nicanor Parra y en su rotundo y eficaz desenlace a Jorge Montealegre. Porque creo que con este logrado libro la utilización del lugar común alcanza su clímax y toda reiteración futura se hará inevitablemente caricaturesca y manida. Libro de clausura de un procedimiento común, por lo tanto, y libro de superación de otro rasgo compartido por muchos poetas anteriores y contemporáneos, y ahora me estoy refiriendo al caso del aislado poema breve. Lo que consigue Montealegre con estos elementos no es una antología de textos concisos y retraídos como las que tanto abundan, sino una obra. Un poema largo, tan extenso como el libro y acabado cabalmente en su totalidad y en sus detalles. Esto lo consigue mediante la utilización reiterada del fragmento en dos líneas que se trenzan en diálogo hasta su remate final. «Cada uno de nosotros» y «Soy», son las respectivas cabezas de los tachones o tachuelas que afirman la coherente estructura serial del libro. Alternación de lo personal enfatizado paradójicamente por un lenguaje común y de lo social expresándose por una apropiación individual de la historia, el arte y la cultura de masas.

Un libro y un poema santiaguino, de la capital y de su marginalidad precaria. Un poema de todos en las calles pobladas por el terremoto, la inundación o la protesta, y un poema de cada uno, en la soledad egoísta, en la expresión del dolor o en la íntima y liberadora unión con el ser amado. Poema urbano, que con su alegoría poblacional logra incorporar un espacio nuevo para nuestra poesía. El tratamiento de la marginalidad metropolitana puede que quizás sea ya un rasgo generacional. Por ej. Maquieira y Harris acuden a los espacios equívocos y degradados: Hotel Valdivia de Santiago, los prostíbulos de Ormpello en Concepción. Alexis Figueroa al cabaret, *Virgenes del Sol Inn*, y Eduardo Correa al Bar Paradise porteño. Montealegre en cambio reivindica el campamento transitorio, la toma brotada de callampas, la acción a la vez individual y colectiva. Para quien nos rige y vigila: «A vuelo de helicóptero / la ciudad es un plano que se estudia con puntero en Geografía, / un puzzle de paredes / —un flipper— / para ratones desteñidos de laboratorio.»

Para el desamparado, el huérfano, el allegado, el miserable vagabundo, la capital es Babilonia, la Gran Puta, una madre terrible: «La ciudad / es una lágrima de luz negra que se mira desnuda en el café: / un sostén / que ningún hijo reconoce: una prostituta / lapidada por el Centro de Madres.»

Para los amigos, colegas, compañeros, parientes de los innumerables victimados: «La virgen del cerro San Cristóbal contempla una ciudad-animita en su calvario.»

Para quien escribe: «Cerca del llanto», descompuesto como la tipografía de las últimas páginas y sin embargo guiñando un ojo, escondido desde el margen: «La ciudad / ofrece materiales en los diarios para rellenar con ripio nuestras fosas: / cada uno fragua su propia mezcla / recogiendo el canto rodado que baja con los muertos por el río.»

Aunque Montealegre sostenga que «los títulos de dominio / vencen / en este territorio» el suyo costará darlo por vencido: es un dominio defendido por los niños.

Gonzalo Millán

SOBRE EL QUEHACER FILOSOFICO EN CHILE

No deja de inquietar a la escasa relevancia de este quehacer en estos años. Mientras otras disciplinas han procurado responder a las nuevas exigencias, readecuando sus metodologías o redefiniendo sus objetos de estudio, con la filosofía no ha ocurrido lo mismo. Esta situación es preocupante no tanto por la filosofía misma (¿habrá alguien dispuesto a jugarse por le desarrollo de «la» filosofía como tal?) sino sobre todo por la gravedad de los problemas que se han tenido que afrontar. A estos problemas (bastaría con mencionar el cercenamiento de derechos humanos fundamentales) se ha respondido las más de las veces con el silencio o... con el humanismo renacentista (sic).

Estoy pensando en un tipo de filosofía que se practica principalmente en las aulas universitarias.

Lo que digo no es sólo el resultado del miedo, es expresión también de una concepción interesada y encubridora del quehacer filosófico. Para esta concepción la realidad misma, la que tenemos delante de nuestros ojos, es un objeto incómodo y peligroso de reflexión. Más aún, en algunos ni siquiera causa asombro (recordemos que el asombro es lo que en un principio movió a los hombres a filosofar, según Aristóteles).

El escamoteo de la realidad consagra, con todos los ceremoniales y clichés, un filosofar ensimismado, a puertas cerradas, donde filósofos discuten (¿discuten?) con otros filósofos, los textos se oponen a otros textos y la historia de la filosofía es estudiada autónomamente y... sin mancha concebida. Dentro de esta perspectiva, se venera a los clásicos (sobre ellos se levantó un plan de estudios en la Universidad Católica) percibidos cual ángeles guardianes del mundo puro y noble de las ideas. Cualquier otra reflexión que no se adecúe al modelo, que no se someta a los rituales de iniciación establecidos y no vaya acompañada incluso de la teatralización o gestualidad requeridas (cara y voz seria y grave), es rápidamente catalogada de no-filosófica. Al parecer, la descalificación tranquiliza al «filósofo de cátedra». Este continuará preparando su curso, ca-

da vez más respaldado por textos de autores europeos, libres por lo mismo de toda sospecha respecto de su condición de verdaderos filósofos. Así la «filosofía académica» termina por negar la vocación misma del quehacer que cree resguardar.

Frente a esto, tenemos que volver a reivindicar lo obvio: que el oficio del pensador es pensar su realidad. Que es preciso reestablecer la unidad entre lo que el profesor Giannini llama la «experiencia común» y la filosofía. Que hay que injertar en nuestras repúblicas el mundo, «pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas» (José Martí). Que la filosofía en Chile, si quiere reencontrarse consigo misma, tiene que desarrollar sus disposiciones naturales, su capacidad crítica y su radicalidad (radical viene de raíz). Tenemos que reivindicar también la posibilidad que nuestra filosofía sea comparada no sólo con la lechuza de Minerva como propuso Hegel sino más bien con el jilguero de la mañana (como propuso un filósofo argentino) que anuncia lo fresco, lo claro, el nuevo día que anhelamos.

Carlos Ossandón

«CIEN AÑOS» QUE CUMPLEN 20 AÑOS

En este año de aniversarios importantes, hay uno que no es de los menores, y tal como otros que también tienen su origen en América Latina, su trascendencia y repercusión sobrepasan el ámbito puramente continental: tienen un alcance planetario. Es el caso de la célebre novela *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, que según sean los códigos que se le apliquen, alcanzó hace ya dos años su mayoría de edad o le falta uno sólo para conquistarla: su primera edición apareció hace exactamente veinte años.

Ha habido coloquios de especialistas, y las páginas de diarios y revistas se han llenado con artículos y comentarios a propósito del acontecimiento. En medio de todo eso, tiene un interés particular lo que pueda decir a este propósito el propio novelista. He aquí algunas confesiones suyas a propósito del aniversa-

rio, recogidas en el libro *Invitación al diálogo*, en que se recopilan diversas entrevistas sostenidas con escritores latinoamericanos y publicados en estos años por la revista soviética *América Latina*.

García Márquez cuenta lo siguiente: «Con *cien años de soledad* ocurrieron cosas muy raras. El lanzamiento que se hizo en Argentina en 1967 es algo que a mí me desconcertó mucho. Cuando me dijo el editor de Buenos Aires que iban a hacer una edición de cinco mil ejemplares, yo le escribí una carta, que existe, en la cual le recomendaba prudencia. Yo le decía que de mis otros libros que estaban ya publicados se habían vendido entre 700 y mil 500 ejemplares, algo así... Entonces ellos, de todas maneras, hicieron ocho mil ejemplares, en mayo del 67, calcularon que los venderían de mayo a diciembre. Y decidieron hacer el lanzamiento del libro en la revista, creo que se llamaba *Primera Plana*. Entonces ellos dieron el libro antes de que se publicara a una serie de críticos, lectores, comentaristas, con el objeto de lanzarlo con muy buenos nombres, ya conocidos en esa revista, lanzar el libro. Pero cuando ya la revista estaba lista para salir, vino la guerra de seis días en el Medio Oriente. Tuvieron que cambiar rápidamente la portada, dejar todo el material del libro para la semana siguiente. Pero el libro ya no lo podían recoger en las librerías. Y a la semana siguiente, cuando la revista salió, ya no había un solo ejemplar del libro, de los ocho mil ejemplares. Entonces hubo el problema de que el editor no tenía ni papel, ni tenía posibilidades de una reedición; durante tres o cuatro meses no hubo ejemplares de *Cien años de soledad*. De manera que ahí sí fue realmente un contacto directo... Ahora, cómo se hizo ese contacto, eso es un misterio para mí. Porque el propio editor dice que ellos no alcanzaron a distribuirlo prácticamente en la librería, sino a la entrada del metro de Buenos Aires.

«Desde entonces, el libro mantuvo un ritmo más o menos de unos diez mil ejemplares mensuales. Ya hoy es imposible saber cuántos ejemplares tiene en castellano, si son dos o tres millones. Además una cantidad de ediciones piratas que a mí me alegran mucho. A mí me alegran mucho porque en la edición

pirata el que pierde es el editor. Yo pierdo muy poco, porque de todas maneras el editor hace sus cuentas como le da la gana. Mientras tanto el editor pirata llega a donde el libro no ha llegado. Entonces él llena un vacío, él enmienda una falla del editor legítimo. Entonces el autor gana lectores (...) El editor pirata nunca hará una edición de un libro que no tenga perspectiva de venderse. Ese es un editor seguro, él no falla, no puede perder. Y después lo vende muchísimo más barato, entonces lo pueden comprar unos lectores que de otro modo no lo podrían comprar. Yo conozco un ejemplar de *Cien años de soledad* en Colombia: habían reunido dinero diez estudiantes para poderlo comprar. Y cuando yo lo encontré, el libro estaba totalmente deshecho, pero lleno de notas de los diez. Entonces yo a cada uno les di un ejemplar nuevo y me llevé ese ejemplar y lo conservo con mucha emoción.

«Pero lo que a mí más me interesa de *Cien años de soledad* tiene mucho que ver con el punto de distancia que se necesita. Hay muchísimos, pero una enorme cantidad de casos de libros en la historia de la literatura, que son una explosión cuando salen y que luego nunca se vuelve a saber de ellos. Es decir, yo me pregunto dónde estarán todos aquellos extraordinarios libros de caballería, que era lo que la gente leía y era lo que agotaba, eran los *Cien años de soledad* de la época. Y nunca se volvió a saber de ellos... Entonces, tenía el temor de qué iba a hacer el tiempo con este libro. Lo que más me importa a mí de *Cien años de soledad* no es el éxito, la enorme cantidad de ejemplares que se han vendido y que se siguen vendiendo constantemente, no tanto el número de traducciones que creo que ya son treinta y tantas, es decir en treinta y tantos idiomas, y ahora que se está editando en la Unión Soviética en idiomas nacionales, yo creo que puede llegar ya a quién sabe cuántos. Lo que más me importa es qué ha pasado de una generación a otra. Es decir, el hecho de que un libro que lo han leído los padres, le guste a los hijos y empiece a gustar a los nietos, yo empiezo a temer que eso sí es conservación literaria.

«No las estupendas notas que se han escrito, el enorme número de lectores

que tenga un libro, con esa reacción ya casi natural y tradicional, que existe, de que los hijos reaccionan contra los gustos de los padres. Y sin embargo, una misma cosa ya están leyendo los padres, los hijos y los nietos. Eso sí que es importante».

En este caso hay que creer firmemente, en la verdad del verso del tango que dice que «veinte años no es nada». *Cien años de soledad* —pronostiquémoslo sin temor a equivocarnos— tiene vida para muchos siglos, todavía.

R.A.

BREVES

● Colaboradores y amigos de **Araucaria** han sido, este año, premiados en diversos certámenes internacionales, o se les han acordado distinciones importantes. Dos poetas, en España. **Gonzalo Santelices** es uno de ellos. De sólo veinticinco años de edad, tiene ya, sin embargo, una obra publicada considerable. Es un escritor chileno, hijo literario típico del exilio, ganador en España de varios premios, el más reciente de los cuales es el «Miguel Labordeta», otorgado a su libro *Descenso a un aguafuerte atribuido a Piranese*, que tiene una recompensa económica puramente simbólica —una peseta— pero que se asegura la publicación por cuenta de la importante editorial Plaza y Janés.

El otro poeta radicado en la península es **Sergio Macías**, autor de una extensa obra, que ganó este año el premio Café Marfil, de la localidad alicantina de Elche, con su volumen *El libro del tiempo*. El galardón conlleva la publicación de la obra, más una recompensa en metálico de 300.000 pesetas (alrededor de dos mil seiscientos dólares).

● Colaborador regular de la revista es **Juan Armando Epple**, que combina su trabajo como profesor en la Universidad norteamericana de Oregón, con una extensa labor como escritor. Ganador, en 1982, de una mención honrosa en el concurso de ensayo de la prestigiosa revista mexicana *Plural*, esta vez obtuvo la distinción máxima, también en el género ensayo, con su trabajo *Hacia una*

caracterización del naturalismo latinoamericano. Paralelamente, dos libros suyos se han publicado casi simultáneamente: la antología *Cruzando la cordillera. El cuento chileno (1973-1983)*, editado por la Casa de Chile, en México; y un tomito que tiene un extraño título, *Nos reconoce el tiempo y silba su tonada*, en que se recoge una extensa entrevista al escritor Fernando Alegría. Lo publicó Ediciones LAR, en Santiago.

(Digamos, ya que se menciona la Casa de Chile en México, que muchos se preguntan —a propósito de cierta difundida fama suya— si es sólo el endémico «mal chileno» el que la afecta, o éste se agrava más todavía porque en México, tal vez, la costumbre es tan mala o peor. Como quiera que sea, lo cierto es que Casa de Chile no parece interesarse en difundir los libros que edita, y por supuesto, tampoco contesta las cartas, como ha estado ocurriendo con nuestra correspondencia a propósito de la mencionada antología de cuentos).

● Amiga nuestra es **Isidora Aguirre**, cuya novela *Doy por vivido todo lo soñado* ha sido uno de los grandes éxitos literarios chilenos del año. Este no pudo iniciarse con mejores auspicios para la escritora: su obra de teatro *Retablo de Yumbel* obtuvo el Premio Casa de las Américas 1987. Dedicada a José Manuel Parada, y escrita en homenaje a los detenidos-desaparecidos de la zona de Concepción, la pieza culmina una extensa trayectoria como dramaturga, una de las más importantes en el panorama de la creación teatral chilena.

(En el mismo certamen de Casa de las Américas obtuvieron el Premio Extraordinario Ernesto Che Guevara, otros dos chilenos: **Pedro Vusković** y **Belarmino Elgueta**, que se hicieron acreedores al galardón con su obra *Che Guevara en el presente de América Latina. Los desafíos de la transición y el desarrollo*).

● Nos conciernen también, los premios otorgados en Chile en el IV Concurso Nacional de Dramaturgia Eugenio Dittborn, organizado por la Escuela de Teatro de la Universidad Católica. Este año los galardones tienen un relieve especial porque se conmemoran los cien años de fundación de la Universidad

Católica de Chile. El primer premio —Premio Centenario, consistente en 400.000 pesos— le fue otorgado a la obra *Pachamama*, de **Omar Saavedra Santis**, escritor, que vive en Rostock, República Democrática Alemana, y que colabora regularmente con *Araucaria*. El Segundo premio y una mención honrosa fueron para *Fragmentos de alguien y La otra orilla*, obras ambas de **Jorge Díaz**, el conocido dramaturgo, que reside en España desde hace un largo tiempo.

Con *La otra orilla*, **Jorge Díaz** tuvo en España una suerte distinta. Ganó el primer premio para textos teatrales, en el importante certamen que organiza anualmente el Gobierno Autónomo de la comunidad de Castilla-La Mancha. El primer premio de novela (400.000 pesetas es decir alrededor de 3.500 dólares) lo obtuvo también un chileno, **Rafael Arenas**, obrero de 57 años, exiliado en Francia, que sólo ha comenzado a escribir después de abandonar Chile. La novela se titula *Marta* y trata justamente del exilio de una chilena.

● Otro amigo nuestro es **Gonzalo Millán**, que resultó el primer elegido del premio literario creado por la Fundación Pablo Neruda, y que se propone distinguir cada año a un escritor chileno, alternando, de año en año, los géneros poesía, prosa y teatro. El galardón, consistente en el equivalente en pesos chilenos de tres mil dólares, se da por el conjunto de una obra. Millán es, según consenso, el más importante poeta de su generación, y ha publicado, entre otros títulos, *Relación personal*, *La ciudad*, *Los seudónimos de la muerte*, *Virus*. Es fundador y director de la importante revista de poesía *El espíritu del Valle*.

El jurado que acordó el premio estaba integrado por Poli Délano, Jorge Edwards, Alfonso Calderón y Luis Sánchez Latorre.

● El nombre de Pablo Neruda lo lleva también un premio que acaba de instituir a nivel internacional la agencia de prensa soviética Novosti, con el apoyo y auspicio de diversas uniones artísticas y organizaciones sociales de la URSS. El premio se adjudicará anualmente el 12

de julio, día del nacimiento del poeta, a un ciudadano soviético y a uno latinoamericano por la mejor obra literaria (prosa, poesía, teatro, testimonio, trabajo de traducción) que esté inspirada en las ideas de la paz, el humanismo y la colaboración entre los pueblos de los países latinoamericanos y de la Unión Soviética.

El jurado estará presidido por el poeta Robert Rozhdestvenski y lo integrarán escritores soviéticos y latinoamericanos.

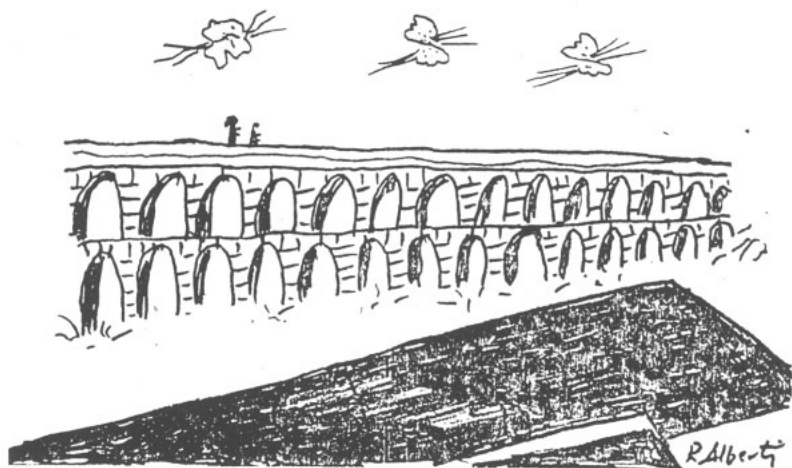
Las bases y mayores informaciones pueden solicitarse a las oficinas centrales de la Agencia Novosti, Zubovski Boulevard N.º 4, Moscú-119021, URSS.

● Pero el chileno que más concita el interés internacional, en estos momentos, en el campo del trabajo cultural (sin contar a **Isabel Allende**, cuya *Eva Luna*, a pesar del mal humor de cierta crítica española, bate todos los récords de venta dondequiera que se ofrece), es **Victor Fariás**, profesor de filosofía y ensayista, cuyo libro *Heidegger et le nazisme* se ha convertido en materia de encendidas discusiones en la prensa europea. Aunque fue originalmente escrito en alemán, no pudo su autor interesar a ningún editor de la República Federal Alemana (él vive en Berlín Occidental desde hace muchos años) en su publicación. Apareció, por eso en versión francesa, en París, donde produjo el efecto de una verdadera bomba. Primero en los círculos universitarios y luego en núcleos más amplios de lectores. Gran eco en la prensa: *Le Monde* le dedica dos páginas de su suplemento de libros. Los filósofos franceses reaccionan en todos los tonos; algunos aplauden la valentía del chileno y otros —como Derrida— no pueden ocultar su despecho. El tema salta a la prensa española: el suplemento «Temas de nuestra época» de *El País* se dedica entero al libro y a la polémica desatada. Entrevistas a Fariás en el mismo diario, en la revista *El Globo*; ecos en el resto de la prensa. Más recientemente, el tema salta el océano, y ahora es la revista *Newsweek* la que se ocupa del asunto. Y así, en la RFA, en Inglaterra. *Heidegger et le nazisme*, que se ocupa de un tema del que todos los especialistas hablaban

aunque nadie se atrevía a abordarlo hasta sus últimas consecuencias, empieza a convertirse en un insólito *best-seller*.

Fariás es colaborador fiel de **Araucaria**, que ha publicado notables artículos suyos sobre García Márquez, sobre Borges y que recogerá en su próximo número una entrevista con él, en que se recapitula su trayectoria académica y se analizan los alcances de las repercusiones alcanzadas por su polémica obra.

● Y por último, aunque no es la información menos importante: el reconocimiento internacional llama a las puertas de la misma **Araucaria**. Es su director, **Volodia Teitelboim**, quien ha sido distinguido con el título de Doctor *honoris causa* por la Universidad Humboldt de Berlín, República Democrática Alemana. La distinción viene muy poco después de que a nuestro Director le hubiera sido otorgada la Medalla Carlos Marx, la más alta condecoración estatal que concede la R.D.A.





Otra vista de la avenida de araucarias, en Devón. (Foto Téllez).

Textos marcados

HEIDEGGER Y LA CAUTELA

—*¿No le importa ni le molesta ser rector designado por el Gobierno y concretamente por Pinochet?*

—No. Por supuesto que no. Por lo demás, de la experiencia que tengo de diversas universidades en todo el mundo, en las que yo he conocido, los rectores son designados por el Gobierno...

—*Considerando las características de este gobierno...*

—Es que éste es el gobierno de mi país.

—*¿No le influye que sea un gobierno militar y autoritario?*

—Es el gobierno de mi país por el cual siento el mayor respeto.

—*¿Cómo ve la relación de la Universidad con la política?*

—Creo que debe plantearse partiendo por comprender lo que la Universidad hace: ciencia, creación... y eso es un altísimo valor político que debe servir a la sociedad. La Universidad es un agente político en la medida en que realiza esas funciones, y no en la medida en que repite, a otra escala y reactivamente, fenómenos de afuera.

—*¿Y eso es lo que usted ve que ocurre y que, a su juicio, amenaza a la universidad?*

—Habría siempre un intento de ideologizarla, de instrumentalizarla y de destruir su propia misión política, procurando hacer de ella un instrumento político más, lo que no corresponde a su misión.

—*Usted ha dicho que el marxismo está caduco como pensamiento, pero no parece que ocurra en las universidades, donde muchos jóvenes viven de la utopía marxista.*

—A mí me extrañaría mucho que el marxismo fuera una utopía o algo vivo en la conciencia de los estudiantes. Lo lamentaría porque eso significa que están bastante atrasados. Y no lo creo.

—*¿Y qué cree usted que reflejan las elecciones, donde un número significativo de alumnos apoya candidatos marxistas?*

—Eso no revela que necesariamente sean marxistas. Son grupos políticos, donde no es el marxismo el que les da la fuerza, es más bien el San Benito que cargan. No creo que realmente el marxismo está animando a la juventud.

—*¿Usted es antimarxista?*

—Esa expresión...

—*¿No le gustan los «anti»?*

—Es que ¿sabe? no me interesa mucho el marxismo.

—*¿Usted es demócrata?*

—Yo no soy una persona que vaya a hacer actos de fe en este tipo de palabras. Pienso que, efectivamente, en la tradición política occidental hay ciertos valores representados por la democracia, en los cuales yo creo, pero no voy a asumir el tremendo equívoco de la palabra, porque veo que todo el mundo se considera a sí mismo demócrata: en Oriente y en Occidente todos son democráticos, lo que resulta bastante equívoco.

—*Pero para usted, ¿cuál es la definición válida?*

—No me pida a mí la definición de algo que tantos han intentado hacer... Pero

creo que bajo el nombre de democracia se puede encerrar una serie de valores en los cuales yo creo, como la libertad, el respeto a la persona... y basta con esos. Pero no puedo hacer confesiones de fe en una noción que cuesta definir.

— *Este gobierno ¿Le parece que respeta esos valores?*

— *¿Por qué me pide opiniones políticas?*

— *Bueno, este gobierno lo designó a usted rector de la Universidad de Chile...*

— Pero no tengo por qué pedirle cuentas a él... En todo caso, es el gobierno de mi país y es un gobierno legítimo, confirmado incluso en un acto cívico.

— *En el terreno político, usted dijo una vez que la represión «no lleva a ninguna parte» y que el exilio «debe terminar y no debió ocurrir». ¿Lo sigue pensando?*

— Le pediría que si esas opiniones fueron dadas, déjelas donde estaban y me evite entrar, en mi carácter de rector recién llegado, a dar opiniones políticas.

(Juan de Dios Vial Larraín, rector-delegado de la Universidad de Chile, en entrevista con *El Mercurio*, 1 de nov. 1987. La pregunta final y su respuesta corresponden a la crónica de *Hoy* N.º 540, 23-29 nov. 87).

MAMBRU SE FUE A LA GUERRA

«Chile acusó a México de violar los derechos humanos en la ONU e hizo circular en la XVIII Asamblea General de la OEA un proyecto de resolución que expresa preocupación por las continuas y graves violaciones a los derechos humanos en ese país norteamericano».

(*El Mercurio*, 22-XI-87).

— *¿Por qué decidieron declararle la guerra a México?*

— No diría que ha sido una declaración de guerra, pero sí nuestra presentación obedeció a una acción diplomático-política programada con objetivos muy precisos: pretendía lograr que la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas cumpla su deber de velar por los derechos humanos en todo el mundo y que se termine con la discriminación y los abusos (...) Hicimos uso de un derecho que tenemos al tratar de probar que México, que pretende autoasignarse la autoridad para determinar quiénes respetan y quiénes no los derechos humanos, no tienen títulos para hacerlo.

— *¿Y usted diría que se respetan menos que en Chile?*

— No se trata de comparar. Pero los chilenos estamos en una posición moral fuerte, porque hemos reconocido que tenemos problemas de derechos humanos...

— *Pero al final se aprobó un nuevo voto contra Chile y, precisamente, con el patrocinio de México...*

— El voto sobre Chile se aprobó como una rutina. Ya se sabe que va a ocurrir todos los años, igual como caen las hojas en otoño...

— *¿Y cuál es su juicio sobre el patrocinio que le dieron al voto países como Francia, Holanda, Portugal, los países nórdicos?*

— Son los mismos de siempre que no tienen vergüenza de aparecer censurando a Chile junto con Cuba.

— *¿No le da importancia a la resolución en contra de Chile, entonces?*

— Es una resolución tan inconsciente, porque quienes la apoyan no tiene ningún pudor...

— *Usted entró de lleno a la guerra política...*

— Lo que espero es que el tema salga del terreno político, y para eso tengo que administrar mis fuerzas, tratando de triunfar en el terreno que corresponde.

—Pero por ahora ¿no se siente derrotado por la falta de apoyo a su ofensiva y por el nuevo voto contra Chile?

—De ninguna manera. ¡Si gané el debate! y por eso no fui a la votación, porque ahí estaba claro que perdimos...

(«Chile versus México», entrevista con Pedro Daza, embajador de Pinochet en las Naciones Unidas. *El Mercurio*, 29-XI-87).

«YO, EL SUPREMO» Y EL DELIRIO

—Si yo hubiera sido dictador, como lo plantean los señores políticos contrarios opositores, no habría hecho Constitución, ni me hubiera amarrado como me he amarrado. Yo soy democrático. Yo lo que he hecho es devolverles la democracia a los chilenos.

—General, usted podría reservarse, como Carlos V, la posibilidad de ser espectador de su propia sucesión...

—Usted quiere que yo sea espectador de mi propio funeral. Yo me retiro el día que vea mi país tranquilo. Usted sabe que he tenido un atentado. Un hombre como yo que salva la vida porque Dios es grande, sería más lógico si se mandara cambiar pronto, si dejara todo botado para que no lo maten. Me han disparado tres «laws» y los tres «laws» han rebotado en el vidrio y han muerto cinco de mis hombres y han sido heridos otros once. ¿No le llama la atención?

—Sí, me llama la atención. Pero, si me permite, le voy a decir que en España, por ejemplo, la prensa es beligerante contra el terrorismo porque es un régimen democrático y de libertades...

—Y ¿quién manda el terrorismo? ¿De dónde viene? El corazón mismo del terrorismo está en Moscú. El resto son historias, no más.

(De una entrevista con Pinochet. Revista *Tiempo*, Madrid, 7-13 dic. 87).

PAN Y FANTASIA

—Efectivamente, el consumo de pan ha disminuido, pero no porque la capacidad de consumo haya desmejorado, sino muy por el contrario: ocurre que ha mejorado y ahora la gente tiene una dieta más variada: está comiendo mejor que antes. En tiempos de crisis la genta humilde pasa a pan y té. En cambio, ahora su dieta es más variada y de mejor calidad.

—¿Y cómo demuestra esa afirmación?

—Basta con citar las tasas de disminución de la mortalidad infantil, de desnutrición y de otros efectos de la extrema pobreza.

—Todo esto ¿sin perjuicio de las afirmaciones del BID acerca de los bajos niveles de consumo de la población, que están por debajo de los que existían en 1970?

—Lo que pasa es que con el BID estamos hablando en dos idiomas distintos. Son cosas distintas. Vamos especificando: a mí siempre me critican y hasta se mofan cuando digo que vamos mejor que antes, que aumentó la producción, que bajó el desempleo, que subieron las remuneraciones. Yo no he dicho que estemos el descueve; sólo he dicho que estamos mejor que en los años de crisis inmediatamente posteriores a la recesión de 1981.

(Alvaro Vial, director del Instituto Nacional de Estadística del gobierno de Pinochet, en «No he dicho que estemos el descueve», entrevista con la revista *Apsi* N.º 223, 26 oct.-1 nov. de 1987).

Jaime Guzmán sostuvo que en Chile actualmente existe un régimen autoritario pero no totalitario. Lo más importante, destacó, es que este régimen autoritario si bien conculcó algunas libertades políticas, en lo que se refiere a la vida de las personas ha otorgado, en su opinión, más libertades que ningún otro gobierno democrático en la historia del país. A saber: libertad de sindicalización, libertad de salud, libertad de previsión, libertad de prensa, libertad de consumo...

(De un discurso de Jaime Guzmán pronunciado en la asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa. Revista *Hoy*, N.º 540, 23-29 nov. 1987).

«Estamos convencidos que lo que hemos hecho hasta este momento, durante estos catorce años de Gobierno, es algo que nos puede llenar de orgullo: es algo que podemos mostrar a nuestros detractores, que no tienen nada que mostrar para desmentirnos o para señalarlos que en otros momentos ellos hicieron algo que se asemeje a lo que nosotros estamos realizando».

(Declaraciones del Intendente de Magallanes, mayor general Claudio López Silva. *El Mercurio*, 8-XI-87).

LA BELLA Y LA BESTIA

—¿Desde su sensibilidad de mujer y ser humano qué opina usted de la tragedia que vive una joven chilena que tiene casi su edad y que se llama Carmen Gloria Quintana?

—Mira, hay tan pocas cosas que hacer al respecto. Sencillamente, lo único que te puedo decir es que para evitar ese tipo de problemas cada uno tiene que tratar de poner lo mejor de sí, tratar de levantar este país, tratar de no buscar más problemas, porque los problemas existen no sólo aquí sino que en todo el mundo. Siempre van a existir problemas, por lo tanto tiene que haber una meta positiva en cada uno de nosotros y tratar de levantar este país. Ante esos desastres no hay nada que decir, simplemente angustiarse y rogar a Dios que por favor nos ayude. Lo único que yo podría decir en este momento y que me gustaría que muchos entendieran es que en vez de criticar sistemas que puedan existir en este país, tratar de mejorarnos nosotros mismos y aportar a nuestro país lo que más podamos. Es la única manera de poder salvar a este país, la única... Qué te puedo decir... Es una tragedia, fue un atentado, hay mentes malas, mentes que buscan agresión...

(Cecilia Bolocco, «Mis Universo», en la entrevista «Enferma de linda», concedida a la periodista Pamela Jiles. *Análisis* N.º 188, 23-VIII-87).

«Es un oficial que demuestra la calidad de nuestro Ejército», dijo el abogado Carlos Cruz Coke al informar que su defendido, el teniente Pedro Fernández Dittus, fue ascendido al grado de capitán. El oficial se encuentra encargado reo como presunto autor de cuasi delito de homicidio y lesiones graves en contra de los jóvenes Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas, quemados en incidentes con un patrulla militar».

(Revista *Hoy*, N.º 518, 22-28 jun. 87).



(Foto Marisol Téllez) .



«Kew Gardens», Royal Botanical Gardens, en Londres, Inglaterra. (Foto Marisol Téllez).

NARRATIVA

Isidora Aguirre

Doy por vivido todo lo soñado

Plaza y Janés, Barcelona, 1987

Nada podría ser más diferente, a primera vista, que la obra más reciente de Isidora Aguirre, su novela *Doy por vivido todo lo soñado* y sus dos últimas obras teatrales, *Lautaro*, que se estrenó en 1981 y que atrajo a más de cien mil espectadores durante los meses que permaneció en cartelera, y *Retablo de Yumbel*, que acaba de recibir el Premio de Teatro de Casa de las Américas.

La novela tiene mucho de un libro de memorias, en el que la historia se entrelaza con la crónica familiar y los personajes principales no fueron inventados por la escritora sino tomados directamente de la vida real, a veces conservando incluso sus nombres auténticos. Lo que hay de común entre este libro y las dos piezas teatrales es la sensación de la simultaneidad de tiempos diferentes, la incursión del pasado en el presente y vice-versa. En *Lautaro*, la represión a los araucanos, las circunstancias que la rodean, el discurso que la acompaña, son tan contemporáneos que a los espectadores les resulta natural que los feroces alabarderos españoles usen anteojos ahumados, como sus sucesores de hoy. En *Retablo de Yumbel*, el martirio de San Sebastián y sus diálogos con el emperador romano resultan un antecedente o una continuación natural de la matanza de los campesinos cometida por los carabineros en 1973.

A través de la adorable figura literaria de Laura Cupper, Isidora Aguirre evoca no sólo a la pintora chilena María Tupper, su madre, con sus amores, sus recuerdos, sus poderes adivinatorios y su permanente comunicación con los espíritus, sino también las leyendas familiares de tres generaciones, bordadas en el cañamazo de la historia nacional des-

de poco después de la Independencia, hasta los años 40 del presente siglo. Pero todo, épocas y momentos diferentes, personajes del hoy de la novela, del ayer y del anteayer, se nos dan al mismo tiempo, tal como sin duda coexistían en la conciencia de Laura, es decir, María Tupper.

En el libro existe una lógica estricta, en materias genealógicas y cronológicas, pero la densa crónica de los Tupper llega al lector, por lo menos así lo supongo, «toda revuelta», preservando la manera casual con que Laura se refiere a sus antepasados remotos como si estuvieran vivos e incluso conversa con ellos, mientras desarrolla en un presente más cercano actividades bastante diversas. A intervalos, como viñetas o escenas de cine en flashback, hay diálogos o sucesos que corresponden a los apasionados amores del coronel John Tupper (o Cupper) con Isolda o que nos traen la imagen de «Raul Cupper, loco recibido» como decía la placa que hizo colocar en su puerta, y que inventó las prácticas boquillas largas que permitían fumar bajo la ducha.

«A medida que lo extraordinario le fue rebasando sobre lo cotidiano, —escribe Isidora Aguirre— Laura dejó de hablar con asombro de la Atlántida, de los continentes sumergidos y a medio emerger, de los túneles secretos que comunicaron a los egipcios con los mayas. Hablaba de éstas y otras fantasías geográficas con el tono natural de un guía de turismo especializado en prodigios. No le extrañaban ya los vuelos en astral, las transhumancias de los muertos por el mundo de los vivos, quienes para ella debieron circular en el mismo territorio y con iguales derechos, porque a menudo asustaba a sus visitas mezclándolos en sus charlas: «Esto lo sé de buena fuente, me lo dijo hace unos días la Zarina de todas las Rusias», le decía a alguno ofreciéndole un bocadillo. O bien: «'Anoche conversé de esto con don Ramón del Valle-Inclán', lo que hacía dudar al interlocutor de su estar al día en cuestión de muertos ilustres».

En la casa de Laura Cupper se recibe con igual hospitalidad a los «rusos blancos», fugitivos de la Revolución de 1917 que se dejan caer sobre Chile en los años 20, que a los republicanos españoles de los 40. Capítulo especial es la figura del pintor ruso Boris Grigoriev, que fue realmente profesor en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile y que ejerció profunda influencia en toda una generación de artistas chilenos. A lo menos dos de sus obras se conservan en Santiago, en el Museo de Bellas Artes; otras, como su famoso retrato de Máximo Gorki, de quien fue amigo personal, se encuentra en Moscú. La historia del amor de Laura y Boris Grigoriev ocupa las que son tal vez las más bellas páginas del libro. En las otras historias de amor que se nos relatan, hay casi siempre un toque irónico, un distanciamiento. El idilio del pintor y la pintora, sobre todo su melancólico encuentro en Cannes, donde el maestro ruso terminó sus días, y los fragmentos de su correspondencia, resultan patéticos, tremendamente conmovedores.

«Pasada la época ruso-blanca, Laura cayó en su época española. Acogió primero a unos franquistas despistados que huyeron creyéndose derrotados, y luego a los otros, los que llegaron a bordo del Winnipeg, sin abrigar ya ninguna esperanza. El primero de estos refugiados republicanos lo trajo Fermín Segundo. Había entrado a la universidad y era el único en la familia que vibraba con los acontecimientos políticos. Y ese refugiado trajo a otro, y luego a otro, hasta que se llenó la mansión de gente alegre, dicharachera y de reír estrepitoso. Nuestro castellano deshuesado contrastó con las silbantes eses, las zetas y esa jota violenta que parece rasguñar la garganta... Muchos dijeron que eran lo que eran, novelistas, musicólogos, conservadores del Museo del Prado: «Porque si no dice usted que es alguien, doña Laura, no le da trabajo ni Dios». Auténticos o no, Laura les brindó a todos su cariñosa hospitalidad».

Isidora Aguirre escribe en un estilo maravillosamente natural, que es como la transfiguración literaria de la mejor habla culta de Chile. Aunque en definitiva su libro es, de punta a cabo, la evocación de un mundo y de seres que deja-

ron de existir, lo que predomina no es la nostalgia, ni menos, la melancolía, sino un goce indestructible de la vida y del permanente teatro de las relaciones humanas. Y un humor tan vivo y contagioso que en más de una ocasión el lector se sorprende sonriendo o riéndose a solas, en voz alta. lo que no es una ocurrencia frecuente, a estas alturas del partido.

La dramaturga que ha dado al teatro nacional obras de tanta resonancia como *La pérgola de las flores*, *Los papeleos*, *Los que van quedando en el camino*, *La dama del canasto*, *Lautaro* y *Retablo de Yumbel*, se nos revela ahora, además, como una narradora de gran vigor. Tal vez podemos esperar, de una creadora tan activa, tan hacendosa y de tanto «ángel», nuevas obras, propiamente novelescas que reflejan su maestría y la madurez de su talento. Y un Chile soterrado, casi invisible en estos tiempos, pero que quisiéramos indestructible en sus esencias.

J. M. V.

Virginia Vidal

Rumbo a Itaca

Caracas, Editorial Pomaire, 1987
(160 págs.)

¿Rumbo a Itaca o de regreso en Itaca? Porque en esta novela del exilio chileno — si no una de las primeras sí una de las más significativas — el periplo está completo, el viaje ha sido una vuelta en redondo. La protagonista ha partido al destierro, su vida la ha llevado en él de uno a otro país, y al cabo de una decena de años está otra vez en su país natal. Viviendo allí un desenlace que se expresa literariamente en forma de final abierto. ¿Acaso porque la herida histórica está todavía sin cerrarse y el drama de personaje -narrador está por recomenzar?

Libro ambicioso no obstante su brevedad, pareciera que con él la autora intentó realizar la novela *total*, donde no sólo se recoge el conjunto de una experiencia — repartida en su caso en diversas zonas geográficas de Europa y

Latinoamérica — desde el punto de vista de su enfrentamiento a realidades culturales diferentes, sino el impacto que vive el exiliado en los diversos niveles de su conciencia y sentimientos. Como ha ocurrido y sigue ocurriendo, la protagonista de *Rumbo a Itaca* —en la que inevitablemente uno querría reconocer más de un indicio autobiográfico de la autora— es una entidad que va mucho más lejos que ese esquema simplificador en que amigos y adversarios del exiliado han querido a menudo reducir al chileno de la diáspora. Poco tiene que ver esta Nucha —mujer apasionada y sensitiva, enamorada a pesar de todo de la gente y del mundo que la rodea, leal a sus orígenes pero abierta y receptiva ante los poderosos requerimientos culturales de los países de acogida— con ciertos estereotipos que muchos se obstinan en ver como único producto válido, de estos ya largos años de extrañamiento. Que esos estereotipos existan nadie lo duda, pero no son ellos los que le confieren su fisonomía más verdadera al complejo fenómeno del destierro de los chilenos. Estos no se dividen únicamente entre quienes viven de espaldas a la realidad del país que los asila, metidos en la trampa de la auto-compasión y una cierta nostalgia invertebrada y sensiblera, y entre aquellos otros que, yéndose al extremo opuesto, confunden comprensión e integración con renuncio y rendición llana y simple; apenas vivida la primera experiencia alucinatoria, abandonan rápidamente las prendas de una condición que acaso nunca tuvieron realmente. Virginia Vidal ha tenido el talento de ir mucho más al fondo del problema. Su personaje tiene esa singularidad que es la que confiere grandeza al drama del exiliado: aquel cuyas señas de identidad no pierden ni el talante ni el color en su cotejo con otras culturas; antes bien, se afirman, ganan en nobleza, verdad y rigor cuando conjugan la afirmación de lo propio con la humildad necesaria para aprender y sensibilizarse con el esplendor espiritual y el saber extranjeros.

[La propia autora-protagonista se encarga de tomar distancias en relación con cierto tipo de exilio:

«Llegó donde Nora (...) Le cuento que vengo de ver en el Museo un cuadro

del Bosco, una tabla patinada como un icono, algo que me provocó una emoción tremenda. Me quedo atónita cuando me dice:

»—¿Estás loca? Andar viendo cuadros cuando allá se sufre tanto.» (pág. 54).]

Nucha encarna, desde estos puntos de vista, a uno de los protagonistas —tal vez no mayoritarios, si nos atenemos al puro guarismo estadístico, aunque sean los que le dan el carácter más significativo al fenómeno— de ese exilio que un agudo analista, tras admitir que se trata en efecto de «un drama», agrega que es también «una aventura y una epopeya, una de las más grandes y más importantes en la historia del pueblo chileno». El personaje es leal a la causa que le significó tener que abandonar el país, y lo suyo está impregnado de esta responsabilidad; pero ella, es, además, una mujer, sobre todo, deseosa de amar y en lucha constante con sus propias dificultades para lograrlo. La suma de sus diferentes exilios no harán sino ampliar y profundizar la gama de goces y pesadumbres de quien ha asumido su tarea de vagabundaje forzado por el mundo con la determinación de «volver más sabia» a Itaca.

Porque de eso se trata, en definitiva. Volver a Itaca, es decir, a Chile. Tenerla siempre en la mente, rezan los versos de Kavafis recogidos en el epígrafe: «llegar allá es tu destino», por largo que sea el camino del retorno.

No es fácil hacer la novela *total* del exilio chileno, y *Rumbo a Itaca* junto con mostrar las virtudes del propósito paga también su tributo a las dificultades. El cuadro que la novelista quiso pintar es demasiado vasto. Hay tres países (Yugoeslavia, Venezuela y Chile, en la etapa del retorno), una decena de años como transcurso y un universo abigarrado y complejo de situaciones. Lo cierto es que cada una de las partes del libro podría haber sido tratada como una novela separada. Representan, más allá de la diferencia de escenarios geográficos, experiencias distintas con una unidad que no siempre garantiza el que haya una narradora común. El lector tiende a sentir que la novela no está compuesta por verdaderos capítulos sino por fragmentos no suficientemente integrados en un todo narrativo.

Lo que más sorprende en esta obra es que, a pesar de ser la primera que publica su autora, muestra una madurez de lenguaje que no es frecuente ni siquiera en fogueados escritores chilenos. Virginia Vidal ha ganado algunos concursos de cuentos, entre ellos el del diario caraqueño *El Nacional* con su estremecedor relato «La última luna» que nuestra revista recogió hace algún tiempo, pero se la conoce principalmente como cronista excepcional especializada en temas culturales. Su estilo —escueto, frases cortas sin desperdicio, la emoción recogida sabiamente en el interior de la palabra— no tiene muchos paralelos en nuestro medio. No hay que engañarse con la solo aparente austeridad expresiva, que en *Rumbo a Itaca* es hija de una sorprendente voluntad de perfección en la escritura.

CARLOS ORELLANA

ENSAYO

Pedro Bravo Elizondo
**Cultura y teatro obreros en Chile:
1900-1930**

Ediciones Michay, Madrid, 1986 (Libros del Meridión)

El libro que ahora reseñamos es la última contribución del autor al estudio del teatro latinoamericano. Su primer aporte de importancia fue *Teatro hispanoamericano de crítica social* (Madrid, Colección Nova Scholar, 1975) en que analiza ocho obras representativas del teatro hispanoamericano contemporáneo. Desde entonces ha participado activamente en coloquios internacionales y ha colaborado en numerosas revistas de América y Europa. Bajo su dirección se publicó también una recopilación de ensayos: *La dramaturgia de Egon Wolff* (Santiago de Chile, Nascimento, 1985), homenaje merecido a un autor que ocupa un lugar de privilegio no sólo en el ámbito chileno, sino asimismo en el marco más amplio del continente. Además, debemos a la iniciativa de Bravo-

Elizondo la publicación de algunas piezas de Sergio Arrau, autor y director chileno radicado por muchos años en Lima, donde ha ganado un merecido prestigio*.

Con *Los «enganchados» en la era del salitre*, antología de textos, Bravo-Elizondo inauguró una etapa dedicada a la investigación sobre el Norte Grande, un retorno a su pasado iquiqueño. Esta fidelidad a sus orígenes nortinos y a su extracción proletaria son las principales motivaciones que lo han llevado a reunir una abundante documentación sobre la cultura obrera durante el apogeo del salitre, una realidad desconocida por una gran mayoría de chilenos.

El libro que ahora comentamos se organiza en tres capítulos: I.—Sociedad y cultura; II.—Teatro obrero en Chile; y III.—Representaciones. Esta última denominación tal vez no sea la más adecuada, puesto que se trata de una pequeña antología compuesta por tres obras del teatro proletario: *Desdicha obrera* de Luis Emilio Recabarren, *Los Vampiros* de Nicolás Aguirre Bretón y *Primero de mayo* de Pietro Gori. La reproducción de estos textos se justifica, debido a su escasa divulgación posterior y a la marginación sistemática que se ha operado en Chile, en relación a expresiones teatrales no reconocidas como verdadero patrimonio por la cultura oficial.

Aunque en el plan general del libro el teatro obrero ocupe un lugar preeminente, esta expresión cultural es inseparable de su contexto social. Tiene plena razón el autor en situar primero a grandes rasgos la época estudiada y servirse, incluso, del testimonio de viajeros europeos no sospechosos de parcialidad. Nos enteramos así del modo de explotación de las salitreras, de las duras condiciones de trabajo para la inmensa masa proletaria concentrada en las «oficinas», de las precarias condiciones de la vida cotidiana, todo lo cual produce un enfrentamiento inevitable de clases sociales de intereses antagónicos. La necesidad de descanso, de recreación, el

* Fue Bravo Elizondo quien propuso a Arrau que escribiera la obra *Santa María del Salitre*, la cual obtuvo el Premio Eugenio Dittborn otorgado por la Universidad Católica.

anhelo de trascender la rutina diaria van gestando formas culturales imitadas, primero, de la burguesía. Después, progresivamente, los mineros comienzan a organizarse en sindicatos, asociaciones, federaciones, a través de las cuales la clase obrera va gestando su propia cultura mediante la creación de diarios, de grupos artísticos, donde el teatro tiene un lugar privilegiado como vehículo de las reivindicaciones proletarias, estimuladas por las nuevas ideas que llegan del exterior. Como lo prueba Bravo Elizondo, los movimientos anarquistas y socialistas tuvieron un papel esencial en la toma de conciencia de los trabajadores. Aparece un nuevo «evangelio» social que moviliza a los mineros y se canaliza en sus organizaciones.

El libro que nos ocupa ilustra muy bien cómo surge una auténtica cultura proletaria, creada por y para la clase obrera, como contrapartida de la cultura de la clase burguesa de Iquique y Antofagasta, que dispone de sus clubes exclusivos y de sus teatros lujosos, en donde actúan periódicamente famosas compañías teatrales y operáticas procedentes de Europa (giras de Sarah Bernhardt y de la Pavlova, entre otras) o compañías santiaguinas de prestigio.

Es sorprendente comprobar cómo, en medio de un trabajo agotador, los mineros del salitre se dan tiempo para dedicar a los deportes, a la música, a la prensa, a la poesía, al teatro, al baile e, incluso, para incorporar al cine en sus distracciones.

Entre los líderes obreros se destacan Luis Emilio Recabarren y Elías Laferte, los cuales proyectaron más tarde su acción a nivel nacional. Junto a ellos hubo también otros dirigentes menos conocidos, que aportaron su esencial contribución al movimiento obrero del Norte Grande.

Hay varias páginas dedicadas al Recabarren de la primera época-fundador del periódico *El despertar de los trabajadores* y a sus múltiples actividades: conferencias, artículos, obras de teatro, etc. Dentro de la proliferación de grupos teatrales surgidos en las oficinas y ciudades de la zona salitrera hay dos que ocupan un lugar preponderante: El Ateño de Iquique y Germal de Antofagasta. Evidentemente, las modalidades de representación eran diferentes a las que

tuvieron vigencia más tarde, a partir de la renovación teatral que comenzó en 1941 con la fundación del Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Era frecuente la organización de veladas en que se mezclaba el canto, la música, el sketch, la poesía, la obra de teatro... Y algo que ignorábamos completamente: se recurría también a la escenificación o teatralización de tangos, los cuales gozaban entonces de gran popularidad entre los mineros.

Las tres obras antologadas presentan algunos rasgos comunes. En el plano formal, respetan los moldes tradicionales del teatro burgués decimonónico, pero su contenido vehicula las ideas básicas del proletariado de la era industrial: la lucha de clases es el motor de la sociedad; la clase obrera debe organizarse para defender sus intereses y neutralizar la explotación capitalista en esa fase pre-revolucionaria. Se manifiesta también un fuerte sentimiento anticlerical y una firme voluntad de reivindicación de la mujer proletaria.

Otro rasgo importante es la dimensión utópica que se le asigna a la lucha del proletariado, cuyo ideario es proclamado como un nuevo «evangelio social», destinado a obtener la justicia y la fraternidad entre los hombres. Un buen ejemplo de este componente utópico es la obra *Primero de mayo* de Pietro Gori, terminada en Petrogrado en mayo de 1918.

Este tipo de teatro tiene una finalidad principalmente didáctica: denunciar la injusticia y fomentar la conciencia de clase.

En una extensa nota (n.º 8) Bravo Elizondo afirma que este teatro de origen proletario se produjo también en otros países de América Latina en las primeras décadas del siglo xx, con características semejantes. Según sus propias palabras: «(...) el teatro obrero fue un discurso hegemónico en América Latina» (p. 141). Cita el caso de Puerto Rico, Perú, Brasil, Argentina y Uruguay, apoyándose en otras investigaciones similares.

Aunque encontramos una cita (indirecta) de Romain Rolland tomada del libro *El teatro independiente uruguayo* de Jorge Pignataro pensamos que hubiera sido deseable referirse a su obra ya clásica sobre el tema: *Le théâtre du peu-*

ple, que tiene que haber influido sobre los principales animadores del teatro obrero en Latinoamérica. Además, el laudable propósito de situar el teatro obrero chileno en el marco continental merecía más que una nota (por densa que ésta sea) y hubiera debido figurar en las conclusiones de este interesante trabajo, cuyo principal mérito es revelar una faceta casi ignorada de la historia del teatro chileno, polarizada generalmente en la capital.

Investigaciones como éstas deberían multiplicarse en América Latina, donde la tendencia predominante de la crítica y de la historiografía ha sido el estudio de la dramaturgia surgida de la burguesía y de los sectores medios.

El libro de Pedro Bravo Elizondo -publicado precisamente en un período de dictadura militar, en que la cultura obrera chilena es, más que nunca, desvalorizada— rescata del olvido un capítulo importante de nuestra historia cultural, que deberá ser tomado en cuenta por las nuevas generaciones, si no quieren padecer de grave amnesia histórica.

OSVALDO OBREGON

Germán Perotti

The Present Housing Situation in Chile

(La situación habitacional actual en Chile)

Ed. Depto. Análisis Funcional de la Construcción. Real Instituto de Tecnología Sueco, 1986.

Escrito en inglés y en sueco, este documento es un ejemplo más de la incansable labor que despliegan los chilenos que desde hace años se encuentran dispersos por el mundo. Aun teniendo hijos suecos y desempeñándose como prolífico investigador en el mundo académico sueco, Germán Perotti insiste en el análisis de la situación habitacional chilena. Y digo que insiste, porque ya en 1976 salía un primer documento suyo sobre el mismo tema, desarrollado en colaboración con Lorenzo Brugnoli. Tam-

bién digo que insiste porque aun viviendo en un mundo tan distante, donde los problemas y las realidades políticas son tan distintas, mantiene, después de tantos años, un análisis coherente, de gran riqueza de conocimiento, que demuestra que el tema ha sido su constante preocupación vital.

Este es un informe atípico comparado con lo que se estilaba últimamente en el ámbito profesional internacional, donde los profesionales se autolimitan en el análisis con tal de no ofender sensibilidades y de mantenerse dentro del cada vez más reducido círculo de aquellos que obtienen financiamiento para hacer investigación. Este informe no especula sobre problemas tecnológicos ni sobre la calidad del diseño. Perotti define la realidad habitacional chilena como producto de la realidad política, económica y social que vive el país, y analiza los factores conducentes a la pobreza y a la desigualdad en la distribución de los recursos urbanos en Chile. Este es un informe que se centra en el análisis del rol del gobierno, de las contradicciones del sistema, del poder de los pobladores, de su papel en la agudización de las contradicciones y del precio que pagan como blanco de la represión por el hecho de jugar esa función.

Tantas son las contradicciones que señala el informe, que el lector debe tener cuidado, y mantener presente el contexto político para no perder el real significado de los elementos en juego. Se tocan temas tan contradictorios como: ambiciosos planes de vivienda, descentralización administrativa, generosos subsidios, erradicaciones, represión, relegación de dirigentes poblacionales y demanda habitacional insolvente. A lo largo de la lectura del documento, Germán Perotti consigue armarnos el rompecabezas, calzando cada una de las piezas al darnos una explicación de su trasfondo.

El Gobierno aparece como un actor atrapado entre los intereses internacionales que defiende, y las presiones sociales internas. Dentro del contexto internacional actual, en relación con el tema de la deuda externa, Chile es la «niña bonita» del Fondo Monetario Internacional. Comparado con Perú, que se niega a pagar más allá de un 10 por 100

de su producto nacional, y con Brasil o Ecuador, que han suspendido pagos, Chile es el país modelo que paga sistemáticamente sus deudas. Chile juega así el rol de demostrar que la deuda externa se debe y se puede pagar. La banca extranjera, voluntariamente ciega a los costos sociales que esto conlleva, premia al país con elogios en la prensa internacional, y con nuevos créditos que si bien acrecientan la deuda, sostienen a un gobierno impopular.

La política económica de un gobierno que asigna recursos a mantener la guerra contra su pueblo y a pagar deudas que se adquirieron sin ningún tipo de mandato popular, inevitablemente trae como consecuencia la descapitalización, el desempleo, y la pobreza. Frente a las presiones sociales de los sectores desposeídos por esta política económica, el gobierno responde con una compleja política de vivienda, orientada no necesariamente a dar techo a los sin casi sino a la utilización de la vivienda subsidiada como el «caramelo» escaso que siembre la discordia y debilita al movimiento poblacional.

¿Cómo pretender que la vivienda pública, por muy alto que sea su componente de subsidio, vaya a satisfacer la demanda insolvente de un desempleado o de un empleado mínimo? Ante la escasez de los recursos asignados al sector, se busca la solución de moda impulsada indiscriminadamente por las agencias internacionales de desarrollo —la auto-ayuda, la auto-construcción— con todas sus nefastas consecuencias cuando se da dentro de un contexto de injusticia. Una nueva forma del Gobierno de evadir responsabilidades. En lugar de considerar el acceso a la vivienda como un derecho de todo ciudadano, se pretende que los desempleados, los desnutridos, resuelvan esa necesidad básica por sí solos. Sin embargo, los pobladores, ante la necesidad urgente de sobrevivir en un contexto antidemocrático y represivo, abordan la tarea. Las condiciones de vida empeoran, pero de todas formas los pobladores ganan la partida porque al resolver por sí mismos el problema de la vivienda y de los demás servicios básicos de los que carecen, se organizan y se fortalecen. Al fortalecerse, hacen al Gobierno sentirse amena-

zado. El Gobierno está en jaque y debe recurrir a nuevas técnicas represivas: erradicar poblaciones, relegar a sus dirigentes y descentralizar la administración local, no para facilitar la participación popular y la implementación de los proyectos, como es el caso en los gobiernos democráticos, sino para facilitar la represión y para evadir responsabilidades, al descentralizar las funciones pero no los recursos.

En resumen, este es un juego de «tira y afloja» entre el Gobierno y los pobladores. El Gobierno, teniendo que cambiar permanentemente de táctica para lograr sus objetivos, y los pobladores fortaleciéndose día a día. El gran valor del documento que nos aporta Germán Perotti, es que denuncia fundamentalmente el juego del Gobierno y valoriza el papel de los pobladores. Sabemos que esta partida tendrá muchas manos. Pero también sabemos quién, a la larga, la ganará.

XIMENA DE LA BARRA

POLITICA

Máximo Pacheco Gómez

Los Derechos Humanos: Documentos básicos

Edit. Jurídica de Chile, Santiago, 1987

Esta es una recopilación de los instrumentos internacionales más importantes sobre la materia, hecha por el ex Decano de Derecho de la Universidad de Chile y actual Vicepresidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos.

El volumen comprende ochenta documentos y abarca desde la Carta Magna, al pacto celebrado entre los barones ingleses y el Rey Juan en 1215, hasta los más recientes instrumentos aprobados por Naciones Unidas y otras instancias internacionales. Encíclicas, mensajes y discursos de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II se incluyen también en la obra.

El trabajo —«único en el mundo», según Hernán Santa Cruz—, que por pa-

radoja se publica en una editorial no precisamente independiente de la dictadura, tiene gran variedad temática que va desde textos de alcance general como la Declaración Universal de Derechos Humanos y sus pactos consecuentes a tratados, pactos y declaraciones específicos sobre la prevención de la discriminación racial, los crímenes de guerra y los crímenes de lesa humanidad, la protección de personas sometidas a detención o prisión, la infancia y la juventud, la libertad de información, la libre determinación, la cooperación internacional y otras cuestiones trascendentes.

La recopilación tiene como méritos adicionales su ordenación sistemática, la integridad y corrección de los textos y traducciones y un prólogo escueto e informativo del profesor Pacheco.

La no indicación de la vigencia interna de los distintos pactos, mediante su ratificación y posteriores promulgación y publicación, constituye una limitación de la obra que pudiera corregirse en una breve separata. La omisión tiene gran importancia en Chile donde la dictadura, por ejemplo, sostiene que no se encuentra vigente el Pacto sobre Derechos Civiles y Políticos, ratificado por nuestro país y promulgado por el régimen, mediante el simple y odioso expediente de no publicarlo en el Diario Oficial y se niega a ratificar la Convención contra la tortura suscrita también por Chile, a pesar de que en las palabras del general Pinochet «en este país no se tortura a nadie».

Es una lástima que el profesor Pacheco no haya incluido entre los textos antologados disposiciones constitucionales de países socialistas que ejemplificaran la preocupación que allí existe por los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos. Anotamos, de paso, que en los *Textos básicos sobre Derechos Humanos* (Universidad Complutense, Facultad de Derecho, Madrid, 1973) preparados por el jurista Gregorio Peces-Barba M., destacado militante del PSOE, se incluyeron normas constitucionales de la URSS, la República Federativa de Yugoslavia y la República Popular China, ilustrativas de la orientación social propia de esos regímenes.

El ponderable esfuerzo de Máximo Pacheco pone a disposición del lector no

especialista textos de difícil acceso, pero, sobre todo, contribuye al desarrollo de la conciencia en torno al valor e importancia de los derechos humanos, cuyo ejercicio efectivo ha pasado a ser el prisma para apreciar la legitimidad de ejercicio y la solidez de un sistema político. La publicación de esta obra en Chile tiene todavía mayor significación dada la percibida trascendencia del problema para la democracia en el futuro.

H.S.

Varios autores

Nicaragua. Trinchera teológica

Loguez Ediciones-Centro Ecuménico Antonio Valdivieso (Salamanca-Managua) 1987, 438 pp.

La voz «trinchera» en el título es llamativo. Por su eco beligerante y porque antecede a la voz «teológica» cuya resonancia en sociedades europeas, agotadas hace siglos las guerras de religiones, no guarda hoy relación con el fuego y la pólvora. Sin embargo en la conflictiva región centroamericana, y especialmente en Nicaragua, la teología no es neutral ni inofensiva. También la fe y la religión, al calor del conflicto frente al imperio, recurren a fórmulas como «trinchera» o «combate» aunque lo que en realidad transmite esta obra colectiva es solidaridad, liberación y anhelos de paz.

La bibliografía sobre el proceso nicaragüense es muy extensa a partir del triunfo del frente sandinista en 1979. Existen interesantes análisis políticos, ideológicos, sociales, culturales y también religiosos, sobre todo a raíz del sufragante encuentro popular entre cristianismo y revolución. En este contexto hay que comprender este libro pues la serie de contribuciones planteadas por distintos autores tocan asuntos relativos a la Iglesia, a las comunidades de base y al carácter de la refexión cristiana y teológica en Nicaragua. En pocas palabras: a la fe que emana de un pueblo en períodos revolucionarios.

La presentación a cargo de G. Girardi ilumina el sentido de los trabajos ofre-

cidos y las tres partes del libro hablan por sí solas: la primera «Nicaragua, lugar teológico»; la segunda «Horizonte histórico, económico y geopolítico de una teología de la liberación desde Nicaragua», y la tercera «Insurrección cultural e insurrección evangélica».

La primera parte se destaca por su articulación teológica. Plantea la colaboración del Centro Ecuménico A. Valdivieso, fundamentos históricos nuevos para comprender el carácter del cristianismo hoy en América Central. Con el artículo de Félix Jiménez se descubre el sentido liberador de ciertas comunidades de base en Nicaragua gracias a la experiencia de la parroquia de S. Pablo que antecede y prepara una pastoral transformadora en el país. Entre otras contribuciones se aborda el papel de la mujer en el cambio social y eclesial en Nicaragua (Luz B. Arellano) y, por otra parte, encontramos interesantes observaciones en el artículo de Fco. Lacayo acerca de la relación «vanguardia-pueblo como lugar teológico».

En la segunda parte hay criterios económicos-teológicos del autor Franz Hinkelammert en el artículo «Economía y teología: el Dios de la Vida y la vida humana», precisando qué significa la «vida» en un contexto de liberación. Observa los recursos cristológicos y «divinos» de la teología conservadora para acreditar su poder dentro del capitalismo. Junto a ello son de destacar las contribuciones que insisten en el carácter social que adquiere la fe en el país, redescubriendo el propio cristianismo nicaragüense su aporte a la teología de la liberación (Javier Gorostiaga). Este planteamiento incide para que el trabajo de Pablo Richard se preocupe de buscar el papel de Nicaragua en la teología de la liberación latinoamericana, permitiendo este cristianismo popular de A. Central sentar en cierto modo bases hermenéuticas nuevas para formular un pensamiento social latinoamericano, como expresa la autora Ana María Escurra. Desde un punto de vista socio-religioso Francois Houtart contribuye con un análisis importante detectando el sentido de la religiosidad popular, de las creencias cristianas y de la fe en Nicaragua a partir de 1979.

En la tercera parte se tocan asuntos

relativos a las comunidades evangélicas nicaragüenses, cuya misión y desarrollo en el mundo popular es destacado para el movimiento ecuménico (Jairo Gutiérrez). Giulio Girardi por su parte insiste, gracias a planteamientos que buscan una metodología nueva, en el carácter popular de una «segunda evangelización» en Nicaragua, una vez divulgada en ciertos ambientes eclesiales latinoamericanos la importancia del «descubrimiento» de América. Según Girardi y otros esta noción («descubrimiento») despierta no sólo polémicas semánticas. Hay en el fondo una discusión ideológica seria, en cierto modo extendida hoy entre A. Latina y España. Tal como no es neutral la teología en Nicaragua, tampoco las palabras en este caso son inofensivas: no es lo mismo decir «descubrimiento» que «conquista», ni «encuentro» que «etnocidio».

Hay sin embargo muchos aportes más en este libro. Ellos en conjunto dan forma espiritual, teológica y religiosa al papel del cristianismo en Nicaragua hoy, intentando con éste y muchos otros textos (también con muchas vidas sacrificadas) consolidar un paradigma cristiano y político inédito que responda a los intereses de los pobres.

Ciertas páginas de la obra se acompañan con ilustraciones de Máximo Cerezo.

MARIO BOERO

Peter Winn

Weavers of Revolution, the Yarur Workers and Chile's Road to Socialism

(Tejedores de la Revolución, los trabajadores de Yarur y el camino chileno al socialismo)

Oxford University Press, New York, 1986

Estuvo en Chile casi por casualidad, pensando no en escribir una historia de acontecimientos contemporáneos sino en proseguir una investigación histórica que había comenzado en el Uruguay. Pero unos norteamericanos que viajaban

en el mismo avión que Peter Winn, recién conocidos en el viaje entre Lima y Santiago, le invitaron a quedarse un poco en Chile para visitar la fábrica Yarur, tomada entonces por los trabajadores. Escuchando aquel día en febrero, 1972, los relatos de los huelguistas, pensó: «Este es el tipo de historia que se debe escribir del proceso revolucionario —no la que se ve desde el palacio sino la vista desde abajo» (p. vii).

Así se inició este estudio profundo y detallado de un breve capítulo de un inmenso proceso nacional. Pero era un capítulo muy importante, minutos triunfales en la larga historia de la fábrica Yarur, y —tal vez más significativo— un vuelco inesperado en la corta historia de la Unidad Popular, que reveló dramáticamente las contradicciones que eventualmente derribaron el gobierno.

Peter Winn, ahora profesor en Tufts University y un investigador del Research Institute for International Change en Columbia University, entrevistó a docenas de personas ligadas a la toma —obreros, empleados, hombres de negocios y del gobierno, sindicalistas— durante 1972. Partió para resumir sus deberes en los Estados Unidos, y regresó a Chile a mediados de 1973 durante esos días dolorosos e inolvidables. Pero hacia el final ya no le fue posible seguir con su proyecto. Cuando, después del 11 de septiembre, trató de visitar la fábrica de Yarur, fue denunciado en forma anónima, detenido, y trasladado a un regimiento, donde fue sometido a interrogatorios por el propio comandante. Este tratamiento duró tres días. Finalmente, el comandante le informó: «No tenemos pruebas de que Ud. haya cometido algún crimen, pero eso de hablar con los obreros, de entrevistar a líderes sindicales, todo eso es muy sospechoso. No queremos que *nadie* hable con nuestros obreros. Por lo tanto, el gobierno ha decidido que es mejor que salga del país dentro de veinticuatro horas.»

Por eso los datos de Winn quedaron incompletos, y algunos desaparecieron cuando él tuvo que irse en circunstancias tan difíciles. Sin embargo, su libro presenta una imagen amplia y rica del drama del Yarur y de la época, llena de testimonios de las personas más variadas —por un lado, de obreros y emplea-

dos, con nombres cambiados, en algunos casos, para su protección; por otro, personajes como Jorge y Nicolás Yarur, Miguel Hirmas, los Said, Fernando Sumar, Salvador Allende, Sergio Bitar, Oscar Garretón, Jaime Gazmuri, Tito Palestro, Volodia Teitelboim, Radomiro Tomić, y muchos otros.

La narrativa tiene dimensiones casi bíblicas; empieza en Belén, con Juan, el progenitor de la familia Yarur, el inmigrante a Bolivia que, en los años veinte, se impuso como empresario en el negocio textil. Invitado a Chile por Arturo Alessandri para iniciar una industria textil chilena, edificó no solamente una fábrica sino un imperio. Pero sus hijos, Jorge y Amador, que le siguieron en la empresa familiar en los años cincuenta, no tuvieron los talentos del padre para crear y mandar; además, había discrepancias entre ellos en cuanto a las gestiones de modernización. Al fin Jorge, el más hábil, se quedó como presidente de Yarur, S.A., y dejó la dirección de la fábrica a su hermano, Amador, «el chico de plomo», como le decían los obreros. A semejanza de su padre, Amador los trataba como dueño de fundo: por un lado, amenazas, represión, y castigos; por el otro, atenciones paternas, pequeños regalos, compadrazgo.

Llegado a este punto del libro, el enfoque cambia del patrón a «su» gente, entre los que había que distinguir, según su antigüedad, a los «viejos» de los «jóvenes». Los «viejos», la mayoría campesinos trasladados a Santiago, incluyendo a muchas mujeres, se recordaban de Juan Yarur y también de algunos conflictos laborales traumáticos, especialmente una huelga frustrada contra el sistema Taylor introducido en la fábrica en 1962. Los jóvenes, más ligados a la tradición de la ciudad, con criterios más amplios, tenían en su mayoría la valentía y la visión para proponerse un movimiento sindical independiente, ajeno a la tutela de Amador Yarur, y más tarde, para decidir la toma de la fábrica. Pero sus proyectos estaban supeditados a la elección de Allende en 1970. Con el triunfo de la Unidad Popular todo cambió, y en un sentido, este libro es el relato del proceso gradual de concientización de los obreros y empleados de Yarur, y del desarro-

llo extraordinario de su espíritu, y de sus capacidades como administradores y organizadores, enfrentando con inventiva y hasta improvisación los desafíos que esos duros días les plantearon. Es una narración finalmente trágica, donde resalta un aspecto conmovedor: cientos de personas humildes que por primera vez en sus vidas pudieron realizarse como sujetos plenamente humanos, conscientes de la plenitud de su poder y de sus posibilidades.

Pero una cosa es tomar una fábrica y otra integrar la acción en un proyecto revolucionario exitoso; y si los obreros de Yarur, en su mayoría, apoyaron la toma, hubo en cambio divisiones profundas en las actitudes de los dirigentes de la Unidad Popular y entre los partidos de izquierda. Todo eso está analizado en este libro, una obra que aparece como modelo de rigor, de respeto a las diversas opiniones y comprensiva de la complejidad de los procesos descritos.

CAROLINE RICHARDS

POESIA

Eugenia Echeverría

Sangre en el Ojo

Ed. Sinfronteras, Santiago, 1986.

Este es un libro con historia. Dos salas escurrieron el bulto para el recital de lanzamiento que proyectaba su autora. Finalmente la Sala Teatro Victoria de Valparaíso, que dirige el poeta Enrique Moro, se atrevió y Eugenia Echeverría —quién se vino a Chile y se volvió a México— pudo leer parte de su libro a un público que iba del entusiasmo al desconcierto.

Libro valiente, desmisticador, *Sangre en el Ojo* se aparta diametralmente —es necesario advertirlo— de lo que tradicionalmente se entiende por poesía, llámese elegía, égloga, oda o madrigal.

Nutriéndose temáticamente de lo coyuntural, de lo inmediato, este poema es en buena medida, algo así como un áspero panel de la realidad chilena

oficial o adherente al régimen durante el último decenio. Para cumplir tan ingrato objetivo, la poetisa utiliza un recurso clave. Sustentando una posición manifiestamente antidictatorial, la autora elude, sin embargo, sistemáticamente la expresión de sus propios sentimientos, de sus convicciones, efectos y aversiones y asume, a la inversa, perspectivas ajenas, perspectivas emanadas especialmente desde la interioridad de otros seres.

Este recurso y la tonalidad general de este libro coinciden con una de las orientaciones predominantes en la poesía latinoamericana actual. Piénsese, por ej., en la poesía de Ernesto Cardenal que busca con frecuencia recoger el mundo vivencial y expresivo del pueblo nicaragüense, piénsese en la poesía conversacional argentina o en un libro concreto como son las *Prédicas y Sermones del Cristo de Elqui*, en el que Nicanor Parra simula asumir las irreverentes argumentaciones de un fabuloso santón chileno.

Perspectivas desapacibles son las que predominan en *Sangre en el Ojo*. Soslayando casi siempre —lo repetimos— la expresión directa de los propios sentimientos, el yo lírico predominante en este libro, cual un cruel espejo, refleja con gruesos caracteres el mundo interior de la burguesía, del fascismo y de quienes usurparon el poder en 1973 en Chile. Así, uno tras otro, como en un progresivo desnudamiento espiritual, vamos viendo surgir la prepotencia burguesa, el anhelo de un poder autoritario que garantice el status de los privilegiados, la desconfianza fascista ante las ideas; así vamos viendo surgir también la siutiquería, las limitaciones y mezquindades de los grupos oligárquicos arriscando la nariz ante «ese olor a pobre diablo amontonado / a pobre diablo amotinado», así vamos viendo también la perspectiva mercantil de la prostituta deslumbrada por los militares, el sórdido mundo del asesino a sueldo, el desclasamiento, los delatores, «la delación sin pruebas» o concepciones de la vida urdidas desde la falacia de una democracia autoritaria o de un nacionalismo obtuso o, campeando en lo grotesco, el ordenamiento de la vida familiar desde ramplonas concepciones castrenses.

En tal cuadro no faltan el enmasca-

ramiento de la realidad y el autoenmascaramiento, esa pseudo idealización que busca soslayar o desvirtuar lo que no se quiere ver ni escuchar. Entre tales encubrimientos, linda con el ridículo la frivolidad inmoral del intelectual profacista que escribió una «novelita oportuna» y linda con lo demencial el penagórico desvergonzado a la justicia obsecuente ante la tiranía y sus crímenes: «Es el juez. Habla inglés. / Se las sabe todas, coloso de Rodas / En el agua / agarra el pez / en un dos / por tres / Los va a meter en cintura, ahora sí / Hace las noches días / en la penitenciaría / qué gran jurista / no se le acaba nunca / la lista de comunistas» (p. 28).

Estas indagaciones en interioridades distorsionadas o aviesas se proyectan con gruesos trazos, con indirectos pero pertinaces brochazos satíricos y, especialmente, con una rima premeditadamente machacona, obvia y hasta burda. En verdad, dentro de todo el aparato expresivo con que Eugenia Echeverría refleja interioridades falsas u odiosas, son, sin duda, sus rimas las que traducen con mayor eficacia la indignación y trivialidad intelectual y la falsía moral que yacen y se incuban tras del autoritarismo. Veamos, por ej, cómo, a través de chirriantes cacofonías, satiriza los expedientes, el lenguaje y la mentalidad oficial: «Leonora desapareció. / Única huella: algunos dientes / no hay expediente / cuenta pendiente / grupo insurgente / o eliminada / por insolvente / eran postizos. / un trabajo deficiente» (p. 55).

Los tres últimos poemas emanan desde la interioridad del tirano y sus arresos imperiales coludidos con su desgaste y su desmoronamiento inminente: «En torno al hosco moho / El infinito silencio de las palabras / Mi mierda que lamo con medida» (p. 68).

Pero antes hay un poema que no debemos olvidar: saliéndose de la tonalidad predominante en este libro y vigorizándose con imágenes de cotidianidad al mismo tiempo afflictiva y esperanzada («lleno el día como un bolso»), se construye un hermoso poema sobre el mundo vivencial, las luchas y desventuras de las mujeres de la Plaza de Mayo.

Libro enrolado y desafiante. *Sangre en el Ojo* — corriendo los riesgos de poetizar la contingente y, lo que es más aún,

los riesgos de poetizar la hora más lúgubre de la historia de Chile — constituye un verdadero documento esclarecedor, acusador del repulsivo mundo interior de la tiranía y el fascismo.

GUILLERMO QUIÑONES

José María Memet

Canto de gallos al amanecer

Editorial Sinfronteras, Santiago, 1986.

Tal vez uno de los mejores medios con que la literatura latinoamericana, tanto en la narrativa como en la poesía, ha trascendido lo inmediato, logrando su ya reconocida universalización, sea su conciencia del valor de los mitos. Es a través de su concepción mítica que un *Pedro Páramo*, un *Cien años de soledad*, o la poesía de un Borges, de una Gabriela Mistral, de un de Rocka, de un Huidobro, han logrado no sólo su complejidad, sino su gran atractivo.

Y esto parece saberlo José María Memet, pues en su libro *Canto de gallos al amanecer* vemos claramente cómo un largo poema, de madura y profunda estructura, se ha plasmado en torno a una concepción mítica: el asesinato de un héroe, de todo un pueblo, la tragedia en el alma y el corazón de una nación, está tratado como un hecho intemporal, permanente, cíclico; es decir, mítico. Ya desde la primera estrofa este extenso poema tipifica lo inmediato, conectando el acontecimiento específico, concreto, con personajes y circunstancias que pertenecen a la memoria y a la cultura de todos:

*En el infierno se pasea el viejo Arthur
y en la tierra arden los libros
y sube el humo, el gris,
y en la memoria,
un palacio en llamas sigue ardiendo*

Pero Memet no sólo hace referencias a la historia y a la literatura de América y Europa, a versos de Rimbaud, de Díaz Casanueva, de Antonio Cisneros, sino que también alude a un poeta indígena, como César Millahuéique, y a los mitos

populares y supersticiosos arraigados profundamente en el alma de nuestro país, como son el Caleuche y el pájaro Tué Tué:

Canta el Tué Tué una vez más en esta noche y en los muros de las chozas las siluetas se desplazan.

El poeta traspasa su experiencia personal y dialoga con la cultura tanto universal como de su pueblo. Y en las últimas estrofas, el hablante, que a través de todo el texto es también conciencia de su quehacer literario y del destino del propio poema como voz depositaria de su pueblo («Gallos que se pasean en corrales, inquietos por las tropas / que se acercan al poema»), vuelve mito, confiriéndole un carácter ritual, al más miserable lugar de Santiago: el Zanjón de la Aguada: «Moises separó las aguas del Zanjón de la Aguada».

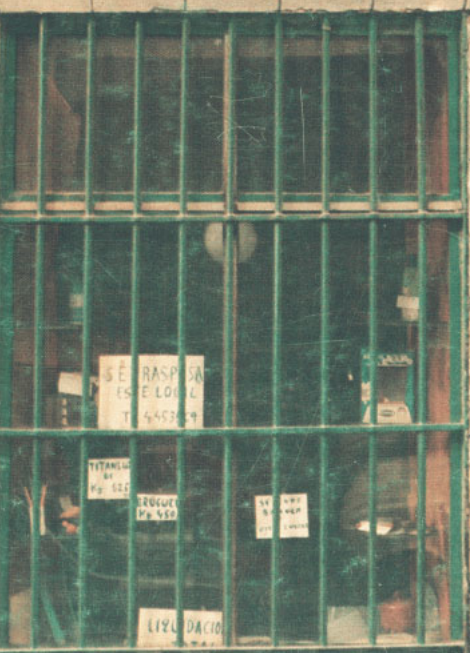
Hermoso poema este de Memet, quien a ratos introduce versos en francés y se desliza hacia planos más oscuros movido por la corriente del pensamiento. También (y aquí creemos que toma demasiado de cerca a Raúl Zurita en su *Anteparaiso*) va escribiendo, en letras pequeñas, al pie de página, otros versos que van contrapunteando al poema principal, a la manera de un coro griego. Tal vez en esto siguió demasiado de cerca el modelo, sin que encontremos la imprescindible necesidad de su empleo.

Con *Canto de gallos al amanecer*, José María Memet demuestra, indudablemente, un plausible afán de ir más allá de la poesía de la contingencia, la poesía «de paso», para atreverse con un gran poema en que lo lírico y lo épico se engrazan con originalidad y, a ratos, con deslumbramiento.

JAIME VALDIVIESO



CALLE
DE
ARAUCARIA



SE RASPA
ES E LO...
T. 440849

TETANUS
Pp. 522

TROQUEL
Pp. 452

SE RASPA
ES E LO...
T. 440849

LIZU DACTO



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 1999 -2010 